Noches de Cielo Azul

JESS GR



Noches de cielo azul

Jess GR



Derechos de autor © 2023 Jess GR

Título: Noches de cielo azul

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

Diseño de cubierta: Luce G. Monzant
Maquetación: Jess GR/ Nia Rincón
Corrección: Nia Rincón

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra
son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Lo importante es el viaje, no el destino



Prólogo

Sky

Me quedo muy quieta, cubriendo mi cabeza con la sábana y en total silencio. Hace ya un buen rato que mamá y papá vinieron a darme las buenas noches. Espero que no tarden en dormirse. Sigo atenta hasta que ya no escucho ningún sonido, aparte del canto de los grillos y las cigarras en el exterior, y entonces salto de la cama. No pierdo tiempo en calzarme. Me subo al escritorio, y después de abrir la ventana paso al otro lado con un brinco. Sonrío por mi hazaña. Con un poco de suerte nadie se enterará. Salgo corriendo y rodeo la enorme mansión de los señores Atwood. Al lado suya, nuestra pequeña casa de personal es minúscula. Bueno, mamá siempre dice que no es nuestra, que solo vivimos aquí porque es parte de su trabajo. No termino de entenderlo. Ellos nunca están. Bueno, el señor Atwood aparece cada poco tiempo y se queda unos días, pero solo trae a su familia en verano. ¿Para qué necesitan a mis papás? Y más extraño aún, ¿por qué alguien con una casa tan bonita como la suya la deja vacía?

Corro por el sendero de baldosas de piedra y salto el pequeño muro que rodea la zona de la piscina casi sin respirar. Me parece raro encontrar las luces del porche trasero encendidas, aunque tampoco me importa demasiado. He llegado al fin a donde quiero estar. Es mi lugar favorito de toda la villa. Mamá siempre me regaña cuando me baño en ella. Se supone que es solo para que la disfruten los señores Atwood, pero ellos nunca lo hacen. Miro a un lado y a otro y no me lo pienso demasiado antes de lanzarme de cabeza.

Después de mucho tiempo nadando, me siento en una de las tumbonas y sonrío mirando las estrellas brillantes. Hoy es una de esas noches en las que cielo parece de color azul intenso. Escucho un ruido y contengo la respiración. Hay alguien en la casa. ¡Mierda, voy a meterme en líos si me ven aquí! Intento moverme despacio, y antes de que pueda irme, veo a un chico caminar en dirección a la piscina. Al principio pienso que puede ser Jude, el hijo menor de los señores. Lleva puesta una sudadera con gorro y no consigo verle la cara. Camino de puntillas y aprovecho la claridad de las luces del porche para fijarme bien. No es él. Este chico parece mayor. ¿Un ladrón? Se sienta en el borde de la piscina y lo escucho suspirar. No sé qué hacer. ¿Grito? ¿Voy a buscar a papá? No. Si se enteran de que me he escapado me castigarán hasta que

cumpla los cuarenta. Respiro hondo y levanto los puños para defenderme.

—¿Quién eres? —pregunto.

El chico se gira y frunce el ceño. Mira a un lado y a otro y después se pone de pie.

—Eso pregunto yo. ¿Te has perdido o algo?

—Si has venido a robar, gritaré. Mi padre es muy alto y fuerte. Estará aquí enseguida y te dará una paliza.

Ladea la cabeza y sus labios se estiran. Tiene una sonrisa muy… ¿brillante? No sé si eso se puede. Da un paso hacia mí y alzo más los puños.

—¿De verdad intentas intimidarme con esos bracitos de muñeca?

Ahora soy yo la que frunce el ceño. No tengo brazos de muñeca. Soy muy fuerte.

—Te puedo pegar.

El chico sonríe otra vez y mueve la cabeza de un lado a otro.

—Aún no me has dicho quién eres, chica muñeca.

—Yo pregunté primero, ratero —replico.

Resopla y retrocede un par de pasos. Me atrevo a bajar los brazos al ver que vuelve a sentarse al borde de la piscina. Si es un ladrón, ¿por qué no se escapa? Lo he amenazado, debería estar corriendo por su vida o algo.

—Me llamo Grayson Ba… —Se corta y respira hondo—. Grayson Atwood, y vivo aquí. —Gira la cabeza para mirarme—. Te toca.

—¿Atwood? ¿Por qué no te conozco?

—Porque Leonard y Margot Atwood solo son mis padres desde hace un par de meses. Ahora, ¿vas a decirme de una vez quién eres tú?

—Eh… —¡Mierda! Si lo que dice es verdad, estoy a punto de meterme en un lío enorme—. Me llamo Sky. Mis padres trabajan aquí.

—¿Los cuidadores de la casa? —Asiento—. Escuché a Margot mencionarlos cuando veníamos de camino.

—¿De verdad eres hijo de los señores Atwood? —Vuelve a resoplar y asiente—. ¿Cómo es que solo ahora son tus padres? ¿Antes tenías otros?

—Sí, pero están muertos.

—Oh… —Se queda callado un rato y se le empañan los ojos, como si estuviese a punto de llorar. Parece muy triste. Camino hacia él y me siento a su lado en el borde de la piscina—. ¿Los echas mucho de menos? Puedes llorar si quieres.

—No voy a llorar —responde entre dientes, y aprieta los puños con fuerza.

—No pasa nada. Yo también lloro a veces.

—Eso es porque eres una niña tonta.

—Y tú eres idiota.

Chasquea la lengua y se pone de pie.

—Las niñas pequeñas como tú ya deberían estar en la cama.

—Deja de decir que soy pequeña. Ya tengo ocho años.

—Uy, sí, qué mayor —se burla.

—No te rías de mí, idiota.

—¡Deja de llamarme idiota!

—Lo eres, y también imbécil.

Bufa otra vez y aprieta mucho los dientes.

—Lárgate de una vez.

—Oblígame. —Me cruzo de brazos y alzo la barbilla.

El idiota… Grayson se acerca y me empuja, haciéndome caer al suelo de culo. Me levanto enseguida y le devuelvo el empujón, pero él solo se ríe.

—¡Me has hecho daño! —grito.

¿Por qué es tan malo? Yo no le he hecho nada. Solo quería ser amable.

—Pues ve a llorarle a tu mamá.

—Yo al menos tengo una de verdad. —Sus ojos se abren mucho y viene hacia mí rápido, me sujeta fuerte del brazo y me zarandea—. ¡Suéltame, tonto! ¡Mamá! ¡Mamá!

—¿Ahora llamas a tu mamá? —Me sujeta la cara con la mano y vuelve a empujarme hacia atrás.

—¿Qué está pasando aquí? —Me levanto rápido. Mi primera idea es echar a correr, pero ya es tarde. La señora Atwood me ha visto—. Grayson, ¿qué haces fuera de la cama? Y tú… —Me mira desde los pies a la cabeza—. Eres la hija de la sirvienta. No deberías estar en esta parte de la villa.

—Se estaba bañando en la piscina, Margot —se chiva el muy idiota—. Mírala, tiene el pijama y el pelo mojados.

—¿Te has bañado en nuestra piscina? —pregunta la señora Atwood.

—¡Sky! —Suspiro aliviada al escuchar la voz de mamá y me giro. Llega corriendo a mi lado y me arrastra a su costado, poniendo un brazo sobre mis hombros—. Señora Atwood, le pido perdón por la intrusión.

—Laurie, ata en corto a esa mocosa. No la quiero husmeando por la casa.

Noto cómo la mano de mamá se pone dura sobre mi hombro y asiente con la cabeza.

—Por supuesto, señora. No volverá a ocurrir.

Muevo la cabeza un poco para mirar al idiota y lo encuentro sonriendo de oreja a oreja. Le saco la lengua justo antes de que mamá tire de mi mano para llevarme de vuelta a casa.



Capítulo 1

Sky

Quince años después

Me detengo junto a una roca y saco mi cantimplora de la mochila mientras echo la mirada atrás para comprobar que todo el grupo me sigue. No sería la primera vez que algún imbécil de ciudad se distrae mirando pajaritos y termina perdiéndose. No me apetece tener que buscar a nadie hoy.

—¡Vamos, chicos! Un par de kilómetros más y damos la vuelta —vocifero.

—¿Aún faltan dos kilómetros? —inquiere uno de los excursionistas. Tiene el rostro rojo y su camiseta está empapada en sudor.

Sonrío y le señalo el borde del camino para que se aparte. Está claro que necesita un descanso y no quiero que interrumpa el ritmo del resto del grupo. Hoy solo son cinco, nada mal para las fechas en las que estamos. Aunque irá en aumento. El verano pasado llegue a salir con grupos de veinte personas, la mayoría de ellos sin ningún tipo de experiencia o entrenamiento para hacer montañismo.

Espero a que el que está descansando beba un poco de agua y no tardamos en unirnos al ascenso. El problema de estos ricachones es que creen que por ir al gimnasio un par de días a la semana están lo bastante en forma como para subir a lo alto del monte Clearstone. Pocos lo logran. Al menos no en estas excursiones de solo un día. Para llegar a la cima es necesario pasar la noche en alguna de las cabañas de descanso, y después otra vez en el descenso.

—Ahora tened cuidado. Vamos a pasar por una zona estrecha y no quiero accidentes. Si alguno no está seguro de querer hacerlo, puede quedarse aquí con Eric y lo recogeremos a la vuelta.

—¿Cómo de larga es? —inquiere el que está más cansado que el resto.

—Unos treinta metros.

Mi compañero se hace a un lado y espera por si debe quedarse con alguien. Al final, todos deciden cruzar. La zona en cuestión es una especie de pasarela por el borde de la montaña. Hay poco espacio donde apoyarse y ningún punto de sujeción. Al otro lado, un barranco lo bastante profundo como para que no salgas con vida si llegas a resbalar. Empiezo a preparar un par de

cuerdas de sujeción que saco de mi mochila y colocarlas en los anclajes de la pared de roca natural. Soy concienzuda con eso. Aunque lo he hecho cientos de veces, esta es, sin duda, la parte más peligrosa del trayecto, y debo actuar con mucha precaución. Estoy terminando de anudar la última cuerda cuando escucho un grito.

—¿Qué ocurre ahí? —me pregunta Eric.

Se ha quedado ayudando a los excursionistas a ponerse los arneses de seguridad. Se acerca al borde del estrecho e intenta mirar más allá de mí, pero hay un giro cerrado y no consigue ver nada. Yo tampoco.

—Quédate con ellos. Voy a echar un vistazo.

Asiente y empiezo a avanzar por el estrecho con cuidado. No llevo arnés. He cruzado tantas veces que mis pies ya saben dónde deben pisar sin que tenga que pensar en ello. Llego al giro y las voces y gritos se acentúan. Hay alguien al otro lado, parecen varias personas. Espero que no estén cruzando también. No es la primera vez que dos grupos distintos se encuentran a mitad de camino y uno de ellos debe volver. Es un engorro. Sigo avanzando hasta que al fin logro verlos. No están lejos del final del estrecho. Son unos excursionistas y su guía, uno al que conozco muy bien. Frunzo el ceño al ver que no dejan de mirar hacia el barranco.

—¡Josh, ¿estás bien?!

Mierda. Creo que alguien ha caído. Acelero mis pasos para llegar más rápido.

—Mark —el guía gira la cabeza en mi dirección y resopla justo cuando llego a su lado—, ¿qué ha pasado?

—Uno de mi grupo. Ha resbalado.

—¿No llevaba arnés?

—No quiso ponérselo. ¡Joder! —Bufa de nuevo y se asoma para mirar hacia abajo—. ¡Josh!

Error. No importa lo que ellos quieran. Para cruzar el estrecho siempre deben llevar puesto el arnés. Es nuestra responsabilidad que lleguen sanos y salvos.

—¿Ha hablado?

—Sí. Creo que está cerca.

Echo un vistazo al final del estrecho y compruebo que el resto de su grupo está esperando allí. Todos parecen muy preocupados.

—¡Ayuda! —escuchamos que alguien grita.

Enseguida nos asomamos un poco más. Mark tiene razón. Me parece ver un destello. Está cerca.

—¿Lleva una camiseta azul? —pregunto.

—Sí. ¿Lo ves?

—Creo que sí. Está como a cinco metros. ¿Tienes alguna cuerda extra?

—Sky, sabes que este terreno es muy inestable. Si la ladera cede…

—Por eso voy a bajar yo a por él y no tú. Peso mucho menos.

—Es mi responsabilidad —replica.

—Lo será también si se muere. Vamos, ayúdame a preparar un anclaje, y después necesito que avises a Eric. Está con mi grupo al otro extremo del estrecho. Dile que ni se le ocurra empezar a cruzar. —Resopla con fuerza, pero termina asintiendo. Mark es un montañista experimentado. Al igual que yo, creció en esta montaña y conoce sus peligros.

—Ponte un arnés —sugiere.

—No hay tiempo.

A toda prisa, rodeo mi cintura con la cuerda y le tiendo el otro extremo. Él lo amarra a uno de los anclajes en la roca y me indica con un golpe de cabeza que puedo empezar a descender. Me

coloco en el borde de la ladera y respiro hondo. Al tener el camino despejado, Mark se marcha para hacer lo que le he pedido. Espero a que vuelva. Ahora mismo estoy en una posición estable, pero si me muevo eso podría cambiar; necesito que esté cerca por si tiene que tirar de mí. No tarda demasiado.

—Listo. Van a quedarse allí.

—Bien. Empiezo a bajar.

—Solo dilo y te subiré. Ten cuidado, Sky.

Asiento y espero a que me vaya soltando cuerda para poder descender con seguridad. Encuentro al tal Josh sujeto a una rama con ambos brazos. No parece herido.

—Por favor, ayúdame —pide con voz temblorosa.

—Tranquilo. Voy a acercarme, pero necesito que te quedes muy quieto. —Miro alrededor y encuentro otra rama lo bastante gruesa como para poder soportar mi peso, al menos en teoría—. Escúchame bien. Te llamas Josh, ¿verdad? —Asiente—. Yo soy Sky. Ahora voy a colocarme sobre esta rama y pediré que me lancen otra cuerda para ti. Después te ayudaré a colocártela, pero tienes que prometerme que no me agarrarás ni te apoyarás en mí o los dos caeremos. ¿Lo has entendido? Es como cuando intentas sacar del agua a alguien que se está ahogando. Solo uno puede hacer el trabajo.

—Sí. Lo he entendido. Sácame de aquí, rápido. No sé si podré aguantar mucho más.

—¡Mark, lo tengo! —grito. Enseguida veo caer otra cuerda. Me coloco de pie sobre la rama, y cuando estoy segura de que no cede, me suelto y empiezo a asegurar a Josh—. Listo. Puedes soltarte. Sujétate con fuerza a la cuerda.

—¿Estás segura?

—Sí, confía en mí. Te subirán enseguida.

En cuanto hace lo que le pido, vuelvo a gritar y Mark tira de la cuerda. Yo decido subir escalando. Llego enseguida, y Mark frunce el ceño al verme.

—Estaba a punto de subirte.

—Ya no hace falta —comento sonriendo mientras desanudo la cuerda.

Camino tras él hasta el final del estrecho y, tras comprobar que Josh no tiene más que un par de arañazos, ayudo a Mark con el grupo para que lo crucen con seguridad. Al otro lado, Eric y mi propio grupo nos esperan impacientes.

—¿Estás bien? —me pregunta mi compañero.

Asiento y, tomándome por sorpresa, Josh se lanza a darme un fuerte abrazo.

—Muchas gracias. Me has salvado la vida.

—Devuélvele el favor dejándola respirar —comenta Mark con diversión. Josh se aparta enseguida y, tras darme las gracias una vez más, se aleja un poco—. Sabes que estás desaprovechando tu talento al trabajar como guía, ¿verdad? Deberías estar en salvamento. Esto se te da mejor que a cualquiera que haya conocido.

—Pagan mejor en Atwood Adventures —bromeo.

—Si es por dinero, ya te he ofrecido empleo con una gran mejora de sueldo en muchas ocasiones. Sabes que mi padre estaría encantado de tenerte en el equipo.

Suspiro. Mark es hijo del dueño de Hertford Outdoor Scapes, una empresa de aventuras rival de la que trabajo. Los Hertford y los Atwood fueron dos de los fundadores de Clearstone Hill. Llegaron durante la fiebre del oro, allá por mil ochocientos setenta, y sentaron las bases de lo que ahora es uno de los pueblos más visitados del estado de Colorado. Cuando el oro se agotó, tanto los Atwood como los Hertford supieron reinventarse. Con un lugar tan maravilloso como Clearstone Mountain no fue difícil crear empresas que explotaran todo su potencial.

Durante el verano los turistas pueden disfrutar de todo tipo de experiencias al aire libre: Montañismo, *rafting*, paseos en kayak, senderismo, escalada, acampadas… Con la llegada del invierno, la montaña se convierte en el escenario perfecto para hacer esquí. Por eso, hace ya algunos años que tanto el señor Atwood como los Hertford decidieron abrir una estación cada uno. El problema en todo esto es que ambos se pasan la vida compitiendo. La rivalidad está patente en todo momento.

—Estoy bien con Atwood, pero, una vez más, gracias por el ofrecimiento.

Hace una mueca con los labios, sin embargo, vuelve a sonreír.

—Vale, lo respeto. Tal vez algún día consiga convencerte. Al menos vas a dejar que te lleve a cenar a modo de agradecimiento por haber salvado a uno de los míos de una muerte segura, ¿cierto?

Suelto una carcajada y niego con la cabeza. Mark y yo nos conocemos desde el colegio. Él iba un par de cursos por delante, pero al llegar al instituto su interés por mí se hizo patente. Decidí darle una oportunidad hace un par de años, sin embargo, tras una cita desastrosa me di cuenta de que no tenía ningún sentido forzar la situación. Es un buen amigo. No puedo verlo de otra manera.

—Agradécemelo asegurándote de que nadie vuelva a cruzar el estrecho sin arnés de seguridad. Ha sido una enorme imprudencia permitirlo.

—Lo sé. —Suspira—. ¿Ves? Te necesitamos en Hertford. Morirán muchos más si no nos ayudas.

—¿Cómo? —inquiere uno de los excursionistas de su grupo.

Mark pone los ojos en blanco y vuelve a sonreír.

—Tranquilo, no será hoy —aclara—. En fin… Debemos bajar ya o nos pillará la noche. ¿Tú vas a llegar al mirador o vuelves?

Echo un vistazo a mi grupo. Todos están sentados y parecen agotados.

—Regresamos ya. No quiero más accidentes.

—¡Genial! —Mark rodea mis hombros con su brazo y me atrae a su costado—. Entonces disfrutaré de tu maravillosa compañía durante un par de horas más.

Sonrío, negando con la cabeza, y lo golpeo despacio con el codo en el estómago. Es insistente, eso tengo que concedérselo, pero pierde el tiempo. Ahora mismo encontrar pareja no es una prioridad en mi vida.



Capítulo 2

Sky

Tras poco más de dos horas, llegamos a la sede de Atwood Adventures y me despido del grupo. A pesar del inconveniente y de que no pudimos llegar al mirador, se van satisfechos. Supongo que el agotamiento hizo que les diera igual no haber logrado el objetivo principal. Entro en la gran cabaña de madera y saludo a la recepcionista antes de avanzar hasta los almacenes para descargar todo el material. Eric y yo lo hacemos en pocos minutos y después le digo que se marche. Yo me quedaré un rato más limpiando y ordenándolo todo antes de hacer lo mismo.

Me lleva casi una hora, y después me dirijo a los vestuarios de personal. Antes de poder acceder a ellos soy interceptada por Alan Devon, el cuñado del señor Atwood y gerente de Atwood Adventures desde hace poco más de un año. Es mi primer verano trabajando bajo sus órdenes, y tengo que admitir que no es algo que me resulte agradable. No sé qué es, pero algo en él me repele.

—Sky —me llama, y contengo un resoplido. Llega a mi lado y sonríe, mostrando sus dientes extremadamente blancos. No pueden ser de verdad. Estoy segura de que lleva prótesis o se ha hecho algo para tenerlos así. En realidad, todo en él parece falso. Desde su pelo negro, con bastante gomina como para sostener los pilares de un edificio de cuatro plantas, la barba oscura recortada al milímetro… ¿Y su ropa? ¿Quién demonios usa trajes de tres piezas y corbatas en un pueblo perdido en el corazón de Colorado?—. Eric me ha contado lo ocurrido esta tarde en el estrecho. ¿Estás bien?

—Sí, perfectamente, señor Devon. Al final todo ha quedado en un incidente sin importancia.

—Ya, un incidente que jamás debió ocurrir. El chico Hertford es demasiado descuidado. La próxima vez que suceda algo así, no quiero que te expongas de esa manera. Das media vuelta y dejas que él resuelva sus problemas.

Frunzo el ceño contrariada. No puede estar hablando en serio.

—Señor, la vida de una persona estaba en juego.

—No, en realidad fueron dos vidas en peligro porque tú te arriesgaste para salvar a un excursionista que decidió contratar los servicios de una empresa de ineptos.

—Con todo el respeto, no creo que Mark sea ningún inepto. Puede que un poco confiado, pero es un gran guía y conoce la montaña como la palma de su mano. Además, el hecho de que fuera alguien de su grupo no es relevante. Si alguno de los nuestros sufriese un accidente, sé que él habría hecho lo mismo.

Arquea una ceja y vuelve a sonreír, pero esta vez con chulería.

—Ya veo que tu amistad con ese chico es más importante que una orden directa de tu jefe. Lo tendré en cuenta.

—No. Yo no… —Se marcha y resoplo con fuerza. ¡Qué le jodan! No voy a ir en contra de mis principios por lo que diga un estirado que se pasa el día mirándose su propio ombligo—. Payaso —siseo en voz baja, entrando en los vestuarios.

Me ducho deprisa y, tras cambiarme de ropa, decido irme a casa. Mi jornada laboral ya terminó hace mucho. Coincido con la recepcionista, que está a punto de cerrar, y me cuenta que el señor Devon pasó un buen rato soltando pestes sobre mí y el incidente de esta tarde. Por suerte, ya no está. La ayudo a cerrar todo y después me dirijo a mi vieja camioneta.

—¡Sky! —escucho gritar mi nombre justo cuando estoy a punto de abrir la puerta y me giro.

—Señor Atwood —susurro—. Creí que llegaría la semana que viene.

El hombre de pelo canoso que conozco desde que tengo uso de razón me sonríe de manera cariñosa. Todo aquel que lo conoce dice que es una persona antipática y poco accesible. Yo no estoy de acuerdo. Conmigo siempre es muy amable.

—Decidimos adelantar el viaje unos días. ¿Cómo va todo por aquí?

—Bien, como siempre. Aún hay poca gente, pero empieza a animarse. Perdón, ha dicho que decidieron adelantar el viaje en plural. ¿Su esposa también lo acompaña?

—Así es. Ya sabes que en verano Margot se anima a pasar unos días en Clearstone. Aunque la novedad este año es que he conseguido arrastrar conmigo a toda la familia.

Sonrío. Tengo ganas de ver a Jude, su hijo menor. Tenemos la misma edad y él suele pasar los veranos aquí con su padre. Es un chico genial. Aunque por otro lado… ¿Ha dicho toda la familia? ¡Mierda! Seguro que mamá estará tirándose de los pelos. No esperaba a tanta gente, y menos aún tan pronto. Será mejor que me dé prisa en llegar para echarle una mano.

—Me alegro mucho, señor Atwood —mascullo. No quiero ser maleducada, pero debo irme ya mismo.

—¿Tú cómo estás, muchacha? ¿Cómo van las clases?

—Eh… Bien. El penúltimo año no fue tan sencillo como creí que sería, pero he podido superarlo.

—¿Has decidido ya si harás un posgrado?

—No lo creo. Con la carrera de Administración de Empresas tengo suficiente.

—Nunca es suficiente —rebate—. Puedes optar por Desarrollo Turístico si sigues pensando en crear tu propio negocio como me comentaste.

Suspiro y niego con la cabeza.

—Solo es una idea a largo plazo, señor Atwood. Ahora mismo no tengo los recursos para hacer algo así.

—Bueno, tú termina la carrera. Prepárate bien y el resto se puede solucionar.

Inspiro hondo y frunzo el ceño. Espero que no esté insinuando lo que creo. Sé que tiene buenas intenciones, pero lo que menos necesito es que me ofrezca dinero. Ya tengo bastante con los rumores que circulan por el pueblo. Son unos enfermos de mierda. ¿Cómo puede pensar alguien que el señor Atwood y yo…? ¡Por Dios, tiene edad para ser mi padre! Es más, tiene dos hijos mayores que yo. ¡Mierda, están en la villa! Tengo que irme ya para ayudar a mamá.

—Señor Atwood, no quiero ser grosera, pero debería marcharme enseguida. Mi madre no esperaba que llegaran tan pronto y estará de los nervios.

—Conociendo a mi mujer, te creo —comenta. Contengo una carcajada. No entiendo cómo un hombre tan atento y amable como él terminó casado con semejante víbora. El mundo está muy mal repartido—. Adelante, muchacha. No te entretengo más. ¿Sabes si Alan está en su despacho?

Niego con la cabeza.

—El señor Devon se marchó hace ya un rato. Todo está cerrado.

—¿Tan pronto? —Resopla y pone los ojos en blanco—. Si es que lo de hacer horas extras no es lo suyo. Eso es algo de lo que tenemos que hablar. Necesito que me des tus impresiones respecto a la productividad de mi cuñado.

—Eh… Sí, claro, pero… —Señalo la puerta de mi camioneta.

—Sí, por supuesto. Tendremos tiempo en otro momento. Vete ya. Por cierto, sabes que no necesitas usar esa antigualla, ¿cierto? Hay vehículos en la villa que están a tu disposición.

—Se lo agradezco, señor Atwood, pero prefiero mi antigualla. Es un regalo de mi padre.

—Claro. Olvida lo que he dicho. —Él mismo se adelanta y me abre la puerta. Espera a que me acomode en el asiento y vuelve a cerrarla—. Conduce con cuidado. Nos vemos después.

Asiento, y tras despedirme con un gesto de mi mano, arranco el motor y piso el acelerador a fondo.



Capítulo 3

Sky

Como ya esperaba, nada más entrar en la mansión por la puerta de servicio encuentro a mamá corriendo de un lado a otro de la cocina y resoplando como un verdadero toro embravecido. Al menos no está sola. Una de las sirvientas que contratan los Atwood para la temporada de verano, que es cuando aparecen por aquí, ya se ha puesto manos a la obra.

—Hola, ya estoy aquí.

Mamá se gira para mirarme y no necesita decir nada más. La pobre se encuentra al límite de estrés que puede soportar cualquier ser humano.

—Todo es un desastre, cielo —dice con un suspiro—. Se ha presentado toda la familia al completo por sorpresa y con una invitada. Creí que tendría más tiempo… Yo… No sé qué hacer. La nevera está vacía. No hay camas listas para todos…

—Vale, tranquila. —La sujeto por los hombros y busco su mirada—. Respira hondo y dime en qué puedo ayudarte.

—La compra. Eso es lo más importante ahora. Debo alimentar a siete personas y lo único que tengo son cubitos de hielo.

Contengo las ganas de reír. Ahora mismo ella no necesita que alguien se burle de su situación. Me tiende una hoja escrita a mano por ambas caras con la lista de provisiones.

—Está bien. Yo me ocupo de eso. ¿Algo más?

—Tu padre sigue descargando las maletas.

—Entendido. Lo ayudaré a él en cuanto termine.

Dejo que siga solucionando el montón de problemas que le han caído encima de golpe y saco mi teléfono. Empiezo llamando a varios supermercados, pero no consigo que me garanticen la entrega hoy mismo.

—Señorita, ya casi es la hora de cierre. Lo que me pide no es posible.

Me pinzo el puente de la nariz y resoplo.

—Si no es posible, haga que lo sea. Le estoy llamando desde la residencia de los Atwood. Son clientes habituales durante toda la temporada. ¿De verdad está dispuesto a perderlos por no

quedarse una hora más trabajando?

La línea se queda en silencio unos segundos y después escucho que cuchichea algo en voz baja.

—Está bien, puedo tener el pedido listo para dentro de una hora, pero de verdad que no hay forma de que se lo entreguen hoy. Tendría que venir a buscarlo alguien.

Echo un vistazo a mi reloj de muñeca y hago una mueca con los labios. Puedo llegar a tiempo, pero sería demasiado tarde para preparar la cena al volver.

—Eh… Está bien. Yo misma lo recogeré. Muchas gracias.

Cuelgo y hago una llamada más antes de dar por terminada esta tarea. Mamá regresa a la cocina y parece aún más nerviosa que antes.

—¿Qué pasa con la compra? —inquiere.

—Voy a tener que ir a Gunnison a recogerla.

—¡¿Ahora?! Te llevará media hora ir y otra volver. —Se lleva las manos a la cabeza—. ¡Es una locura! Se supone que ya debería estar preparando la cena. ¿Qué voy a decirle a la señora?

—Que la próxima vez que decida aparecer sin avisar, traiga la cena —farfullo.

—¡Sky!

Bufo con fuerza.

—No te preocupes por eso, ¿vale? Tú encárgate de que la mesa esté puesta a su hora.

—¿Para qué? ¡Si no hay comida!

—Mamá, confía en mí. Yo me encargo de todo. Ahora voy a ayudar a papá. ¿Necesitas algo más?

—¿No ibas a Gunnison? —Arqueo una ceja y ella alza las manos al techo—. Está bien, confío en ti. Más te vale cumplir tu palabra, Sky Archer, o nos quedaremos todos sin trabajo.

Sonrío y la beso en la mejilla antes de salir a toda prisa por la puerta de servicio. Rodeo la parte trasera de la mansión y encuentro a papá junto a la cochera. Aún sigue descargando las maletas.

—¿Te ayudo con eso?

Cojo una enorme cuando está a punto de caer al suelo.

—Gracias, cielo —dice papá con la respiración entrecortada.

Está sudoroso y sin aliento. No tiene buen aspecto.

—¿Te encuentras bien? —pregunto preocupada.

—Sí. Solo estoy agotado. Se supone que esto lo hacen los empleados que se contratan en verano, pero se incorporan la semana que viene. He intentado llamarlos… —Resopla con fuerza—. Da igual. ¿Has visto ya a tu madre?

—Sí. Está desquiciada. —Echo un vistazo a la montaña de maletas que hay junto a la puerta y hago una mueca—. ¿Los Atwood piensan mudarse? —inquiero.

Papá sonríe y cabecea de lado a lado.

—Ese equipaje es solo el de Kristen. Las de la señora y la invitada ya están en sus habitaciones.

Ruedo los ojos. Jamás entenderé a los niños ricos. ¿De verdad necesitan toda esa ropa para unos pocos días? Jude suele quedarse al menos un mes, pero sus hermanos mayores y su madre dudo que aguanten más de una semana.

—Te ayudo con esto y después salgo a buscar las provisiones. He logrado que un supermercado de Gunnison cerrara más tarde.

—Vete ya, niña. Yo puedo solo.

—No, te ayudaré. Aún tengo tiempo. No estará listo hasta dentro de unos cincuenta minutos.

—Pues ve con cuidado. Coge una de las furgonetas de la cochera. En tu camioneta no entrará todo.

—¿Estás seguro? —Asiente sonriendo. Me alivia ver que su aspecto ha mejorado. Ya no parece tan cansado—. Volveré cuanto antes y, por tu propio bien, te aconsejo que no asomes la cabeza por la cocina. Mamá está en uno de esos momentos chihuahua.

Me despido con la mano y me dirijo a la cochera mientras escucho como mi padre ríe a carcajadas por mi último comentario. Me hago con las llaves de una de las furgonetas que usan los jardineros y demás empleados de la villa y me pongo en marcha de inmediato. Cuando tomo el sendero para salir de la propiedad, me veo obligada a frenar de golpe cuando alguien se atraviesa justo delante del vehículo.

—¿En serio? Un año sin vernos y lo primero que haces es intentar asesinarme —comenta Jude, acercándose a mi ventanilla.

Niego con la cabeza. Sigue estando exactamente igual. Con su pelo alborotado y esos hoyuelos que aparecen en sus mejillas cuando sonríe.

—Me alegro de verte, Jude. Me bajaría para darte un abrazo, pero tengo prisa.

—¿A dónde vas? Te he estado buscando desde que llegamos.

—A Gunnison. Tengo que recoger las provisiones o esta noche tu familia y tú os alimentaréis a base de cubitos de hielo.

—¡No me jodas! A mi madre le daría un sincope —dice, riendo a carcajadas—. Espera, te acompaño. Puedo, ¿verdad? —Pongo los ojos en blanco y estiro el brazo, señalando el lugar vacío a mi lado.

Jude no tarda ni diez segundos en entrar en el vehículo y, tras recibir un fuerte abrazo por su parte, retomo la marcha de inmediato.

Aprovechamos el trayecto de ida para ponernos al día de todo lo que hemos hecho durante el año. Jude sigue estudiando en la universidad de San Francisco. Se supone que ya debería haberse licenciado, pero por algún motivo sigue retrasándolo. En mi opinión, teme que llegue el momento de empezar a trabajar con su padre y sus hermanos en la empresa familiar. Atwood Adventures solo es uno de los muchos negocios de Atwood Enterprises, como la rama inmobiliaria, energética e incluso textil.

Con la furgoneta ya cargada, hago el camino de vuelta, pero me detengo antes de salir de Gunnison justo frente a un restaurante.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Jude.

—He encargado vuestra cena. Mamá no tendrá tiempo de preparar nada a estas horas. Además, estará agotada.

—¿Vas a darle a mi madre comida de un restaurante y hacerle creer que la ha hecho la tuya?

—Justo eso —admito, encogiéndome de hombros.

—¡Me encanta! —Salimos de la furgoneta y nos dirigimos al interior del local—. Al menos conoces este restaurante. ¿Se come bien?

—La comida es deliciosa —respondo ya dentro—. Vengo aquí al menos una vez al mes. La lasaña de verduras es algo de otro mundo.

Hace una mueca de asco.

—En serio, no sé cómo sobrevives comiendo solo cosas verdes. ¿Nunca te apetece un buen trozo de carne sangrienta?

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza.

—Prefiero algo que no implique comer animales muertos —replico.

Enseguida nos entregan la comida y seguimos nuestro camino. Jude se pasa todo el trayecto de

vuelta preguntándome por mi vida en Gunnison, mis amigos, la universidad y mil cosas más. Después sigue con los planes que tiene para el verano, en los cuales no tarda en incluirme.

—¿Vas a quedarte todo el verano? —pregunto cuando ya estamos entrando en la villa.

—No lo creo. Ya sabes que no suelo aguantar más de un mes. Esto está bien, el campo, la naturaleza, los pajaritos y todo eso, pero soy carne de ciudad.

Asiento, aunque en realidad no termino de entenderlo del todo. ¿Por qué alguien cambiaría la paz y la tranquilidad de este lugar por el bullicio de una gran ciudad? Lo que peor llevo de estudiar en Gunnison es tener que vivir allí entre semana, y eso que no es San Francisco.

Estaciono el vehículo en el garaje y desde allí empezamos a descargarlo todo. Enseguida llega mamá y se lleva una sorpresa al darse cuenta de que he cumplido mi palabra. En poco menos de media hora, la cena está servida y Jude se marcha para sentarse a la mesa con su familia. Después, mamá y yo guardamos todas las provisiones y me preparo un sándwich rápido antes de irme a casa. Ella aún debe encargarse de recogerlo todo antes de poder hacer lo mismo.

Después de cenar y cambiarme de ropa, decido meterme en la cama, pero no consigo dormir. Bien entrada la madrugada escucho a mis padres llegar, leo un rato, incluso chateo con Caroline, mi mejor amiga, y hago un nuevo intento de coger el sueño. Nada. Supongo que todo el estrés y las emociones del día me están pasando factura.

Me levanto y salgo a dar un paseo y tomar un poco de aire fresco. Como siempre, me dirijo a la zona de la piscina. Desde niña ha sido uno de mis lugares favoritos. Compruebo que todas las luces de la casa estén apagadas antes de tirarme al agua. Nado de un lado a otro durante un buen rato, hasta que estoy realmente agotada. Me quedo flotando mientras fijo la vista en el cielo azulado repleto de estrellas. Siento como poco a poco mi cuerpo se relaja; sé que cuando vuelva a casa podré dormir sin problema.

—Supongo que hay costumbres que no se pierden, ¿verdad, chica muñeca?

Me sobresalto y termino con la cabeza sumergida y tragando agua. Al salir a la superficie toso con fuerza. Alzo la mirada y abro mucho los ojos al ver a Grayson Atwood sentado al borde de la piscina. Había olvidado que él también estaba aquí. ¡Mierda! Cuando creí que todo iba a mejor, llega este idiota para recordarme que nunca debo dar nada por sentado.



Capítulo 4

Grayson

Me despierto sin aliento. Estoy bañado en sudor y siento que mi garganta se cierra. Carraspeo y resoplo con fuerza. Estoy harto de estas malditas pesadillas. ¿Es que nunca van a desaparecer? Ya han pasado quince jodidos años y sigo reviviendo ese fatídico día una y otra vez.

Me levanto y me doy una ducha rápida. Siempre es así. No consigo permanecer debajo del agua más que unos pocos minutos sin sufrir un ataque de pánico. Vestido solo con un pantalón de algodón, decido salir a la terraza para tomar un poco de aire fresco. Me apoyo en la barandilla de la terraza que da a la parte trasera de la mansión y clavo la mirada en el cielo mientras enciendo un cigarrillo. Suspiro. El paisaje nocturno es asombroso.

Siento cierta pena por no disfrutar de estos momentos tan a menudo como me gustaría. Los primeros años, después de que los Atwood me adoptaron, solía venir todos los veranos, al menos durante un par de semanas. No sé por qué dejé de hacerlo. Supongo que un chico de dieciséis años durante el verano solo quiere salir con sus amigos y hacer locuras, no encerrarse en un pueblucho en mitad de la nada con su familia. Después vino la universidad, el trabajo… En fin. Me alegra haber dejado que Leonard me convenciera para venir.

Escucho un chapoteo y frunzo el ceño, desviando la mirada hacia abajo. Alguien parece estar nadando en la piscina. Compruebo la hora en mi reloj de muñeca. Son las tres de la madrugada. ¿Qué clase de loco se baña a estas horas? Parece una chica. Tal vez mi hermana Kristen o su amiga Erika… De pronto, la chica se queda flotando sobre la superficie del agua y consigo verle el rostro. Es la hija de la ama de llaves. Sky. Sacudo la cabeza de un lado a otro con diversión. Esta cría no aprende de sus errores. Aún recuerdo la primera vez que la vi. Pensó que yo era un ladrón, aunque la que estaba donde no debería era ella. Admito que esa noche fui un poco cruel con ella, y gracias a eso me gané su odio eterno. Las pocas veces que la vi después de eso siempre me ha demostrado su desprecio en forma de mirada asesina.

Llevado por un impulso, salgo de la habitación y bajo a toda prisa los escalones hacia la planta principal. Cruzo la casa y salgo por la puerta trasera, que da al jardín y también a la piscina. Me aseguro de no hacer ruido mientras camino descalzo sobre las baldosas de piedra. Me siento en el

borde de la piscina y hago una mueca al notar el agua fría en mis pies. Solo en momentos como este, cuando necesito recordarme que el miedo no me domina, me permito hacer algo así. Respiro hondo y me convenzo a mí mismo de que no corro peligro. Solo son los pies, nada más. Puedo irme cuando quiera. Consigo tranquilizarme y sigo observando en silencio a Sky. No se ha dado cuenta de que ya no está sola. Tiene los ojos abiertos, pero la mirada clavada en el cielo. Doy un par de caladas más a mi cigarrillo y lanzo en humo en su dirección, pero ni así consigo llamar su atención.

—Supongo que hay costumbres que no se pierden, ¿verdad, chica muñeca?

Sky se sobresalta y su cabeza se sumerge en el agua. Agarro el borde de la piscina con fuerza y estoy a punto de lanzarme para ayudarla, pero el terror se apodera de mí. Por suerte, no tarda en salir a la superficie tosiendo y escupiendo agua. Echa su melena hacia atrás y clava sus ojos azules en los míos. No han cambiado nada. Recuerdo lo mucho que me impresionó ese tono de azul tan claro en su mirada la primera vez que lo vi. Por algún motivo que desconozco, el miedo y la ansiedad que sentía hace solo unos instantes desaparecen por completo.

—¡¿Qué demonios haces? ¡¿Intentas matarme?! —La imagen de un cuerpo flotando sobre el agua se cuela en mi mente. Se me cierra la garganta y me cuesta respirar—. Oye, te estoy hablando. —Veo que se acerca nadando, y ladea la cabeza frunciendo el ceño—. Aparte de idiota, ahora también eres sordo, ¿no?

¡¿Qué?! Sacudo la cabeza para borrar esa imagen de mi mente y clavo mi mirada en la suya.

—¿Acabas de llamarme idiota? —inquiero, aún sin aliento.

—Casi haces que me trague toda la piscina. ¿A qué ha venido eso?

Saco los pies del agua y le doy una nueva calada a mi cigarrillo antes de lanzarlo lejos, hacia la hierba. Sky chasquea la lengua contrariada.

—¿Qué? ¿No puedo tirar una colilla?

—Existen los ceniceros. Se nota que no eres tú el que recoge la porquería.

Casi sonrío por su descaro. Supongo que es verdad, hay personas que nunca cambian, y Sky sigue siendo la misma cría valiente y descarada, aunque también bocazas.

—Estoy en mi casa, muñeca —señalo, sonriendo con chulería—, aunque parezca lo contrario, ya que, una vez más, actúas como si tuvieses todo el derecho de usar nuestra piscina a tu antojo.

Resopla, y con un salto grácil sale de la piscina. Empieza a escurrirse la humedad del cabello justo a mi lado y termina salpicándome. Me pongo en pie dispuesto a pegarle cuatro gritos, pero antes de que pueda decir una sola palabra algo en ella llama mi atención. Tiene la ropa empapada. Lleva puesto un pantalón corto oscuro y una camiseta de tirantes blanca que se pega a su piel y deja a la vista un par de pechos sin nada más que los cubra. ¡Dios santo, tiene unas tetas perfectas! ¿Cuándo le han crecido así? No soy capaz de dejar de mirarlas.

—¿Sabes lo cursi que suena lo de «muñeca»? Ey, te estoy hablando. —Sigo embelesado con sus pechos. Me pregunto si se sentirán al tacto tan tersos como parecen a simple vista—. ¡Eh, pervertido!

Alzo la mirada de inmediato y Sky se cruza de brazos para cubrirse los senos. Es una verdadera lástima. Me hubiese gustado seguir mirándolos un rato más.

—¿Qué?

—Me estabas mirando las tetas, imbécil.

—Ya lo sé. —Me encojo de hombros—. ¿Qué esperabas? Me las pusiste delante. Además, si no quieres que nadie te mire, deberías usar algo más que esa camiseta para bañarte. O mejor aún, no hacerlo, ya que se te ha advertido que esta piscina es para uso personal de mi familia.

—Tengo permiso —sisea con la mandíbula apretada.

—Ya, claro.

—Es verdad. Puedes preguntarle a tu padre. Él me permite usar la piscina por la noche.

—¿Y debería creerte?

—Ese es tu problema. —Empieza a caminar, y enseguida me doy cuenta de que su intención es marcharse. No sé por qué la sujeto por el brazo cuando pasa por mi lado—. ¡Suéltame! —exclama, y se revuelve para liberar su brazo. Veo cómo pierde el equilibrio y va a caer a la piscina. Intento impedirlo, estiro el brazo para agarrarla, pero ella es la que me sujeta a mí y me arrastra. Me sumerjo en la piscina y grito bajo el agua con el corazón latiendo a toda velocidad. Consigo llegar a la superficie y nado rápido para salir de esta maldita trampa mortal. El pánico se apodera de mí y apenas puedo respirar. Me arrodillo sobre el suelo e intento recuperar el control de mi propio cuerpo. Escucho a alguien a mi lado, pero no soy capaz de entender lo que dice. De pronto, siento que me toca y me aparto de forma brusca.

—¡Aléjate de mí! —grito con voz ronca.

Consigo ponerme de pie, aunque me tambaleo un poco. Sigo respirando con dificultad y todo mi cuerpo tiembla de manera descontrolada.

—Tranquilo, solo intentaba ayudarte. ¿Te encuentras bien?

Alzo la mirada y la encuentro justo delante de mí. Me mira con… lástima. ¡Maldición! No necesito su puta compasión.

—¿Por qué aceptaría la ayuda de la hija de una sirvienta? —siseo con rabia—. Si alguna vez necesito que me limpies los zapatos, te llamaré. Ahora lárgate de aquí antes de que yo mismo te saque.

Noto la forma en la que su mirada cambia. Aprieta los puños y niega con la cabeza.

—Tienes toda la razón, hay cosas que nunca cambian. Tú sigues siendo el mismo idiota que conocí cuando era una niña —masculla antes de marcharse a toda prisa.

Consigo volver a mi habitación y me tumbo sobre la cama con el pantalón y el pelo chorreando. Intento recuperarme, pero me resulta muy difícil. Los recuerdos me golpean con fuerza y el llanto atenaza mi garganta como una cuchilla afilada. Esa maldita cría ha conseguido provocarme un ataque.



Capítulo 5

Sky

Mientras Eric y yo descargamos los kayaks de la furgoneta, no puedo dejar de pensar en lo que ocurrió anoche en la piscina. Grayson Atwood es aún más imbécil de lo que lo recordaba, también más guapo, eso lo admito. Jamás imaginé que bajo esa imagen de niño rico y esnob se escondiera semejante cuerpo, y cuando salió de la piscina empapado y con el pelo despeinado… ¡Señor, parecía un dios griego! Poseidón. Sí, eso es, una versión sexy y cachondo del señor de los mares. Aunque mi aturdimiento por presenciar tal belleza no duró demasiado. Enseguida me di cuenta de que algo malo estaba ocurriendo. Parecía aterrado, temblaba y su mirada… Era como si estuviese encerrado en una pesadilla. Después volvió a ser el mismo. Arrogante, mandón, creído y cruel.

—Sky, las correas. —¿Qué demonios le pasa a la gente? ¿De verdad creen que ser la hija de una empleada doméstica es algo de lo que tenga que avergonzarme?—. ¡Sky!

—Eh… —el grito de Eric logra sacarme de mis pensamientos—, ¿qué pasa?

—Las correas. —Señala el interior de la furgoneta y resoplo—. ¿Te encuentras bien? Llevas todo el día distraída.

—Sí. —Suspiro y me las cuelgo del hombro antes de empezar a caminar hacia el interior de la base de Atwood Adventures—. Solo estoy un poco cansada. Mañana recuperaré fuerzas.

—Te vas a librar de la sesión de escalada. —Arqueo una ceja y mi compañero sonríe—. Cuatro tipos que creen que, por haber subido el muro de un gimnasio, ya son escaladores profesionales.

—Ahora me alegro aún más de tener el día libre.

Ambos reímos y nos dirigimos a uno de los almacenes para organizar todo el material. La salida de esta mañana ha sido sencilla. Paseo en kayak por una parte del río bastante tranquila. Al menos no había ningún fanfarrón con ideas de héroe entre nuestro grupo, por lo que todo ha salido según lo esperado.

Limpiamos y guardamos junto todo el material y después Eric se marcha. Debe estar descansado para la salida de mañana. Las escaladas son las más duras físicamente. Yo tengo el

día libre y pienso aprovecharlo para reponer fuerzas, puede que incluso vaya por la tarde al lago Diamond a nadar un rato. Me ducho y me cambio de ropa, y estoy a punto de salir del vestuario cuando la puerta se abre y veo a Alan Devon entrar. Frunzo el ceño. ¿Qué demonios querrá ahora? Y ¿por qué entra en el vestuario femenino sin avisar?

—Sky, te estaba buscando —dice, enseñando sus dientes blancos.

—Señor Devon, estaba a punto de irme ya. ¿Necesita algo?

Abro la puerta que él acaba de cerrar para darle a entender que no pienso entretenerme demasiado. Además, no me gusta estar encerrada a solas con él aquí. Parece darse cuenta de mi intención porque asiente y me indica con la mano que salga. Lo hago de inmediato y espero fuera a que llegue a mi lado.

—Vengo a informarte de que mañana debes estar aquí temprano. Necesito que seas la guía de escalada de un grupo bastante importante.

—Señor, mañana es mi día libre —señalo.

—Estoy seguro de que no tendrás ningún inconveniente en cambiarlo. Como ya he dicho, en este grupo hay personas muy importantes e influyentes que han venido expresamente para subir la pendiente del infierno.

—¡¿La pendiente del infierno?! —exclamo sorprendida. Eric mencionó que no eran escaladores experimentados, y esa zona es muy compleja e inestable—. Señor, no creo que sea conveniente llevar a un puñado de hombres de negocios sin ninguna experiencia a esa zona.

Vuelve a sonreír, esta vez con prepotencia.

—Por suerte, no eres tú quien toma esas decisiones. Tu trabajo es hacer lo que se te ordena. Eres una guía, así que vas a llevar a ese grupo a donde yo crea oportuno. ¿Lo has entendido?

Me muerdo la lengua para contener la serie de improperios que se acumulan en mi garganta. Este imbécil no entiende el peligro que corremos cada día, y más todavía yendo con gente sin ningún tipo de experiencia.

—Señor Devon, insisto…

—¡Deja ya de quejarte! —grita, sorprendiéndome.

Oh, eso sí que no. Si cree que voy a permitirle ese tono es que no me conoce ni un poquito. Estoy a punto de abrir la boca para soltar lo que probablemente sean mis últimas frases como trabajadora de esta empresa cuando alguien me interrumpe.

—¿Qué está pasando aquí? —Aparto la mirada y suspiro al ver al señor Atwood acercarse con el ceño fruncido.

—Leonard, qué bueno verte —lo saluda su cuñado.

El señor Atwood me mira a mí y ladea la cabeza, aún con el entrecejo arrugado.

—He hecho una pregunta. ¿Qué ocurre? ¿Por qué discutíais?

—No discutimos —empieza diciendo el capullo de Devon—. Solo estamos debatiendo unos asuntos laborales.

—El señor Devon insiste en que debo cambiar mi día libre para guiar a un grupo sin experiencia en escalada para ascender la pendiente del infierno.

La mirada que me lanza mi jefe es de las que aterraría a más de uno, pero yo solo me cruzo de brazos.

—¿La pendiente del infierno? Es una locura hacerlo sin experiencia previa. Además, ¿por qué deberías cambiar tu día libre?

—Ella conoce esa zona mejor que cualquiera de nuestros otros guías. Es la más indicada para…

—No —le corta el señor Atwood—. Cancela el ascenso.

—Pero, Leonard, son los inversores de los que te hablé por teléfono. Han venido desde Nueva York para…

—Me importa muy poco quiénes sean o de dónde hayan venido. Proponles ascender por una zona menos peligrosa.

—No aceptarán —farfulla.

—En ese caso, pueden regresar a Nueva York. Nosotros no pondremos en peligro a ninguno de nuestros trabajadores por el capricho de nadie.

—Pero…

—Espérame en el despacho, Alan. Enseguida voy para allá —lo corta de nuevo sin inmutarse.

El señor Devon resopla con fuerza y me lanza otra mirada amenazante antes de irse.

—Señor Atwood, siento todo esto. Yo solo…

Alza una mano para hacerme callar y niega con la cabeza.

—No te disculpes, muchacha. Eres la mejor guía porque sabes seguir tus instintos. Si crees que no debes hacer algo, solo niégate. Da igual lo que diga el idiota de mi cuñado. Si en algún momento te da problemas, solo debes llamarme y yo me encargaré de él. ¿Entendido? —Asiento, aunque me siento incómoda por la responsabilidad y confianza que pone en mí.

—Entonces, mañana…

—Disfruta de tu día libre. Descansa porque este fin de semana nos vamos de excursión. Quiero que lo prepares todo para que subamos a la cima.

—Pediré que preparen la cabaña. ¿Va a quedarse allí mucho tiempo?

—Unos días. Tres o cuatro tal vez. Intentaré convencer a Kristen y a Grayson para que nos acompañen, pero, en principio, seremos solo Jude y yo. Ya sabes que mi esposa no se pondría unas botas de montaña por nada en el mundo.

Sonrío y asiento. No me imagino a Margot Atwood con ropa deportiva y subiendo una montaña. Aunque sería algo muy gracioso.

—Lo tendré todo listo para el viernes. Aunque creo que tengo programadas algunas salidas para el fin de semana.

—Yo me encargo de eso con Alan. Por cierto, ¿qué te parece mi cuñado?

—¿A qué se refiere, señor?

—Su rendimiento. Necesito saber si es un buen jefe, si os trata como merecéis y se encarga del trabajo como es debido.

—Eh… —Me rasco la nuca sin saber qué contestar a eso.

—Sky, sabes que puedes ser sincera conmigo. Solo le di el puesto a Alan porque mi esposa insistió. Es su único hermano y estaba sin empleo, pero si no cumple con su trabajo no me temblará el pulso a la hora de firmar su carta de despido.

—No creo que sea para tanto, señor. Él solo… —Suspiro—. Es un poco raro y…

—¿Y? —arquea una ceja.

—Arrogante, creído, narcisista… Lo habitual en alguien de su estatus social. Al fin y al cabo, es descendiente de uno de los fundadores de Clearstone Hill.

—Yo también, así que no sé cómo tomarme lo que acabas de afirmar —comenta con media sonrisa.

—Oh, no… No me refería a eso. Usted no es así.

—Ya, eso espero. —Coloca una mano sobre mi hombro y le da un leve apretón—. ¿Hay algo más que quieras decirme sobre Alan?

—No, aparte de eso, solo hace su trabajo. Puede que a veces se deje llevar un poco por la inexperiencia. No entiende del todo los riegos que corremos los que subimos esa montaña a

diario.

—Me encargaré de hacérselo saber. Si eso es todo, te dejo marcharte ya. Descansa y nos vemos el viernes. Vamos a pasarlo muy bien.

Asiento y me despido con la mano antes de irme. No me pasan desapercibidas las miradas y los cuchicheos de mis compañeros, que han sido testigos de la forma en la que el señor Atwood se comporta conmigo. Supongo que, un verano más, tendré que soportar las habladurías de la gente sin nada mejor que hacer que meterse donde no les llaman.

Estoy llegando al aparcamiento cuando escucho mi teléfono sonar. Descuelgo la llamada sonriendo al comprobar que es Caroline.

—¿Estás lista para esta noche? —pregunta sin ni siquiera saludar.

Entro en mi camioneta y, tras cerrar la puerta, me pongo el cinturón sujetando el móvil con el hombro.

—¿Qué se supone que va a ocurrir esta noche?

—Tú y yo nos vamos al Red Rock. —Bufo y me pinzo el puente de la nariz—. Ni se te ocurra. ¿Me escuchas? No vas a pasar la noche en casa con tus padres. Casi no nos vemos durante el verano y echo de menos a mi mejor amiga.

Suelto una carcajada. Caroline es la persona más desapegada que conozco. No acostumbra a mostrar sus sentimientos. Por eso sé que intenta manipularme para salirse con la suya. Aunque también es verdad que la extraño. Estudiamos y vivimos juntas en Gunnison durante el año lectivo, pero en verano solemos estar ocupadas con nuestros trabajos y no nos vemos tanto.

—Está bien, tú ganas. ¿A qué hora quedamos?

—A las siete. Ponte guapa. Ah, es verdad… He invitado a Mark.

—¿Mark Hertford? ¿No te parece raro salir con tu jefe?

—Solo vamos a divertirnos un rato los tres. Ya me gustaría a mí salir con él de otra forma. Además, aunque la gente hable de mí, jamás podré superar lo tuyo. Al menos Mark no tiene edad para ser mi padre.

—Muy graciosa —mascullo, poniendo el motor en marcha. Me cuesta un par de intentos hacerlo funcionar.

—Yo te recojo en casa. No vaya a ser que ese trasto nos deje tiradas de nuevo.

—¡Oye! Mi camioneta es muy fiable.

—Ya, lo que tú digas. Nos vemos esta noche.

Me cuelga y suspiro. No tengo ganas de salir, pero sé que es inevitable. Discutir con Caroline es como intentar romper un muro de hormigón a pellizcos: inútil.



Capítulo 6

Grayson

Con los ojos cerrados, disfruto de la placentera sensación de sentir el sol contra mi cuerpo. Hace ya un par de horas que me sumé a mis hermanos y a nuestra invitada en la piscina. Jude y Erika, la mejor amiga de Kristen, conversan y se salpican agua entre risas; mi hermana y yo descansamos en unas tumbonas. Incluso llego a dormitar un poco. Supongo que es algo lógico, después de lo de anoche no pude pegar ojo y me siento agotado. Suspiro escuchando el chapoteo del agua a pocos metros de mí. Llevaba años sin sufrir una crisis tan fuerte. ¡Esa maldita cría! ¿Por qué tuvo que arrastrarme a la piscina? Todo es culpa suya.

Siento cómo me salpican y me quito las gafas de sol, apartando las piernas para que el imbécil de mi hermano pueda sentarse. Está empapado.

—Oye, estaba pensando que esta noche podríamos hacer algo.

—¿Como qué? —pregunta Kristen.

—Salir a tomar unas copas, divertirnos. Estamos de vacaciones. Además, ¿cuántas veces vamos a coincidir todos juntos en Clearstone? Vosotros casi nunca venís.

—Eso es porque este pueblo está repleto de paletos —masculla nuestra hermana mayor, arrugando la nariz.

—A mí me parece una gran idea —señala Erika.

—Créeme, cuando veas los tugurios a los que llaman bares no pensarás lo mismo —replica Kristen.

—¡Vamos, Kris, no seas aburrida! —exclama Jude, lanzándole una toalla húmeda.

Nuestra hermana hace una mueca de asco y se baja un poco las gafas para mostrarle su disgusto a modo de mirada asesina.

—¿Tú qué dices, Grayson? —Erika me sonríe y me encojo de hombros.

Sus intenciones son claras. No deja de buscar mi aprobación en todo momento, se me insinúa más veces de las que soy capaz de contar: sonrisitas íntimas, pestañeos… Sí, está pidiendo a gritos un trozo de mí, y tal vez se lo dé. No soy de los que va por ahí rompiendo las ilusiones de las mujeres hermosas. Por el momento, prefiero seguir creando expectación.

—Vamos, hermanito —insiste Jude, revolviendo mi pelo. Lo aparto de un empujón, aunque el muy capullo no deja de burlarse de mí—. No te bañas y ahora tampoco quieres salir de fiesta. Voy a pensar que te estás convirtiendo en un aburrido como Kristen.

—Jude, ya vale —le advierte nuestra hermana.

No necesito girarme para saber que ahora mismo me estará mirando con lástima. Ella sabe por qué le temo al agua, sabe lo que pasé.

—Está bien. —Jude resopla y se deja caer de nuevo a los pies de mi tumbona—. Solo quería que hiciéramos algo juntos.

Inspiro hondo y, como siempre, termino cediendo.

—Podemos ir a Gunnison. Supongo que allí habrá algún local decente donde tomar unas copas.

—¡¿A Gunnison?! ¡Estás loco! —se queja Kristen.

—¿Está muy lejos? —inquiere Erika.

—Es la ciudad más cercana —respondo—. Está como a media hora en coche.

—Yo tengo otra idea. Hay un *pub* aquí, en Clearstone, al que he ido unas cuantas veces.

—No me quiero imaginar el tipo de *pub* que puede haber en este pueblucho de mierda —farfulla Kristen.

De pronto, Jude alza la mirada y sonríe de oreja a oreja.

—Os lo digo enseguida. Ya vuelvo.

Sale corriendo, y solo entiendo su reacción cuando veo que más allá de la zona de la piscina, junto a la puerta de las cocheras, se encuentra Sky. Jude la abraza nada más llegar a su lado y ella le da un par de manotazos. Supongo que la ha mojado. Sin embargo, no tarda en sonreírle y asiente a algo que él le dice. Mi hermano nos señala y nuestras miradas se encuentran. Se pone muy seria y niega con la cabeza.

Me pongo en pie y camino hacia ellos. No sé por qué lo hago. Tal vez porque no me gusta la forma en la que me mira o puede que, en el fondo, me sienta un poco culpable por lo que dije anoche. Estaba tan fuera de mí que solo quería que se marchara, y la manera más efectiva de lograrlo fue ofenderla, otra vez.

—Hola, chica muñeca —la saludo, y sonrío un poco.

Frunce el ceño como si no entendiera mi actitud tan casual y me sorprende al apartar la mirada de inmediato. Me está ignorando. La muy…

—Vamos, Sky. Podemos pasarlo bien —le dice mi hermano.

Ella resopla y niega con la cabeza una vez más.

—No creo que sea buena idea. Es que no entiendo por qué te empecinas en eso. Solo conseguirás que todos nos sintamos incómodos.

—¿Por qué? Tú vas a ir al Red Rock con Caroline y nosotros también. Sabes que quiero verla y, por algún motivo, tu amiga sigue evadiéndome.

—¿Te has planteado que tal vez no le interesas?

Casi me echo a reír. No me equivocaba, sigue siendo una descarada. No se guarda nada.

—¡Eh! Tampoco es necesario que me rompas el corazón, chica.

Sky pone los ojos en blanco y sonríe, negando con la cabeza.

—Tu corazón estará bien, aunque no puedo decir lo mismo de tus pelotas como te pases de listo con Caroline.

—¿Eso quiere decir que aceptas?

—En absoluto. Pasadlo bien en el Red Rock. Nosotras haremos los mismo. Supongo que coincidiremos allí.

—Pero es una tontería. Podemos ir todos juntos, en grupo.

—Jude, deja de insistir —intercedo, colocando la mano sobre su hombro—. Está claro que Sky no quiere nuestra compañía.

Ella alza la barbilla y se cruza de brazos, adoptando una postura defensiva y… Muy *sexy*. Oh, sí, eso también. Su escote se tensa dejando a la vista la parte superior de esos maravillosos pechos.

—No te equivoques, la compañía de Jude la aprecio y disfruto —replica.

Mi hermano se atraganta con su propia risa, aunque enseguida se recompone y vuelve a la carga.

—Venga, hagamos el intento. Si después alguien se siente incómodo, pues nos separamos y ya está, pero necesito que me eches un cable con Caroline. Para eso están los amigos, ¿no?

—Tiene gracia que uses la baza de la amistad conmigo. —Chasquea la lengua y exhala con fuerza—. Está bien. Carol pasará a recogerme a las siete. Nos vemos a la salida de la villa.

—¡Sí! —exclama mi hermano, alzando el brazo. Se acerca a Sky y la abraza con fuerza. No sé por qué me siento incómodo ante esa muestra de cariño. Tenso la mandíbula y aprieto los puños mientras Jude la besa en la mejilla—. Nos vemos esta noche. Vamos a pasarlo genial, ya verás.

Sky asiente no muy convencida, y tras despedirse de él, porque a mí ni siquiera me mira, se marcha hacia la pequeña casa de empleados en la que vive con sus padres.

—¿Estás seguro de esto? —siseo mientras la veo irse.

—Claro. Sky es increíble, ya lo verás. Cuando la conozcas…

—Ya lo hago —le corto. Inspiro hondo y clavo la mirada en la suya—. Deberías dejar de abrazar y besar a las empleadas en público si no quieres que esos gestos se malinterpreten.

—¿De qué hablas, Grayson? Sky es una amiga, como una hermana.

—Pues que se note —siseo, y tras dar media vuelta regreso a la tumbona.



Capítulo 7

Sky

—¡Serás perra! —Hago una mueca por el grito de Caroline y mi padre aparta la mirada del periódico que estaba ojeando.

Por suerte, las incorporaciones de verano han llegado ya, y tanto él como mamá están más relajados.

—¿Pasa algo, chicas? —pregunta, frunciendo el ceño.

—No, señor Archer. Solo le recordaba a su hija lo mala persona que es —responde mi supuesta mejor amiga.

Ruedo los ojos de manera teatral y mamá sonríe, negando con la cabeza.

—No les hagas caso, Ronald. —Deja una taza de café sobre la mesa junto a papá y rodea sus hombros con el brazo—. Deja que las niñas se ocupen de sus asuntos.

—¿Niñas? Ya no son niñas, Laurie.

—Pues su hija sigue comportándose como una —farfulla Caroline.

Resoplo y, tras coger mi chaqueta y mi bolso, arrastro a Caroline hacia la salida.

—Adiós, volveré pronto —me despido.

—¡Con cuidado, y Caroline, saluda a tu madre de mi parte! —grita mamá cuando ya estoy cerrando la puerta.

—Yo no voy a ningún lado contigo.

—Caroline, ahora eres tú la que se comporta de manera infantil.

—¡¿Por qué?! No lo entiendo. Se supone que íbamos a pasar una noche fantástica y se te ocurre invitar al idiota de Jude Atwood.

—Él me invitó a mí, y cuando le dije que pensaba ir esta noche contigo, no paró hasta que estuve de acuerdo en que fuéramos todos juntos.

—¿Todos?

—Sí. —Suspiro y hago una mueca—. Sus hermanos también vienen, y creo que otra amiga más.

—¡Genial! La estirada y el snob. ¿Alguien más? ¿La bruja de su madre, tal vez?

—Oye, tampoco te pases. Me presionó y no supe cómo negarme. —Me guardo para mí que, en el preciso instante en el que debí estar haciéndolo, estaba demasiado ocupada intentando no comerme al imbécil de Grayson con la mirada. Esos abdominales y el bañador ceñido a su cintura me distrajeron—. Solo será un rato. Vamos juntos y al llegar allí estoy segura de que cada uno irá por su lado. Además, ¿por qué te molesta tanto que Jude nos acompañe? Creí que ya habías superado lo del verano pasado.

—Por supuesto que sí. Es que no hay nada que superar. Nos enrollamos una noche de borrachera, nada más.

—Claro, porque que él se haya liado con otra justo la noche siguiente no es lo que de verdad te molesta, ¿cierto?

—Zorra —sisea. Suelto una carcajada y, aunque intenta contenerse, ella también acaba riendo conmigo.

Nos montamos en su todoterreno y mi amiga arranca el motor enseguida.

—¿Aún sigues cabreada? —pregunto cuando empezamos a movernos.

—No puedo enfadarme contigo, ya lo sabes. —Suspira y llegamos a la enorme verja que delimita los terrenos de la villa. Un deportivo rojo, que no tardo en reconocer como el coche de Grayson, y otro más grande tipo *pick-up* nos esperan con las luces encendidas—. ¿Soy muy mala si digo que me da vergüenza que nos vean con ellos?

—¡Carol! —exclamo, y le doy un manotazo sonriendo.

—Vamos, míralos, apuesto a que las pijas se han puesto vestiditos de gala y ellos traje y corbata. Somos de mundos distintos.

No contesto a eso, pero en el fondo sé que tiene razón. Tanto los Atwood como los Hertford son venerados y respetados por la gente de por aquí, y nosotras solo somos las que trabajamos para ellos. Obviamente, Mark es la excepción, no actúa como uno de los descendientes de los fundadores. Es más como… yo.

Partimos hacia el pueblo y los Atwood nos siguen en sus carísimos vehículos. No tardamos en llegar. Aparcamos frente al pub y Caroline y yo respiramos hondo antes de bajar de la camioneta. Mi amiga no se equivocaba. Kristen y la que supongo que será su amiga llevan puestos unos ridículos vestidos cortos y van maquilladas como puertas. Al menos Grayson y Jude se han puesto sencillos: vaqueros y camisas. Aunque se nota que son de calidad, nada que ver con mi camiseta de tirantes y el vaquero ajustado.

Nos encontramos justo en la entrada del local y nos quedamos muy quietos y tensos. Como siempre, Kristen arruga la nariz tras repasarme con la mirada de pies a cabeza. Me dan ganas de hacerle un gesto obsceno con el dedo, pero consigo contenerme.

—Hola, Caroline, estás preciosa —saluda Jude con una sonrisa encantadora.

Mi amiga bufa y niega con la cabeza.

—Os espero dentro —dice, y se va, dejándome sola con las fieras.

Levanto la mano a modo de saludo y Kristen también resopla antes de marcharse tras mi amiga. Una vez más, demuestra su refinada educación y saber estar la muy odiosa.

—No le hagas caso —se disculpa Jude—. Ya sabes cómo es nuestra hermana.

—Algo me suena —mascullo en voz baja.

—Te presento a Erika.

La chica, que parece una copia de Kristen, pero en rubio, me sonríe de manera amable y cariñosa.

—Un placer conocerte —dice—. Jude nos ha hablado mucho de ti. ¿Es cierto que trabajas como guía en la montaña? —Asiento—. ¡Eso es increíble! ¿Nos acompañarás pasado mañana en

el ascenso? —Vuelvo a asentir y me queda claro que este fin de semana no va a ser tan tranquilo como pensaba. Si la tal Erika se ha apuntado al ascenso, es posible que los demás también.

—¿Vamos dentro? —sugiere Grayson, estirando su brazo en dirección a la puerta.

Jude es el primero en entrar, después va Erika y yo tras ella. Grayson se queda ahí, esperando a que todos pasemos, y justo cuando paso por su lado siento que coloca su mano en la parte baja de mi espalda para empujarme despacio hacia el interior. Todo mi cuerpo se tensa y siento un cosquilleo extraño en el lugar donde hace contacto. Supongo que solo intenta ser caballeroso, pero la verdad es que tanta cercanía me pone nerviosa, y así se lo hago saber cuando me aparto con brusquedad nada más entrar en el pub.

Sigo caminando como si nada, ni siquiera me giro para ver su reacción. Cuando llegamos a la mesa que Caroline ha escogido para nosotros, casi suelto una carcajada al comprobar que mi amiga y Kristen se han sentado en extremos opuestos y miran cada una hacia un lado distinto.

Tomo asiento junto Caroline y poco a poco nos vamos acomodando todos alrededor de la mesa. Jude se encarga de ir a por las bebidas. Cervezas para la mayoría, solo Kristen pide un combinado que ella misma tiene que explicar cómo se prepara, todo ello con una expresión de asco que empieza a cabrearme. No sé por qué demonios decidió venir si está claro que este no es su ambiente. Su amiga, sin embargo, parece estar disfrutando con la música y el aspecto de taberna del local.

—¿Llego tarde? —Mark se acerca sin aliento y sonríe al verme.

—Justo a tiempo —respondo, y le tiendo mi cerveza a medio beber.

Me lo agradece con una nueva sonrisa y la vacía de un solo trago.

—¡Dios, estaba sediento! Hola. —Alza su mano y estrecha la mirada al darse cuenta de quiénes nos acompañan—. Los hermanos Atwood al completo —canturrea.

—Hertford, ¿sigues dejando que tus excursionistas se despeñen? —se burla Jude.

—Muy gracioso —replica el aludido.

—¿Hertford? —Grayson frunce el ceño, clavando su mirada en Mark—. ¿Como el dueño de Hertford Outdoor Scapes?

Mierda, ya empezamos. Espero que estos dos sepan comportarse como personas civilizadas. Empiezo a pensar que esta reunión ha sido una de las peores ideas de Jude, y mira que las ha tenido muy malas.



Capítulo 8

Sky

Los dos hombres se quedan mirando el uno hacia el otro muy serios. Mark es el primero en reaccionar. Chasquea la lengua y estira más su brazo en dirección a Grayson.

—Ese es mi padre. Yo soy Mark. Creo que hemos coincido un par de veces, pero hace ya unos cuantos años. Encantado. —Grayson se queda mirando su mano extendida, sin embargo, no lo saluda de vuelta—. Vamos, hombre. Puede que nuestros padres no sean los mejores amigos y tengamos empresas rivales, pero eso no significa que no podamos llevarnos bien. Jude y yo nos respetamos.

—Así es —señala Jude, alzando su cerveza a modo de brindis.

Al fin, Grayson parece aceptarlo y estrecha su mano. Entonces Jude se encarga de presentarle a Erika, y cuando llega el momento de Kristen, es Caroline la que habla.

—La que tiene cara de haber chupado un limón es Kristen —dice en un tono lo bastante alto para que todos la escuchemos—. Mierda, he dicho eso en voz alta, ¿verdad?

No puedo contener la risa, aunque giro la cara para que no se den cuenta, especialmente Kristen, que enseguida empieza a vociferar improperios.

—¡No sé qué demonios hacemos aquí con estos paletos! —exclama ya en pie.

—¡Oye! —replico sin poder contenerme.

—¿Bailamos? —Mark tira de mí para alejarme de la mesa—. Tranquila, mujer. Solo respira —susurra cuando llegamos al centro de la pista de baile.

—No la soporto —siseo.

—Es lógico, pero tampoco me apetece sacarte del calabozo esta noche. Imagina la cara que pondría el sheriff Rush si tiene que venir a buscarte porque le has roto la nariz a una Atwood.

Sonrío imaginando la escena y dejo que Mark me guíe mientras bailamos en círculos. En cierto momento de la noche, Grayson también se anima a bailar y lo hace con Erika. No me han pasado desapercibidas las miraditas que ella le echa. Está claro que, si no tienen algo ya, lo tendrán. Salta a simple vista. Por primera vez desde anoche, me permito observar a Grayson con atención. Me asusté mucho cuando lo vi temblando y sin respiración, parecía estar sufriendo.

Entonces, el muy imbécil tuvo que abrir esa bocaza y soltar toda la mierda que lleva dentro. Ahora parece estar bien, relajado y divirtiéndose con su… lo que sea.

Mark y yo seguimos bailando durante horas. Me bebo varias cervezas más e incluso me animo a desafinar en el karaoke junto a Caroline. Estoy junto a la barra charlando con Mark cuando veo a lo lejos que Caroline y Jude parecen discutir.

—Esto va a acabar mal —susurro para mí.

—¿Qué les pasa a esos? —pregunta Mark muy cerca de mi oído para que pueda escucharlo por encima de la música.

Me encojo de hombros. No me incumbe a mí hablar sobre ese tema. Es algo entre mi amiga y Jude. Si quieren resolver o continuar lo que empezaron el verano pasado, es cosa de ellos.

Me acomodo el pelo sobre un hombro y soplo mientras muevo mi camiseta para refrescarme. Hace mucho calor aquí dentro.

—Creo que voy a salir un rato a tomar el aire —le digo a Mark.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. Volveré enseguida. Pídeme otra cerveza.

Asiente y me marcho en dirección a la salida. Al llegar fuera, agradezco el aire fresco de la noche. Miro al cielo y suspiro. Hoy está oscuro, no hay ni rastro de ese azul intenso que tanto me gusta. Aunque tal vez esté ahí y desde el pueblo no sea visible. A veces hay que alejarse un poco de las luces para poder apreciarlo.

—¿Has perdido a tu pareja, muñeca? —escucho la voz de Grayson a mi espalda y me giro de golpe.

—Deja de llamarme así, idiota. Es ridículo.

—No tanto como ver al Hertford ese babeando sobre tus tetas —replica, y le da una calada al cigarrillo que tiene entre los dedos.

—¿Tienes que ser siempre tan capullo?

—¿Perdona? —Abre mucho los ojos, con sorpresa.

—Ya me has escuchado. Tú puedes ser grosero, pero si lo hago yo te parece extraño, ¿no?

—No he sido grosero. Solo expongo un hecho.

—Pues puedes guardarte tus comentarios fuera de lugar. Además, yo con mis tetas hago lo que me dé la gana.

Su mirada va a parar a mi escote y esboza media sonrisa. Es increíble. Sigue teniendo la misma que tanto me llamó la atención la noche que nos conocimos. Es como si él hubiese crecido, pero ese gesto siguiese igual: infantil y travieso.

—De eso no tengo duda. Me interesa saber qué más puedes hacer.

—Eres un jodido pervertido —siseo.

Se encoge de hombros, pero no lo niega, y por extraño que parezca, esa actitud arrogante despierta cierto calor en mi bajo vientre.

De pronto, se acerca más, y tomándome por sorpresa, rodea mi cintura con su brazo y tira de mí hacia su cuerpo.

—¿Quieres saber cómo de pervertido puedo llegar a ser, muñeca? —susurra con sus labios muy cerca de los míos.

Intento empujarlo, pero me sostiene con fuerza.

—¡Déjame ir, imbécil!

—¿Qué harás si no? —Me estrecha aún más contra su cuerpo y puedo notar la dureza de su entrepierna contra mi bajo vientre. Está cachondo. ¿Por qué? «No seas hipócrita, tú también lo estás», resuena en mi cabeza—. Vamos, Sky, ¿quieres saber qué haría yo con estas dos? —Baja

un poco su cabeza y desliza la lengua por el borde de mi escote.

Contengo la respiración, y también un gemido, cuando un latigazo de placer recorre mi espalda. No entiendo por qué se comporta de esta forma, y lo que más me preocupa es que lo estoy disfrutando. Debo haberme vuelto loca.

—Detente —susurro al notar que su boca recorre mi cuello.

Muerde un punto sensible detrás de mi oreja, y en esta ocasión soy incapaz de contener un gemido.

—No quieres eso —susurra, y sigue mordisqueando mi cuello—. Estás deseando que te folle.

—No es cierto. —Carraspeo y vuelvo a empujarlo.

Grayson se aparta un poco, aunque no me suelta. Me mira y frunce el ceño.

—No me mientas, Sky. Odio las mentiras. Sé perfectamente lo que encontraré si ahora mismo meto la mano en tus bragas.

—Eres un maldito creído, arrogante y… —No soy capaz de terminar. Su boca se pega a la mía y me veo arrastrada hacia un lateral del edificio.

Al principio me resisto, intento apartarlo. Solo cuando mi espalda golpea contra la pared y siento su lengua en el interior de mi boca soy consciente de que yo también estoy participando en este beso. Sus manos abandonan mi cintura y recorren mi cuerpo con descaro mientras nos comemos el uno al otro. Nadie jamás me había besado de esta manera tan salvaje, apasionada y desenfrenada. Siento sus manos en mis pechos, los amasa y gime en mi boca cuando encuentra mis pezones duros como rocas. Sus dedos se dedican a acariciarlos y pellizcarlos mientras sigue asaltando mi boca. Yo tampoco me quedo quieta y hundo los dedos en su pelo oscuro, tiro de él y disfruto con sus gruñidos cuando me rozo contra su erección, que parece estar a punto de reventar la costura de sus vaqueros.

En el momento en el que una de sus manos se cuela en el interior de mi pantalón, casi no soy capaz de mantener la compostura. Siento sus dedos hurgar entre mis pliegues y gimo con fuerza. Entonces Grayson se aparta un poco y me mira sonriendo de oreja a oreja.

—Lo que yo decía. Eres una mentirosa —susurra.

Tardo unos segundos en darme cuenta de que ya no me está tocando. Su mano vuelve a estar fuera de mi ropa interior y Grayson se burla de mí arqueando una ceja.

—¡Hijo de…!

—¡¿Sky?! —Me giro deprisa y veo a Caroline en la entrada del callejón. Ni siquiera sé cómo he llegado aquí—. ¿Estás bien? Te estaba buscando.

Carraspeo y echo un vistazo al lugar donde Grayson sigue sonriendo. El muy capullo se lleva los dedos índice y corazón a la boca y los chupa, primero uno y después el otro. Si no estuviese tan cabreada, admitiría que ese gesto es demasiado *sexy* para ser real, pero lo estoy.

—Nos vamos ya —digo, alejándome de él a toda prisa.

Sujeto a mi amiga por el brazo y la arrastro hacia su camioneta. En cuanto nos subimos, exhalo una gran bocanada de aire y me doy cuenta de que me está mirando con fijeza.

—¿Vas a hablar conmigo sobre lo que acaba de ocurrir en ese callejón?

—No preguntes —mascullo.

—Oh, no me hace falta saber los detalles. Tienes los labios amoratados, una marca de mordedura en el cuello y el botón de los pantalones desabrochado.

Miro hacia abajo y compruebo que tiene razón. Me recoloco la ropa y vuelvo a bufar.

—Me he vuelto loca. Eso ha pasado.

—¿Tengo que cargarme a alguien? ¿Él te ha obligado o…?

—No, claro que no. Bueno… Al principio, yo… —Resoplo una vez más y me pinzo el puente

de la nariz—. Yo le he dejado.

—Oh, en ese caso te doy toda la razón. Te has vuelto loca, chica —comenta, y arranca el motor.



Capítulo 9

Grayson

No puedo dejar de pensar en ella, en esa boca dulce, en sus pechos apretándose contra mi mano, sus ojos azules encendidos por la pasión, la forma en la que gemía contra mis labios…

—Grayson, tu padre te ha hecho una pregunta.

—¿Qué? —Sacudo la cabeza para sacar de mi mente todas esas imágenes y carraspeo, intentando ocultar con el mantel de lino la tensión en mi entrepierna.

Esto no puede ser sano. Durante la noche deseé mil veces haber hecho las cosas de otra manera. Mi intención solo era molestarla, hacerle ver que yo tenía razón, que no le soy indiferente. Me desea, igual que yo a ella. Sin embargo, el no haber llegado más lejos, la forma en la que se fue, me ha hecho más mal que bien. Ya no recuerdo cuántas veces me he masturbado desde entonces, y sigo queriendo más. La necesito a ella.

—¡Grayson! —grita mi madre.

«Maldición. Me he vuelto a ensimismar».

—Sí, Margot. Perdón, estoy un poco distraído.

—No hace falta que lo jures, hijo. Tu padre está preguntando si vas a acompañarlo en su excursión.

Desvío la mirada hacia Leonard, que espera una contestación.

—Eh… Pues no lo sé.

—Vamos, hermano, tienes que venir —intercede Jude—. Las vistas desde la cima, el aire, las flores silvestres… Te aseguro que nunca has visto nada igual que eso.

Leonard sonríe mirando a su hijo menor y asiente, dándole la razón.

—Me lo pensaré. ¿Cuándo os marcháis?

—Mañana a primera hora. Tendremos que hacer al menos dos paradas en estaciones de descanso.

—Creo que podemos hacerlo en una, papá —señala Jude.

—Eso depende de quién nos acompañe.

—Si no os importa, a mí me encantaría ir —dice Erika.

—¿En serio? —Kristen pone los ojos en blanco antes de seguir comiendo como si nada.

—Claro. ¿Cuántas oportunidades voy a tener de vivir una experiencia como esta? Aunque tampoco quiero retrasaros.

—No lo harás —contesta Leonard—. Por eso programé dos paradas. Iremos con calma para que nadie se quede atrás.

—¿Estás seguro de no querer llevar algún otro guía aparte de Sky? —le pregunta Alan, el hermano de mi madre. Hoy ha decidido unirse a nosotros en la comida.

—Por supuesto. Con ella tengo suficiente.

No me pasa desapercibida la expresión de mi madre. Siempre ha dejado claro que esa chica no le gusta, aunque no entiendo el motivo. Ni siquiera quiero pensar qué diría si supiese que anoche estuve a punto de follármela en un callejón oscuro. Seguro que le daría un síncope.

Tras terminar de comer, Leonard y Alan se encierran en uno de los despachos de la mansión. Erika y Kristen van a pasar la tarde en la piscina y Jude desaparece por la puerta de la cocina de forma muy misteriosa. Me deja intrigado, por lo que decido seguirlo. Al asomarme desde el umbral, puedo ver a mi hermano hablando con la ama de llaves, la madre de Sky. Siempre me ha parecido una mujer muy dulce y cariñosa. Recuerdo que, las pocas veces que vine a Clearstone cuando aún era niño, ella solía regalarme caramelos a escondidas de Margot.

—Vamos, Laurie. Solo te estoy pidiendo una pequeña pista —le dice mi hermano.

La mujer de pelo grisáceo sonríe y niega con la cabeza.

—Deja a mi hija en paz, muchacho. Es una buena chica. Lo que menos deseo es que termine enredada con un pillo como tú.

—¡¿Qué?! ¡No! Te aseguro que no es esa mi intención. Conozco a Sky desde que íbamos en pañales. Además, yo prefiero las pelirrojas. ¿Entiendes por dónde voy? —Le guiña un ojo y la mujer suelta una enorme carcajada.

—Haberlo dicho antes. Será interesante ver cómo intentas hacerte con Caroline. Esa chiquilla lleva el demonio dentro desde que era una niña.

—Eso es justo lo que me gusta de ella. ¿Ahora vas a decirme dónde puedo encontrarlas? Sé que van a pasar la tarde juntas. Solo necesito una ubicación.

Parece pensárselo unos segundos y suelta un largo suspiro.

—Han ido al lago Diamond.

Mi hermano suelta un grito de victoria y alza el puño al aire, sonriendo de oreja a oreja.

—Muchas gracias, Laurie. Te debo una muy grande —dice justo antes de darle un beso en la mejilla y salir por la puerta de servicio.

Me doy prisa en rodear la casa para interceptarlo antes de que llegue a su todoterreno. Cuando lo encuentro, ya está a punto de salir de la cochera. Le hago un gesto para que se detenga y abre la ventanilla.

—¿A dónde vas? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—¿Me estás vigilando?

Mierda. No quiero mentir. Yo odio las mentiras.

—No me has contestado.

—Voy al lago Diamond. Caroline y Sky están allí y quiero pillarlas por sorpresa.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—¿Qué te pasa con la pelirroja? ¿Te gusta?

Jude sonríe de oreja a oreja y niega con la cabeza.

—¿De verdad vamos a tener esta conversación? No recuerdo que nunca me hayas preguntado por las chicas con las que salgo. No hablamos de esos temas, ¿recuerdas?

—Solo te he preguntado si te gusta, Jude. No tienes que contestar si no quieres.

Resopla con fuerza, perdiendo la sonrisa, y señala el asiento vacío a su lado.

—Vamos, te lo cuento de camino. Aunque, como ya habrás deducido por ti mismo, en el lago hay mucha agua. No sé si te sentirás muy cómodo.

Tenso la mandíbula y aprieto los puños. Odio que la gente haga eso, que siempre piense que por estar cerca del agua voy a ponerme a llorar como un bebé. Estaré bien siempre que mis pies sigan pisando tierra firme.

Sin decir nada, rodeo el vehículo y me meto en su interior. Jude retoma la marcha y no dice nada durante un buen rato.

—¿Y bien? —Me mira de reojo y vuelve a resoplar.

—Sí, me gusta, pero ella no quiere saber nada de mí. La cagué el verano pasado y ahora me está atacando con su látigo de indiferencia.

—¿Qué hiciste? —inquiero—. ¿Estuvisteis juntos?

—Sí, bueno, no. Algo por el estilo. —Suspira y vuelve a mirarme de reojo—. Nos liamos una noche. Ambos estábamos muy borrachos y nos dejamos llevar. El caso es que me dejó muy marcado. En serio, jamás había disfrutado tanto con una mujer. Me di cuenta de que continuar viéndola podría ser muy peligroso para mí.

—Te cagaste —comento, y él asiente dándome la razón.

—Sí, supongo que eso fue lo que pasó. Intenté actuar como si no hubiese ocurrido nada entre nosotros y, bueno… —Se rasca la nuca y hace una mueca con los labios—. Es posible que la noche siguiente me enrollara con otra chica frente a sus narices.

—¿Y dónde está el problema? Tampoco es que fueseis pareja o algo así. Eras libre de estar con quien quisieras.

—Lo sé, pero yo quería estar con ella, y lo sigo queriendo. No he podido dejar de pensar en Caroline. He contado cada maldito día del año hasta que ha llegado el verano solo por venir aquí y volver a verla.

—Hermano, ¿quieres un consejo?

Suelta una sonora carcajada.

—Este día está siendo muy extraño. ¿Ahora me das consejos amorosos? ¿Tú a mí? Tienes veintisiete años y juraría que nunca has tenido una relación seria.

—Por eso soy la persona más indicada para darte este consejo. No te enganches.

—¿Eso es todo? Sabes que es una mierda de consejo, ¿cierto?

—No lo es. Te aseguro que lo peor que puedes hacer en tu vida es permitir que una mujer controle, aunque sea, una pequeña parte de ti.

—Hermano, eso suena fatal.

—Sí, pero es cierto. No voy a decir que todas sean iguales, pero la gran mayoría lo único que busca es atraparnos. A veces nuestros instintos más básicos nos hacen perder la perspectiva, pensamos que todo va a ir bien y que podemos confiar en ellas, pero no es así.

Llegamos a una gran explanada y Jude detiene el vehículo. Apaga el motor y se gira hacia mí.

—Suenas como un resentido. ¿Por qué piensas toda esa mierda?

—¿Mierda? —Sonrío un poco—. Tú haz lo que quieras. Yo no permitiré que un par de tetas me cieguen. Seguiré teniendo de ellas lo que quiero y pasando a la siguiente.

Jude chasquea la lengua mostrando su disconformidad y sale del todoterreno. Lo sigo por un sendero estrecho de hierba verde claro. Caminamos durante un buen rato y entonces lo veo. Entre los picos de la cordillera hay un enorme lago de agua cristalina. La imagen es hermosa. ¿Cómo es posible que no esté abarrotado de gente?

—Aún es pronto —comenta Jude como si me hubiese leído el pensamiento—. Los turistas aún están empezando a llegar. Dentro de un par de semanas este lugar será un hervidero de familias y parejas que vienen a pasar el día junto al lago. —Asiento y seguimos acercándonos—. Ahí están —señala Jude, esbozando una sonrisita boba en cuanto localiza a la pelirroja.

Pongo los ojos en blanco. Me temo que este idiota va a acabar mal. ¿Cómo puede ser tan confiado? ¿Es que no sabe lo peligrosas que pueden llegar a ser las mujeres? Llegamos junto a las dos chicas, que están tumbadas boca arriba sobre la hierba, e inevitablemente mi mirada va a parar a Sky. Lleva puesto un bikini azul claro, casi del mismo tono que sus ojos, y la parte superior de esos dos preciosos pechos quedan al descubierto. Suspiro. «Tú lo has dicho, Grayson. No puedes dejar que un par de tetas te deslumbren».

—Señoritas… —saluda Jude, y enseguida las dos chicas se incorporan y nos miran sorprendidas.

Sky pone sus ojos en mí y se me escapa una sonrisa ladeada. Quiero terminar lo que empecé anoche, debo hacerlo, ahora solo tengo que convencerla a ella de que también lo desea.



Capítulo 10

Sky

—Deja ya de darle vueltas, Sky —dice Caroline mientras se embadurna de protector solar.

Mi amiga tiene una piel tan blanquecina que no puede pasar demasiado rato al sol sin quemarse. Agita su melena pelirroja y suspira.

—¿Qué? No estoy pensando en eso.

—Ya, claro. Se te nota, ¿sabes? Cada vez que recuerdas lo que pasó anoche te sonrojas.

—No es cierto.

—Sí, lo es. —Se burla sacándome la lengua y sonrío—. No hiciste nada malo. Eres una mujer adulta que decidió acostarse con un hombre también adulto en un callejón oscuro.

—Por enésima vez, Caroline, no me acosté con él. Yo solo… —Arquea una ceja con diversión y resoplo—. Da igual. Eso no hace que me sienta mejor. Sabes que no soy así.

—Así, ¿cómo? ¿Libre? ¿Sexualmente disponible? ¿Atrevida?

—No tengo relaciones casuales. Mi relación más corta fue de seis meses.

—Y también fue la más larga, Sky. No puedes comparar al niñato ese de la *uni* con Grayson Atwood.

—No lo hago. Mi intención no es compararlos, es que ni siquiera quiero volver a pensar en ello. El muy cabronazo solo lo hizo para demostrar su poder sobre mí. Se propuso doblegarme y lo logró.

—Entonces es eso —susurra. Arqueo una ceja en su dirección para que se explique—. Es tu ego el que está herido. Estamos de acuerdo en que a ti te encanta controlarlo todo, ¿verdad?

—Soy disciplinada. ¿Qué tiene que ver eso con el imbécil de Atwood?

—Mucho. Lo que más te afecta de todo esto es darte cuenta de que a él no eres capaz de controlarlo. Te rompe los esquemas.

—Si tú lo dices… —siseo tras chasquear la lengua contrariada.

Tras un buen rato en silencio, Caroline se gira hacia mí con gesto resolutivo.

—¿Sabes qué haría en tu lugar?

—No, y tampoco quiero saberlo, pero apuesto a que me lo dirás de todos modos.

Me saca la lengua y sigue hablando.

—Iría a buscar al capullo Atwood y me lanzaría a su boca. Después, cuando él te responda, lo apartas y te vas como si no hubiese pasado nada.

—¿Por qué?

—Porque eso es lo que quieres, además, te serviría para recuperar esa sensación de control que tanto te gusta.

—Caroline, grábate esto a fuego en tu loca cabecita: No besaré a ese idiota nunca más. Lo de anoche no sé qué fue, llámalo momento de estupidez o locura transitoria, pero no volverá a ocurrir.

La escucho farfullar algo en voz baja mientras me tumbo boca arriba dando por terminada la conversación. Durante un buen rato sigo convenciéndome a mí misma de que eso es precisamente lo que va a ocurrir, cuando vuelva a ver a Grayson lo ignoraré, ni siquiera le dirigiré la palabra. Casi estoy mentalizada cuando escucho la voz de Jude, abro los ojos, me incorporo y se me corta el aliento al ver a Grayson a su lado, sonriendo de medio lado.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —inquiere mi amiga.

—Hemos decidido pasar la tarde en el lago para refrescarnos —responde Jude sin abandonar su pose arrogante.

Aparto la mirada de su hermano y vuelvo a tumbarme en la misma posición que estaba mientras escucho a mi amiga y a Jude discutir. ¿Han venido a refrescarse al lago? No lo creo, al menos no en Grayson. Aún recuerdo el pánico en su mirada cuando cayó a la piscina. Estaba aterrado. Apuesto a que no se acercará a menos de dos metros del agua.

—Tenéis una enorme piscina en vuestra mansión —replica Caroline.

—Ya, pero allí no estás tú, preciosa.

Casi suelto una carcajada. ¿Se puede ser más cursi? Si de verdad cree que con esas frases de galán de feria va a lograr atravesar la coraza de amiga, me temo que el pobre Jude está a punto de recibir un golpe de realidad.

—Este es imbécil —sisea Caroline—. Me voy a nadar. ¿Tú vienes?

—Claro.

—No hablaba contigo, payaso. —Esta vez soy incapaz de contenerme y río bajito—. ¿Sky?

—En un rato —respondo.

No quiero ponerme en pie porque entonces tendré que mirar a Grayson y recordaré lo que me hizo anoche, lo bueno y lo malo. Prefiero seguir con mi plan. Ignorarlo hasta que se largue.

Sin abrir los ojos, escucho como mi amiga se aleja y poco después Jude va tras ella. Aunque no lo veo, puedo sentir la presencia de Grayson a mi lado. Intento ignorar el cosquilleo que recorre mi cuerpo al escuchar su respiración. ¿Por qué me pasa esto con él? Tal vez Caroline tenga razón. Es posible que me esté obsesionando porque es alguien a quien no puedo controlar. Si siguiese sus consejos… «¡¿Qué mierda estoy pensando?! ¡No, jamás!».

Pasan varios minutos, en los que permanecemos en silencio, y entonces lo escucho resoplar.

—¿No vas a hablar conmigo, muñeca? —Aprieto los labios con fuerza. Otra vez ese estúpido y ridículo apodo. Inspiro hondo e intento relajarme. No contesto—. ¿Aún sigues cabreada por lo de anoche? Solo fue una pequeña broma.

—¿Sabes por dónde puedes meterte las bromas? —siseo sin poder contenerme.

—Oh, al menos ya me hablas. —Resoplo de nuevo y me giro hacia un costado para darle la espalda.

Durante unos minutos pienso que tal vez ya se haya cansado y esté a punto e irse, pero entonces siento un leve roce en mi nuca, como si alguien estuviese deslizando un dedo desde la

raíz de mi pelo, descendiendo por la columna hasta mitad de la espalda. Esa leve caricia es tan placentera que me siento tentada a actuar como si no la estuviese notando, pero no. Tengo que detener esto ya mismo.

—¡¿Qué demonios crees que estás haciendo?! —exclamo, poniéndome en pie de un salto.

Grayson vuelve a mostrar esa sonrisa torcida y aniñada y se encoge de hombros.

—Ahora también me miras. Vamos avanzando. ¿Vas a dejar de fingir que me ignoras?

—No estoy fingiendo, imbécil. Me importa un carajo cualquier cosa que tenga que ver contigo.

—Porque estás cabreada.

—¡No! Porque… —Inspiro hondo y suelto el aire despacio por la boca—. Da igual. Solo déjame en paz, ¿vale?

—No —contesta, dejándome boquiabierta.

—¿Cómo que no?

Bufa y se levanta. Lo observo mientras sacude los restos de hierba de su pantalón corto y después me mira.

—No voy a dejarte en paz porque estoy deseando follarte, y ya que tú quieres lo mismo…

No sé si reír o gritar. El muy arrogante, creído, ególatra…

—¿Qué te hace pensar que eso es lo que yo quiero?

—¿No es así? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Por supuesto que no.

Frunce el ceño y toma una respiración profunda.

—Sky, creo que estamos empezando con mal pie. Dejemos clara una cosa. Odio las mentiras, ni siquiera soporto las piadosas, así que deja de mentir de una puta vez. Volveré a formular la pregunta: ¿No es así?

Niego con la cabeza y me cruzo de brazos.

—No sé cómo te cabe en el cuerpo todo ese ego.

—No has respondido a mi pregunta.

—Ni tengo intención de hacerlo. Por última vez, déjame tranquila. No me interesas de ningún modo.

—Respuesta incorrecta. —Empieza a caminar hacia mí y yo retrocedo.

—¿Qué haces?

—Volver a demostrar que eres una pequeña mentirosa —sisea con la mandíbula apretada.

—¡Detente! Grayson, no… —Una vez más, no soy capaz de evitar que sus labios se peguen a los míos, y en esta ocasión ni siquiera me esfuerzo en intentar apartarlo. Abro la boca y dejo que su lengua se adueñe de la mía. Siento sus manos en mi cintura, después se deslizan por mis costados, y cuando está a punto de llegar a mis pechos, se para y retrocede un par de pasos, rompiendo nuestro beso—. Ven conmigo —pide sin aliento, aunque por su tono de voz parece más una orden que una petición.

—¿Qué? —Aún aturdida, niego con la cabeza.

—Sky, tú también quieres esto. —Recorre con el dorso de su mano el valle de mis senos y clava su mirada en la mía—. Voy a follarte como nunca nadie lo ha hecho. Acepta que lo deseas tanto como yo.

Trago saliva con fuerza y estoy a punto de ceder. Incluso llego a dar un paso en su dirección, sin embargo, recupero la cordura de inmediato y niego con la cabeza.

—Te equivocas. No quiero nada de ti. Bueno, solo una cosa, que te largues y dejes de acosarme.

Retrocede y frunce el ceño sorprendido.

—¿Tú crees que soy idiota?

—¿Quién te ha dicho que pienso eso?

—Entonces, ¿no lo crees?

—Sí, pero quiero saber quién te lo dijo.

—Sky… —sisea entre dientes. Creo que ahora sí he logrado cabrearlo.

Respiro hondo y alzo una mano para detener su avance.

—¿Es que no sabes aceptar el rechazo de una mujer? He dicho que no, y esa es mi última palabra.

Se me queda mirando unos segundos y asiente.

—Muy bien, tú te lo pierdes. Si cambias de idea…

—No lo haré —lo corto.

—Dile a mi hermano cuando vuelva que me he llevado su coche. Estoy seguro de que no tendrás ningún problema en acercarlo a casa, ¿cierto? —Asiento, aún con la mandíbula tensa y los puños apretados—. Adiós, muñeca. Veremos cuánto tiempo mantienes esa seguridad en ti misma. Apunta esto: en menos de una semana serás tú la que me suplique que te folle. —Antes de que pueda contestarle, da media vuelta y se marcha sonriendo de oreja a oreja.

Dejo escapar todo el aire que ni sabía que estaba conteniendo y me cubro el rostro con ambas manos. Lo he hecho, he aguantado, aunque en realidad no estoy segura de que haya sido un movimiento demasiado acertado. Tengo la impresión de que al rechazar a Grayson Atwood solo he conseguido convertirme en un reto para él, y no parece ser el tipo de hombre que desiste con facilidad.



Capítulo 11

Sky

Eric me pasa el último arnés y lo acomodo en el interior de una de las mochilas. Llevo ya más de dos horas en la sede de Atwood Adventures. Aproveché el insomnio para adelantar trabajo y que todo esté listo para el momento en el que lleguen los Atwood. Anoche Jude me envió un mensaje informándome de que al final serán cuatro para el ascenso. Solo espero que entre ellos no se encuentre Grayson. Lo que menos me apetece es tener que soportar su arrogancia y prepotencia durante los siguientes días.

—Creo que ya está todo —dice Eric, y yo asiento—. ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

—No, tranquilo. Es un grupo reducido, además, el señor Atwood y Jude tienen experiencia. Será sencillo. Y alguien debe hacerse cargo de las salidas que tuve que cancelar. ¿Has hablado con el señor Devon? ¿Sabes si al final sigue en pie la escalada con esos clientes tan importantes?

—Ni idea. Ayer no apareció por la sede y aún no ha llegado.

Justo lo veo cruzar por delante de la puerta del almacén en dirección a su despacho y resoplo. No hemos hablado desde el otro día, cuando discutimos. Aunque no me cae bien, prefiero seguir manteniendo una buena relación con mi jefe por el bien de ambos y de la empresa.

—Yo me encargo. ¿Puedes revisar una vez más que no falte nada en las mochilas?

—Por supuesto.

Salgo del almacén y recorro el pasillo hasta el final. Estoy a punto de tocar a su puerta cuando uno de los empleados administrativos se acerca con mucha prisa.

—Oh, Sky. ¿Puedes entregarle esto al señor Devon? —Me tiende un par de papeles. Parecen albaranes de entrega de material de escalada—. Me salvarías la vida. Aún tengo mil cosas que hacer.

—Claro —susurro.

Tras sonreírme en agradecimiento, se marcha y echo un vistazo a los documentos. Frunzo el ceño al comprobar que los precios son desorbitados. ¿Seis mil pavos en cuerdas? Eso no tiene sentido. Llamo a la puerta y enseguida recibo su permiso para entrar. Lo hago y encuentro al

señor Devon sentado tras su escritorio.

—Buenos días, Sky —saluda.

—Eh… Hola. —Dejo los papeles sobre su mesa frunciendo el ceño—. Me han dado esto para usted. —Los recoge y, sin ni siquiera mirarlos, los coloca en una bandeja de documentos—. Creo que debería echarle un vistazo. A no ser que haya decidido renovar todo nuestro material de escalada, los números de esos albaranes no coinciden.

Enseguida vuelve a recoger los documentos y los ojea un instante. Resopla y los deja sobre la mesa.

—Se han equivocado. Hablaré con la empresa de suministros. ¿Algo más?

—Sí. Quería saber qué pasa con la salida a la pendiente del infierno. Eric me dijo que…

—Eso no es asunto tuyo —me corta. Se cruza de brazos y sonríe de manera petulante—. Entiendo que hasta ahora te has tomado atribuciones que no te pertenecen. Está claro que al ser la consentida del jefe…

—Señor Devon —lo interrumpo—. No creo que…

—Déjame terminar —sisea—. Me importa muy poco lo que tú creas o pienses. Al contrario de lo que estás acostumbrada, ahora solo eres una empleada más. Tu estrecha relación con mi cuñado no influirá en tu trabajo.

—Yo no… —Resoplo—. No entiendo a qué se refiere.

—Oh, por supuesto que lo haces. —Se pone en pie y rodea la mesa sin abandonar esa pose arrogante. Se detiene a apenas unos centímetros de mí y estira su mano. Aparto la cara cuando está a punto de acariciar mi mejilla—. ¿Sabes? Si fueses tan complaciente conmigo como lo eres con Leonard, también podría darte un trato especial.

—Espero que no esté insinuando…

—En absoluto. —Baja la mano y se endereza el nudo de la corbata—. Solo intento dejar bien clara tu posición en esta empresa. Las salidas, los horarios, la organización del trabajo… De todo eso me encargo yo. Tú solo debes hacer lo que se te ordene. —Se aparta y señala la puerta—. Ya puedes irte. Cuando te reincorpores al trabajo hablaremos de nuevo sobre esto.

¿Esto? No entiendo muy bien a qué se refiere. ¿Va a volver a insinuar que me acuesto con el señor Atwood? En fin, que piense lo que le dé la gana. Me da la impresión de que este será mi último verano en Atwood Adventures. Si el señor Devon sigue al mando la próxima temporada, tal vez acepte ese puesto que Mark me ha ofrecido miles de veces en su empresa.

Sin decir ni una sola palabra, abandono el despacho y me dirijo a la salida con la sangre hirviéndome en las venas. ¿Quién demonios se cree este imbécil? Llego al exterior y resoplo con fuerza. Veo a lo lejos que se acerca uno de los coches de la villa y enseguida reconozco al conductor. Es mi padre. Me acerco en cuanto detiene el vehículo y chasqueo la lengua al comprobar que Grayson y la tal Erika van en el asiento trasero. «¡Genial! Ellos son los otros dos miembros del grupo. Esta excursión promete ser interesante».

—¿Está todo listo? —pregunta el señor Atwood tras salir del coche.

—Sí, yo misma he preparado el material. Eric está comprobando el contenido de las mochilas una vez más antes de que nos pongamos en marcha.

—Perfecto. —Sonríe y camina hacia el interior de la sede.

—Ten cuidado ahí arriba, cariño —me dice mi padre.

—Siempre lo hago.

—¿Tenéis fecha de regreso? —Niego con la cabeza—. Está bien. Tengo que volver a la mansión. Tu madre está desquiciada con los nuevos jardineros.

—Dale un beso de mi parte. Esta mañana salí de casa antes del amanecer y no quise

despertarla.

—Lo haré, cielo. —Besa mi mejilla y vuelve a sonreír antes de meterse en el vehículo y marcharse.

Me giro, moviendo el cuello de un lado a otro para desentumecerlo. Se supone que debería estar lúcida y descansada para el día que me espera, sin embargo, lo que más me apetece es tirarme en la cama y dormir unas cuantas horas del tirón.

—Buenos días, chica muñeca —susurra Grayson, apareciendo a mi lado de la nada. Creí que había acompañado a su padre al interior. Le lanzo una mirada de advertencia por el dichoso apodo y él no pierde la oportunidad de hacer gala de esa sonrisa pilla que lo caracteriza—. Ya veo que tu humor no ha mejorado desde ayer.

Bufo y me froto los ojos con los dedos.

—Grayson, tengamos la fiesta en paz. Vamos a pasar unos cuantos días en compañía del otro y no quiero verme obligada a lanzarte desde lo alto de un desfiladero.

Me sorprende al soltar una carcajada.

—Está bien. —Estira su brazo en mi dirección. Dudo si aceptar su mano, aunque finalmente la agarro. En cuanto poso mi palma sobre la suya, Grayson tira de mí con fuerza para acercarme más a su cuerpo—. Hagamos el amor y no la guerra —susurra en mi oído.

Chasqueo la lengua y lo aparto de un empujón mientras él sigue riendo.

—Bien, todo preparado —señala el señor Atwood, viniendo en nuestra dirección.

Asiento y, tras repartir las mochilas y dar un par de directrices básicas a los dos miembros del grupo que carecen de experiencia en montañismo, partimos hacia nuestro destino. Vamos a tomar la ruta larga. El objetivo es llegar al primer mirador a final de la tarde y pasar la noche en el refugio. Por la mañana continuaremos con el ascenso hasta el segundo refugio y el tercer día haremos cumbre. Después bajaremos hasta la cabaña que los Atwood tienen en el corazón de la montaña.

Yo lidero la marcha, detrás de mí va el señor Atwood, después Grayson, Erika y es Jude quien cierra el grupo. Tiene bastante experiencia para saber cuándo detener el ascenso si su hermano o Erika no pueden continuar debido al cansancio. Sin embargo, me sorprende que ninguno de ellos muestre signos de agotamiento hasta llegar al estrecho.

—Esta es una de las zonas más peligrosas por las que pasaremos —informo mientras saco un juego de cuerdas de mi mochila—. Quiero que aprovechéis para descansar un rato mientras yo me encargo de preparar los anclajes de los arneses.

—Yo quiero cruzar sin arnés —dice Jude.

Niego con la cabeza.

—Nadie cruza sin arnés. Mi trabajo es velar por vuestra seguridad. He visto demasiados accidentes en este lugar como para negarme en rotundo ante cualquier intento de un niñato de hacerse el héroe.

—Entendido, jefa —responde, haciendo el saludo militar con la mano.

Jude ríe y el señor Atwood palmea su hombro de manera cariñosa. Me da igual quiénes sean. Bajo mi supervisión no correrán riesgos innecesarios. Por suerte, no insiste y dejo que se sienten sobre una roca a coger aliento y rehidratarse mientras yo sigo con mi trabajo. Tardo apenas unos minutos en tenerlo todo listo y después regreso. Jude y su padre ya tienen puestos los arneses y están ayudando a Erika con el suyo. Me fijo en que Grayson no parece conseguir enganchar las correas como es debido. Se está haciendo un lío. Bufo en voz baja y me acerco.

—¿Necesitas ayuda con eso? —pregunto.

Alza la mirada y deja caer las correas con un resoplido.

—Hace falta una carrera universitaria para saber enganchar estas cosas —refunfuña.

Me hace gracia su frustración. El sistema es muy sencillo. Me agacho frente a él y empiezo a desenredar las correas a la atura de sus rodillas. Hago que levante una pierna, y tras colocar cada correa en su lugar, voy subiendo y rodeo su cintura con los brazos para enganchar el mosquetón y fijar el arnés.

—Ya está —susurro apartándome.

Me doy cuenta de que Grayson me está mirando con una sonrisa ladeada.

—Ya que estabas arrodillada, podrías haber aprovechado para hacer algo más excitante —susurra.

Me giro para comprobar que nadie lo haya escuchado. El señor Atwood y Jude siguen hablando con Erika y dándole consejos para cruzar el estrecho, por suerte, lo bastante alejados como para oír lo que el inconsciente de Grayson acaba de decir.

—Ni en tus mejores sueños —replico. Un brillo de diversión en sus ojos castaños me hace arrepentirme de inmediato de lo que acabo de decir. Se supone que no debería seguirle el juego. Está claro que eso es lo que él desea. Carraspeo y me cruzo de brazos, retrocediendo un par de pasos—. ¿Estás cómodo?

—Sí, en su mayoría. Esta correa de aquí… —Señala su ingle—. Creo que está torcida. Me molesta un poco.

Hijo de puta. Si lo que pretende es que le manosee la entrepierna la lleva clara. Aunque pensándolo bien… Sigue provocándome y no se detendrá hasta que le deje clara mi postura. Esbozo una sonrisa encantadora, y sin dejar de mirarlo a los ojos me acerco despacio. Su expresión burlona desaparece en cuanto coloco mi mano justo encima de la correa, rozando su miembro.

—¿Esta es la que te molesta? —murmuro con un tono de voz suave y meloso. Grayson pestañea un par de veces y se humedece los labios. Asiente y deslizo mi nudillo por su bragueta. Sé que nadie puede ver lo que estoy haciendo, y aunque en principio solo quería darle una lección a este idiota, admito que este jueguecito está resultando ser muy excitante. La mirada encendida de Grayson se clava en la mía y juraría que puedo notar una sacudida justo debajo del lugar que estoy tocando. Inspiro hondo por la nariz, sujeto la correa y tiro con fuerza de ella. Grayson enseguida abre mucho los ojos y se encoge de dolor—. ¿Mejor así? —inquiero, apartándome con una sonrisa de suficiencia.

La mirada que me lanza no augura nada bueno. Se agacha y resopla mientras acuna su entrepierna con las manos.

—¿Todo bien? —pregunta Jude, apareciendo a mi espalda.

—Sí. Tu hermano ha tenido un pequeño percance con el arnés —contesto.

—Grayson, ¿te encuentras bien?

Aún con la cabeza gacha y en cuclillas, alza el dedo pulgar y me veo obligada a contener una carcajada. «Yo también sé jugar sucio, Grayson».

—Tranquilo —le digo a Jude—. Es algo muy común. No suele dejar secuelas. Al menos no siempre. He conocido a muchos hombres que, tras tener accidentes similares, consiguieron engendrar chiquillos preciosos.

Jude frunce el ceño confuso. No espero a que me haga preguntas al respecto. Me desplazo hacia el inicio del estrecho y anclo la sujeción del señor Atwood para que él sea el primero en cruzar. Tardo algo más con Erika, ya que la chica resulta estar un poco nerviosa. Sinceramente, no me cae mal del todo. Cuando la conocí, creí que sería una pija descerebrada como Kristen, altiva y grosera, pero estaba equivocada. Erika es muy amable y cariñosa en todo momento. En

especial con Grayson. Me he dado cuenta de que no se aparta de él en ningún momento. Al fin consigo tranquilizarla y dejo que Jude vaya tras ella para mantenerla vigilada. Después le llega el turno a Grayson. Ya parece recuperado de su pequeño problemita.

—¿Algún consejo para mí? —pregunta cuando termino de fijar su sujeción al anclaje.

—Que dejes de provocarme si no quieres salir mal parado —digo, apartándome para que pueda pasar.

—Sabes que eso ha sido un golpe bajo, ¿cierto? Estaba disfrutando hasta que decidiste aplastarme las pelotas.

—Por supuesto que lo estabas haciendo —murmuro, sonriendo arrogante. Hago un gesto con mi cabeza para que siga adelante, pero él se cruza de brazos—. No tengo todo el día, Grayson.

—Creo que te he subestimado —murmura, entrecerrando los ojos—. Esta excursión va a resultar ser más interesante de lo que pensé.

—Déjalo ya, ¿quieres? —Chasqueo la lengua y tomo aire—. Entiendo que estás acostumbrado a que las mujeres se arrodillen ante ti cuando te apetece, pero, por una vez, acepta que una no está interesada en lo que puedas ofrecer.

—Aún no sabes lo que puedo ofrecerte, muñeca.

—Ni tengo intención de saberlo. Ahora avanza o retrasarás la marcha de todos.

—Muy bien. —Deja caer sus brazos y asiente—. Sigamos jugando. Aunque te advierto que no soy un rival sencillo. Además, has abierto el camino al juego sucio, y yo soy muy bueno en ese ámbito.

Resoplo y me aparto aún más cuando se acerca demasiado a mí para acceder al inicio del estrecho. Empiezo a pensar que mi estrategia no está siendo efectiva. Sí, he dejado claro mi punto, pero me temo que con ello también he conseguido acrecentar su instinto de conectividad. En fin, ya veremos cómo acaba todo esto.



Capítulo 12

Sky

Llegamos al primer mirador más temprano de lo que tenía previsto. Después nos dirigimos al refugio. A estas alturas de la temporada aún hay poca gente y disponemos de habitaciones privadas para todos. Nada más llegar a la mía, me doy una ducha y me cambio de ropa. El señor Atwood ha insistido en que los acompañe a cenar esta noche en el restaurante del refugio. Intenté negarme. Al fin y al cabo, yo solo soy la guía y durante estas excursiones acostumbro a ir por mi cuenta. Sin embargo, no me quedó más remedio que aceptar cuando Jude también se unió a su padre.

Preparo el itinerario de mañana y hablo con los responsables del refugio para saber el estado de los caminos antes de dirigirme al comedor. A veces la nieve arrasa con varias zonas de paso durante el invierno, pero parece ser que en esta temporada todo ha ido bien y los senderos son transitables. Cuando llego al comedor ya todos están sentados alrededor de la mesa. Me disculpo por llegar tarde y tomo asiento en el único sitio libre que queda: entre Jude y Grayson.

El camarero enseguida me reconoce por todas las veces que he estado aquí y no duda en saludarme de manera muy efusiva. Ni siquiera tengo que pedir mi comida. Me trae unas verduras al horno que devoro en silencio mientras los demás charlan y ríen sin que les preste atención. Tengo claro que este no es mi lugar. Ellos pertenecen a una clase social de la que yo no puedo ni quiero formar parte. Brindan con champán, comen piezas exclusivas de carne a la parrilla que probablemente cuesten más de lo que gano en tres meses y no dudan en dar órdenes al camarero como si fuese alguien inferior. Incluso Jude, al que siempre he considerado más modesto que el resto de su familia, tiene esos rasgos de arrogancia y soberbia que no termino de aceptar. Simplemente no puedo con ello. Por eso, antes de que empiecen a pedir los postres, me disculpo y decido retirarme con la excusa de estar cansada.

Ni siquiera me dirijo a mi habitación. Salgo del refugio y busco un lugar apartado donde poder estar a solas. Encuentro un árbol caído rodeado de hierba y flores silvestres y decido sentarme en él. Inspiro hondo y alzo la mirada. Sonrío. El cielo vuelve a estar azul. Desde aquí arriba casi parece que puedo tocar las estrellas con la mano. Estoy deseando llegar a la cima. Me quedo

observando el cielo durante un buen rato hasta que escucho unos pasos. Alguien se acerca por mi espalda y se detiene a mi lado.

—Creí que ibas a descansar. —Me giro al escuchar la voz de Grayson y resoplo.

—Sabes que el acoso es un delito, ¿verdad? —inquiero, arqueando una ceja en su dirección.

Se sienta a mi lado y me deslizo unos centímetros por el tronco para mantener cierta distancia.

—¿Crees que te estoy acosando?

—¿No es así?

Suspira y niega con la cabeza. Clava la mirada en el cielo y la brisa de la noche despeina su cabello oscuro, más largo por la parte superior.

—Sería acoso si fuese algo unilateral, sin embargo, esta atracción… —Señala el espacio que hay entre ambos—. Es mutua.

Sonrío, negando con la cabeza.

—Podría jurar que todos los acosadores piensan eso mismo —comento sonriendo—. En serio, no sé por qué sigues con este jueguecito estúpido. Ya he dejado claro que no me interesas.

—¿Por qué?

—Porque no te soporto. ¿Te sirve esa respuesta?

—No me refería a eso. Quiero saber cuáles son tus motivos para mentir de manera tan descarada.

—No estoy… —Inspiro hondo—. Da igual. Vas a seguir empecinado en lo tuyo y no tengo ganas de pelear.

—Muy bien, tú ganas. Te dejaré en paz, al menos hasta mañana.

—Qué amable y considerado —mascullo en tono sarcástico.

Grayson arranca un par de briznas de hierba y me las lanza a la cara. Se acomoda casi tumbado sobre el tronco y suspira.

—Me gustan las noches de cielo azul. Son impresionantes. —Me quedo callada y yo también observo el cielo. Durante un rato permanecemos en silencio, y aunque me cuesta admitirlo, su compañía no resulta del todo desagradable. Entonces vuelve a abrir su bocaza y lo jode—. Tienes novio, ¿es eso?

Suelto una carcajada y giro la cabeza en su dirección.

—Eso no es asunto tuyo, Grayson. Creí que ibas a dejarlo estar.

—Tengo curiosidad —dice, encogiéndose de hombros.

—¿No se te ha cruzado por tu arrogante cabecita que tal vez solo no me gustes?

Esboza una sonrisa ladeada y niega con la cabeza.

—Imposible. Mírame. —Se señala a sí mismo—. ¿Por qué alguien no querría follar conmigo? —Pongo los ojos en blanco—. Además, puedo notarlo. La otra noche en el callejón…

—No me conoces —lo corto.

—Eso es lo que intento remediar. —Se incorpora y se acerca más a mí, hasta que solo unos centímetros separan nuestros cuerpos.

Intento ponerme en pie, pero me detiene colocando una mano sobre mi muslo y ejerciendo presión.

—Déjame ir. ¿Qué es lo que pretendes? No voy a contarte mi vida ni hablar sobre mis gustos musicales, culinarios y toda esa mierda.

—Tampoco es eso lo que quiero conocer de ti, muñeca —susurra con voz grave y sensual. Se acerca aún más y pega su boca a mi oreja—. Prefiero saber en qué tono vas a gemir cuando esté dentro de ti, o cuánto gritarás cuando te corras.

Inspiro hondo y trago saliva con fuerza. No puedo evitar que un cosquilleo agradable se instale

en mi bajo vientre al imaginar que… «¡Mierda! Me la está jugando de nuevo». Lo aparto con un empujón y me pongo en pie de inmediato.

—Por última vez, Grayson, deja ya los jueguecitos.

Sonríe de oreja a oreja y veo cómo arrastra la mano por su muslo hasta llegar a su entrepierna. La mueve un poco sobre la bragueta sin dejar de mirarme y suspira.

—Me pones muy cachondo, Sky. Te aseguro que esto —vuelve a apretarse la entrepierna—, no es ningún juguete. Aunque puede divertirte durante horas.

Chasqueo la lengua y vuelvo a poner los ojos en blanco. Sí, admito que está muy bueno y es tremendamente *sexy*, pero soy lo bastante lista como para hacer caso a todas las alarmas de peligro que se encienden cuando Grayson Atwood anda cerca. No voy a caer, ni ahora ni nunca.

—Buenas noches, Grayson —digo antes de emprender la marcha de vuelta al refugio.

Escucho sus carcajadas y maldigo en voz baja.

—¡Te vas cuando todo se pone interesante! —grita.

Alzo la mano haciendo un gesto obsceno a mi espalda y él ríe más fuerte aún.



Capítulo 13

Grayson

Tras una noche incómoda, y no solo por el colchón duro de la cama, también por otra parte de mi anatomía que tiende a endurecerse cada vez que pienso en la maldita chiquilla escurridiza, retomamos el camino hacia la cima de Clearstone Mountain. Nos detenemos a comer un par de bocadillos a mediodía. Me siento agotado, pero al mismo tiempo satisfecho por estar logrando superar este reto. No estaba del todo convencido de que fuese buena idea apuntarme a esta excursión, sin embargo, ahora me doy cuenta de que, de no haberlo hecho, me habría arrepentido.

Llegamos al segundo mirador bien entrada la tarde. Las vistas son impresionantes. Grandes colinas verdes salpicadas por zonas de flores silvestres en colores llamativos. Nos quedamos un rato admirando su belleza, hasta que Sky nos informa de que deberíamos seguir un rato más para llegar al siguiente refugio antes de quedarnos sin habitaciones.

Por suerte, logramos hacernos con los últimos cuatro dormitorios libres. Este refugio está mucho más concurrido que el anterior. Hay gente fuera haciendo corros, grupos pequeños y otros más poblados. Tras ducharme y cambiarme de ropa, decido ir a la cafetería, pero la encuentro abarrotada. Estoy a punto de marcharme cuando escucho el sonido de una carcajada y me detengo. Es Sky, podría reconocerla por su risa en cualquier parte. Busco entre la multitud de gente que se apelotona alrededor de la barra y las mesas del local, que al igual que el resto del refugio, tiene las paredes y techos forrados en madera envejecida. Entonces la veo, al fondo, junto a un grupo de hombres. Mi mirada va a parar al tipo que está justo a su lado, hablándole al oído y haciéndola sonreír. Es Mark Hertford, estoy seguro.

Aprieto los puños y tenso la mandíbula. ¿Por qué con él sí sonríe y bromea? La está abrazando por la cintura y ella no se aparta. ¿Es posible que ellos…? Recuerdo que la otra noche en el pub estuvieron bailando y noté el interés de él, sin embargo, Sky no lo parecía. ¿Lo interpreté mal? Decido aclarar mis dudas acercándome a saludar.

—Hertford, no sabía que tú también estabas aquí. —Al escucharme, Sky pierde la sonrisa y se aparta un poco de Mark, pero él no la suelta del todo.

—Es mi trabajo, Atwood. ¿Tu primera vez a la cima? —inquiere.

No sé por qué siento cierta inseguridad al asentir con la cabeza. No tengo nada de lo que avergonzarme. Apuesto a que este imbécil tampoco ha participado nunca en una de las miles de reuniones a las que yo asisto. Puede que él sea bueno subiendo montañas, pero yo soy capaz de vender aire acondicionado a un puto esquimal. Supongo que el no estar en mi ambiente es lo que me deja en desventaja. Aunque en realidad no entiendo por qué me lo tomo como una competición. No somos rivales. Echo un vistazo de reojo a Sky y me muerdo la lengua. ¿O sí? Aún no lo tengo claro.

Mi hermano no tarda en aparecer seguido por Erika; ella enseguida se pega a mí. No sé cómo hacerle entender que no me interesa. Mi objetivo en este momento es otro. He intentado ignorarla, pero tampoco quiero ser grosero. Anoche me insinuó que podría pasarme por su habitación y no lo hice. Creí que con eso sería suficiente para cortar de raíz su interés por mí. Por lo visto me equivocaba.

Tras saludar y ser presentado al resto de los presentes, Jude no duda en unirse al grupo de Hertford. Según entiendo, ellos también han llegado hoy y tienen planeado hacer cumbre mañana al igual que nosotros.

—Dime que hay algo divertido que hacer esta noche —pide mi hermano a Mark.

—Por supuesto. El refugio está abarrotado, sin embargo, el dueño es amigo de mi padre. Le pedí permiso para montar una pequeña fiesta fuera.

—¡Eso suena genial! —exclama Jude, chocando su mano con la de él.

—Tú vienes, ¿verdad? —le pregunta Mark a Sky.

—Claro, aunque no vas a liarme mucho. Mañana partimos a primera hora y necesito descansar.

—Está bien. Solo un rato, te tomas una copa y después yo mismo te acompañaré a tu habitación. —Alza ambas cejas de manera sugerente y Sky ríe, negando con la cabeza.

¿Qué es lo que le hace tanta gracia? Si yo hubiese sugerido algo así, seguro que me diría que no, pero con él parece encantada. Mi teoría de que estén juntos, o al menos mantengan una relación física, empieza a cobrar fuerza.

—¿Te apetece ir? —susurra Erika, pegándose más a mi costado.

Aparto la mirada de Sky y suspiro.

—¿Qué?

—Si quieres ir a la fiesta. Creo que podría ser divertido.

Lo valoro un par de segundos y asiento. Tal vez me pase un rato. Al menos podré aclarar mis dudas. Si Sky se marcha con ese imbécil… Aprieto con fuerza los dientes e inspiro hondo por la nariz. ¡Maldición! No quiero que lo haga.

∞∞∞

Observo en silencio como Sky y el imbécil de Hertford bailan junto a la enorme hoguera mientras le doy pequeños sorbos a mi botellín de cerveza. Hace dos horas que la fiesta empezó y está en su apogeo. Jude también se lo está pasando bien, y Erika ya se ha retirado a su habitación después de sugerirme en varias ocasiones que la acompañara. Leonard ni siquiera se molestó en bajar después de la cena. Lo entiendo, en su gran mayoría, la gente que está aquí es joven y él no encajaría. Aunque empiezo a pensar que yo tampoco lo hago.

—¡Perdón! —Un tipo visiblemente borracho choca contra mí y derrama parte de mi

cerveza—. Lo siento, colega. —Se aparta y me tiende su botellín—. Toma, aún no lo he probado.

—No pasa nada —farfullo.

Respiro hondo y decido aceptarlo. Me sorprendo al ver que toma asiento a mi lado. Espero que no sea uno de esos borrachos parlanchines. No me apetece tener compañía. Sigo observando a Sky desde lejos. Parece estar divirtiéndose mucho. Ríe a carcajadas de algo que le dice Mark. Se nota que se conocen bien, aunque no tengo demasiado claro hasta qué punto.

—Está buena, ¿verdad? —Giro la cabeza hacia el borracho frunciendo el ceño, aunque él no parece notarlo porque sigue sonriendo—. Sky es toda una belleza. Trae locos a la mayoría de hombres de Clearstone Hill.

—¿Eres de Clearstone? —inquiero. Creí que era un excursionista más, uno de tantos.

—Nacido y criado, hermano —contesta, chocando su cerveza con la mía con tanta fuerza que casi consigue tirarme otra.

Estoy a punto de levantarme para evitar problemas, pero tras echar un vistazo más en dirección a Sky decido quedarme. Está claro que el borracho la conoce. Tal vez pueda aclarar mis dudas.

—¿Están juntos? —inquiero, señalando con el botellín el lugar donde ambos siguen hablando de manera animada.

—¿Con Hertford? —Asiento, y él niega con la cabeza riendo a carcajadas—. Ya le gustaría al muy cabrón. Lleva años intentando cazarla, pero la chiquilla es escurridiza. Además, apunta alto.

Frunzo el ceño por su comentario. No lo entiendo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno… —Se rasca la barba—. Hertford es descendiente de uno de los fundadores de Clearstone Hill. Su tatarabuelo, junto a Charles Atwood y Michael Devon…

—Conozco la historia —digo interrumpiéndolo.

—¿Sí? Pues mejor, así me ahorro un montón de palabrería. —Le da un trago largo a su cerveza y suelta un enorme eructo que me obliga a apartar el rostro con asco—. Como ya sabrás, los descendientes de Devon perdieron toda su fortuna, no supieron adaptarse al nuevo mundo sin la explotación minera. Atwood y Hertford fueron más listos, crearon toda esta mierda dirigida a los turistas y se forraron aún más.

Sonrío. Este idiota no tiene ni idea de quién soy. Si estuviese lo bastante sobrio para darse cuenta de que yo mismo llevo el apellido Atwood, estoy seguro de que no hablaría así.

—No entiendo qué tiene que ver Sky con todo eso.

—Bueno, la chica es guapa, pero también lista. Ahora mismo los Atwood son los más ricos y poderosos de la región. No solo sacan una fortuna cada año con la empresa de aventuras, también tienen otros negocios en Boston, Nueva York o algo así. —«San Francisco, idiota», pienso—. En fin, aunque a los Hertford les va bien, no dejan de ser unos ricos pueblerinos, y Sky es más ambiciosa que todo eso.

—¿A qué te refieres?

Acerca su rostro y ladeo la cabeza para que pueda hablarme al oído.

—Todos en el pueblo saben que la chiquilla esa es la putita de Leonard Atwood.

Me aparto frunciendo el ceño.

—¿Cómo dices?

El borracho ríe a carcajadas y se termina la cerveza de un trago antes de seguir hablando.

—Como lo escuchas, colega. El viejo Atwood tiene a su consentida para cubrir sus necesidades. No digo que Hertford no sea un buen partido. Tal vez Sky le siga el juego para guardarse un as bajo la manga. Cuando el viejo se canse de ella…

Me levanto de golpe y me aparto. No es posible que mi padre… ¡No! Eso no tiene ningún sentido. Sky tiene edad para ser su hija. Me niego a creer que pueda haber algo entre ellos. Además, sé que la relación entre Margot y Leonard no es la mejor, sin embargo, pensar que él pueda estar engañándola con Sky… No. Tiene que ser un jodido error.

Decido dar la fiesta por terminada y regreso a mi habitación. No soy capaz de coger el sueño. Sky y mi padre. ¿Es posible? Aunque intento no pensar en ello, la duda me corroe. ¿Por qué alguien se inventaría algo así? Escucho unos golpes en mi puerta y frunzo el ceño. Son casi las tres de la madrugada. Me pongo en pie y voy a abrir. Me sorprendo al ver a Erika al otro lado, vestida solo con una bata abierta y un camisón transparente que no deja nada a la imaginación.

—¿De verdad vas a hacer que te pida que me dejes entrar? —dice, esbozando una sonrisa provocativa.

Inspiro hondo y miro por encima de su hombro hacia la puerta del dormitorio de Sky. No la he escuchado llegar. Tal vez aún siga en la fiesta, aunque ya hace tiempo que dejé de escuchar la música. ¿Se habrá marchado con Hertford a su habitación? O tal vez… Resoplo con fuerza y tiro de Erika para meterla en el dormitorio. Me estoy obsesionando con esa maldita niñata y esta puede ser una buena manera de cortarlo de raíz.



Capítulo 14

Sky

Salgo de la ducha y me llevo la mano a la parte baja de la espalda, haciendo una mueca de dolor. Anoche me pareció buena idea quedarme durmiendo fuera, bajo el cielo azul y las estrellas. Ahora empiezo a arrepentirme. Meto en la mochila las pocas cosas que he traído y me cercioro de que el material de trabajo esté en la parte superior antes de cerrar la cremallera. Por último, relleno la cantimplora con agua fresca y, tras colgarme la mochila del hombro, salgo de la habitación.

Aún estoy cerrando la puerta cuando escucho un ruido a mi espalda. Me giro y frunzo el ceño al ver a Erika salir de la habitación que está justo frente a la mía. Es extraño, juraría que esa es la que le tocó a Grayson. Fue una de las razones por las que decidí no volver anoche. Pensé que tal vez él me escucharía llegar y… Preferí evitar tentaciones. Me pregunto qué habrá ocurrido para que intercambiara su dormitorio con el de Erika.

Cuando la chica me mira y sonríe, cierro los ojos dándome una bofetada mental. Por supuesto que no han cambiado sus habitaciones, la han compartido. Salta a la vista que ese pelo revuelto y las marcas en su cuello son por haber pasado la noche con Grayson.

—Buenos días —susurra, pasando por mi lado sin perder la sonrisa.

Mascullo una contestación y me apresuro en abandonar el pasillo. Mientras me dirijo al comedor, no puedo dejar de pensar en lo idiota que soy. Por un momento incluso llegué a creer que Grayson estaba de verdad interesado en mí. Anoche, durante la fiesta, no me sacaba los ojos de encima. Hasta Mark se dio cuenta.

—¡Hijo de puta! —siseo en voz baja.

Estuvo flirteando conmigo, provocándome con sus jueguecitos y al segundo se acuesta con Erika. ¿Qué clase de persona hace algo así? Acabo de darme cuenta de que Grayson es uno de esos tipos despreciables que usan a las mujeres a su antojo sin ningún tipo de remordimientos, y yo no voy a ser una más en su larga lista de conquistas. Se acabaron las tonterías, no más bromas ni flirteos.

Entro en el comedor y descubro que esta mañana no está tan abarrotado como ayer. Enseguida

veo varios brazos en alto, entre ellos los de Jude y Mark. Se han sentado juntos a desayunar. Me acerco y no me queda más remedio que tomar asiento justo al lado de Jarrod, uno de los ayudantes de Mark. Lo conozco desde que era una niña y siempre me ha caído fatal. Es un jodido borracho que abre la boca más de la cuenta antes de perder el sentido. Sé que él y su grupo de amigos idiotas son en parte responsables de los rumores que circulan por Clearstone Hill respecto a mi relación con el señor Atwood. Puto enfermo desgraciado. Ni siquiera lo saludo. Me pido un café y un par de tostadas mientras escucho como Jude y Mark parlotean sin parar. Quieren que juntemos los dos grupos para la etapa final del ascenso y buscan mi aprobación.

—Vamos, Sky. Será más divertido si vamos todos juntos —insiste Jude.

—Divertido, pero menos seguro. Los grupos grandes siempre son problemáticos.

—Por eso no te preocupes —intercede Mark—. Yo me ocuparé de los míos y tú de los tuyos.

Entrecierro los ojos y lo señalo con el dedo índice.

—No quiero distracciones ni heroicidades. Además, la última palabra la tiene el señor Atwood. Si él está de acuerdo, por mí no hay problema.

—¿Si está de acuerdo en qué? —escucho que preguntan a mi espalda. No necesito girarme para saber que es él, reconozco su voz. Por algún motivo, Jarrod masculla una maldición en cuanto Mark saluda a Grayson por su apellido y se marcha. Grayson ocupa su lugar a mi lado—. ¿Qué está pasando?

Me termino el café en un par de tragos y me pongo en pie sin ni siquiera mirarlo a la cara. Estoy furiosa con él y no sé por qué. O sí lo sé, y eso es lo que de verdad me molesta.

—Os esperaré fuera —digo, colgándome la mochila a la espalda.

Mark frunce el ceño y señala el plato donde mis tostadas siguen intactas.

—¿No terminas de desayunar?

—Se me ha quitado el hambre —mascullo antes de irme.

Espero en el exterior durante más de media hora a que todos salgan. Entre Jude y Mark parecen haber convencido al señor Atwood de hacer el ascenso juntos. En parte me alegro. Tener a Mark cerca me ayuda a mantener las distancias con Grayson. No le dirijo la mirada, ni siquiera una palabra durante todo el trayecto. Decidimos no detenernos para almorzar y así llegar antes a la cima. Por lo que, al atardecer, logramos hacer cumbre.

La mayoría se deja caer en cuanto llegamos y empiezan a felicitarse unos a otros. Erika está agotada y así nos lo hace saber. Ha pasado todo el camino cuchicheando con Grayson y sonriendo de oreja a oreja como una imbécil. En fin, tampoco quiero pagar con ella mi frustración. No tiene la culpa de mi propia estupidez.

Me siento en el borde del desfiladero y respiro hondo. Me encanta estar aquí arriba. Aún recuerdo la primera vez que vine. El señor Atwood me trajo con él en una de sus excursiones cuando tenía once años. Me sentí tan libre y en contacto con la naturaleza que apenas pude contener la emoción. Ese día decidí que quería dedicarme a subir esta montaña una y mil veces.

—Sky, ¿nos vamos ya? —escucho su voz a mi espalda, y después coloca su mano sobre mi hombro. Me aparto de forma brusca y me pongo en pie de un salto bajo su mirada sorprendida—. ¿Te encuentras bien? —Asiento y aparto la mirada—. ¿Segura? Si estás muy cansada podría darte un masaje cuando lleguemos a la cabaña —sugiere, bajando la voz y esbozando una sonrisa ladeada.

Por primera vez en todo el día, clavo mi mirada en la suya y frunzo el ceño. Este tipo es incorregible. ¿De verdad va a seguir provocándome y haciéndome insinuaciones justo después de acostarse con Erika? ¿Qué problema tiene?

—Puedo apañármelas sola —siseo.

Lo escucho resoplar, y antes de que pueda decir nada más, paso por su lado y me dirijo al lugar donde se encuentran los demás. Me despido de Mark antes de emprender la marcha hacia la cabaña. No está lejos. Caminamos solo un par de kilómetros más y enseguida llegamos al enorme claro donde está construida lo que cualquier persona de clase media llamaría «mansión rústica», pero para los Atwood solo es su «pequeña cabaña en la montaña».

Me encargo de revisar que todo esté como debería. Una persona se encarga de mantener la casa preparada cuando se le avisa. El frigorífico está lleno, las camas listas y el generador encendido para cuando llegamos. Decido quedarme en el único dormitorio de la planta baja, el que se supone que es para el servicio. El señor Atwood insiste en que use uno de los cuartos de invitados, pero no consigue hacerme cambiar de idea. Me ducho y me cambio antes de ir a poner a lavar la ropa sucia. Al llegar al pequeño cuarto donde están la lavadora y la secadora, descubro que hay un cesto repleto de prendas. Vamos, que me va a tocar a mí hacer la colada de todos. No sé por qué pensé lo contrario.

Tras encargarme de esa tarea, vago por la planta principal de la casa siguiendo las voces. Todos se han instalado en el comedor. Nada más asomarme, el señor Atwood deja el tenedor sobre el plato y señala una silla vacía junto a Grayson.

—Sky, siéntate y acompáñanos —pide.

—Eh… Gracias, pero no tengo mucha hambre. Si no necesitan nada más, estaba pensando en dar un paseo.

—Iría contigo, pero estoy agotado —intercede Jude—. Creo que reservaré fuerzas para explorar mañana los alrededores.

Le sonrío y asiento. Me alegra que no venga. Ahora mismo no soy una buena compañía para nadie.

Tras despedirme, recojo un par de mantas y salgo de la casa. Ya casi ha anochecido y no pienso volver hasta que ya todos se hayan ido a dormir. Me instalo en el claro, en una zona alejada rodeada de flores silvestres desde donde se pueden ver las colinas. Extiendo una de las mantas sobre la hierba y otra en mis hombros. Ya empieza a refrescar. Es lo que tiene estar a una altitud elevada, las noches suelen ser heladas. En cierto momento decido encender un pequeño fuego y sigo tumbada boca arriba mirando el cielo azul nocturno. Es tan hermoso… Hay tonos azul oscuros mezclados con más claros y el blanco y amarillo de las estrellas. Una maravilla de paisaje digno de ser retratado.

—Te he estado buscando.

Cierro los ojos con fuerza y resoplo. ¿Es que va perseguirme a todos lados? ¿Por qué no se larga con su amiguita y me deja en paz de una maldita vez? Se sienta a mi lado sobre la manta y, aunque me muero de ganas de apartarlo de un empujón, me quedo quieta. Si lo que pretende es seguir provocándome, esta vez no funcionará. Ya estoy cansada de sus jodidos jueguecitos.

—Grayson, quiero estar sola —musito sin apartar la mirada del cielo.

—¿Se puede saber qué te ocurre? Llevas todo el día de un humor horrible. ¿Estás cabreada conmigo? —Bufo de nuevo y me incorporo para sentarme. No contesto—. Sky, ¿qué he hecho? —«Acostarte con esa pija de ciudad», quiero decir, sin embargo, continúo en silencio—. ¿Ni siquiera vas a responderme? ¿No crees que te estás comportando como una niña caprichosa?

—Quiero estar sola —repito, clavando la mirada en el fuego crepitante.

Grayson resopla con fuerza y durante un buen rato se queda callado e inmóvil.

—No sé por qué sigo aquí —dice de pronto.

—No te he pedido que lo hagas. Es más, estoy segura de haber sido bastante clara al pedirte que te marches.

—¿Por qué? Es que no lo entiendo. ¿Es por Hertford?

Giro la cabeza en su dirección y frunzo el ceño.

—¿De qué demonios hablas? —inquiero.

Tiene la mandíbula tensa y los labios apretados.

—Pasaste la noche con él, ¿no? Estuve esperando a que llegaras a tu habitación y no lo hiciste.

«Hijo de perra. Seguramente estaba demasiado ocupado tirándose a Erika como para siquiera escucharme llegar».

—Grayson, yo paso la noche con quien me apetezca —siseo. Inspiro hondo antes de seguir hablando—. No obstante, en esta ocasión tus suposiciones son erróneas. Dormí fuera, y probablemente hoy también lo haga. Ahora, si ya he satisfecho tu curiosidad, ¿podrías largarte de una maldita vez?

Se queda mirándome con fijeza durante unos segundos, y antes de que pueda reaccionar, se abalanza sobre mí y me besa. El muy cabrón se atreve a besarme después de que… Intento apartarlo empujándolo por los hombros, pero no puedo evitar que se coloque sobre mí. Su boca se mueve sobre la mía mientras recorre mi cuerpo con sus manos. Mi cabeza me grita que le dé un jodido rodillazo en las pelotas y le ordene que se marche. Sin embargo, no soy capaz de hacerlo y empiezo a dejar de resistirme. Siento su lengua en mi boca, acaricia la mía y busca la parte baja de mi camiseta. Sus caderas se mueven en círculos y puedo notar como su erección presiona con fuerza contra la unión de mis muslos. Me excita, sí, es muy placentero, pero al mismo tiempo no soy capaz de librarme de la sensación de que esto está mal. Cuando su boca abandona la mía y se dirige al valle de mis pechos, aprovecho para empujarlo con fuerza y sacármelo de encima.

—¿Qué ocurre? —pregunta al ver que me pongo en pie.

—Por enésima vez, Grayson. ¡Déjame en paz!

—¿Se puede saber a qué viene eso? —inquiere levantándose—. No puedes negar que lo estabas disfrutando. ¿Por qué te resistes a aceptarlo? Lo deseas igual como yo.

—Porque me niego a ser una muesca más en tu cabecero —siseo.

Se queda mirándome unos segundos y esboza una sonrisa burlona.

—¿Y qué es lo que quieres entonces? No pretenderás que me case contigo, ¿no?

Resoplo cruzándome de brazos.

—Eso es aún peor. No podría soportarlo.

—Entonces… —Hunde los dedos en su pelo en un gesto de frustración—. No te entiendo. ¿Qué se supone que quieres de mí?

—¿Es que aún no he sido lo bastante clara? Quiero que me dejes tranquila. Nada de provocaciones ni jueguecitos. Solo ignórame, yo pienso hacer lo mismo contigo. No me interesas, Grayson. Metete eso en la cabeza de una jodida vez.

—Sigues mintiendo —sisea.

—O tú viendo solo lo que quieres ver. No me estoy haciendo la difícil, te lo aseguro. Mi intención no es convertirme en un reto para ti ni que me persigas, de verdad, solo quiero que me dejes en paz.

—Muy bien —masculla antes de dar media vuelta y marcharse.

Me dejo caer de nuevo sobre la manta y bufo con fuerza. He hecho lo correcto. Por un instante he estado a punto de ceder. No sé qué me pasa con este hombre. No me gusta, ni siquiera lo soporto, pero cuando me pone las manos encima pierdo el control sobre mí misma. Dejo de actuar con la cabeza y son mis instintos los que asumen el mando de mi cuerpo. Me tapo con la manta al sentir el frío helador clavándose en mi piel. Espero que a Grayson le haya quedado clara

de una vez mi posición.



Capítulo 15

Sky

Hace cuatro días que llegamos a la cabaña. Durante este tiempo no hemos parado de visitar preciosos lugares en los alrededores. La verdad es que me lo estoy pasando muy bien. La compañía de Jude y del señor Atwood siempre es agradable, y los otros dos… Bueno, al fin Grayson parece haber entendido que no va a sacar nada de mí y está poniendo sus esfuerzos en mantener contenta y supongo que también satisfecha a Erika. Se han vuelto inseparables de día y de noche. Al menos tengo la suerte de no tener que escucharlos desde mi dormitorio en la planta inferior. Durante nuestras excursiones solo los ignoro, y Grayson hace lo mismo conmigo. Bien, eso era lo que quería. ¿Verdad? A veces dudo de ello, especialmente en esos momentos donde soy consciente de la complicidad e intimidad que hay entre la parejita.

Lidero la marcha hacia uno de mis lugares favoritos de la zona. La he dejado para el final porque queda algo alejada, pero esta mañana el señor Atwood habló de regresar a casa pronto y no quiero irme sin visitar la maravillosa cascada natural Crest Falls. Vamos solo los cuatro, ya que el señor Atwood no se encontraba con ánimos para la gran caminata. Decidió quedarse en la cabaña.

—¿Qué es ese lugar? —pregunta Erika, señalando una enorme construcción en lo alto de una de las colinas.

—La estación de esquí de Atwood Adventures —respondo sin detenerme ni decelerar mi paso.

—¿Estación de esquí? No sabía que también os dedicarais al turismo en los meses de invierno.

—Durante esa época del año no hay demasiados montañistas. Solo los más experimentados y valientes se atreven a subir Clearstone nevado —interviene Jude.

—Sky, ¿tú lo has hecho alguna vez? —inquiere Erika.

—Todos los inviernos —respondo.

—Eso es increíble. ¿También trabajas en la estación de esquí?

—Solo durante los fines de semana y vacaciones de Navidad.

—Sky va a la universidad de Gunnison —añade Jude, rodeando mis hombros con su brazo de manera cariñosa.

—Oh… Debe ser complicado tener tiempo para todo. ¿Eres instructora de esquí?

—No soy tan buena. Lo mío es el montañismo, la escalada, el *rafting*… Conozco esta montaña muy bien, por eso me contrataron en el equipo de rescate de la estación. A mi equipo y a mí es a los primeros a los que avisan cuando alguien se pierde en la nieve o tiene un accidente.

—Parece un trabajo divertido —comenta.

Giro la cabeza en su dirección y me encojo de hombros.

—No te creas. La mayor parte del tiempo lo pasamos encerrados en una cabaña junto al fuego y tomando chocolate caliente. Es bastante aburrido.

Seguimos caminando durante unos cientos de metros más y después nos toca descender por un sendero estrecho y empinado. Nos las arreglamos para llegar sin ningún incidente. La cascada sigue igual que el verano pasado: preciosa, salvaje e incontrolable. En la parte baja se crea una especie de poza que desemboca en el río. Jude y Erika no tardan en lanzarse de cabeza y disfrutar de sus aguas heladas. Yo también los acompaño, aunque enseguida salgo y me tumbo sobre una roca plana a tomar el sol.

Grayson permanece a varios metros de distancia. Como ya esperaba, ni siquiera se acerca a la orilla a pesar de que Erika insiste una y otra vez en que la acompañe. ¿Es que no se da cuenta de que tiene pánico a meterse en el agua? Solo un tonto no lo adivinaría.

Me coloco las gafas de sol y suspiro, dejando que el calor de la tarde bañe la piel que deja al descubierto mi bañador de dos piezas. En momentos como este me siento la persona más afortunada del universo. ¿Cómo vivirán en las ciudades abarrotadas de coches y polución? ¿De verdad son felices sin poder disfrutar de estos pequeños trocitos de paraíso?

—¿Tienes un encendedor? —Me quito las gafas y giro la cabeza en dirección a Grayson. Está de pie a mi lado, con un cigarrillo entre los labios y las manos en las caderas. Decir que ese bañador rojo le queda como un jodido guante sería el eufemismo del año. El chico es guapo, eso es algo que no entra en discusión, sin embargo, lo que lleva dentro, su forma de ser… No, la belleza exterior no lo es todo—. ¿No me has escuchado o me ignoras? No pretendo seguir suplicando si es lo que piensas. Lo he pillado. Solo quiero un jodido encendedor.

Inspiro hondo por la nariz y me incorporo para rebuscar en mi mochila. Saco del bolsillo exterior un mechero y se lo tiendo. Tras usarlo para prender el cigarrillo, lo lanza a mi lado.

—No hay de qué —mascullo en voz baja.

Parece estar a punto de marcharse de nuevo hacia su lugar, sin embargo, tras girarse, lo escucho chasquear la lengua y vuelve a darse la vuelta.

—¿Puedo hacerte una pregunta y que seas sincera conmigo al menos una vez?

Pongo los ojos en blanco y me contengo para no soltar un bufido.

—Dispara —susurro.

Sorprendiéndome, se sienta a mi lado y sigue dándole caladas a su cigarrillo de vez en cuando.

—No lo entiendo. ¿Por qué no quieres acostarte conmigo?

—¿Vas a seguir con eso? Creí que lo había dejado claro.

—Lo has hecho, pero no te creo. No estoy insistiendo, ¿vale? Solo me gustaría entender tu cambio de actitud. Todo estaba bien. Creí que estábamos jugando, era excitante y divertido, y de la noche a la mañana parece como si me odiaras.

—No te odio —contesto, siendo sincera.

—¿Entonces? Espero una explicación mucho más extensa y coherente que esa. —Me mira de reojo y apaga el cigarrillo en la superficie de la roca—. Sinceridad, Sky. Es lo único que te pido.

—¿Tú siempre eres sincero? —inquiero, arqueando una ceja.

—Por supuesto. Odio las mentiras y los secretos. Intento decir siempre la verdad.

—En toda esa sinceridad y buenas intenciones, ¿dónde entramos Erika y yo?

Frunce el ceño y cabecea, creo que confuso.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, Grayson. Flirteas conmigo durante el día y te acuestas con ella por la noche. Eso no parece muy sincero.

—Me la follo a ella porque tú me rechazaste.

Abro mucho los ojos y casi me echo a reír. Eso sí es ser sincero, y también un sinvergüenza.

—Me preguntas por qué no quiero tener nada contigo y ahí tienes tu respuesta. Alguien capaz de engañar y usar a las mujeres…

—Eh, detente —me corta, alzando su mano—. Yo no he engañado ni usado a nadie. Erika sabía a lo que venía la primera vez que se metió en mi cama, y todas las siguientes también. Solo es sexo, yo no busco ni quiero una relación, no creo en ellas. Y a ti tampoco te prometí nada más que un rato divertido. ¿Miento? —Inspiro hondo y me encojo de hombros—. Esa respuesta no me sirve. Yo soy sincero contigo, te he dicho cuánto te deseo. ¿Quieres saber más? Me vuelves loco. No soy capaz de dejar de pensar en ti. Te veo y… —Desvía la mirada a mi escote y se humedece los labios—. Tienes las tetas más jodidamente apetecibles que he visto nunca.

Trago saliva con dificultad e intento actuar de la manera más casual posible. No puedo dejar que descubra cuánto me afectan sus palabras. Carraspeo y fuerzo una sonrisa.

—Eres un romántico —farfullo.

—No lo soy. No creo en el romanticismo, en el amor ni en las relaciones de pareja. —Bufa y se peina el cabello hacia atrás con los dedos—. Esa mierda del amor verdadero fue una estrategia de la industria editorial para vender más libros. Después Hollywood y Disney lo llevaron a otro nivel.

—¿Me estás diciendo que jamás has sentido ese pellizco en el pecho cuando alguien que te interesa está junto a ti?

—Por supuesto que lo he sentido, pero eso no es amor, es atracción, y no me refiero a nada sexual. Puede atraerte una persona por su personalidad o su forma de pensar, incluso su inteligencia. —Respira hondo y se gira hacia mí—. Dime, ¿cuánto duran esos sentimientos? El pellizco en el pecho, las mariposas en el estómago, esa sensación de euforia y anticipación… ¿Semanas? Unos meses como mucho. ¿Y qué ocurre entonces? Vienen las discusiones, los problemas. Nos sentimos encadenados a una persona por la que no sentimos más que pena o cariño. Queremos huir, volver a sentir todo eso del inicio de la relación con otra gente, pero no podemos porque debemos ser fieles y no lastimar a esa persona a la que juramos amar y respetar, a la que se supone que le hemos entregado el corazón. Llegados a ese punto solo podemos seguir dos caminos, el primero es conformarse y vivir una vida infeliz, aunque intentas convencerte de que no lo eres. El segundo… Bueno, te conviertes en un ser mezquino y amoral, alguien capaz de destrozar a la persona que supuestamente ama, de engañarle y mentirle sin sentir remordimientos.

Se queda callado mientras intento asimilar todo lo que ha dicho. No estoy de acuerdo en la mayoría, sin embargo, su punto de vista me hace entender que en el fondo Grayson no es tan malo como creía. La forma que tiene de entender el amor y las relaciones de pareja es errónea, nada más. Después de un buen rato, soy yo la que decide hablar.

—Por eso nunca funcionaría —susurro. Grayson me mira y me encojo de hombros—. Yo no tengo relaciones casuales. Necesito algo más que atracción física para acostarme con alguien. Sentimientos y todo eso que tú rechazas.

Bufa con fuerza y se frota los ojos con los dedos.

—Creo que no has entendido nada de lo que he dicho. —Coloca su mano sobre mi rodilla y busca mi mirada—. Lo que yo te ofrezco es diversión, esa euforia del inicio de una relación, la excitante anticipación de no saber qué pasará a continuación. Sin ataduras, sin promesas de futuro y sin ningún tipo de lazo que nos una.

Me quedo pensativa unos segundos. Tal vez podría… No, yo no soy así. Probablemente terminaría pillándome por él y me rompería el corazón. Aparto su mano y niego con la cabeza.

—Lo siento, eso no sirve para mí —murmuro.

Grayson respira hondo y asiente.

—Lo respeto —masculla—. ¿Al menos puedes admitir que te pongo cachonda? —Abro mucho los ojos y lo veo esbozar una sonrisa de suficiencia.

—¿Quieres que te infle el ego? Creo que paso.

Suelta una carcajada negando con la cabeza y se tumba sobre la roca. Después de unos segundos, yo también hago lo mismo. Supongo que aquí termina esta aventura. No creo que Grayson vuelva a insistir. Aunque no tengo muy claro que eso sea lo que de verdad deseo.



Capítulo 16

Sky

Regresamos el día siguiente. Hacemos el descenso a solo una parada. Tras nuestra conversación junto a la cascada, Grayson y yo seguimos distantes, aunque ya no nos ignoramos. El entender su punto de vista ha disipado mi cabreo, además, ayuda bastante que él y Erika ya no estén pegados en todo momento. No sé qué ha ocurrido entre ellos. En cierto momento llego a sentir pena por Erika. Sigue buscando la atención de él, pero no obtiene respuesta.

Llegamos a la sede de Atwood Adventures bien entrada la tarde y todos se marchan en dirección a la villa. Yo me quedo en el almacén limpiando y ordenando el material que hemos utilizado. Tras ducharme y cambiarme de ropa, decido irme a casa también, aunque antes paso por el despacho del señor Devon. Me dijo que hablaríamos cuando regresara. No sé si tengo alguna salida agendada para mañana. Toco a su puerta varias veces y no recibo respuesta. Paso por administración y me informan de que lleva todo el día fuera de la sede. En fin, si quiere decirme algo puede llamarme por teléfono.

Camino hacia el aparcamiento agotada. Estoy deseando llegar a casa y meterme en la cama. Estos últimos días he dormido fuera, y aunque me encanta y sé que echaré de menos esas noches de cielo azul en la cima de la montaña, admito que mi espalda está suplicando descansar en un colchón de verdad.

Casi he llegado a mi camioneta cuando veo al señor Devon, parece estar charlando con alguien, o más bien discutiendo. Pienso en acercarme, sin embargo, la actitud del hombre que lo acompaña me deja quieta, observando la escena. Veo cómo el tipo, que debe medir cerca de dos metros, empuja al señor Devon y después se coloca al volante de un coche de lujo color negro y con los cristales tintados. Espero hasta que se marcha, y al pasar por mi lado compruebo que la ventanilla trasera está un poco abierta. Hay alguien ahí. Otro hombre vestido de forma muy elegante. Me ve y sonríe, moviendo su cabeza a modo de saludo. Qué extraño todo. ¿Qué querría ese tipo del señor Devon? Está claro que el alto y amenazador era su chófer o guardaespaldas, tal vez ambas cosas.

Decido no meterme donde no me llaman, y antes de que el señor Devon pueda verme, entro en

mi camioneta y salgo del lugar. No tardo en llegar a casa, y tengo la suerte de encontrar a mis padres en la cocina.

—Cielo, creí que vendrías antes —dice mamá a modo de saludo—. Los Atwood llegaron a media tarde.

Me acerco y apoyo mi mano en el hombro de papá que, como siempre, está ensimismado leyendo el periódico.

—Tenía cosas que hacer en la sede. ¿Estás cocinando? —Me acerco y miro sobre su hombro hacia el interior de la olla que está en el fuego.

—Verduras estofadas. Imaginé que llegarías hambrienta.

Beso su mejilla y la abrazo por detrás.

—Claro, como la niña no come carne, todos tenemos que alimentarnos a base de espinacas y apio —se queja papá.

Me giro sonriendo y lo señalo con el dedo índice.

—Puedes fingir lo contrario, pero sabes que te encantan las verduras estofadas de mamá.

Va decir algo, y parece pensárselo mejor cuando ella frunce el ceño y se cruza de brazos.

—Todo lo que prepara tu madre es delicioso —afirma con una sonrisa descarada.

Me obligo a contener una carcajada y sacudo la cabeza de un lado a otro mientras mamá asiente y vuelve a girarse hacia los fogones. Me encanta la relación que tienen. Creo que, en parte, me cuesta tanto aceptar la forma de pensar de Grayson porque eso no es en absoluto lo que me ha tocado vivir. Yo crecí con unos padres cariñosos y atentos que no dudan en demostrarse cuánto se quieren entre ellos. Son felices a pesar de llevar juntos tantos años.

—Echaba de menos estos momentos —susurro.

Papá extiende su mano y enseguida me atrae a su lado y me abraza por los hombros.

—Sí, desde que llegaron los Atwood todo ha sido un caos. Ya sabes cómo son.

Asiento y suspiro. Cuando ellos no están, mis padres tienen mucho más tiempo libre. Ella solo debe encargarse de mantener la mansión limpia y él del jardín, del mantenimiento de los coches y de reparar o reemplazar cualquier desperfecto que surja.

—Por suerte, mañana ya se van casi todos —comenta mamá.

—¿Quiénes se van? —inquiero.

—La señora Atwood, Kristen, la invitada y no sé si alguien más —responde papá.

¿Grayson? ¿Él también se marcha? No sé por qué la idea de que lo haga me disgusta. «Tal vez, si decidiera quedarse unos días más…». ¡No! ¿Qué hago pensando estas tonterías? Lo mejor es perderlo de vista cuanto antes para evitar tentaciones.

Cenamos los tres juntos en la pequeña cocina de la casa de empleados en la que crecí y después mis padres se retiran. Mañana a primera hora tienen que estar en pie. Papá los llevará al aeropuerto y mamá… Bueno, ella siempre debe estar disponible por si la señora Atwood necesita algo.

Termino de lavar los platos, y antes de irme a la cama decido salir un rato. Miro hacia arriba y chasqueo la lengua. Hoy no es una de esas noches. El cielo está oscuro, casi negro, aunque hay luna llena. Por puro instinto y costumbre, camino hacia la zona de la piscina. No voy a bañarme, pero me gusta estar allí. No hay ninguna luz encendida en la mansión. Lo más probable es que estén ya todos dormidos. De espaldas a la piscina, observo la fachada de la mansión. Hay varios balcones y ventanas que dan hacia este lado. Creo recordar que el dormitorio de Grayson es uno de ellos, con balcón. Sí, eso me parece. La última vez que me colé en la planta superior era solo una niña.

—¿Estás pensando en trepar por la celosía hasta mi ventana? —Me sobresalto y doy un giro

brusco, colocando la mano en el centro de mi pecho.

Grayson sonríe, estirado sobre una de las tumbonas. Solo lleva puesto un pantalón de algodón oscuro, nada más. Está incluso descalzo.

—Voy a tener que colgarte un cascabel del cuello —siseo.

Amplía su sonrisa y se incorpora para quedar sentado.

—¿Qué haces aquí, Sky? ¿Te han entrado ganas de un chapuzón nocturno?

—No, solo quise tomar un poco de aire antes de irme a dormir.

Camino hacia el borde de la piscina, y tras subir el bajo de mi pantalón, me siento y sumerjo los pies en el agua. Escucho a Grayson moverse a mi espalda y enseguida aparece a mi lado, aunque él mantiene los pies en tierra firme. No esperaba lo contrario.

—¿Sabes? Creo que voy a echarte un poco de menos —susurra tras un rato en silencio.

Giro la cabeza en su dirección arqueando una ceja.

—¿Vas a echar de menos acosarme?

—Yo no… —Bufa y niega con la cabeza—. Da igual. Sí, supongo que es eso. Nuestras batallas verbales son excitantes y muy entretenidas.

Ruedo los ojos y sonrío.

—Apuesto a que no tardarás en encontrar a alguna idiota que caiga rendida a tus pies en cuanto llegues a San Francisco. ¿También te vas mañana?

—Sí, y tienes razón, no me costará encontrar con quien pasar un buen rato, pero yo soy de los que cree que hay que arrepentirse de lo que hacemos, no de lo que dejamos por hacer. Y solo por eso, voy a hacer algo que me juré a mí mismo que no haría. —Lo observo extrañada y él suspira antes de clavar su mirada en la mía—. Un último intento. Ven conmigo, Sky. Solo esta noche.

—Eres persistente, eso tengo que concedértelo. —Inspiro hondo por la nariz—. La respuesta sigue siendo no.

—Lo supuse. —Hace una mueca con los labios y se gira hacia mí—. ¿Sabes lo que te estás perdiendo? —Tomándome por sorpresa, agarra mis manos y las coloca sobre su pecho desnudo—. Adelante, te dejo que testes la mercancía antes de saber si la quieres o no.

Suelto una carcajada y le doy un golpe en el pecho con la mano abierta.

—Creo que sobreviviré sin haber probado la mercancía —mascullo.

—¿Estás segura? Tengo una mercancía bastante generosa un poco más al sur.

Sonríe de nuevo de manera pilla y yo suelto otra carcajada.

—¿Por qué insistes tanto? No lo entiendo, puedes tener a cualquier chica que te propongas.

—Ninguna se me ha resistido tanto —responde, encogiéndose de hombros—. No acostumbro a hacer esto, Sky. Lo de correr detrás de una mujer… Acosarla, como tú dices, eso no es lo mío.

—Jamás lo hubiese adivinado —mascullo en tono sarcástico—. Sigo sin entender tus motivos. ¿Soy un reto para ti?

—Sí, supongo que es eso. Además, mi insistencia se debe a que tengo la certeza absoluta de que tú también lo deseas. Si tuviese alguna duda al respecto ya lo hubiese dejado estar. Al contrario de lo que puedas pensar, sé aceptar una negativa. Sin embargo… —Suspira y su mirada vuelve a la mía—. Algo te frena y no sé qué es. Me intriga no saber por qué te sigues conteniendo.

—Ya te lo dije en el lago. Me niego a ser una muesca más en el cabecero de un niño rico y consentido.

—¿Eso es lo que piensas de mí? Ni siquiera me conoces.

—Exacto, y por eso mismo prefiero mantenerme alejada.

Suspira una vez más y alza ambas manos a modo de rendición antes de ponerse en pie.

—En ese caso, no hay nada más que decir. Ha sido un placer acosarte.

Sonrío y asiento con la cabeza. No sé por qué me apena que se marche tan pronto. Supongo que, en el fondo, nuestras discusiones y debates a mí también me parecen divertidos.

—Te deseo un buen viaje —susurro con un hilo de voz.

—Gracias. —Se gira para marcharse, y aún no ha dado ni cinco pasos cuando se da la vuelta y vuelve a mirarme—. Por cierto, mi vuelo no sale hasta las diez de la mañana. Si cambias de idea… —Señala la parte superior de la fachada, hacia el balcón más grande—. Puedes aventurarte a subir o simplemente lanzar algo contra mi ventana.

Sonrío de nuevo, negando con la cabeza. Está claro que no se da por vencido.

—Buenas noches, idiota.

—Buenas noches, muñeca.

Espero a que se vaya y solo entonces suelto una gran bocanada de aire y maldigo en voz baja. No entiendo por qué me cuesta tanto dejarlo ir. Es lo mejor, ¿no? Si cediera, si… ¡Mierda! Ni siquiera debería estar valorando esa posibilidad. Sin embargo, cuando él se marche a San Francisco es posible que termine arrepintiéndome de no haberme arriesgado. Solo una vez, una noche sin pensar en nada, sin arrepentimientos ni dudas. Inspiro hondo y desvío la mirada hacia el balcón. No sé si estoy preparada para algo así.



Capítulo 17

Grayson

Resoplo y pateo las sábanas. No consigo coger el sueño. Mi mente se empeña en traer a colación imágenes de Sky. Aquella primera noche en a la piscina, nuestro encuentro en el callejón junto al pub, en la montaña… No entiendo qué me pasa con esta chica. Supongo que el hecho de que se me resista tanto me hace desearla aún más. Miro el techo frunciendo el ceño. Ni siquiera lo que dijo aquel imbécil junto al fuego ha conseguido quitarme las ganas de tenerla. Sky y Leonard. ¿Será cierto? En algunos momentos descarto por completo esa idea. Leonard es un buen hombre, sin embargo… Yo he sido testigo del daño que pueden hacerse dos personas que dicen quererse. Su relación con Margot es bastante plácida y relajada. Creo que nunca los he visto discutir desde que decidieron adoptarme, pero eso no significa que el viejo no tenga sus pequeños secretillos. Y Sky… A ella ni siquiera la conozco. Tiene el aspecto de un ángel. Esas son las peores. En fin, tampoco es que me importe lo que haga con su vida. Lo único que quiero de ella es un buen rato de placer, sacarla de mi sistema. Estoy seguro de que, si consigo tenerla, dejará de generarme interés.

Las horas van pasando y sigo mirando el techo sin poder pegar ojo. Escucho un ruido, como un pequeño clic, y me incorporo en la cama extrañado. Las luces están apagadas y apenas consigo ver nada en el interior de la habitación. Solo espero que no sea un nuevo intento de Erika de colarse en mi cama. Creí haberle dejado claro que no volverá a ocurrir nada entre nosotros. Esa especie de aventura que tuvimos en la montaña se acabó. Tengo que admitir que tampoco lo disfruté demasiado. En realidad, no era con ella con quien quería estar.

—Sky —murmuro para mí, inspirando hondo por la nariz.

Un nuevo sonido llama mi atención, esta vez más alto. Giro la cabeza hacia la puerta acristalada que lleva al balcón y frunzo el ceño. Parece como si algo hubiese golpeado la ventana. Me quedo quieto, sentado sobre la cama, y vuelvo a escucharlo. Me levanto de un salto y aún no he llegado a la puerta cuando escucho un estruendo y el cristal se rompe. Doy un salto hacia atrás y veo una piedra del tamaño de una pelota de golf tirada sobre la alfombra. «¡¿Qué demonios?!». Consigo llegar al balcón, esquivando los cristales que hay en el suelo para no

cortarme, y me asomo por la barandilla.

—¡Mierda, lo siento! —exclama Sky, susurrando desde abajo.

—¿Se puede saber por qué has roto el cristal? ¿Estás loca?

—Fue un accidente —responde—. Dijiste que podía lanzar algo contra tu ventana.

—¿No encontraste una piedra más grande? Creo que hay algún ladrillo en el cobertizo. ¿Te apetece probar?

Chasquea la lengua y se cruza de brazos.

—Sabía que esto era mala idea. ¿Sabes qué? Olvídalo.

Veo que se gira y está a punto de irse.

—¡Sky! —la llamo, intentando no gritar. Si la piedra rompiendo el cristal no ha despertado a todos no quiero ser yo quien lo haga—. ¡Sky, espera! —Se detiene y, tras resoplar, vuelve a mirar hacia arriba—. Ven aquí —pido. Parece dudar, aunque no tarda en volver al lugar en el que estaba hace un momento, justo debajo del balcón—. ¿No vas a decirme qué es lo que quieres? Supongo que no decidiste lanzar piedras contra mi ventana de madrugada solo para molestar, ¿no?

Se queda callada unos segundos y después suspira.

—Yo… Eh… —Carraspea y endereza la espalda—. He cambiado de idea.

Tardo apenas unos instantes en darme cuenta del significado de sus palabras. Aunque lo intento, no soy capaz de contener la sonrisa que tira de mis labios hacia arriba. «Ha cambiado de idea. Eso significa que… ¡Sí! ¡Sí, joder!».

—Bajo enseguida —digo, y me meto de nuevo en la habitación.

Salto por encima de los cristales rotos y corro hacia la puerta de salida. Me freno antes de abrirla y me giro. Estoy tan eufórico que casi me olvido de lo más importante. Vuelvo sobre mis pasos y rebusco en mi mesita de noche. No tardo en hacerme con unos preservativos, los meto en el bolsillo de mi pantalón de algodón y estoy a punto de ir a por una camiseta, pero lo descarto. Para lo que voy a hacer, tampoco la necesito.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras a la carrera. Cuando llego a la puerta trasera que da al jardín estoy sin aliento. Me detengo y respiro hondo. No quiero parecer desesperado, aunque lo esté. Deslizo la puerta acristalada hacia un lado y la veo ahí, sentada en los escalones, con la mirada perdida en el cielo. Carraspeo y me mira de inmediato. Casi puedo sentir como mi corazón se detiene cuando sus ojos azules se clavan en los míos. Es una de las mujeres más hermosas que he tenido el placer de conocer. Su belleza no es despampanante ni exótica, al contrario. Solo es una chica de ojos bonitos, rostro angelical y cuerpo menudo. Dirijo la mirada a su escote y enseguida noto como mi entrepierna se tensa. Necesito tocar esos pechos, morderlos y amasarlos hasta que se me acaben las fuerzas. Veo que aparta la mirada y frunzo el ceño.

—¿Te estás arrepintiendo? —inquiero.

La escucho suspirar y se pone en pie.

—Sí y no. En realidad, sé que me arrepentiré más si dejo que te marches y no hago nada al respecto.

Sonrío. Eso era justo lo que he intentado hacerle entender estos últimos días. Dice que no es una chica de relaciones casuales, y eso lo respeto, pero si ambos queremos, ¿por qué debe contenerse? ¿Qué hay de malo en dejarse llevar y disfrutar el momento?

Quiero abalanzarme ya mismo sobre ella y arrancarle la ropa a bocados, sin embargo, me contengo. Inspiro hondo y busco de nuevo su mirada.

—¿Conoces algún lugar donde poder estar solos?

Frunce el ceño y esboza una pequeña sonrisa que consigue excitarme aún más. Sigo sin

comprender qué es lo que tiene esta chica que me atrae tanto. Espero que eso cambie después de esta noche.

—¿Me estás preguntando si conozco algún picadero?

—No quería ser tan directo, pero sí.

De nuevo frunce el ceño y niega con la cabeza.

—¿Desde cuándo tienes problemas con ser directo?

Entrecierro los ojos y dejo de contenerme. Tiene razón, ese no es mi estilo. Me acerco en un par de zancadas y, tomándola por sorpresa, pego mi boca a la suya. El latigazo de placer que recorre mi espalda me hace gemir contra sus labios mientras siento que mi erección empuja contra la tela de algodón. La beso con saña, clavando mis dientes en su labio inferior y amasando su trasero. Sky rodea mi cuello con los brazos y tira del pelo de mi nuca con fuerza. Me encanta su sabor. He estado obsesionado con él desde la primera vez que la besé. Aparto mi boca y pego mi frente a la suya con la respiración acelerada.

—Dime que hay algún lugar cercano donde pueda desnudarte —susurro.

Traga saliva con fuerza y asiente.

—La pequeña casa de invitados. Está… —Ni siquiera la dejo terminar de hablar. Sé dónde está. Agarro su mano y empiezo a caminar hacia allí. No queda lejos. Solo unos cincuenta metros que recorro casi a la carrera y arrastrándola detrás de mí. Al llegar a la puerta, intento abrirla y descubro que está cerrada con llave—. Espera. —Dejo que ella pase delante. Coloca su hombro contra la madera, da un pequeño empujón y esta se abre. La miro con una ceja arqueada—. Solía colarme aquí cuando era pequeña. Siempre está vacía.

Asiento y la empujo hacia el interior antes de besarla de nuevo. Consigo cerrar la puerta con una patada y no pierdo el tiempo. Tiro de su camiseta negra de tirantes y después me deshago de su sujetador. Me aparto para observar esos dos pechos generosos y turgentes. Son perfectos, más incluso de lo que había imaginado. La empujo contra la primera pared que encuentro, la escucho quejarse cuando su espalda golpea lo que parece ser un pequeño recibidor, pero no me detengo. Abarco sus pechos con ambas manos y deslizo la boca por su mandíbula mientras los amaso. Toco sus pezones, los hago rodar entre mis dedos y Sky gime en alto aferrándose a mi cintura. Necesito follarla ya. Estoy tan excitado que duele, pero aún no puedo hacerlo. Si esta es la única vez que voy a tenerla, quiero disfrutarlo todo. Su mano se dirige a la cinturilla de mi pantalón y la aparto unos centímetros.

—Aún no —murmuro antes de bajar la cabeza y morder uno de sus pechos.

Sky gime de nuevo y estoy a punto de correrme en los putos pantalones. Nunca antes me había pasado esto. Su sabor, su aroma, esos pequeños gemidos de placer… El conjunto de todas esas sensaciones me tiene al límite. Abandono sus pechos y me dedico a mordisquear su cuello mientras intento recuperar un poco el control sobre mí mismo. Mi miembro se sacude en busca de atención y me veo obligado a alejarme un poco. Sé que con el mínimo roce me correré. Bloqueo mis propias ansias de placer y me dedico a proporcionárselo a ella. Hundo la mano en el interior de su pantalón y aprieto por encima de su ropa interior. Sky se estremece y sonrío. Ella también está al límite.

—¿Puedes dejar los jueguecitos para otro momento? —sisea sin aliento.

Río bajito y recibo una mirada furiosa por su parte.

—Intento prolongarlo —susurro.

—Pues deja de hacerlo. Ya tendrás tiempo para… —Respira hondo—. Solo hazlo de una maldita vez.

Su voz suena desesperada, supongo que casi tanto como lo estoy yo. No obstante, no voy a

perder la oportunidad de llevarla aún más al límite.

—¿Hacer el qué? —Muerdo su labio y aparto la tela empapada que cubre su sexo, hundiendo mis dedos entre sus pliegues. Sky gime de nuevo—. No haré nada hasta que me lo pidas como es debido.

Suelta un quejido cuando saco mi mano de su ropa interior y, como ya hice una vez, lamo mis dedos sin dejar de mirarla a los ojos.

—Estás siendo un capullo —farfulla.

—Cierto, pero creo que es lo justo. Me has acusado de acosarte, has negado tu implicación en esto. —Señalo el casi inexistente espacio entre nuestros cuerpos—. Merezco que seas sincera de una jodida vez. Dilo, admite que lo que deseas es que… —Me quedo callado y arqueo una ceja. Sky resopla con fuerza—. Te daré una pista, empieza por efe.

—Voy a largarme y te quedarás aquí solito con el calentón —me amenaza.

Suelto una carcajada y le doy un pequeño mordisco a uno de sus pezones antes de mirarla de nuevo a la cara.

—No lo harás. Quieres esto tanto como yo. Ahora dilo y te prometo que no tardaré ni cinco segundos en subirte a esa mesa y clavarme en tu interior.

Coloca sus manos de nuevo en la cinturilla de mi pantalón y la sonrisa descarada que me dedica me deja sin aliento.

—Quiero que me folles, Grayson. ¿Es eso lo que quieres escuchar?

Sonrío y la atraigo hacia mí tirando de su cintura.

—Justo eso, muñeca. Te advertí que acabarías suplicando.

—Hijo de… —Nuestras bocas colisionan de nuevo y cumplo mi promesa.

La alzo y consigo dejarla sentada sobre el aparador. Me agacho para quitarle el pantalón y ni siquiera me molesto en hacer lo mismo con el mío, solo lo bajo un poco. Estoy a punto de seguir adelante, pero recuerdo ponerme un preservativo antes. Entonces dirijo mi miembro a su hendidura y me introduzco en ella con un fuerte empellón. Sky grita, literalmente aúlla de placer cuando vuelvo a moverme. Mis caderas cobran vida y empiezo a martillear en su interior a una velocidad vertiginosa. A cada golpe, ella se desliza por la superficie del mueble y su espalda golpea contra la pared. Supongo que debería preocuparme que se haga daño o termine con cardenales en su cuerpo, pero soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea lo bien que se siente estar en su interior, el placer que me recorre de pies a cabeza cuando mi miembro se adentra en ella y vuelve a salir. Sus uñas se clavan en mi espalda y hago una mueca de dolor, sin embargo, no me detengo. Amaso sus pechos con ambas manos y busco de nuevo su boca. Gime, esta vez más alto, y sé que su final se acerca. El mío también, casi puedo notar que el placer se arremolina en la parte baja de mi espalda. Sus uñas cortas vuelven a clavarse en mis hombros y pierdo el control. Sky grita y yo jadeo y me tenso de pies a cabeza cuando el orgasmo más intenso que he sentido nunca recorre cada parte de mi cuerpo.



Capítulo 18

Sky

Me quedo muy quieta, intentando recuperar el aliento y sin saber qué hacer o decir. Me costó mucho dar el paso. Estuve en mi cama dando vueltas sin poder dormir. No dejaba de pensar en lo que sabía que iba a ocurrir. Tomé la decisión de arriesgarme ahora en vez de arrepentirme por la mañana, y después de lo que acaba de ocurrir creo que fue una buena decisión. Nunca antes había tenido sexo solo porque lo deseaba. Mis relaciones físicas siempre han ido ligadas a lazos afectivos, pero esta vez es distinta. Sé que Grayson no quiere más de mí que lo que acabamos de vivir. No necesito palabras cariñosas ni promesas de amor. Se acabó. Inspiro hondo y lo pienso bien. Eso es, se acabó. Ahora cada uno seguirá su camino y esta noche solo será un recuerdo agradable.

—¿Te encuentras bien? —Alzo la cabeza y encuentro a Grayson mirándome con el ceño fruncido. Tiene el pelo revuelto y la frente húmeda por el sudor. Miro más abajo y compruebo que aún sigue enterrado en mí—. ¿Te he hecho daño, Sky?

Carraspeo y niego con la cabeza. Me remuevo incómoda e intento empujarlo, pero me sujeta con más fuerza.

—Suéltame —pido.

—Aún no. —Deposita un beso suave en mis labios y peina mi cabello hacia atrás con las manos antes de volver a mirarme—. Creí que con una vez sería suficiente, pero me equivoqué.

Frunzo el ceño, intentando entender sus palabras. ¿Quiere que lo hagamos de nuevo? ¿Yo quiero hacerlo de nuevo? Aprieto mis músculos interiores y Grayson jadea sonriendo. Sigue estando duro. ¿Cómo es eso posible?

—¿No tienes que descansar para coger un vuelo por la mañana?

Se echa hacia atrás e inspira hondo por la nariz.

—Esa era la idea, sí, pero ahora… —Baja la cabeza y lame uno de mis pezones. Me mira esbozando una sonrisa pilla y se encoge de hombros—. Creo que voy a perder ese avión. Incluso me están entrando ganas de quedarme unos cuantos días en Clearstone.

¡¿Qué?! ¿Va a quedarse? ¡No! Ese no era el plan. Se supone que se marcharía por la mañana.

Por eso tomé la decisión de ir a buscarlo. Creí que no nos volveríamos a ver en mucho tiempo.

—Deberías irte —digo tras carraspear—. Aquí no hay nada que pueda interesarte.

Frunce el ceño y ladea la cabeza despacio antes de darle otro lametón largo a mi pezón.

—¿Estás segura de eso? —Se aparta, saliendo de mi interior, y casi gimo de gusto al ver su miembro erecto cubierto por un preservativo. Se lo quita, y tras anudarlo, lo lanza al suelo y mete la mano en el bolsillo de su pantalón. Saca un par de envoltorios y los pone frente a mi cara—. Quiero gastarlos todos esta noche, pero si me dices que tú no te has quedado con ganas de más, me iré ahora mismo.

Frunzo el ceño y valoro mi respuesta. Claro que tengo ganas de más, solo que… Tiene que irse por la mañana. ¡Ese era el jodido trato! Bueno, o algo así.

—Dime que te irás por la mañana y yo misma compraré más condones si hace falta.

Grayson suelta una carcajada y coloca sus manos sobre el aparador, una a cada lado de mi cuerpo.

—¿De qué tienes tanto miedo, Sky? Solo lo estamos pasando bien.

—Promete que te marcharás —insisto.

Esboza una sonrisa torcida y desliza sus manos por mis costados. De pronto, veo como se arrodilla y separa mis piernas.

—Discutiremos eso más tarde. Ahora relájate y disfruta.

—Grayson, eso no… ¡Mierda! —Pierdo el hilo y mi propia cordura cuando su lengua se adentra en mi sexo, despertando de nuevo mi excitación. Echo la cabeza hacia atrás y gimo con fuerza.

¡Maldición! Esto no está saliendo para nada como lo planeé, pero tampoco es que pueda hacer nada para cambiarlo, al menos no ahora con su cabeza entre mis piernas. Tiro de su pelo cuando dos dedos se adentran en mi interior y vuelvo a gemir. No, definitivamente este no es el momento para discutirlo.

∞∞∞

Grayson no se marchó al día siguiente, ni al siguiente y tampoco el de después. Desde hace ya tres semanas nos vemos todas las noches en la casa de invitados de la villa. No sé en qué momento acepté convertirme en su amante, juguete… Ni siquiera sé cómo definirlo, y tampoco creo que haya sido una decisión consciente. Solo pasó. Durante los primeros días siempre decíamos que sería la última vez y después alguno de los dos iba en busca de más. Después dejamos de fingir que no pasaría y solo lo aceptamos. El caso es que, aunque sé que no debería hacerlo, sigo cayendo rendida ante él una y otra vez, y creo que a Grayson le pasa algo parecido. No soy tan idiota como para pensar que siente algo por mí. Nuestra relación es física, solo sexo sin ningún tipo de conexión o lazo afectivo. En realidad, seguimos sin soportarnos. Cada vez que pasamos tiempo juntos sin estar desnudos, acabamos discutiendo.

—Sky, ¿me estás escuchando? —Me giro de golpe y sonrío ante el ceño fruncido de Caroline—. ¿Puedes dejar ya de pensar en el *bombonazo* de Grayson y atender un poco a mis problemas? Estoy hablando de algo serio.

—Yo no estaba… —Me señala con el dedo índice y resoplo—. Vale, sí que estaba pensando en él, pero también me importan tus cosas. ¿Qué me decías de Jude?

—¿El otro hermano Atwood? Pues que es un imbécil. Ayer se presentó en la sede de Hertford Outdoor Scapes con un ramo de rosas.

Sonrío de nuevo.

—El chico se lo está trabajando. ¿Has pensado que tal vez va en serio?

—Eso pensé el verano pasado y no tengo que recordarte lo que hizo, ¿verdad?

—Se equivocó, Caro. Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad.

Se me queda mirando con la boca abierta y niega con la cabeza.

—Ese imbécil te está fundiendo el cerebro a polvos.

—¡Oye!

—Es cierto, cuando te aconsejé que te dejaras llevar no creí que acabarías idiota perdida.

Resoplo y me cruzo de brazos.

—¿Qué es lo que quieres escuchar? ¿Te digo que Jude es un mal tipo que solo quiere aprovecharse de ti? Puedo hacerlo, pero eso no cambiará nada porque sabes tan bien como yo que no es así y que, en el fondo, te encanta que te persiga e intente buscar tu atención.

—Auch —susurra, con los ojos muy abiertos.

Bufo y me pinzo el puente de la nariz.

—Lo siento, me he pasado.

—No. Creo que me lo merezco. ¿Te encuentras bien?

Asiento y miro la hora en mi reloj. Ya son casi las tres. Mi hora de comer ha terminado y debo volver al trabajo.

—Agotada, y mi jefe me está volviendo loca —respondo, poniéndome en pie.

—¿Sigue cargándote de trabajo?

—Sí. De pronto ha decidido que soy su mejor guía y no me da un respiro. Creo que intenta vengarse de mí por negarme a hacer el ascenso a la pendiente del infierno.

—¿Por qué no lo hablas con el señor Atwood? Él te dijo que si tenías problemas con su cuñado se lo contaras.

—Prefiero arreglármelas sola. —Me sacudo el pantalón para retirar los restos de hierba del lugar en el que estaba sentada y suspiro—. Ya tengo bastante con esos rumores de mierda que hay en el pueblo sobre mí. Si el señor Atwood intercede, solo empeorarán.

—Está bien, pero no dejes que ese capullo estirado te pase por encima. En realidad, ya tienes uno que lo hace, y creo que te gusta bastante. —Le saco la lengua y mi amiga suelta una carcajada—. Ten cuidado, ¿vale? Recuerda lo que hablamos.

—Lo tengo muy presente. Te aseguro que no hay nada más entre Grayson y yo que sexo. Es solo eso.

—Bien, me alegro. Disfrútalo y pásalo genial, pero no te enamores. Los tipos como él no sirven para tener una relación formal. Son demasiado egocéntricos y narcisistas. Necesitan depender exclusivamente de ellos mismos.

—Lo sé —digo, poniendo los ojos en blanco—. Ni siquiera se me ocurriría pensar en Grayson como algo a largo plazo. En cualquier momento se irá y todo habrá acabado.

—Si lo tienes tan claro…

—Así es. —Beso su mejilla y me despido con la mano—. Te llamaré esta noche. Por cierto, ese consejo que acabas de darme, bórralo y deja de hacer el idiota. Jude es muy distinto a su hermano y está loco por ti.

—Eres una perra —sisea, fulminándome con la mirada.

Sé que eso no es lo que quiere escuchar. Caroline sigue resistiéndose y desea que alguien reafirme su posición y le dé la razón en que está haciendo lo correcto, pero una buena amiga dice y hace lo que sea necesario para verte feliz, y sé que, cuando deje de negar lo que siente por Jude, ella lo será.

Me marcho de vuelta a la sede y no tardo en ponerme manos a la obra. Debo preparar todo lo

necesario para la salida de mañana. Toca descenso en kayak por el río. Un grupo grande, demasiado para mi gusto. Intenté hablar con el señor Devon para que lo dividiese en dos, pero no me hizo caso. Eric y yo cargamos los kayaks en las camionetas y después me encargo de recoger el resto del material en el almacén.

Estoy desenredando unas cuerdas cuando siento una presencia a mi espalda. Me giro rápido, y estoy a punto de gritar cuando un hombre alto y corpulento se abalanza sobre mí. Mi quejido queda ahogado en su boca y me siento aliviada al darme cuenta de que es Grayson. Reconozco su sabor, su olor y la forma en la que coloca sus manos en mi cintura para atraerme hacia su cuerpo. Solo él es capaz de lograr que mi corazón se desboque con un beso. Al darme cuenta de la profundidad de mis pensamientos, lo empujo por los hombros. «Solo sexo, Sky. No pierdas la cabeza», me digo a mí misma.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto, echando pequeños vistazos hacia la puerta. Lo último que me falta es que alguien nos vea y empiecen a correr rumores en el pueblo sobre mí y el hijo del dueño de la empresa en la que trabajo. Ya tengo bastante con los que ya existen—. ¿Te has vuelto loco? Alguien puede vernos.

—Deja de quejarte. —Intenta besarme de nuevo, pero me escabullo por debajo de su brazo y lo señalo con el dedo.

—Para. Estoy trabajando.

Grayson alza ambas manos y sonríe como un niño que acaba de hacer una travesura.

—Está bien. Me contendré hasta esta noche.

—En realidad, no sé si hoy podré… —empiezo a decir, pero no soy capaz de terminar la frase antes de tenerlo pegado a mí de nuevo con el ceño fruncido—. Baja un poco la intensidad, Grayson —pido.

—¿Estabas diciendo que vas a darme plantón?

—Necesito descansar. Mi trabajo no es como el tuyo, detrás de una mesa y teniendo reuniones aburridas. Yo hago un gran esfuerzo físico y debo estar lúcida en todo momento. No puedo seguir con este ritmo.

—¿Te dejo agotada? —inquiere sonriendo.

Lo golpeo en el hombro y él hace una mueca de dolor. Está trabajando a distancia desde la mansión. Usa unas cuantas horas del día para hacer llamadas, enviar correos y redactar informes; para él, eso es esforzarse. No termina de entender que, en mi caso, necesito estar descansada. Mi trabajo requiere esfuerzo físico y claridad mental.

—Me agota subir la puñetera montaña. Tú solo me distraes y me privas del descanso que tanto necesito.

—Haces que todas las guarradas que te hago suenen aburridas —masculla.

Casi me echo a reír al ver su cara de enfado. No sé por qué no soy capaz de admitir que en el fondo me encanta que me haga todas esas guarradas. Supongo que solo disfruto molestándolo.

—No creas que eres tan bueno —señalo sonriendo.

Intenta besarme de nuevo y vuelvo a escabullirme.

—Ven aquí y te demostraré lo bueno que puedo ser —sisea.

Intento escapar, sin embargo, Grayson es más rápido y consigue alcanzarme. Rodea mi cuerpo por detrás con sus brazos y muerde mi cuello mientras roza su entrepierna contra la parte baja de mi espalda.

—Eres un idiota —señalo sin poder dejar de reír.

—Eso ya lo he escuchado antes. Ahora di que esta noche vendrás a la casa de invitados.

—Lo pensaré. —Recibo otro mordisco en el cuello y contengo un grito que probablemente

habría alertado a todos mis compañeros—. Está bien, iré. Eres un bruto.

Al fin me libera y se me queda mirando con una sonrisa petulante. Sabe que se ha salido con la suya y está orgulloso de ello.

—A la hora de siempre. Te estaré esperando.

—Si me despeño por un barranco, mi espíritu te perseguirá el resto de tus días.

—Mientras pueda follármelo, no tengo problema con eso —responde, sorprendiéndome.

Suelto una carcajada, y justo en ese instante escucho que la puerta del almacén se abre. Mi risa se corta de inmediato al ver al señor Devon mirarnos a ambos frunciendo el ceño.

—¿Pasa algo aquí? —inquiere.

Grayson carraspea y niega con la cabeza.

—Te estaba buscando, Alan. ¿Nos vamos ya a comer?

—Sí, claro. —Mira con fijeza mi cuello y la arruga en su entrecejo se acentúa. Espero que el mordisco de Grayson no me haya dejado marca. Intento disimular cubriendo esa porción de piel con mi pelo—. Estaba esperando a que llegaras, sobrino.

—Siento la tardanza. Me encontré con Sky por casualidad y estábamos hablando un instante.

—Deja que los empleados hagan su trabajo —replica en tono jocoso—. Vamos, he reservado mesa en el mejor restaurante de este pueblucho de porquería. No será como San Francisco, pero es lo máximo que puedo hacer.

Tenso la mandíbula y aprieto los puños con fuerza. Me molesta que este jodido estirado hable así de mi hogar. Si no le gusta este sitio, que se largue de una vez. Me parece ver que Grayson me lanza una mirada de disculpa, y tras guiñarme un ojo de manera disimulada, ambos se marchan. Cuando me quedo sola, resoplo y me dejo caer en uno de los bancos de madera. Espero que Grayson se marche pronto. Me temo que, si no lo hace, acabaré sintiendo cosas que no son buenas para mí.



Capítulo 19

Grayson

Al llegar al restaurante, uno de los camareros nos acompaña a nuestra mesa. Alan tenía razón, el lugar es bastante lujoso para lo que estoy acostumbrado a ver en este pueblo. Nos sentamos y, tras echar un vistazo a la carta, disfrutamos de una copa de vino.

—Si me hubieses avisado con más tiempo, habría reservado en algún restaurante de Gunnison —dice mi tío sonriendo.

Nunca hemos tenido una relación muy estrecha. Hasta hace un par de años él estaba viajando por Europa, según cuenta Leonard, despilfarrando lo poco que quedaba de la herencia familiar de los Devon. En algún momento, sus antepasados fueron tan ricos como los Atwood y los Hertford, pero no supieron adaptarse al cierre de las minas y terminaron casi en la ruina, o al menos eso es lo que he escuchado desde niño.

—No es necesaria tanta ceremonia, Alan —respondo tras dejar la copa junto a mi plato.

—Pues tú dirás. ¿Qué es lo que necesitas hablar conmigo?

—Estuve echando un vistazo al libro de cuentas de Atwood Adventures para cuadrar el informe anual de las empresas y me he dado cuenta de que no está actualizado. ¿Hay algún problema?

—En absoluto. —Sonríe de nuevo y espera a que el camarero termine de servir nuestros platos antes de seguir hablando—. Acabamos de entrar en lo más fuerte de la temporada. El trabajo se multiplica por segundos y este es mi primer verano como gerente. En cualquier caso, eso es competencia del departamento de contabilidad.

—Tú, como gerente, deberías tenerlo todo al día —lo corrijo.

—Cierto, pero me está costando cuadrar algunas cuentas de antes de que yo llegara. Esa chica… Sky.

—¿Qué pasa con ella? —inquiero, frunciendo el ceño.

—El verano pasado tenía mucho poder en la empresa, se encargaba de hacer pedidos, emitir cheques y demás. No sé hasta qué punto fue consecuente con su trabajo.

—¿Estás insinuando que Sky estaba malversando fondos de la empresa?

—No, por supuesto que no. —Ríe, negando con la cabeza—. La chica es trabajadora y muy buena guía, pero seamos sinceros, solo tiene veintitrés años. Es muy joven e inexperta como para ocuparse de un negocio, y tu padre… Bueno, él confía en esa cría más de lo que debería.

Por la forma en la que aparta la mirada, me da la sensación de que no está contándome todo lo que sabe. Hay algo que intenta ocultar.

—Alan, no quiero ser irrespetuoso, eres mi familia, y si Leonard ha confiado en ti para ponerte al frente de una de nuestras empresas más rentables no seré yo quien le quite la razón, pero necesito que resuelvas este problema cuanto antes. En menos de un mes se cierra la contabilidad y cada centavo que se ha gastado debe estar justificado.

—Me pondré con ello de inmediato, sobrino. Por cierto, no sabía que tenías tantas responsabilidades en la empresa familiar. Casi parece que eres tú quien se encarga de dirigirlas.

—Porque es así. Kristen y yo estamos trabajando para que Leonard pueda ir desligándose poco a poco y se jubile en cuanto Jude termine la carrera y asuma su lugar junto a nosotros.

—Qué interesante —murmura tras darle un bocado a su filete—. ¿Qué va a hacer mi cuñado cuando ya no tenga que asistir a esas aburridas reuniones en San Francisco?

—Disfrutar de la vida, supongo.

—¿Va a quedarse por aquí?

—Eso tendrás que preguntárselo a él. No conozco sus planes.

—Sí, claro. A mi querido cuñado le encanta este lugar y se siente muy a gusto con las personas que viven aquí —señala, y una vez más me parece que hay algo más implícito en sus palabras que se me está escapando.

—Nació y creció en Clearstone, es lógico que le guarde algo de cariño a estas tierras y su gente.

—Sí, por supuesto. ¿Y tú? Creí que te marcharías con tu madre y Kristen. ¿Qué haces aún aquí? Está claro que descansar no es lo tuyo porque sigues trabajando a distancia.

—Estoy de vacaciones. Solo me ocupo de pequeñas cosas de forma remota.

—¿Y lo estás pasando bien? Hace un rato, en el almacén, noté cierta intimidad con la chiquilla, Sky.

Frunzo el ceño de nuevo y dejo el tenedor sobre el plato antes de clavar mi mirada en la suya. No me gustan los rodeos ni las medias palabras.

—Alan, si hay algo que quieras decirme, hazlo de una vez —ordeno.

Alza ambas manos y niega con la cabeza.

—Tranquilo, muchacho. Solo intento saber más sobre ti. Tienes buen ojo para las mujeres. Sky es una chica preciosa. —Podría decirle que solo somos amigos o conocidos, pero no me gusta mentir. Además, tampoco tengo por qué darle explicaciones sobre lo que hago—. Solo digo que tengas cuidado, ¿vale? Estas pueblerinas siempre están alertas, esperando a que llegue alguien como nosotros para dar el salto. Un preservativo mal puesto o un descuido y te atrapan el resto de tu vida.

—No creo que conozcas tan bien a Sky como para afirmar algo así —siseo con la mandíbula tensa y los puños apretados.

—Oh, sí que la conozco. —Esboza una sonrisa petulante y sigue comiendo—. Tu padre también. Deberías preguntarle a él. Son muy… cercanos.

Me quedo callado. No sé si quiero saber más al respecto. Es ya la segunda persona que me habla sobre la relación que hay entre Sky y Leonard. No quise creerlo cuando lo dijo aquel tipo en la montaña. Estaba borracho. Sin embargo, la forma en la que Alan lo ha insinuado… Habría que ser muy idiota para no saber leer entre líneas. Decido no preguntar más por miedo a conocer

la respuesta. ¿De verdad Sky es así? No me lo parece. ¿Es que intenta dar el salto conmigo como dice Alan? Tal vez con Leonard no le esté funcionando. Es un hombre mayor, casado y con familia, pero yo… No, no puede ser.

Tras terminar de comer casi en silencio, regreso a la villa y paso el resto de la tarde intentando centrarme en el trabajo. No me resulta sencillo. Mi cabeza insiste en pensar en Sky y en su posible implicación con mi padre. No puedo quedarme con la duda. Si es cierto que ella y Leonard son amantes… ¡Por Dios! ¿De verdad me estoy acostando con la misma mujer que mi padre? Solo de pensarlo me hierve la sangre y me entran náuseas. Una parte de mí se niega a creer que Sky pueda ser una de esas mujeres que hacen cualquier cosa por cazar a un marido con dinero. No es ese el concepto que tengo de ella. Más bien todo lo contrario. Trabaja duro, se esfuerza por salir adelante y ayudar a su familia. Ni una sola vez ha insinuado que necesita dinero o algo parecido.

En cuanto anochece, decido irme a la casa de invitados a esperarla. Sé que va a aparecer. Siempre lo hace, incluso cuando me dice que no. Por algún extraño motivo no soy capaz de alejarme de ella. Creí que después de nuestra primera noche juntos dejaría de desearla, pero no fue así. A cada instante ese deseo crece. Pienso en ella en todo momento, la extraño durante el día y cuando estamos juntos disfruto de su compañía. No solo del sexo. Aunque admito que es el mejor que he tenido nunca. Lo que de verdad me inquieta es que puedo estar con ella hablando o debatiendo sobre algún tema estúpido e irrelevante durante horas y llego a olvidarme del mundo entero, incluso cuando discutimos me lo paso bien. Decidí quedarme un par de días más y ya han pasado tres semanas. A veces me pregunto qué sigo haciendo en este lugar.

Resoplo, sentado en el pequeño sofá de la casa de invitados, y echo un vistazo a mi reloj. Ya son casi las once. Se supone que Sky ya debería haber llegado. Irremediablemente pienso en la posibilidad de que pueda estar con Leonard. Los imagino juntos y… ¡Dios santo, no puede ser verdad! El sonido de la puerta abriéndose me saca de mis oscuros pensamientos e inspiro hondo para tranquilizarme. Quiero preguntárselo. Escuchar de su propia boca que es la amante de mi padre.

—¿Qué haces a oscuras? —pregunta.

Ni siquiera me había dado cuenta de que no encendí la pequeña lámpara que siempre usamos para no llamar la atención y que alguien descubra que estamos ocupando la casa de invitados. Con la claridad que entra por la ventana puedo verla perfectamente.

—No enciendas la luz —ordeno con voz ronca.

—¿Este es uno de tus jueguecitos? —Puedo verla esbozar una pequeña sonrisa y niega con la cabeza—. No tengo ganas de tonterías, Grayson. Estoy muy cansada.

¿Cansada? ¿Ha estado con Leonard? Supongo que compaginar dos relaciones a escondidas debe resultar agotador, ¿no? ¿Cómo lo hace? ¿Queda con él antes de verme a mí? Tal vez durante el trabajo se encuentren en algún lugar, o por la mañana. Bufo con fuerza y me pongo en pie de un salto. Camino hacia ella con decisión y abro la boca para hacerle todas esas preguntas que me queman la garganta.

—Sky…

Noto sus manos alrededor de mi cuello y me tenso de pies a cabeza. ¿Con él también actuará así? ¿También lo besa con la misma pasión que a mí?

—¿Te apetece darte una ducha conmigo? —pregunta, y suelto todo el aire que no sabía que estaba conteniendo. Sí, me he duchado con ella en varias ocasiones. Ese miedo irracional que siento bajo el agua, Sky es capaz de hacerlo desaparecer, al menos en tierra firme—. No he tenido tiempo de pasar por casa. Tu tío me ha tenido ordenando material hasta ahora.

¿Alan y ella juntos en la sede? Tal vez en el almacén. Las palabras de mi tío acuden a mi mente como un maldito latigazo. «Oh, sí que la conozco». ¿Hasta qué punto? ¿Qué quiso insinuar con esa afirmación? Cierro los ojos y aprieto los puños a cada lado de mi cuerpo. ¿Cómo puedo estar dudando aún? ¿Qué más necesito para convencerme de la verdadera personalidad de Sky? Es una jodida mentirosa. Yo mismo he sido testigo de la forma en la que Leonard y ella se miran. Durante el ascenso a la montaña no dejaban de lanzarse miradas cariñosas y él siempre está pendiente de lo que le pasa. ¿Cómo pude pasarlo por alto?



Capítulo 20

Grayson

Llevado por un impulso, aparto sus manos de mi cuello y la empujo contra la mesa que preside la estancia. Sky emite un pequeño grito de sorpresa e intenta abrazarme de nuevo, pero no se lo permito. Una última vez, me la follaré como se merece y después me largaré de este sitio de mierda. No voy a permitir que una mentirosa aprovechada intente cazarme. Le doy la vuelta y vuelvo a empujarla hacia la mesa. Tiro de su camiseta hacia arriba para quitársela y empiezo a desabrochar sus pantalones.

—¡Oye! Tranquilo —masculla, incorporándose.

La empujo hacia delante una vez más y sostengo su cabeza pegada a la superficie de la mesa. No quiero que me mire, ni siquiera respirar su aliento.

—Quieta —siseo mientras con la mano que me queda libre desabrocho mi cinturón.

Me veo obligado a soltarla para terminar de desvestirla, y entonces ella se gira y busca mi boca. Me aparto con brusquedad y respiro de forma acelerada. Intento volver a girarla, y esta vez es ella la que se aparta.

—¿Qué ocurre, Grayson? —inquiere.

—Date la puta vuelta —ordeno.

—¡¿Qué?! ¡No voy a hacer una mierda! Algo está ocurriendo y quiero saber qué es. ¿A qué viene este arrebato? —Extiende sus brazos para tocarme y, una vez más, me alejo. Cabeceo y resoplo con fuerza mientras vuelvo a abrocharme el cinturón—. ¿Por qué te estás comportando de esta forma?

—No tengo que darte explicaciones —farfullo—. ¿Sabes qué? Se me han quitado las ganas. Me largo.

Estoy a punto de salir de la casa, pero se interpone en mi camino. No sé cómo ha sido capaz de ponerse la camiseta tan rápido, aunque aún lleva los pantalones desabrochados.

—De eso nada. No vas a salir de aquí hasta que me digas qué está pasando. Acabo de llegar y me asaltas como si… —Bufa con fuerza—. No soy tu puto juguete, ¿sabes? ¿Crees que puedes tomarme y largarme cuando te apetezca?

Esbozo una sonrisa cínica que ella alcanza a ver del todo cuando enciende la luz de un manotazo. La oscuridad no me permitía darme cuenta de su expresión de furia contenida, pero ahora soy consciente de la rabia que hay por detrás de esa mirada de ojos azules. Me importa una mierda. Yo también estoy cabreado, y con razón. La muy perra se está tirando a mi padre, y es posible que también a mi tío. ¿O no? Ya no estoy seguro de nada.

—¿No es así? —inquiero sin perder la sonrisa.

—¿Hablas en serio? —Chasquea la lengua y se cruza de brazos—. Mira, ni siquiera voy a molestarme en replicar a eso. Hago el esfuerzo cada noche de venir aquí contigo y…

—¿Tienes otro sitio más interesante donde ir? —pregunto en tono irónico.

—Por supuesto que sí, imbécil. Podría estar en mi cama, descansando.

—Hablas como si yo te obligara a follar conmigo. Estás aquí porque quieres, ¿no? Disfrutas conmigo, ¿o es que hay otro motivo que no conozco?

Bufa de nuevo y sacude la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué es lo que quieres escuchar? ¿Hay alguna respuesta correcta a esa pregunta? Porque ahora mismo no estoy entendiendo una mierda, y la verdad es que tampoco quiero hacerlo. —Se aleja y se cuelga la mochila que trajo en el hombro—. La que se va soy yo. Cuando quieras decirme qué mosca te ha picado, tienes mi número y sabes dónde encontrarme.

—¿Te vas? —siseo, perdiendo la sonrisa al ver que abre la puerta.

—¿No es obvio? Adiós, Grayson. Resuelve tus putos problemas de una jodida vez.

Antes de que pueda impedírselo se marcha, dejándome con un cabreo impresionante y mil preguntas sin respuesta. No sé qué pensar. ¿Y si todo es mentira y estoy cometiendo un error enorme al acusarla? O peor aún, ¿si es cierto? Podría preguntarle, pero corro el riesgo de que su contestación no sea la que quiero escuchar.

Aún sin poder dejar de temblar de pura rabia, salgo de la casa de invitados y rodeo la mansión para dirigirme a la zona de la piscina. Siempre me calma mirar el cielo y escuchar el sonido del agua. Cuando era niño pasaba el día metido en el lago que había detrás de nuestra casa. Aún no he encontrado nada que me dé más paz que sumergirme bajo el agua helada. Sin embargo, hace ya mucho que esa sensación desapareció. Ahora no soy capaz ni de acercarme a la piscina sin sentir ansiedad y auténtico terror.

—¿Se puede saber qué le has hecho a Sky?

Me giro sobresaltado al escuchar la voz de Jude a mi espalda. Está estirado sobre una de las tumbonas y me mira frunciendo el ceño.

—¿Qué haces ahí? —inquiero.

—Yo he preguntado primero. ¿Por qué acabo de ver a Sky salir de la casa de invitados como un jodido demonio embravecido?

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—¿Qué te hace pensar que estaba conmigo?

Jude resopla y se incorpora para quedar sentado.

—Voy a pasar por alto que has contestado con otra pregunta y ser claro. Sé que no te gustan los rodeos. —Asiento—. Sé que estáis liados, o algo así.

—Algo así —admito, tomando asiento en la tumbona contigua.

—No le hagas daño, Grayson. Sé que el concepto que tienes de las mujeres no es el mejor, pero Sky es una buena chica. No se merece que la lastimes.

Inspiro hondo por la nariz y me froto el rostro con ambas manos.

—¿Cómo de bien la conoces? —pregunto.

Por un instante temo que vaya a responder algo parecido a lo que dijo Alan, sin embargo,

enseguida descarto esa posibilidad al ver como sonríe.

—Sky es como una hermana para mí. Todos los veranos, desde que éramos unos críos, ella me llevaba a lugares en la montaña y los alrededores, me integraba en su grupo de amigos y me hacía sentir uno más. Es fantástica.

Me quedo callado unos segundos, pensando si debo o no contarle lo que sé. Con solo una palabra podría abrir la mismísima caja de Pandora. Respiro profundo y decido arriesgarme.

—¿Sabes si Leonard también tiene una relación estrecha con ella? —suelto del tirón.

Jude se me queda mirando un rato largo y después me sorprende echándose a reír a carcajadas. Frunzo el ceño y espero a que se tranquilice para que pueda explicarme a qué demonios viene tanta risa.

—Lo siento, hermano —dice entre lágrimas de risa—. Es que acabo de entender a qué viene esa cara de perro que te traes. Has escuchado esos absurdos rumores, ¿verdad?

—¿Son absurdos? —inquiero, arqueando una ceja en su dirección.

Se pone serio de golpe y frunce el ceño.

—¿De verdad has creído que nuestro padre y Sky son amantes? ¡Maldita sea, Grayson! Creí que eras mucho más listo.

—Si hay rumores será por algo, ¿no te parece? Yo tampoco quise aceptarlo al principio, pero…

—¡Pero nada! —me corta—. ¿Te das cuenta de lo que estás insinuando? ¿Crees que es fácil para Sky vivir con eso? La gente la señala en el pueblo, cuchichea a sus espaldas. Todos esos enfermos la juzgan sin tener ni idea de lo que ocurre de verdad.

—¡No me jodas, Jude! Tú los has visto juntos. Leonard no la pierde de vista, siempre está pendiente de ella. La trata como…

—¿Una hija? —Bufo, y él niega con la cabeza—. Estás viendo cosas donde no las hay. Papá conoce a Sky casi desde que nació. Solo intenta ayudarla.

—No actúa así con el resto de empleados. Tienes que admitir que es muy raro.

—Vale, piénsalo de este modo. —Respira hondo y me señala la tumbona para que vuelva a tomar asiento. Lo hago con un resoplido—. Nuestro padre adora este lugar. Solo hay que verlo aquí para darse cuenta de que es mucho más feliz que cuando está en San Francisco. Este es su hogar, sus orígenes. Esa jodida montaña es un templo sagrado para él, y nosotros… Tú, Kristen, yo… Ninguno está dispuesto a pasar más de un mes en este sitio. Somos gente de ciudad que termina aburriéndose de tanto verde y naturaleza.

—¿Qué tiene eso que ver con Sky?

—Todo. Ella es como una versión en miniatura de papá. Le apasionan las mismas cosas. Resumiendo, lo más probable es que Sky sea la hija que nuestro padre siempre deseó tener. Por eso la trata de forma distinta. No hay nada más ahí, Grayson. Eso puedo asegurarlo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque conozco a Sky. Ella no es así.

Bufo y me quedo callado durante un buen rato. Estoy aún más confuso que antes. Lo que dice Jude tiene lógica, pero Alan… Él también parecía seguro. Me arrepiento de no haber preguntado más. Ahora desearía haber sido más directo.

—¿Vas a decirme qué haces aquí a estas horas? —pregunto para cambiar de tema. Está claro que no voy a conseguir disipar mis dudas en este momento.

—Celebrando, hermanito. Hoy he conseguido algo grande.

—¿Tiene algo que ver con la pelirroja esa que es amiga de Sky?

Ella otra vez. Por más que intento evitarlo, todo en mi vida gira a su alrededor. Es frustrante.

—Caroline, y sí. Después de mucha insistencia y trabajo duro, al fin logré que aceptara tener una cita conmigo. —Sonríe de oreja a oreja, y aunque no entiendo muy bien por qué quiere complicarse la vida de este modo, asiento a modo de felicitación—. Deberías probar a hacer lo mismo en vez de creerte todas las mierdas que te cuentan.

—¿A qué te refieres?

—Invita a Sky a una cita. Ya sabes, cena, café, cine o todas.

—Eh… No lo creo. Lo nuestro no funciona así. Solo es algo físico.

Resoplo de nuevo y su sonrisa se amplía aún más.

—Conociéndote, no esperaba otra cosa. Sin embargo, el hecho de que sigas moviendo la pierna de manera compulsiva y resoplando cada pocos segundos me hace pensar que lo que sientes por Sky es mucho más profundo de lo que tú mismo crees.

—Te equivocas.

—Entonces, ¿por qué te molesta tanto que ella pueda estar viéndose con otro hombre?

—¿De verdad me estás preguntando por qué me molesta que la chica a la que me follo pueda estar montándoselo al mismo tiempo con el hombre que me crio?

Jude hace una mueca de asco y niega con la cabeza.

—Acabas de meterme una imagen espantosa en la cabeza. Necesito sacarla de ahí —farfulla. Bufo de nuevo. «Bienvenido a mi mundo, hermanito. No hago otra cosa que pensar en ello»—. ¿Aún sigues dudando de ella?

—No puedo evitarlo —confieso.

Jude suspira y coloca la mano sobre mi hombro.

—En ese caso, debes seguir mi consejo. Llévala a algún lado, habla con ella, intenta conocerla mejor. Te aseguro que, cuando dejes de mirar a Sky como un jodido trozo de carne y descubras la persona maravillosa que es, todas tus incógnitas desaparecerán.

Bufo por enésima vez. ¿Salir con ella? ¿En una cita? No creo que pueda. Es más, dudo que ella acepte algo así, no después de como me comporté en la casa de invitados.

Mi hermano no tarda en despedirse y me deja solo. Me tumbo hacia atrás y sigo pensando en lo que acaba de decirme. ¿Debo hacerlo? ¿Y si se equivoca? ¿De verdad voy a salir en una cita con la posible amante de mi padre adoptivo? Paso gran parte de la noche sobre la tumbona, dándole mil vueltas a lo mismo. Antes del amanecer, en un arrebato, escribo un mensaje y lo envío sin pensarlo demasiado. Solo dos palabras y el número de Sky como destinatario. «Lo siento». Suspiro y me levanto. Supongo que ya he tomado una decisión. Voy a darle el beneficio de la duda.



Capítulo 21

Sky

Mi teléfono suena por cuarta vez en la última media hora y resoplo al ver el nombre de Grayson en la pantalla. Ha pasado el día intentando contactar conmigo. Esta mañana tuve que leer su mensaje de disculpa varias veces para asegurarme de que era real y no producto de mi imaginación. Aún no entiendo qué demonios ocurrió anoche. Tanta agresividad, la forma en la que huyó de mi contacto… Grayson suele ser un poco rudo durante el sexo, y he descubierto que eso me gusta, sin embargo, su actitud la noche pasada fue demasiado violenta. Después empezó a hacerme preguntas enigmáticas, como si esperara una confesión por mi parte de algo que supuestamente habría dicho o hecho. Estaba demasiado agotada y confusa como para quedarme a discutir con él; además, en estas últimas semanas he llegado a conocerlo bastante como para saber que no iba a sacar nada en claro, no con esa actitud de mierda por su parte.

Pensé que tal vez hablaríamos esta noche o algo así, por eso me sorprendí tanto al recibir su mensaje. ¿Lo siento? ¿En serio? Grayson no es de los que se disculpan en vano, y después empezaron las incesantes llamadas. Me confunde su forma de actuar. ¿Por qué es tan insistente? Se supone que lo nuestro es solo algo físico. No pides perdón y atosigas a llamadas a alguien con la que tienes sexo esporádico.

Las palabras de Caroline acuden a mi mente cada pocos segundos: «Disfrútalo y pásalo genial, pero no te enamores». ¿Y si ya es tarde para eso? ¿Por qué, a pesar de no coger ninguna de sus llamadas, soy incapaz de dejar de mirar el teléfono? ¿Por qué lo tengo presente en mi mente a cada maldito segundo del día? Supongo que ya conozco la respuesta, solo que hasta ahora había decidido ocultarla incluso de mí misma. Bien, ya no está funcionando y me encuentro en un estado de ansiedad y temor permanente. Temo que se canse de insistir, se marche de Clearstone y no vuelva a verlo durante mucho tiempo, y también que se quede y pretenda que sigamos jugando a que no sentimos nada el uno por el otro. Bueno, es probable que en su caso sea algo real. Soy yo la que ha olvidado las reglas del juego.

Dejo el teléfono en el bolsillo interior de mi mochila y sigo cargando la camioneta. Mañana me toca hacer un ascenso a la pendiente del infierno. Por suerte, el grupo que guiaré son en su

totalidad escaladores expertos. Creo que me vendrá bien para despejarme. Estoy terminando de colocar las últimas cuerdas en su lugar cuando escucho que un vehículo se detiene muy cerca. Sigo trabajando. Quiero acabar cuanto antes y marcharme a casa. Aún no sé qué mierda voy a hacer. ¿Le devuelvo las llamadas a Grayson? ¿Acudo a la casa de invitados y actúo como si no hubiera pasado nada? No creo ser capaz de hacer eso último. Está claro que algo serio ha ocurrido, y no me refiero al incidente de anoche. Soy yo, he cambiado mi forma de pensar, me he dado cuenta de que debo acabar con esto o arriesgarme a sufrir más de lo que jamás creí posible.

—Te he estado llamando —escucho su voz y cierro los ojos con fuerza.

Ha llegado el momento. Pensé que tal vez tendría algo más de tiempo para tomar una decisión. Lo que no tuve en cuenta es que Grayson es la impaciencia personificada. Inspiro hondo por la nariz y me giro. No voy a mentir y decir que mi perspectiva no se ve afectada al verlo apoyado contra la carrocería de su deportivo, con los brazos cruzados sobre el pecho y vestido con un traje de tres piezas en color azul real y corbata negra. Está para comérselo.

—Lo sé, lo escuché sonar —respondo, apartando la mirada.

Debo tomar una decisión de inmediato. No puedo seguir viviendo en esta incertidumbre. Barajo tres opciones: Cortar de raíz esta situación y decirle que no podemos seguir viéndonos; seguir con esto a pesar del sufrimiento que estoy segura que me va a acarrear; o ser sincera y que sea él mismo quien se aleje cuando sepa lo que estoy sintiendo.

Lo escucho resoplar, y tras abrir la puerta de su coche, saca de su interior una bolsa muy elegante.

—Toma. —Apenas soy capaz de cogerla al vuelo cuando me la lanza.

—¿Qué quieres que haga con esto? —inquiero, señalando la bolsa.

—Es un regalo —masculla. Abro mucho los ojos y me quedo mirando el supuesto regalo con extrañeza—. Ábrela de una vez, Sky —ordena.

Le lanzo una mirada poco amistosa por su tono y resoplo antes de abrirla y sacar de su interior un vestido negro de tirantes. La tela es sedosa al tacto y brillante. En el fondo encuentro unos zapatos de tacón también negros.

—Eh… ¿Gracias? Es muy bonito, pero poco práctico para subir la montaña. —Señalo mi pantalón deportivo y camiseta de tirantes. Casi siempre visto con ropa cómoda. No entiendo a qué viene este regalo tan extraño.

Grayson se encoge de hombros y cabecea en dirección a su coche.

—Entra, voy a llevarte a cenar.

Pestañeo un par de veces, abro la boca y vuelvo a cerrarla de nuevo sin que una sola palabra salga de su interior. Estoy confusa, y un poco alucinada también.

—A cenar… —susurro, frunciendo el ceño tras carraspear.

—Sí, eso he dicho. ¿Has terminado ya aquí? Tengo una mesa reservada y no quiero que lleguemos tarde.

Sacudo la cabeza de un lado a otro. No entiendo una mierda de lo que está pasando.

—¿Una reserva? Espera, ¿vamos a cenar en plan cita o algo así?

Se encoge de hombros y vuelve a bufar mientras se acomoda el pelo hacia atrás con los dedos.

—Algo así.

Estrecho mi mirada sobre él. Esta situación se vuelve más extraña a cada segundo.

—Solo para estar segura. No te han abducido los extraterrestres o algo parecido, ¿no?

—Deja de decir tonterías y entra en el jodido coche, Sky. Ya vamos justos de tiempo.

—Podrías haberme avisado antes, y de paso explicarme a qué viene todo esto.

—Claro, porque has cogido todas y cada una de mis llamadas, ¿verdad? —Hago una mueca

con los labios y me quedo callada. Punto para él—. Puedes cambiarte en la parte trasera del coche. Es un poco apretado, pero tendrás que arreglártelas.

Me acerco un par de pasos y sigo mirándolo extrañada.

—¿Por qué haces esto, Grayson? Las citas no entraban en nuestro acuerdo.

—No firmamos ningún acuerdo —me recuerda.

—Ya sabes lo que quiero decir. Se supone que solo tenemos sexo. ¿A qué viene lo del vestido y la cita?

Resopla una vez más y se frota el rostro con ambas manos. Cuando vuelve a mirarme, lo hace con tanta intensidad que casi consigue que olvide mi propio nombre.

—Quiero conocerte mejor —declara con sus ojos castaños clavados en los míos. Vuelvo a fruncir el ceño y muevo la cabeza de un lado a otro observando su frente, sus sienes e incluso me pongo de puntillas para poder mirar la parte superior de su cabeza—. ¿Qué haces?

—Buscar las marcas de la lobotomía. Si no han sido los extraterrestres, tiene que haber otra explicación.

Con un resoplido, me sujeta del brazo y tira de mí para meterme en el coche. Empiezo a dudar, pero no me da opciones a negarme. Antes de que pueda decir nada, ya estoy sentada en el asiento del acompañante y Grayson arranca el motor y acelera.

Tardo unos minutos en reaccionar. Consigo meterme en la parte trasera y empiezo a desvestirme en silencio. No sé qué demonios estoy haciendo. Siento como si a cada paso que doy me enredo más y más en esta telaraña que hay tejida a mi alrededor y el hombre que echa pequeños vistazos por el espejo retrovisor es la tarántula peligrosa y oscura que amenaza con devorarme. Lo que aún no tengo claro es que yo no quiera que lo haga.

—Espero haber acertado con la talla —susurra, volviendo a mirar por el espejo.

—Ojos en la carretera —murmuro.

Lo escucho reír bajito y ese sonido me calienta por dentro. «Oh, Señor, ¡estoy muy jodida! ¿De verdad me he enamorado de este imbécil? ¡Si ni siquiera lo soporto!».

—Muñeca, no hay nada tuyo que no haya visto antes —comenta en tono burlón.

—Sabes que odio ese dichoso apodo, y lo digo por seguridad, idiota. Lo que menos me apetece es acabar desangrada en la cuneta de una carretera.

Termino de abrocharme el vestido con dificultad. La parte trasera del vehículo es de verdad muy estrecha. Por suerte, yo soy bajita y menuda y consigo moverme lo suficiente como para regresar al asiento delantero. Me pongo el cinturón y suelto mi pelo echando un vistazo al espejo de la visera.

—Estás preciosa —susurra Grayson.

Giro la cabeza en su dirección con la mirada entornada. ¿De verdad acaba de decir lo que he escuchado? Mantiene la vista en la carretera y el cuero del volante rechina bajo sus manos por lo fuerte que lo aprieta. Su actitud aún me resulta más extraña. Es como si se estuviese esforzando para agradarme, pero en realidad no quisiera hacerlo.

Decido no preguntar y me dedico a mirar por la ventanilla en silencio el resto del trayecto. Supongo que, en el fondo, esto no está tan mal. ¿Una cita? Eso es lo que quería, ¿no? Si Grayson da un paso adelante es porque tal vez también esté sintiendo algo por mí. En cualquier caso, si estoy equivocada, esta puede ser una gran despedida para ambos. En fin, toca esperar y ver cómo se desarrolla el resto de la velada.

Llegamos a Gunnison en poco más de media hora. Grayson detiene el vehículo frente a la puerta de un bonito restaurante en el que jamás he estado. Lo conozco, pero no es el tipo de sitio que suelo frecuentar. Más que nada porque una cena en este lugar puede costar tanto como mi

sueldo de un mes. Un aparcacoches se acerca y me abre la puerta. Le sonrío un poco nerviosa y salgo. Grayson le tiende las llaves y vuelve a sorprenderme al sujetarme por la cintura para guiarme al interior del local.

Maître, sumiller, un camarero solo para nosotros, champán francés… A cada minuto me siento más incómoda y fuera de lugar. Solo esbozo una sonrisa forzada y asiento a cada pregunta y sugerencia de Grayson. Él pide por mí. Se queda callado mientras esperamos a que nos traigan la comida. Por un instante me parece notar su nerviosismo, como si él también estuviese intranquilo con esta situación. Abro la boca para decir algo, cualquier cosa que rompa el momento de tensión entre nosotros, pero antes de que pueda pronunciar una sola palabra, el camarero regresa y coloca delante de mí un plato con un enorme trozo de carne a medio hacer. «¡Mierda! ¿Voy a tener que comerme esto?».

—Eh… —Hago una mueca con los labios y Grayson frunce el ceño.

No quiero parecer maleducada, pero dudo que pueda tragar ese animal que se desangra en mi plato sin vomitar.

—¿Ocurre algo? —inquiere—. ¿Quieres que cocinen la carne un poco más? Yo te aconsejo que lo comas así. Es una chuleta de res de alta calidad y poco hecha se potencia su sabor.

Suelto un bufido.

—Grayson, soy vegetariana —confieso. Su cara es un poema. Me cuesta contener una carcajada. Sin embargo, la forma en la que agacha la mirada y se sostiene la frente con la palma de la mano me hace arrepentirme. Parece sentirse culpable y mal por la situación—. Oye, no pasa nada. —Estiro mi mano sobre la mesa y la uno a la suya. Su mirada va a parar a nuestros dedos entrelazados—. Yo con una ensalada o cualquier otra cosa que no sangre me las apaño. Tampoco es que tenga demasiada hambre.

Sigue mirando nuestras manos unidas y, de pronto, se aparta y frunce el ceño, negando con la cabeza.

—Esto ha sido una mala idea —dice, poniéndose en pie—. Vamos, te llevaré a casa.

Antes de que pueda reaccionar, ya ha lanzado un puñado de billetes sobre la mesa y se está dirigiendo a la salida a grandes zancadas. Casi tengo que correr para alcanzarlo.



Capítulo 22

Sky

Lo escucho resoplar una y otra vez mientras esperamos a que el aparcacoches aparezca, y tras meternos en el vehículo me giro, frunciendo el ceño.

—¿Vas a decirme a qué ha venido esa escena? Estoy intentando entenderte, Grayson, y no me lo pones fácil.

—Olvídalo —sisea—. Haz como si lo de esta noche nunca hubiera pasado.

—¿Hablas en serio? —Inspiro hondo por la nariz para tranquilizarme. Ahora mismo lo único que me apetece es golpearlo en la cabeza con un objeto pesado para que deje de actuar como un jodido patán—. Voy a necesitar mucho más que eso. Lo sabes, ¿verdad?

—Sky, déjalo ya. Fue un error, ¿vale?

—Si quieres saber cómo se cometen buenos errores, pregúntale a tu madre —digo sin poder contenerme por más tiempo.

La mirada que recibo por su parte es heladora.

—No vuelvas a hablar de mi madre —sisea entre dientes.

Me arrepiento de inmediato. No recordaba que su madre está muerta.

—Lo siento, no lo… —Bufo—. Ese comentario ha estado fuera de lugar, pero ponte en mi situación un instante. Primero actúas de forma extraña anoche, ni siquiera sé qué te ocurrió. Me llamas cien veces durante el día y terminas invitándome a cenar sin venir a cuento. Como si ya no estuviese lo bastante confusa, montas esa escena en el restaurante solo porque no he querido comerme un trozo de animal muerto. Me estás volviendo loca, Grayson.

Resopla de nuevo y mueve la cabeza de lado a lado.

—No fue por eso. ¡Me da igual que seas vegetariana, vegana o que solo comas briznas de hierba! Es que… —Hunde los dedos en su pelo con desesperación y respira hondo—. Da igual. Olvidemos toda esta mierda y regresemos a casa.

Decido dejarlo estar por el momento. Durante el viaje de vuelta no nos comunicamos. Grayson mira de vez en cuando en mi dirección y lo escucho maldecir en voz baja un par de veces. Yo aprovecho para poner mis ideas en orden. Supongo que no puedo seguir postergando el

momento. Debo tomar una decisión. Después de esta noche, la opción de seguir adelante con esta extraña relación basada exclusivamente en el sexo me resulta descabellada. No creo que pueda actuar con normalidad. Eso solo me deja dos variantes más. ¿Le digo la verdad o corto por lo sano?

Grayson detiene el vehículo frente a la puerta de la cochera y se gira en su asiento para mirarme. Parece estar más tranquilo, aunque en realidad soy pésima para descifrar qué es lo que se le pasa por la cabeza. Suspira y busca mi mirada.

—Grayson…

—Sky…

Ambos hablamos a la vez y sonreímos.

—Adelante, ¿qué ibas a decir? —pregunto.

—Solo quería disculparme por todo esto. Son cosas mías. Tú no tienes la culpa. Espero que mi actitud de anoche y hoy no afecte a lo que… Bueno, ya sabes. —Coloca su mano sobre mi rodilla y la desliza con lentitud hacia arriba, arrastrando el bajo del vestido.

Cierro los ojos por un instante y mil pensamientos invaden mi mente. Me encanta la sensación de tener sus manos sobre mí. Podría seguir fingiendo que no hay nada más, tal vez unos días, incluso un par de semanas, pero ¿qué ocurrirá entonces? Sé que ese sentimiento de pérdida que se instala en mi garganta cada vez que pienso en que no volveremos a estar juntos será mucho más intenso con el tiempo. No, tengo que minimizar los daños, dejar de actuar por puro instinto y poner un freno a esta situación.

Sujeto su mano y busco su mirada. Está sonriendo de esa forma traviesa e infantil que tanto me afecta. Suelto una gran bocanada de aire y dejo caer su mano.

—Deberías regresar a San Francisco, Grayson. Se acabó.

Entrecierra los ojos y su sonrisa se desvanece.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Me estás dejando?

—No hay nada que dejar. Solo es sexo, ¿no?

—Ya me he disculpado. ¿De verdad vas a hacer una escena por esto?

—No tiene nada que ver con lo que ha pasado esta noche, o sí, pero es algo que ya había estado valorando.

Frunce el ceño y su mandíbula se tensa.

—Sigues jugando conmigo. ¿Vas a volver a hacerte la difícil? Te advierto que esta vez no pienso ir detrás de ti como un perro. —La mirada de rabia que me lanza me advierte que lo que está a punto de decir va a ser doloroso, y vaya si lo es—. Ya te he tenido. Te he follado tantas veces como me ha dado la gana. ¿Qué te hace pensar que puedes manipularme con tus amenazas?

Aprieto los puños y niego con la cabeza. ¿Cómo he llegado a enamorarme de semejante hijo de perra?

—Eso es lo que no terminas de entender. Yo no quiero manipularte. Todas las veces que te he dicho que no, fueron porque creí que era lo mejor para mí, y si ahora he decidido mandarte a la puta mierda sigue siendo por el mismo motivo. —Resoplo—. No sé qué concepto tienes de mí y, sinceramente, tampoco quiero averiguarlo ya.

Intento abrir la puerta para irme, pero antes de que pueda tirar de la manilla, escucho el sonido del cierre de puertas automático.

—No tan rápido. Vas a explicarme por qué ahora. ¿Has encontrado a otro idiota al que follarte?

—Dudo que logre encontrar a otro más idiota que el que me he estado follando hasta ahora

—replico—. Abre la maldita puerta, Grayson.

—No. Necesito saberlo. Por una vez, sé sincera conmigo.

—No quieres que lo sea —siseo.

—Por supuesto que sí. Quiero que lo digas en voz alta, que admitas que…

—¡Me he enamorado de ti! —grito.

Abre mucho los ojos y se echa hacia atrás como si acabara de darle un puñetazo. No sé qué es lo que esperaba que admitiera, aunque me queda claro que ni siquiera se le había cruzado por la cabeza esa posibilidad.

«Ya está hecho. Acabo de conseguir que sea él quien se aleje de mí por su propia voluntad». Me estiro para llegar al botón del cierre automático y desbloqueo las puertas mientras él sigue inmóvil. Estoy dispuesta a marcharme sin más. Nada de despedidas ni lamentos. Solo un final abrupto y tajante para esta relación que jamás debió existir. Tiro de la manilla, y antes de que pueda abrir la puerta siento su mano sobre mi antebrazo. Me giro de golpe para gritarle que me deje ir, pero no puedo hacerlo porque su boca cae sobre la mía y empieza a besarme con desesperación.

Me gustaría decir que tengo la suficiente fuerza de voluntad para apartarlo e irme, solo que no es así. Respondo a su beso con pasión y ni siquiera me quejo cuando me arrastra a su regazo y echa el asiento hacia atrás para hacerme espacio. A horcajadas sobre él, seguimos devorándonos mientras sus manos recorren mi cuerpo y me mezo con violencia contra su erección. Grayson baja los tirantes de mi vestido mientras yo desabrocho su cinturón y libero su miembro. Apartamos nuestras bocas con un jadeo y él besa mi cuello. Lleva sus manos a la unión de mis muslos, aparta mi ropa interior y me ayuda a levantarme un poco, lo suficiente para que su miembro encuentre la entrada a mi cuerpo. Gemimos con fuerza y me besa de nuevo. Me muevo de arriba abajo sintiendo cómo se ensancha en mi interior. Sus labios se deslizan por mi mandíbula, mordisquea mis hombros y me obliga a acostarme sobre el volante para devorar mis pechos mientras arremete con las caderas entrando y saliendo de mí con golpes contundentes y certeros. En solo unos minutos me encuentro al borde del orgasmo, y por la forma en la que él jadea y se aferra a mi cintura clavando los dedos en mi piel, sé que su final también está cerca.

Gritamos, literalmente aullamos de placer cuando nos corremos a la vez y caigo sobre su cuerpo a plomo, sudando y sin aliento. Grayson farfulla algo ininteligible en mi oído y besa mi cuello antes de empujarme para mirarme a la cara.

—Me estás volviendo loco. No sé qué demonios hacer contigo, Sky. Quiero… —Bufa y me besa de nuevo—. No puedo alejarme de ti.

—Bienvenido a mi jodido mundo —susurro contra sus labios.

Lo muerdo y siento como su miembro se sacude en mi interior.

—Aún no he tenido bastante de ti. —Nos miramos a los ojos y asiento.

No sé exactamente qué ha querido decir con esa afirmación, pero si algo tengo claro es que no se estaba refiriendo a esta noche o a algo físico. Tal vez me esté pidiendo tiempo, tiempo para abrirse y contarme qué es lo que lo frena, por qué tiene ese concepto de las mujeres, por qué no puede confiar en nadie. Eso es, el problema de Grayson Atwood es que alguien o algo le ha hecho creer que nadie es digno de su confianza. Quizá, si le demuestro que está equivocado, que yo… ¡Mierda! ¡¿En qué demonios me estoy metiendo?!



Capítulo 23

Sky

Salgo del baño con solo una toalla alrededor de mi cuerpo. Echo un vistazo al centro de la habitación. Intentamos no usar las luces para que nadie nos descubra en la casa de invitados, sin embargo, la claridad del amanecer que entra por la ventana es suficiente para poder ver a Grayson sobre la cama. Sigue durmiendo en la misma posición en la que lo dejé hace solo unos minutos: boca arriba, completamente desnudo y con uno de sus brazos bajo la cabeza. Suspiro y niego con la cabeza. ¿Cómo he llegado a este punto? Hace solo un mes que le confesé mis sentimientos, estaba segura de que eso lo espantaría, que saldría huyendo en el primer avión de vuelta a San Francisco, solo que no fue así. Después de esa noche de la cita fallida, nuestra relación se volvió mucho más estrecha. Ya no solo tenemos sexo, también pasamos horas hablando, riendo e incluso dormimos juntos en muchas ocasiones.

Le he contado mis planes, mi sueño de abrir mi propio negocio: un hotel en lo alto de la montaña. Sabe todo sobre mí, no obstante, él sigue encerrado en sí mismo. No hemos vuelto a comentar lo de esa noche, lo que yo dije y lo que él insinuó, sin embargo, cada día estoy más convencida de que él también siente lo mismo, pero hay algo que lo frena. No confía en nadie, mucho menos en las mujeres. Aunque he intentado sacar el tema siempre consigue esquivarlo, y temo presionarlo demasiado y que termine siendo contraproducente. Espero que, en algún momento y si tengo la paciencia necesaria, termine abriéndose y me cuente qué es lo que le ocurre. Tengo teorías, muchas en realidad: Una novia que le rompió el corazón; alguien que le mintió y engañó hasta el punto de no volver a fiarse de aquellos que lo rodean… Incluso he llegado a pensar que tal vez tenga relación con su miedo al agua, sin embargo, no consigo encajar las piezas.

Lo escucho jadear y respirar agitado. Otra pesadilla. Le ocurre a menudo, y al despertar suele actuar de manera muy fría y cortante. Tampoco ha querido contarme qué es lo que ocurre en sus sueños que consiguen ponerlo en ese estado. Me acerco a la cama despacio e intento no hacer movimientos bruscos.

—Abigail —masculla entre dientes con la frente arrugada.

No es la primera vez que escucho ese nombre. ¿La novia traidora? Es una posibilidad. Aunque se lo pregunte, sé que no me lo dirá. Coloco mi mano en el centro de su pecho y lo muevo despacio.

—Despierta, Grayson. Estás teniendo una pesadilla —susurro.

Tarda unos instantes en abrir los ojos, y cuando lo hace puedo ver el más puro terror en su mirada. Se incorpora con brusquedad y se sujeta la cabeza con ambas manos. Quiero consolarlo, abrazarlo y decirle que todo va a estar bien, sin embargo, temo incluso tocarlo y que eso lo haga alejarse y apartarme de su lado.

Durante un par de minutos permanece en esa posición, respirando con rapidez y con la mirada perdida en su regazo. Cuando parece tranquilizarse un poco, alza la vista y frunce el ceño.

—¿Qué haces ahí? —inquiere.

—Intento no hacer preguntas —confieso.

Resopla de nuevo y se deja caer hacia atrás, pegando la espalda al cabecero.

—Eres una chica lista —farfulla tras resoplar.

Me muerdo la lengua para evitar que las palabras salgan de mi boca, pero soy incapaz de contenerlas.

—¿Quién es Abigail?

La mirada que me lanza es de sorpresa y confusión.

—¿Dónde has escuchado ese nombre? —sisea entre dientes.

—Hablas en sueños. Siempre repites su nombre y…

—Tal vez no seas tan lista —me corta en tono áspero.

Frunzo el ceño y entorno los ojos, apretando los puños a cada lado de mi cuerpo. Ni siquiera sé por qué me esfuerzo. Es como intentar romper un muro de hormigón con los puños: inútil, estúpido y doloroso.

—Tienes razón, soy una jodida imbécil —siseo, y me giro para empezar a recoger la ropa que está desperdigada por el suelo.

Lo escucho resoplar desde la cama y me quito la toalla para vestirme.

—¿En serio? ¿Crees que eso va a funcionar? No voy a caer en tus manipulaciones, Sky.

Me doy la vuelta temblando de rabia y le lanzo la toalla mojada con todas mis fuerzas. Le doy en la cara y, tras apartarla de un manotazo, me dedica una mirada furiosa.

—¡Eso es lo que no terminas de entender, imbécil! ¡No pretendo manipularte! Aunque sea por una sola vez deberías dejar de mirarte el ombligo y pensar que todo el mundo está en tu contra. Me voy porque quiero y porque puedo. Ya pensaba hacerlo antes de que despertaras, pero ahora, con tu actitud de mierda, solo consigues que tenga ganas de huir lo más lejos posible de ti.

Sigo vistiéndome bajo su atenta mirada y escucho que maldice en voz baja un par de veces antes de hablar.

—Sky, ven aquí —ordena. Bufo y le hago un gesto obsceno con el dedo corazón—. Te estás comportando como una cría inmadura.

Abro mucho la boca y me giro en su dirección con los brazos en jarra.

—¿Sabes lo surrealista que es que, precisamente tú, me acuses de ser inmadura? —Con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, se pone en pie y camina en mi dirección. Retrocedo. El muy cabrón es listo, sabe que cuando me pone las manos encima me vengo abajo, y eso es algo que ha aprendido a usar a su favor—. Ni se te ocurra —siseo, señalándolo con el dedo índice.

Se detiene y hunde los dedos en su pelo en un gesto de frustración y nerviosismo.

—¿Por qué haces esto? Estamos bien y te pones en plan detective. ¿No puedes dejar las cosas como están?

—¡No! ¿Aún no lo entiendes? —Soy yo la que se acerca en esta ocasión y coloco la mano abierta en el centro de su pecho—. Solo busco una forma de derribar esta coraza. Quiero saber quién fue la zorra que te hizo daño. ¿Por qué no eres capaz de confiar en mí? —Resopla y se queda callado. Tras unos segundos, dejo caer mi mano y niego con la cabeza—. Ya, tampoco esperaba otra cosa de ti.

Me doy la vuelta y, tras calzarme, me dirijo a la puerta del dormitorio.

—Mi madre —lo escucho decir justo cuando estoy a punto de girar la manilla. Me doy la vuelta y lo veo sentarse al borde de la cama. Mantiene la mirada en la alfombra y se frota las manos en su regazo—. La de verdad. Ella es la zorra. No tiene nada que ver contigo, Sky.

¿Su madre? Eso no me lo esperaba. Grayson nunca habla de sus padres biológicos. Sé que fallecieron cuando él era solo un niño y después los Atwood lo adoptaron porque eran amigos de su familia. Doy un par de pasos en su dirección, y entonces alza la mirada y compruebo que tiene los ojos brillantes.

—Cuéntamelo —pido, casi es una súplica y temo que se niegue, sin embargo, me sorprende verlo cerrar los ojos con fuerza y asentir.

—No hay mucho que decir, ella llegó a Estados Unidos cuando era pequeña, no tenía papeles. Durante su infancia vivió en la miseria, se forjó un carácter muy… —Hace una mueca con los labios—. Egoísta. Su momento de oro llegó cuando conoció a mi padre, un hombre rico y de buena familia. Lo enamoró, se quedó embarazada de mí y consiguió ser la señora que siempre deseó. —Abre los ojos y me mira—. Yo no tuve una infancia agradable, Sky. Mis padres discutían constantemente, ella gastaba más dinero del que él era capaz de ganar, tenía amantes, muchos, y después… —Bufa y hunde de nuevo los dedos en su pelo—. ¿Podemos dejarlo ya? No me gusta hablar de esto. No confío en las mujeres porque vi con mis propios ojos cómo mi madre destruyó a mi padre con sus mentiras, engaños y manipulaciones. —Cruzo los pasos que me quedan para llegar hasta él y acaricio su mejilla con suavidad. Esbozo una pequeña sonrisa y Grayson frunce el ceño—. No quiero tu compasión.

Suspiro y ruedo los ojos sin dejar de sonreír.

—No es eso lo que siento por ti, idiota. —Puedo notar como se tensa de pies a cabeza—. Tranquilo, antes de que salgas corriendo debes saber que no volveré a decirlo en voz alta. —Repaso con la punta de mis dedos sus cejas, sus pómulos y después sus labios. Su gesto se relaja con cada una de mis caricias—. Gracias por contármelo. Mi abuela también se llamaba Abigail.

—¿Podemos no volver a hablar de esto?

—Por ahora —susurro antes de besarlo.

Mi intención es darle un beso rápido, pero Grayson me sujeta por la cintura y me hace sentarme a horcajadas en su regazo mientras asalta mi boca con agresividad. Cuando consigo apartarme un poco, ambos jadeamos en busca de aire.

—Vuelve a la cama conmigo —murmura, mordisqueando mi cuello.

—Debo irme. —Lo empujo por los hombros y me pongo en pie.

Grayson resopla una vez más.

—¡¿Qué más quieres de mí, Sky?! —exclama, alzando la voz.

—Para empezar, que no me hables en ese tono. —Lo señalo con el dedo índice y una mirada poco amistosa—. Cuando dije que me iba, no era un chantaje. Lo decía en serio.

—¿Por qué? Hoy tienes el día libre. No vas a ir a trabajar.

—He quedado con Caroline y Jude en el lago, y aún debo pasar por casa a ponerme el bañador.

—¿Y yo?

—Tú, ¿qué?

—Creí que pasaríamos el día juntos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Frunzo el ceño—. No soy adivina. Si lo hubiese sabido, no habría hecho planes.

—Llama a tu amiga y cancélalos.

—No voy a hacer eso. Además, tú tienes que recoger a tu madre y a tu hermana en el aeropuerto.

—Llegan a última hora de la tarde.

—Pues mala suerte. —Me acerco y lo beso en los labios. Enseguida me aparto al notar su intención de retenerme, y sonrío negando con la cabeza—. ¿Nos vemos esta noche?

—¡Sky, vamos!

—¿Esta noche? —insisto.

Hace un mohín que me resulta de lo más tierno y suspira.

—Sí, esta noche —farfulla de mala gana.

—Tenemos que recordar dejar la casa recogida por si van a usarla los invitados a la fiesta.

—Se quedarán en la mansión —comenta aún de mal humor.

Me despido con la mano y, tras guiñarle un ojo, salgo del dormitorio sonriendo de oreja a oreja. Me siento bien. He conseguido que al final se abra a mí, no del todo, pero es un comienzo. Además, también he logrado una pequeña victoria al salirme con la mía. Me he mantenido firme y no he cedido ante sus demandas. Sí, esto puede salir bien, o al menos no tan mal.



Capítulo 24

Grayson

Aparco junto al todoterreno de mi hermano y echo un vistazo alrededor. No está la camioneta de Sky. En parte me alegra saber que no la ha conducido, ese cacharro acabará cayéndose a pedazos en cualquier momento. Frunzo el ceño al ver otro coche que no conozco. ¿Será de Caroline? Se supone que iban a venir los tres juntos al lago, sin embargo, me parece extraño que Jude no la haya recogido en su casa. Lleva un mes pegado al culo de la pelirroja, no se separan ni con agua caliente.

Aparco y salgo del vehículo. Me enciendo un cigarrillo mientras camino hacia el lago pensando en una excusa convincente para justificar mi presencia. No son Jude ni Caroline los que me preocupan, ellos saben que Sky y yo estamos… Bueno, lo que estemos. Lo que me inquieta es que Sky piense que estoy tras ella porque… En realidad, ni siquiera yo sé por qué, o sí, pero no quiero admitirlo, no aún. Necesito estar seguro de ella, de que es sincera y que esos rumores no son reales. He intentado hablar con Alan, incluso me planteé sacar el tema con mi padre, sin embargo, en el último momento me acobardé. Si alguno de ellos confirma esas habladurías, si me aseguran que Sky… Me duele el pecho solo de pensarlo. ¿Cómo he llegado a esta situación? Se supone que solo iba a follarla y aquí estoy, persiguiéndola, hablándole sobre mis padres biológicos, durmiendo con ella por las noches y extrañándola durante el día. Estoy muy jodido.

Llego al lago y frunzo el ceño al ver a alguien junto a Sky. Ella está tumbada en una toalla sobre la hierba, y el que enseguida reconozco como Mark Hertford permanece sentado a su lado, demasiado cerca para mi gusto. Ambos ríen de algo y mi hermano, que hasta el momento no dejaba de mirar a la pelirroja que tiene sobre el regazo, suelta una carcajada.

¿Qué demonios hace Hertford aquí? Sky me ocultó que él también vendría con ellos. ¿Por qué? Puede que… «No, Grayson. Deja de pensar tonterías. Seguro que es una coincidencia. No dejes que tus malditas inseguridades te nublen el juicio. Mírala, no está haciendo nada malo. Solo son amigos». Inspiro hondo, y tras lanzar la colilla al suelo decido acercarme al grupo. El primero en verme es precisamente Hertford. Esboza una pequeña sonrisa y me señala con la

mano.

—Grayson Atwood, no sabía que vendrías —dice a modo de saludo.

Dirijo la mirada a Sky. Tiene el ceño fruncido y parece sorprendida.

—Podría decir lo mismo, Hertford —contesto sin apartar la mirada de esos ojos azules que me roban el aliento. Doy un par de pasos hacia un costado bajo la atenta mirada de todos los presentes y hago un gesto con mi mano en dirección a Hertford—. Apártate —ordeno.

—¿Cómo?

Me quito la camiseta y me quedo solo con el bañador, que me llega por encima de las rodillas.

—He dicho que te apartes —repito, esta vez con tono más autoritario. Lanzo la camiseta a un lado y me cruzo de brazos frunciendo el ceño—. Si tengo que hacerlo yo por ti, no será agradable.

Me parece escuchar a mi hermano reír, pero no le presto atención. Sky chasquea la lengua y se hace a un lado, dejando un hueco considerable entre ella y el imbécil de Hertford, que aún no parece darse cuenta de mi intención. Para dejárselo claro, me siento en el hueco vacío, y con un gesto rápido, alzo a Sky y la dejo encajada entre mis piernas abiertas, la atraigo por la cintura y la obligo a apoyar la espalda en mi pecho. Giro la cabeza y le lanzo una sonrisa engreída a Hertford. «Espero que así te quede claro, capullo».

Sky intenta apartar mis manos, pero la retengo y muerdo su hombro despacio.

—¿En serio? —sisea, girando la cabeza hacia atrás—. ¿Aún no has marcado bastante territorio? Podrías mearme encima también —susurra solo para que yo pueda escucharla.

Sonrío y aprovecho para robarle un beso.

—No me des ideas, muñeca —murmuro mientras ella sigue resoplando.

Jude vuelve a reír y lo miro de reojo.

—¿Vienes a darte un baño, hermanito?

—No si puedo evitarlo —mascullo, acariciando con la punta del dedo índice el muslo de Sky. Ella intenta apartar mi mano, pero vuelvo a hacerlo.

—Eh… Yo sí que voy a bañarme —dice Hertford a mi lado. Ni siquiera lo miro. Me importa una mierda lo que haga.

—Te acompañamos. —Caroline se pone en pie y tira de la mano de mi hermano para que haga lo mismo.

—Yo también voy. —Sky hace el amago de ponerse en pie. No se lo permito. La sujeto con fuerza por la cintura y le hago un gesto a mi hermano para que se marchen. En cuanto nos quedamos solos, la escucho resoplar y se gira sobre sí misma para mirarme—. ¿Se puede saber a qué viene este arranque de testosterona? ¿Qué haces aquí, Grayson?

Por la forma en la que frunce el ceño, sé que está cabreada de verdad. Sin embargo, esos labios apretados son tan apetecibles… Me acerco para besarla. Error, recibo un golpe en la frente con la palma abierta.

—Auch —me quejo sonriendo.

—No vas a distraerme. Contesta a mi pregunta.

—No tenía nada que hacer y pensé en pasarme a saludar. ¿Por qué te molesta tanto? ¿Interrumpí tus risitas con don perfecto? —Señalo hacia la orilla, donde Hertford está de pie echando pequeños vistazos en nuestra dirección.

Sky esboza una sonrisa ladeada y entrecierra los ojos.

—Grayson Atwood, ¿estás celoso? —Chasqueo la lengua con chulería y aparto la mirada—. De eso nada. —Me sujeta por la barbilla y me obliga a mirarla de nuevo—. Estás celoso. —Esta vez no es una pregunta.

¿Lo estoy? Joder, claro que sí. Su sonrisa se amplía y mi corazón se acelera. Odio sentirme así con ella, y también me encanta. Es todo demasiado confuso.

—Lo que tú digas. Ahora eres tú la que no contesta a mi pregunta. ¿Os he interrumpido?

—Por supuesto. —Se gira del todo, sentándose frente a mí, y cruza los brazos sobre el pecho—. Es más, justo cuando llegaste estaba pensando en llevármelo a algún lugar apartado y follármelo. —Frunzo el ceño y me echo hacia atrás, como si sus palabras fuesen un puñetazo impactando de lleno en mi mandíbula—. Grayson, estoy bromeando —aclara, perdiendo la sonrisa, pero ya es demasiado tarde, tengo la imagen de ese idiota y Sky… ¡Maldición! Ahora quiero matarlo.

Bufo con fuerza y siento sus manos en mi rostro. Clava su mirada en la mía mientras yo intento calmar mi sed de sangre.

—No le veo la gracia —siseo.

Sky vuelve a sonreír y niega con la cabeza.

—¿Sabes? En algún momento vas a tener que aceptar que estás loco por mí. Es un hecho.

Resoplo y dejo que sus labios rocen los míos con suavidad. Cuando está a punto de apartarse, la sujeto por la cintura y la alzo para sentarla sobre mi regazo a horcajadas. Hundo mi lengua en su boca y disfruto de la forma en la que sus dedos se enredan en mi pelo. Podría besarla durante horas seguidas. Me encanta su sabor, su olor, el tacto de su piel… Enseguida noto que mi entrepierna se tensa y me obligo a separar mi boca de la suya.

—Vámonos de aquí. Quiero tenerte para mí solo, sin ropa a ser posible.

Sky echa la cabeza hacia atrás y suelta una enorme carcajada que hace que mi corazón se salte un par de latidos. ¿Aceptar que estoy loco por ella? Ya es tarde para eso. Mi problema es el miedo, la desconfianza, las dudas, el temor a equivocarme y terminar como mi padre. Con eso es con lo que no soy capaz de lidiar.

—Se supone que en unas horas tienes que ir al aeropuerto.

Mordisqueo su cuello y gimo cuando ella se mece despacio, rozando su sexo contra el mío. Me está desesperando.

—Avisaré para que vaya el chófer en mi lugar. Para algo se le paga.

Sky se tensa de pies a cabeza y retrocede un poco.

—Te recuerdo que el chófer que acabas de mencionar con ese tono despectivo sigue siendo mi padre —sisea.

Mierda. Por un momento… No lo pensé.

—No quise decir eso, Sky. Fue un comentario desafortunado. —Intenta bajarse de mi regazo. Vuelvo a sujetarla con fuerza y clavo mi mirada en la suya—. Ya me he disculpado, ¿vale? No hagas un drama de esto.

—Suéltame —sisea entre dientes.

—No. Te conozco bastante para saber que, si lo hago, podrías abofetearme.

—No te mereces menos —replica.

—Estoy de acuerdo. Ahora olvida que de vez en cuando mi cerebro se desconecta y me comporto como un verdadero patán.

—Al menos lo reconoces.

—No te acostumbres. —Sonrío al notarla más relajada y vuelvo a mordisquear su cuello—. Vámonos de una vez —pido en tono suplicante.

—Está bien, después de que te bañes conmigo en el lago. —Me aparto de inmediato y la miro con el ceño fruncido. Antes muerto que meterme en el agua—. ¿Solo los pies? Hace calor, Grayson. Te vendrá bien refrescarte un poco.

—No tenses demasiado la cuerda. Podría romperse —mascullo.

Sky suspira y dejo que se ponga en pie.

—Está bien. Espérame en el coche. Voy a darme un baño y me despediré de los chicos.

Asiento y espero a que se marche. No me adelanto, prefiero quedarme y vigilar al imbécil de Hertford. Si se atreve a tocarla le partiré esa cara de niño bonito que tiene. Por suerte, Sky no tarda demasiado. Tampoco se extraña al verme en el mismo lugar que cuando se fue. Solo niega con la cabeza y me tiende la mano para ayudarme a ponerme en pie. La acepto y no la suelto cuando empezamos a caminar hacia el aparcamiento. Es extraño, nunca antes he ido de la mano con una mujer. Siempre me ha parecido un gesto demasiado íntimo y personal. Llegamos al coche y dejo que ella entre antes de colocarme tras el volante. Estoy a punto de besarla de nuevo, pero su teléfono empieza a sonar. Tras atender la llamada y contestar con monosílabos, hace una mueca de disgusto y cuelga.

—¿Qué ocurre? —inquiero.

—Cambio de planes. Era tu tío. Quiere verme en la sede.

—¿Alan? —Asiente—. Pero es tu día libre.

—Ya. —Se encoge de hombros y suspira.

—¿Por qué no te has negado? No puede obligarte a ir.

—No me ha obligado, Grayson. Parece algo importante, y creo que me tiene algo de manía, así que prefiero no llevarle la contraria.

Resoplo y hundo los dedos en mi pelo. Voy a matar al idiota de mi tío.

—¿Qué se supone que voy a hacer con esto? —Señalo mi abultada entrepierna y Sky suelta una carcajada.

—Creo que sobrevivirás —dice entre risas—. ¿Puedes dejarme en la sede?

—Si no me queda de otra… —Chasqueo la lengua y ella vuelve a reír.

Antes de que pueda poner el coche en marcha siento su mano en mi muslo, se mueve en una leve caricia hacia el centro y aprieta mi erección. Gimo bajito y la miro, negando con la cabeza.

—Esta noche te lo compensaré, lo prometo —susurra contra mis labios.

—Más te vale. —La beso y espero a que regrese a su asiento antes de arrancar el motor.

Dejo a Sky en la sede y, ya que no voy a poder estar con ella, decido ir a recoger a mi madre y a mi hermana al aeropuerto. Han decidido venir a Clearstone para celebrar el cumpleaños de Leonard. Le harán una gran fiesta mañana por la noche.

Durante el trayecto de ida no dejo de pensar en Sky. Tengo que hablar con Leonard o con Alan y que me aclaren de una vez la situación. Cada vez estoy más convencido de que esos rumores son falsos. Sky no es ese tipo de persona, no quiero que lo sea. Si ellos me lo confirman, estoy dispuesto a dar un paso más. No sé si seré capaz de confiar ciegamente en ella, pero tal vez con el tiempo… Sí, tengo un plan. Primero salir de dudas y después hacer algo al respecto.

Cuando regresamos a la villa ya ha anochecido. Entro en la mansión dispuesto a hablar con Leonard de inmediato. Me lo encuentro en la entrada y frunzo el ceño al ver que arrastra una pequeña maleta.

—¿A dónde vas? —le pregunta Margot después de saludarlo con un beso en la mejilla. Nunca han sido muy cariñosos el uno con el otro.

Desde niño me di cuenta de que su matrimonio no era como el de mis padres. Ellos no dudaban en comerse a besos por toda la casa cuando las cosas iban bien, o al menos cuando fingían que era así, sin embargo, no tardaban en discutir y pelearse. Cuando me acogieron, en parte me alegré de que Leonard y Margot no fuesen tan efusivos. Supongo que, en el fondo, una parte de mí no es capaz de separar las muestras de cariño de las peleas, van de la mano. Incluso

con Sky es eso lo que siento. Follamos como locos y al segundo estamos discutiendo. Eso no puede ser sano, tengo claro que no lo es porque lo he vivido antes.

—Tengo que hacer un viaje rápido a Denver. Me quedaré esta noche allí.

—¿Un viaje? —inquiere Kristen.

—Sí, hay un problema con unos albaranes de entrega y quiero resolverlo cuanto antes.

—¿Qué pasa con esos albaranes? —pregunto.

—Ya te contaré, hijo.

—¿Y la fiesta? Papá, hemos venido a propósito para estar contigo —se queja mi hermana.

—Lo sé, estaré de vuelta mañana por la tarde. —Mira su reloj de muñeca y resopla—. Tengo que irme ya. Aún debo recoger a Sky.

—¿Sky va contigo? —inquiero, frunciendo el ceño. Él asiente—. ¿Por qué? —Carraspeo e intento calmarme. ¿Por qué se lleva a Sky? Eso no tiene ningún sentido—. Eh… Yo puedo sustituirte. Dime qué es lo que necesitas y…

—No es necesario, hijo —me corta. Palmea mi hombro y sonríe—. Estaré de vuelta mañana. Ayuda a tu madre y a tu hermana con los preparativos de la fiesta, ¿quieres? —Antes de que pueda contestar, se marcha y me quedo mirando la puerta cerrada.

Las dudas, la inseguridad… Todo regresa a mi cabeza de golpe, dejándome aturdido. No quiero que Sky se vaya con él. ¿Y si los rumores son ciertos? Ella no puede… ¡Mierda! Echo a correr y atravieso la casa para salir por la puerta trasera. Recorro parte del jardín y compruebo que las luces de la casa de empleados donde vive Sky con sus padres están encendidas. Vi a Laurie en la cocina y juraría que Ronald estaba en la cochera cuando llegué. Sinceramente, tampoco me lo pienso demasiado. Toco a la puerta y espero a que Sky me abra. Lo hace en pocos segundos y se me queda mirando con sorpresa.

—¿Qué haces aquí, Grayson?

—¿Te vas a Denver con mi padre? —pregunto con la mandíbula tensa y los puños apretados.

—Sí, estaba a punto de…

—¡No lo hagas! —exclamo.

Necesito que me haga caso, que me demuestre que puedo confiar en ella. Si hoy se marcha con Leonard, no creo que pueda librarme de la sombra de la duda.



Capítulo 25

Sky

Miro a Grayson algo aturdida. Cuando consigo reaccionar, guardo en el bolsillo el teléfono con el que estaba a punto de llamarlo para hacerle partícipe del cambio de planes. No esperaba este viaje tan repentino. Se supone que hay un error con unas facturas de material y unos albaranes de entrega. Para eso me llamó el señor Devon esta tarde. El problema es que no recibimos ese material y se supone que en los documentos de entrega es mi firma la que aparece. El señor Atwood tomó la decisión de ir en persona a las oficinas de la empresa de suministros para resolver la situación, y ya que es mi nombre el que está implicado, me pidió que lo acompañara.

—Grayson, ¿a qué viene esto? —inquiero, frunciendo el ceño.

—No quiero que vayas con él. ¿Puedes hacer eso por mí?

Antes de que pueda contestar, me empuja despacio y se cuela en el interior de mi casa. Miro a un lado y a otro. No creo que mis padres lleguen tan pronto, pero cualquiera podría verlo. Es una insensatez.

—No puedes estar aquí —señalo, cerrando la puerta a toda prisa.

—Eso me importa una mierda. Quiero que me digas que no vas a ir a Denver con mi padre.

Por su postura y la forma en la que su mandíbula se tensa, no hace falta ser muy listo para saber que está furioso, aunque también parece un poco asustado.

—¿Por qué no iría? Es mi jefe.

—Porque te lo estoy pidiendo yo —sisea entre dientes—. Si de verdad sientes por mí lo que dices sentir, eso debería ser suficiente.

Ladeo la cabeza y me cruzo de brazos. Me temo que empiezo a entender de dónde ha salido este ataque de cuernos. Suspiro e intento mantener la calma.

—¿Qué has escuchado? Vamos, ¿quién te lo ha dicho?

—¿Admites que es verdad? —Abre mucho los ojos y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Por supuesto. Es más, esta misma noche pienso asistir a una jodida orgía multitudinaria con tu anciano padre. Ese es nuestro rollo, ¿sabes? Empezamos nosotros y después se van uniendo otros hombres y mujeres. Algunos transexuales también.

Noto como mueve la garganta al tragar saliva y suelta un resoplido.

—¡No juegues conmigo, Sky! —grita.

—¿Qué ocurre? ¿No me crees? —Se queda callado—. Sin embargo, creíste lo que te dijeron, ¿verdad? Soy la amante de Leonard Atwood. Es de eso de lo que estamos hablando, ¿cierto?

—Yo no… —Carraspea y vuelve a permanecer en silencio.

—Es fácil, Grayson. Lo crees o no lo crees, tú decides. —Espero varios segundos a que conteste, pero no lo hace—. Tu silencio resulta muy esclarecedor —siseo cabreada.

—¡Maldita sea! ¡¿Qué quieres que piense?! Todos dicen…

—¡Ya sé lo que dicen! ¡He tenido que vivir con ello desde que era solo una adolescente! Siento terror al pensar que esos mismos cuchicheos que yo escucho a mis espaldas puedan llegar a oídos de mis padres. Es más, estoy segura de que ellos también son conscientes de lo que ocurre, pero ni una sola vez me han preguntado nada al respecto. ¿Sabes por qué? —Niega con la cabeza tras bufar—. Porque confían en mí, me conocen y saben que yo jamás haría algo así. Es un hombre casado que me triplica la edad. Un hombre al que respeto y admiro como a un padre o a un abuelo, nada más.

—Entonces, ¿por qué te marchas con él? No tiene sentido. Solo eres una guía.

—Bueno, supongo que eso vas a tener que descubrirlo por ti mismo. Yo no te debo explicaciones. —Me lanza una mirada furiosa, y aunque siento que un nudo de angustia atenaza mi garganta, no me vengo abajo. Puedo permitir cualquier cosa, menos que dude de mi honestidad—. Debo irme. Si cuando vuelva aún quieres escuchar una explicación, estaré encantada de dártela. Mientras tanto, te aconsejo que pienses bien lo que quieres de mí, Grayson. Conoces mis sentimientos, he sido franca y sincera contigo en todo momento. Si no vas a darme el beneficio de la duda…

—Eso es lo que hago. Estoy aquí, ¿no? Solo quiero saber la verdad.

—Te he dicho la verdad.

—¡No es suficiente! Demuéstrame…

—¡No tengo nada que demostrar, Grayson! ¡Yo no he hecho nada malo! —bramo, perdiendo la paciencia.

—¡Lo estás haciendo ahora al marcharte con él! —replica aún más alto.

—No te equivoques conmigo, no soy tu madre —suelto sin pensar.

En cuanto las palabras salen de mi boca me arrepiento de inmediato, y aún duele más ver el gesto de sorpresa y tristeza en su mirada. Quiero disculparme, pero al mismo tiempo necesito dejar clara mi posición. Esto es algo que no voy a dejar pasar. Acepto que tenga sus secretos, que no me hable de su pasado y ni siquiera admita que tiene sentimientos por mí, sin embargo, con esto no hay manera de que vaya a ser comprensiva o flexible. Miro mi reloj y resoplo con fuerza, colgándome la mochila del hombro.

—Te vas —su voz sale ronca y aprieta los puños en sus costados.

—Sí, me voy. Llegaremos a Denver de madrugada. Te enviaré un mensaje cuando esté en el hotel y tú decides si quieres llamarme y hablar de esto con más tranquilidad.

Paso por su lado, y antes de que pueda alcanzar la puerta me sujeta por el brazo y me obliga a mirarlo.

—Sky, por favor —susurra, y siento cómo se me rompe el corazón al ver la súplica en su mirada.

—Me has pedido que me quede para demostrarte que no soy la amante de tu padre, ahora te pido yo que me demuestres que confías en mí.

Niega con la cabeza y sus ojos se empañan. Por un instante me planteo ceder y quedarme con

él, pero consigo mantenerme firme y aparto mi brazo de un tirón antes de salir de casa sin mirar atrás.

Cruzo el jardín casi a la carrera y descubro que el señor Atwood ya me está esperando con el vehículo en marcha frente a la puerta de la cochera. Me meto en el asiento del acompañante e inspiro hondo por la nariz.

—Sky, ¿te encuentras bien? —me pregunta.

Asiento y consigo contener la marea de lágrimas que amenaza con atravesar mis párpados.

—Sí, señor Atwood. Podemos irnos —contesto con un hilo de voz.

Aunque sé que mi respuesta no ha sonado para nada convincente, se pone en marcha, y yo me encojo en el asiento y desvío la mirada hacia la ventanilla. Cuatro horas, ese es el tiempo que pasamos en absoluto silencio hasta llegar a Denver. Cuatro tortuosas y agónicas horas en las que no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea el hombre que he dejado en casa con la mirada empañada y llena de tristeza. Sé que hice lo correcto, pero duele, duele tanto que me cuesta incluso respirar.

Tras aparcar el enorme todoterreno en el exterior del hotel, cojo mi pequeña mochila y camino a la par del señor Atwood hacia el interior. Él, por primera vez desde que salimos de la villa, empieza a hablarme sobre lo que haremos mañana. A primera hora tenemos una reunión con el responsable de facturación y entregas de la empresa de suministros. Esperamos resolver esta situación cuanto antes y después regresaremos a Clearstone, a tiempo de que la familia Atwood pueda celebrar por todo lo alto el cumpleaños de su cabeza de familia.

En cuanto el recepcionista me entrega la llave de mi habitación, pretendo despedirme e irme arriba. Quiero enviarle ese mensaje a Grayson, y deseo con todas mis fuerzas que me llame y podamos hablar sin gritos ni peleas. Necesito que entienda que no voy a engañarlo, que no tengo intenciones ocultas y de ninguna manera lo estoy manipulando.

—¿Podemos hablar unos minutos? —dice sorprendiéndome el señor Atwood. Pienso en negarme, sin embargo, termino asintiendo y dejo que me guíe hacia el bar del hotel. Está casi vacío. Nos sentamos en una mesa alejada y, tras pedir un refresco, dejo que sea él quien hable—. Necesito saber qué te sucede, muchacha.

—Yo no…

—Ni siquiera lo intentes —me corta—. Te conozco. Sé que hay algo que te corroe por dentro. Tal vez, si me lo cuentas… —Bufa y hunde los dedos en su pelo blanquecino. Reconozco ese gesto de inmediato. Aunque Grayson no es su hijo biológico, hay muchas expresiones en ellos que los hacen parecidos—. ¿Ha sido mi hijo? ¿Grayson te ha hecho daño?

Abro mucho los ojos con sorpresa.

—¿Qué sabe…?

—Aunque creáis que sí, no sois precisamente discretos —comenta sonriendo.

—Señor Atwood, lo siento mucho. Yo no quise… —Alza una mano para acallarme y su sonrisa se amplía.

—Yo no lo siento. Al contrario. Me parece increíble lo que estás haciendo con mi hijo. Puede que tú no lo veas, Sky, pero está cambiando. El hecho de que haya decidido quedarse en Clearstone por ti es prueba de ello.

Carraspeo y noto que mis mejillas se calientan. Esta conversación está resultando ser algo incómoda.

—Sé que no pertenezco a su misma clase social. Yo no soy nadie.

—No vuelvas a decir eso —ordena, perdiendo la sonrisa. Respira hondo y sujeta mi mano por encima de la mesa—. He estado ahí en cada momento importante de tu vida. Recuerdo verte

caminar cuando aún te tropezabas con tus propios pies, decir tus primeras palabras y aquella primera vez que subiste a la cima de la montaña y se te iluminó la mirada. Eres una chica maravillosa y mi hijo debería sentirse el hombre más afortunado del mundo por haber conseguido llamar tu atención. Sé de buena mano que no son pocos los que lo han intentado y no tuvieron éxito, entre ellos, Mark Hertford.

Vuelve a sonreír y aparto la mirada avergonzada.

—Mark y yo solo somos amigos. Con Grayson… —Suspiro—. No tengo ni idea de en qué punto estamos.

—Ya, es un hombre peculiar. Su infancia no fue un camino de rosas.

—Lo sé, pero no puede culpar a todo el mundo por lo que hizo su madre.

El señor Atwood abre mucho los ojos con sorpresa y vuelve a sonreír.

—¿Te habló de su madre? —Asiento—. Entonces es que la cosa va en serio. Ni siquiera con nosotros, que somos su familia, se ha sincerado nunca respecto ese tema. ¿Te lo contó todo? ¿También lo de la muerte de sus padres?

—No. Sacarle información a Grayson es como intentar vaciar el lago Diamond con una taza de café.

Suelta una carcajada y asiente con la cabeza.

—Estoy de acuerdo contigo, aunque, por lo que puedo ver, lo estás haciendo bien. Tal vez no sea justo lo que te voy a pedir, pero si pudieras tener un poco más de paciencia…

—¡¿Más?! —Bufo con fuerza—. Créame, señor Atwood, jamás pensé que hubiese tanta paciencia en mi interior. Con él todo es una lucha. Intento que confíe en mí, que se abra, pero solo consigo golpearme una y otra vez contra ese muro de hormigón que usa a modo de coraza. Es frustrante.

—Te entiendo. Cuando Grayson llegó a nuestras vidas, yo también pasé por eso. Lo intenté de todas las maneras y no logré ningún resultado. Sé que ha pasado por mucho, la terapia lo ayudó a superar ciertos traumas de su pasado, sin embargo, hay cosas que siguen ahí, residuos de desconfianza. Se encierra en sí mismo y aparta a todo aquel que pueda significar un peligro para su propio aislamiento. No es que no te quiera, Sky, es solo que teme admitirlo porque eso lo hace sentir débil.

—Ya, bueno. Tampoco creo que lo haga nunca. —Bostezo sin querer y el señor Atwood suelta una carcajada.

—Lo siento, te estoy entreteniendo y me parece que estás agotada. —Asiento—. Vete a dormir, muchacha. Nos veremos por la mañana. ¿Hablarás con él?

Me pongo en pie y me encojo de hombros.

—Todo depende de si el muy cabezota está dispuesto a hablar conmigo. Lo intentaré, pero no prometo nada.

—Bien, eso está bien. —Esboza una pequeña sonrisa—. Como ya he dicho, he estado presente en muchos momentos de tu vida y me gustaría estar en primera fila el día de tu boda, y qué mejor si es con mi propio hijo.

El rubor vuelve a mis mejillas. Puedo notarlo calentando todo mi rostro.

—Señor, yo no…

Se levanta y acaricia mi rostro con cariño.

—No voy a decir que estaría encantado de tenerte en la familia porque, para mí, tú siempre has sido parte de ella. Ahora vete y haz entrar en razón al idiota de mi hijo. —Asiento, y sin saber qué más decir, termino despidiéndome con la mano y me marcho a toda prisa.

Al entrar en la habitación, aún no me puedo creer la conversación tan surrealista que acabo de

mantener con el señor Atwood. No he querido contarle el motivo por el que Grayson y yo hemos discutido. No me parece justo. Al fin y al cabo, eso solo haría que se sintiese culpable, y no lo es. Que haya gente tan enferma y mala como para inventar mentiras no es responsabilidad de nadie más que de ellos mismos.

Me siento en el borde de la cama, y tras suspirar, cojo mi teléfono y abro la aplicación de mensajería instantánea. Inspiro profundo y empiezo a escribir.

«Estoy en el hotel».

Un mensaje. Corto y conciso. Espero a que su estado cambie y aparezca en línea, y contengo la respiración. ¿Va a contestar? Deseo con todas mis fuerzas que lo haga. Cruzo los dedos y sigo con la mirada fija en la pantalla. Pasan unos segundos y después lo veo, está escribiendo. Dejo escapar todo el aire que estaba conteniendo y sonrío de oreja a oreja.



Capítulo 26

Grayson

Despierto con dolor de cabeza y la boca seca. Echo un vistazo a mi lado en la cama y la botella de licor vacía que me bebí anoche aún sigue ahí, justo al lado de un cenicero repleto de colillas. Resoplo. ¿Cuántas veces he visto a mi padre en una situación similar? Se supone que yo sería distinto. Juré que nunca permitiría que una mujer me manipulara de esa forma y aquí estoy, ahogándome en alcohol y autocompasión, tal como lo hacía él.

Resoplo y me levanto de la cama, sujetándome la cabeza con ambas manos. El teléfono en el suelo llama mi atención. Lo recojo y compruebo que tiene la pantalla rota. Está inservible. Anoche, tras recibir un mensaje de Sky y redactar y borrar varias respuestas, me di cuenta de lo imbécil que estaba siendo y lo tiré contra la pared. Ya había bebido bastante y no era consciente de que el teléfono podría romperse. Lo dejo caer sobre el colchón y me meto en la ducha.

Aunque parezca extraño, paso más de media hora bajo el chorro de agua caliente. El pánico que siento con cada gota que golpea mi rostro me obliga a espabilarme. Ya es tarde y se supone que iba a ayudar a Margot y a Kristen con los preparativos de la fiesta. La verdad es que no entiendo a qué viene tanto revuelo. Solo es un jodido cumpleaños. Asistirán algunos amigos de la familia que vienen desde San Francisco expresamente para la celebración. Nadie de este pueblo, al menos que yo esté enterado. Hace un par de días se me cruzo la idea de invitar a Sky como mi acompañante. Fue una locura y me aterró el significado y la profundidad de ese pensamiento. No le dije nada, y ahora tampoco lo haré. Ella tomó su decisión al irse.

Salgo de la ducha, y tras secarme un poco el pelo, rodeo mis caderas con la toalla y salgo a la habitación. Mi mirada regresa al teléfono móvil destrozado. ¿Por qué no puedo solo confiar en ella? Anoche, cuando le pedí que se quedara, parecía sincera. Hubo un instante en el que incluso me sentí ridículo por dudar de ella. No lo sé, estoy tan confuso…

—Hermanito. —Me giro al escuchar a Jude abrir la puerta de mi habitación y frunzo el ceño.

—¿No sabes llamar? —mascullo.

Entra sonriendo y echa un vistazo a la botella vacía, que aún sigue sobre el colchón.

—¿Empezaste la fiesta sin mí? Qué desconsiderado.

—Jude, ¿qué demonios quieres? —siseo, apretándome las sienes.

—Solo informarte de que he invitado a Caroline a asistir a la fiesta de esta noche. Lo digo por si a ti te apetece traer a Sky. —Le lanzo una mirada dura y enseguida pierde la sonrisa—. Vale, no he dicho nada. Creí que estabais bien. Ayer en el lago…

—¿Quieres algo más? —lo corto.

Suspira y niega con la cabeza.

—Mamá está furiosa contigo porque no bajaste a desayunar ni a comer.

—¿Qué hora es? —inquiero, frunciendo el ceño. No tengo mi reloj puesto y mi móvil ha pasado a mejor vida.

—Casi las cinco de la tarde. Algunos invitados han empezado a llegar. El tío Alan también está abajo, ayudando con los preparativos de la fiesta. Aunque se supone que eso ibas a hacerlo tú.

Resoplo y vuelvo a masajear mis sienes.

—Voy enseguida.

—Vale. Nos vemos esta noche, hermanito.

Se marcha y me doy prisa en vestirme con el traje de tres piezas que he elegido para esta noche. No pienso cambiarme otra vez de ropa. Mientras bajo las escaleras hacia la planta principal, una idea ronda mi mente. Seguramente Alan sepa el motivo por el cuál Leonard decidió hacer ese viaje a Denver. Además, creo que ya va siendo hora de que deje de ser un jodido cobarde y afronte la verdad. Él conoce a Sky, insinuó cosas sobre ella.

Me encuentro con mi madre en el salón principal y frunce el ceño nada más verme.

—Buenas horas para levantarte, hijo —farfulla.

—Buenos días, mamá —digo, besándola en la mejilla.

—Buenas tardes —me corrige—. ¿No ibas a ayudarnos con los preparativos de la fiesta?

Miro a mi alrededor. La casa está perfectamente decorada y lista para esta noche. Hay camareros y sirvientes moviéndose de un lado a otro cargando sillas, mesas y arreglos florales.

—Creo que os las habéis apañado bien sin mí. ¿Has visto a Alan?

Resopla y sacude la cabeza, dándome por imposible.

—Acabo de pedirle que busque el anillo con el sello familiar en el despacho de tu padre. Quiere usarlo esta noche y voy a pedir que lo limpien.

—Bien, iré a ayudarlo —informo, y enseguida empiezo a caminar hacia el despacho.

Entro sin llamar y encuentro a mi tío sentado en el sillón de Leonard con una copa de licor en la mano.

—¿También has decidido esconderte aquí de la loca de mi hermana? —pregunta sonriendo.

Me encojo de hombros, y tras cerrar la puerta, me acerco al escritorio y cojo el vaso que él se encarga de llenar para mí. Voy a desayunar alcohol. Es patético, yo lo soy. Le doy un trago largo y hago una mueca cuando el líquido ambarino me quema la garganta. Respiro hondo y compruebo que Alan me está observando con gesto divertido.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —Asiente y extiende su brazo para señalar la silla vacía que hay al otro lado de la mesa. Me contengo para no decirle que no necesito su permiso para tomar asiento. Este es el despacho de mi padre. Tengo más derecho a estar aquí que él. Tras beber un nuevo sorbo de licor, dejo el vaso sobre la superficie de madera de roble oscurecido—. Supongo que tú sabes por qué mi padre se fue de viaje justo la noche antes de su fiesta de cumpleaños.

Sonríe de nuevo y se echa hacia delante, colocando los codos sobre la mesa.

—No te preocupes. No es nada importante. El viejo necesitaba celebrar su cumpleaños de una

forma especial. —La manera en la que alza las cejas al decir esas últimas palabras me pone en alerta. Estoy harto de tanto misterio y medias palabras.

—¿A qué te refieres? —inquiero—. Creí que había unos problemas con unas facturas o algo así.

—Eso es cierto. Se supone que recibimos varios miles de dólares en material. Aparecieron unos albaranes de entrega cuando estaba encargándome del informe de contabilidad que tengo que enviarte, pero no hay constancia de que esos suministros se hayan almacenado en la sede.

—¿Qué significa eso?

—Pues que alguien cometió un error o se han malversado fondos de la empresa.

Su declaración me preocupa, pero aún lo hace más el hecho de no entender qué tiene que ver Sky con todo esto. Lo que me está contando no justifica su presencia en Denver.

—¿Por qué se llevó a Sky? —inquiero con tono duro y autoritario.

La sonrisa de Alan se ensancha y se inclina hacia atrás en el sillón.

—¿Quieres la versión oficial o la de verdad?

Dudo. No quiero escuchar que Sky… ¡Mierda! Respiro hondo por la nariz y tenso la mandíbula con fuerza.

—La verdad —demando.

Mi tío vuelve a sonreír.

—Tu padre es un hombre mayor, y a veces necesita entretenimiento. ¿Sabes por dónde voy?

—Lo intuyo —siseo—. Pero me gustaría que fueses claro en este tema.

Alan resopla y vuelve a colocarse hacia delante. Clava su mirada en la mía y se encoge de hombros.

—Espero que esto se quede entre nosotros. No quiero ser el responsable de crear un problema en el matrimonio de mi hermana. —Asiento con los nervios a flor de piel y el corazón retumbando con fuerza en el interior de mi pecho—. Ya te dije que esa chica, Sky, tiene grandes aspiraciones, y tu padre es un hombre, al fin y al cabo. Necesita echar una cana al aire de vez en cuando.

La garganta se me cierra y apenas consigo respirar. Acaba de confirmar mis sospechas. Ya no son solo rumores. Alan lo está diciendo con todas las palabras.

—¿Te consta? —pregunto con un hilo de voz—. Lo que estás diciendo es algo muy grave como para no estar seguro de ello.

—¿El qué? ¿Crees que no estoy seguro de que esa chica es una zorra? —Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada—. Yo mismo me la he follado varias veces. Tiene una boca increíble y sabe usarla con destreza.

Me pongo en pie de un salto y camino de un lado a otro como un jodido león enjaulado. No puede ser. Sky… ¿Cómo he sido tan estúpido?

—Dime que no estás mintiendo —demando, deteniéndome de golpe y clavando la mirada en Alan.

Frunce el ceño y ladea la cabeza.

—¿Tú también? —Niega con la cabeza y chasquea la lengua—. Creí que te había advertido sobre ella, sobrino. Es una cazadora. Lo único que busca es trepar a lo más alto, y tiene entre las piernas la herramienta perfecta para lograrlo. Espero que no hayas sido tan idiota como para dejarte engañar.

—Leonard y ella…

—Son amantes desde hace años. El viejo es generoso. Sacia su ambición y ella… Bueno, lo deja satisfecho de una forma más íntima.

¡Mierda! ¡Mierda! Golpeo la superficie de la mesa con el puño y muevo la cabeza de un lado a otro. Esto es una maldita pesadilla. He dejado que esa zorra me manipule. ¡Le creí! Cuando me dijo que estaba enamorada de mí quise creerla, decidí hacerlo y solo intentaba aprovecharse. Siento la mano de Alan sobre mi hombro y me sacudo con violencia para apartarlo.

—¿Por qué no me contaste esto antes?

—Lo hice, sobrino. Intenté advertirte. Creí que solo te la follabas, como todos los demás. Esa chica es la jodida putita del pueblo. Conozco a pocos que no se hayan metido entre sus piernas. Le da igual la edad o el estado civil, si puede sacar algo de un hombre, solo lo hace y punto.

Vuelve a poner la mano sobre mi hombro y esta vez no la aparto. Dejo que me dé algo de consuelo, aunque en realidad no es pena ni pesar lo que siento, solo rabia, odio, pura ira hirviendo en mis venas. Temo lo que pueda llegar a hacer cuando vuelva a verla. Es asqueroso. Me he estado tirando a la amante de mi propio padre y, por lo que dice Alan, de unos cuantos más.

De pronto, la puerta del despacho se abre y Margot entra quejándose por la tardanza de su hermano. Empiezan a hablar, pero yo no soy capaz de prestar atención a lo que dicen. Mi mente se empeña en recordar cada instante que pasé con Sky en estos últimos meses. Sus besos, sus caricias, la forma en la que sonríe, sus manos en mi pelo mientras… ¡Maldita zorra!

—Te estoy diciendo que aquí no está, Margot.

—¡Tiene que estar! —grita mi madre, sacándome de mis pensamientos.

Carraspeo y me giro para mirarla.

—¿Qué ocurre? —inquiero.

—El anillo de tu padre —dice, señalando el cajón de su escritorio—. Tenía que estar aquí y ha desaparecido.

Resoplo. No estoy de humor para dramas.

—Estará en otro sitio. Puede que Leonard se lo llevara.

«Para estar con ella», pienso. ¿Qué estarán haciendo ahora mismo? Ni siquiera puedo pensar en ello sin que me entren náuseas.

—¡No! Hablé con él anoche. Me dijo que estaba en su cajón, como siempre. —Chasquea la lengua y pone los brazos en jarras—. ¡Laurie! ¡Laurie! —grita.

La madre de Sky no tarda ni cinco segundos en aparecer con gesto preocupado.

—¿Qué ocurre, señora?

Siempre he pensado que Laurie es una buena mujer, dulce y cariñosa. Ahora ya no estoy tan seguro. Si su hija es una zorra mentirosa, puede que ella también lo sea.

—¡¿Dónde está el anillo de mi marido?! El del sello de la familia Atwood. Es una joya antigua y muy valiosa.

—La última vez que lo vi estaba en el cajón del señor Atwood —contesta la mujer, frunciendo el ceño.

—Pues ahora no está. Tú eres la única con acceso a este despacho aparte de la familia, y, por supuesto, ellos no lo han cogido.

—Señora, yo no sé…

—De tal palo, tal astilla —susurra Alan, apareciendo a mi espalda. Frunzo el ceño y le dirijo una mirada interrogante—. ¿Quién crees que es la principal sospechosa del problema con las facturas de la empresa?

—Sky —susurro, mientras de fondo escucho como mi madre sigue gritando a pleno pulmón.

—Ella firmó los albaranes de entrega. Estoy seguro de que a estas alturas tu padre ya se habrá dado cuenta de que su amante es una ladronzuela y no tardará a echarla a la calle. En mi opinión,

ese es el lugar al que pertenece.

Trago saliva con fuerza y siento presión en el centro de mi pecho. ¿Cómo he podido dejar que esa maldita mujer me manipule? Espero que Leonard la ponga en su lugar porque, si no lo hace, yo mismo haré que la eche, a ella y a toda su maldita familia.



Capítulo 27

Sky

Se nos hace de noche durante el trayecto de vuelta a casa. La reunión de esta mañana se prolongó. El responsable de la empresa de suministros no dejaba de insistir en que ese material extraviado se había entregado en la sede de Atwood Adventures. Nada de eso tiene sentido. Aunque fuese así y alguien lo hubiese recibido, esa persona no sería yo. He consultado mi horario y justo ese preciso día estaba en la montaña. Pasé tres días allí arriba. Además, después de ver una copia de los albaranes de entrega me queda claro que la firma no es mía, ni siquiera se parece. Tras discutir con el responsable y conseguir reunirnos con el presidente de la empresa, llegamos a la conclusión de que debió tratarse de un error. Ellos se encargarán de abrir una investigación interna para saber qué fue lo que ocurrió con ese material. Personalmente, tengo mis sospechas, aunque no hablo de ellas con nadie.

Al final, entre las dos reuniones y todo el camino de vuelta, casi no conseguimos llegar a tiempo a la fiesta. El señor Atwood pasa todo el viaje callado y de mal humor y yo… Bueno, sigo pensando en Grayson, para no variar. Anoche creí que hablaría conmigo. Lo vi escribir un mensaje durante un buen rato y después se desconectó, y por más que intenté contactar con él no hubo manera. Apagó el teléfono. Supongo que esa es su forma de decirme que no confía en mí y debo aceptarlo. Aún no sé qué es lo que voy a hacer cuando lo vea. Quiero intentarlo una vez más, pero, en el fondo, estoy casi segura de que será un gesto inútil. Jamás lograré que deje de dudar de mí, y eso es algo que no puedo pasar por alto.

Todas las luces de la villa están encendidas cuando llegamos, incluso las del camino de piedra. Sé que algunos invitados han venido desde muy lejos y van a quedarse unos días más. Tal vez alguien se aloje en la pequeña casa de invitados que Grayson y yo solemos usar. En fin… Tampoco es que vayamos a necesitarla. Como están las cosas entre nosotros, lo más probable es que él termine regresando pronto a San Francisco. Duele pensar que no voy a volver a verlo en mucho tiempo, tal vez nunca más. Sé que voy a sufrir con su ausencia, y eso es justo lo que intentaba evitar.

El señor Atwood detiene el todoterreno frente a la cochera abarrotada de vehículos de alta

gama y resopla con fuerza.

—¿Te crees que no tengo ganas de asistir a mi propia fiesta de cumpleaños?

Esbozo una pequeña sonrisa y asiento. Conozco a este hombre desde que era una niña, y sé que lo de pavonearse frente a un montón de personas pijas y aburridas no es lo suyo. El señor Atwood es feliz en la montaña, con la gente de Clearstone, viviendo aventuras y respirando el aire limpio de la naturaleza.

—Algunas veces nos toca hacer cosas que no nos gustan —comento.

—Cierto. —Suspira y acaricia mi mejilla con suavidad—. Por la tristeza que veo en tus ojos, deduzco que no pudiste hablar con Grayson anoche. —Niego con la cabeza y aparto la mirada—. Sigue intentándolo, hija. No dejes que ese cabezota desperdicie la oportunidad de ser feliz.

—Tal vez debo dejar de pensar en la felicidad de Grayson y pensar en mí por una vez —murmuro.

El señor Atwood inspira hondo por la nariz y mueve la cabeza de manera afirmativa.

—Contra eso no hay nada que yo pueda decir o hacer. Es tu decisión.

—Espero que pueda disfrutar de su fiesta, señor —digo tras resoplar.

Asiente y no tardamos en salir del vehículo. El señor Atwood se acerca para ayudarme a sacar la mochila de la parte trasera y por el rabillo del ojo veo que se acercan varias personas. Frunzo el ceño. Son los Atwood, todos ellos.

—Leonard, tenemos que hablar —dice la señora Atwood.

Su marido se gira en su dirección con gesto de sorpresa. Me fijo en Grayson, que está justo detrás de su tío y su hermana. Está guapísimo vestido con un traje de tres piezas en color gris oscuro. Busco su mirada y casi me dan ganas de preguntar qué anda tan mal delante de toda su familia al ver la ira y la rabia brillando en sus ojos. Supongo que sigue cabreado por lo del viaje.

—¿Qué ocurre? —pregunta el señor Atwood.

—Ha pasado algo muy grave.

—Eh… Yo ya me voy —digo, alejándome de espaldas. No quiero entrometerme en un tema familiar—. Buenas noches.

—De eso nada, ratera. —Me quedo muy quieta y frunzo aún más el ceño por el comentario de Kristen.

—¿Me hablas a mí? —inquiero.

—¿Ves a alguna delincuente más entre nosotros? —Se cruza de brazos y sonríe de manera petulante—. Tú no vas a ir a ningún lado.

—¿Cómo dices?

—Ya la has escuchado, niña —intercede la señora Atwood—. Puedes decirles a tus padres que las cosas que dejaron en la casa irán todas al vertedero.

—¿De qué demonios hablas, Margot? —le pregunta su marido.

—La sirvienta ha robado tu anillo con el sello de la familia. Ya me he ocupado de echarlos a ella y a su marido. Espero que hagas lo mismo con esa… —Me señala con un gesto de desdén y sacudo la cabeza de un lado a otro.

Lo que esta mujer dice no tiene ningún sentido. ¿Mamá robando un anillo? ¿Qué locura es esa?

—Tiene que haber un malentendido —señala el señor Atwood.

—¡No lo hay! —exclama Kristen—. Solo te estamos esperando para que llames a la Policía y detengan a esa ladrona.

Doy un paso en su dirección de manera amenazante.

—Mi madre no es ninguna ladrona —siseo.

—Sky, no empeores las cosas —dice el señor Devon.

—Usted no me diga lo que tengo que hacer —replico, señalándolo con el dedo.

—Tranquila, muchacha. Esto es un error —intenta calmarme el señor Atwood.

—No hay ningún error, Leonard. ¿Crees antes a esa chiquilla que a tu esposa?

—Margot, estás sacando las cosas de quicio. Seguro que el anillo estará en algún otro lado. Laurie lleva trabajando en esta casa desde hace más de veinte años. Es una mujer leal y honesta. Jamás haría algo así.

—No sigas defendiéndola —dice Grayson, pronunciándose por primera vez. Dirijo la mirada hacia él.

Quiero pensar que no está de acuerdo con toda esta locura. Da un par de pasos en mi dirección.

—¿Dónde están mis padres? —le pregunto a él directamente. Se encoge de hombros. Ya me da igual que su familia se entere de lo nuestro. Ahora mismo lo único que me importa es aclarar esta situación—. ¿No hiciste nada? ¿Dejaste que los echaran como a dos delincuentes?

—Claro que hice algo. —Esboza una sonrisa ladeada y clava su mirada en la mía—. ¿Quién crees que los acompañó a la salida?

Retrocedo unos cuantos pasos, negando con la cabeza, mientras veo cómo amplía su sonrisa. No puede ser. Él… ¿Por qué?

—Grayson, ¿qué has hecho? —inquiere su padre.

La forma en la que él lo mira con la mandíbula tensa y los puños apretados no augura nada bueno. Sin embargo, no tarda en recuperar la compostura y vuelve a lucir esa sonrisa cínica y maliciosa en su rostro.

—Yo no dejo que una chiquilla me nuble el juicio, padre. Su madre cometió un delito y debe pagar por ello. Lo mínimo que podemos hacer es despedirlos.

—Maldito hijo de…

—Ten cuidado con lo dices —sisea Grayson—. No voy a permitir ni una sola falta de respeto más. Recuerda cuál es tu lugar. Solo eres la hija de la sirvienta. En realidad, ahora ya ni eso. Lo mejor que puedes hacer es largarte de aquí y esperar noticias de nuestros abogados.

Sacudo la cabeza de un lado a otro sintiendo como las lágrimas inundan mis mejillas. No reconozco a este hombre. ¿De verdad siempre ha sido tan cruel y mezquino? ¿Cómo pude enamorarme de un monstruo así? Escucho el motor de un coche y después el sonido de las ruedas chirriando contra el pavimento al frenar.

—¿Dónde están mis padres? —insisto con un hilo de voz.

—En casa de Caroline —contesta Jude a mi espalda. Me sujeta por los hombros y mira a su hermano con rabia—. ¡Eres un jodido imbécil! ¡¿Qué mierda te pasa?!

—Jude, no te metas en esto —ordena Kristen.

—No te atrevas a decirme lo que debo hacer, hermanita. Todos vosotros estáis cometiendo un tremendo error y no puedo quedarme callado.

Sigo mirando a Grayson sin creer del todo lo que está ocurriendo. Él los echó, a mis padres. Si sintiera algo por mí, aunque fuera lo más mínimo, jamás habría hecho eso. Inspiro hondo por la nariz y aparto la mirada.

—¿Casa de Caroline? —pregunto a Jude.

—Sí, llegaron hace un rato. Vamos, yo te llevo. —Intenta sujetar mi brazo, pero lo aparto y niego con la cabeza—. ¿Sky? —Me mira extrañado y vuelvo a cabecear.

—Te agradezco la ayuda, pero no quiero a ningún Atwood cerca de mi familia ni de mí. Lo siento, Jude.

Antes de que pueda decir nada, salgo corriendo y cruzo el jardín para llegar a la pequeña casa en la que nací y crecí. Encuentro mi vieja camioneta aparcada justo delante y me meto en su interior a toda prisa. Arranco el motor y acelero, haciendo que las ruedas chirríen. Mientras abandono la villa a toda velocidad, no puedo evitar pensar que este es el final de un ciclo, aquí se acaba todo lo que pudimos llegar a ser Grayson y yo.



Capítulo 28

Sky

Llego al pueblo en pocos minutos. Tras estacionar cerca de la casa de Caroline, salto de la camioneta y aprovecho para secarme las mejillas húmedas y adecentarme un poco antes de llamar al timbre. No quiero que mamá me vea así. Ya tiene bastante con todo lo que le ha tocado vivir hoy. Es la madre de Caroline quien me abre la puerta y me indica que pase hasta el salón. La encuentro llorando abrazada a mi amiga. En cuanto me ve, la suelta y corre hacia mí.

—Yo no cogí ese anillo, cariño. Te lo prometo, no robé nada —dice entre sollozos.

La aparto un poco y seco su rostro, clavando mi mirada en la suya.

—No lo he dudado ni por un instante —afirmo antes de abrazarla.

Me siento en el lugar que antes ocupaba Caroline y espero a que ella se tranquilice un poco. Después me cuenta exactamente qué fue lo que ocurrió, y eso solo consigue enfurecerme aún más.

—Tal vez el señor Atwood pueda interceder por nosotros. Él sabe que yo jamás haría algo así.

—No —siseo—. Ni en broma vamos a volver a esa casa.

—El anillo tiene que aparecer, hija.

—¡Me importa una mierda el puto anillo! ¡Nos echaron! ¡¿Cómo puedes querer regresar al lado de esa gente?!

—Es mi trabajo —contesta con un hilo de voz.

—Pues buscaremos otro.

—¿A ti también te han echado? Te has quedado sin empleo por mi culpa, ¿verdad?

—No es tu culpa, mamá. —Resoplo con fuerza y sujeto su rostro entre mis manos—. Son ellos los que han actuado mal. Mi conciencia está tranquila y la tuya también. Si no me hubiesen despedido, yo misma renunciaría. Quien hace daño a mi familia, también me lo hace a mí. Por cierto, ¿dónde está papá?

—En la habitación de invitados —responde Caroline al notar que a mi madre le cuesta hablar debido al llanto—. No se encontraba bien y decidió acostarse un rato.

—Es por el disgusto. —Mamá sorbe por la nariz y suspira—. Hemos perdido todas nuestras

cosas. No nos dejaron recoger nada de la casa.

Resoplo y me pongo en pie.

—Yo iré a por lo más imprescindible.

—Hija, no quiero que te metas en problemas.

—No les tengo miedo. Si quieren venir a por mí, que lo hagan. —Bufo de nuevo y me pinzo el puente de la nariz—. Vamos a tener que buscar un lugar donde vivir.

—Podéis quedaros aquí el tiempo que necesitéis —dice Caroline. Esbozo una pequeña sonrisa de agradecimiento y cojo su mano para darle un apretón cariñoso.

—Gracias, pero nos las apañaremos.

—Tenemos ahorros. Podríamos invertirlos en una casa —sugiere mamá.

—Esa es una gran idea. Piensa en el lado bueno de todo esto. Papá y tú siempre habéis querido comprar vuestra propia casa, tal vez este sea el momento indicado.

—¿Y de qué vamos a vivir? Si nos gastamos todo en la casa… ¿Quién va a contratar a dos personas de nuestra edad?

—Eso ya se verá.

—¿Y tú, hija? ¿Qué pasa con tus estudios y tus sueños?

—Encontraré otro trabajo. No quiero que te preocupes por eso. Ahora solo enfócate en buscar una casa que te guste, del resto me encargo yo. —Suspira de nuevo y le doy un beso en la mejilla—. Carol, ¿puedes quedarte con ella un rato? Necesito ir a buscar algunas cosas a la villa.

—¿Ahora? Sky, dijeron que…

—Me da igual lo que hayan dicho. Son nuestras pertenencias —la corto.

Asiente y le lanzo una mirada de disculpa por mi tono antes de marcharme. Vuelvo a subir a mi camioneta y regreso a la villa de los Atwood por lo que estoy segura que será la última vez en toda mi vida. Me dirijo a la que fue nuestra casa y encuentro al señor Atwood en la entrada.

—Sky, hija, te he estado llamando —dice nada más verme.

Inspiro hondo por la nariz y alzo la barbilla, enderezando la espalda. No he prestado atención al teléfono, aunque dudo que hubiese contestado.

—Solo vengo a buscar unas cosas. Espero que no intente impedírmelo.

—No es necesario, muchacha. Dile a tus padres que podrán regresar. Todo esto ha sido un malentendido.

—¿Apareció el anillo? —inquiero, frunciendo el ceño.

—No, eso da igual. Sé que Laurie no sería capaz de tocar nada que no es suyo. Margot se precipitó y Grayson…

—Me importa una mierda lo que piensen o hayan pensado su esposa y su hijo —siseo con rabia.

—Prometo que lo resolveré. Tendrán su empleo de vuelta y tú también el tuyo. Solo dame unos días para que pueda hablar con Margot y aclarar esta situación.

—No se moleste, señor Atwood —digo, pasando por su lado para abrir la puerta.

—Sky, por favor —susurra en tono suplicante, sujetando mi brazo.

Vuelvo a respirar profundo y me aparto de forma brusca.

—No regresaría a este lugar ni por todo el dinero que hay en el mundo. Lo que le han hecho hoy a mis padres, la humillación y el desdén con el que los han tratado… No hay perdón para eso, señor Atwood. A veces, los ricos y poderosos parecen olvidar que los que trabajamos para ganarnos la vida honradamente también merecemos respeto.

—Yo siempre os he respetado. Sabes que sois parte de mi familia.

—No, su familia es la que echó a mis padres de la casa en la que han vivido más de veinte

años como si fuesen perros callejeros. Han amenazado con encerrar a mi madre en una cárcel.

—Eso nunca podría pasar. Incluso aunque el anillo no aparezca, yo no lo denunciaría, y menos aún acusaría a Laurie.

—Eso ya da igual. —Busco su mirada y contengo las ganas de llorar—. Ahora, si me lo permite, me gustaría recoger unas cosas y largarme de este lugar de una maldita vez.

Suspira y asiente con la cabeza.

—Al menos deja que te busque otro trabajo. No quiero que te quedes desamparada. —Mete la mano en el bolsillo y empieza a rebuscar en su cartera. Cuando extiende la mano hacia mí, compruebo que me está tendiendo un puñado de billetes—. Toma esto. Te vendrá bien hasta que…

—No quiero su puto dinero —siseo con rabia, apartando su mano con un golpe.

—Yo no…

—Adiós, señor Atwood.

—No pretendía ofenderte.

—Adiós —repito con la mandíbula apretada. Asiente y, tras dar media vuelta, se marcha.

La rabia resulta ser una gran aliada. Consigo llenar varias cajas con ropa, enseres personales y algunas cosas más en tiempo récord. No me permito pensar demasiado en lo que estoy haciendo, y mucho menos en… Él. Si lo hiciese sé que me derrumbaría, y ahora mismo necesito seguir sintiendo esta ira para mantenerme en pie. Cargo las cajas y varias bolsas en la parte trasera de la camioneta y echo un último vistazo al que fue mi hogar desde el día en que nací. Se acabó. No voy a atarme al pasado. Dejo la llave en la cerradura y me dispongo a meterme en el coche, pero entonces aparece él.

—Creí haberte dicho que te largaras —dice, caminando hacia mí con lentitud.

Se cruza de brazos, dejando una distancia considerable entre nosotros. Me pregunto cuánto tiempo llevará vigilándome. Supongo que lo del acoso es algo que le sale de manera natural. Tal vez debería marcharme sin decir nada, sin embargo, sé que mañana, cuando esté más calmada, me arrepentiré si no le hago la pregunta que me está quemando en la punta de la lengua.

—¿Por qué, Grayson?

Busco su mirada y él pierde la sonrisa.

—Además de zorra, eres hipócrita —sisea con rabia—. ¿De verdad pensaste que seguirías engañándome? ¡Quítate ya la puta careta! Sé quién eres y lo que haces.

—¿Quién crees que soy?

—No me hagas hablar.

—Adelante, di lo que tengas que decir. Aprovecha ahora porque será la última vez que te mire a la cara, maldito hijo de perra.

Puedo notar que se está conteniendo. Todo su cuerpo está en tensión y tiene los puños apretados a cada lado de su cuerpo.

—Es curioso que me llames hijo de perra, pero en realidad es tu madre la que se dedica a coger lo que no le pertenece.

—Sabes que ella no lo hizo, y empiezo a pensar que tú tienes algo que ver en todo esto. ¿Es eso? ¿Escondiste el anillo para hacerme daño? Sigues pensando que soy la amante de tu padre, ¿verdad? Eso es lo que te envenena tanto. Los celos te corroen.

—¿Celos? ¿De ti? —Suelta una sonora carcajada, echando la cabeza hacia atrás—. Yo no siento celos de una zorra. Ya sé cómo actúas. Intentaste manipularme, pero no te salió bien la jugada. Tranquila, seguro que no tardas en encontrar a algún imbécil que te dé lo que quieres a cambio de abrirte de piernas.

—¿Qué mierda estás insinuando? —siseo, acercándome más a él.

Se echa hacia delante, pegando su rostro al mío, y vuelve a sonreír.

—¿Vas a pasarme la factura por tus servicios? —Desvía la mirada a mi escote y niega con la cabeza—. Esas dos valen un buen puñado de billetes. Es más, si decides hacerlo oficial, puedo hablar con algunos amigos que estarán encantados de tenerte en su cama. Podrías hacer carrera de ello.

Antes de que pueda ser consciente de lo que hago, estoy golpeando su mejilla con la palma de la mano. El bofetón es tan fuerte que Grayson pierde el equilibrio y tiene que retroceder un par de pasos para no caer de espaldas.

—Espero que seas muy feliz, Grayson —digo con lágrimas contenidas—. Aunque estoy segura de que no será así porque las personas como tú no entienden de felicidad. El veneno que tienes dentro jamás te dejará vivir en paz.

—Fuera de aquí antes de que acabe haciendo algo que pueda lamentar después —masculla con la mandíbula apretada.

Lo miro una última vez y alzo la barbilla de manera desafiante. Esto es lo que él quiso siempre, deseaba que yo fuese la mala, tener alguien a quien culpar y que sus dudas y sospechas fuesen acertadas. Se ha convencido de ello, o alguien se lo ha metido en la cabeza. Sinceramente, me da igual. Entro en la camioneta, y mientras me alejo soy capaz de mantener la vista en la carretera. Aunque me tienta el deseo de mirar por el espejo retrovisor, no lo hago. Me mantengo firme hasta que salgo de la villa, y solo entonces permito que todo el llanto y las lágrimas que estaba conteniendo salgan. Paro a un lado de la carretera y grito y maldigo mientras golpeo el volante con los puños y me deshago en mil pedazos. Así es como me siento: fragmentada, rota, herida. Él me ha hecho esto. Conocía los riesgos cuando decidí jugar a su propio juego, lo que nunca creí posible es que pudiera llegar a sentir tanto. Amor, odio… Ya no encuentro la diferencia entre esos dos sentimientos.



Capítulo 29

Sky

Llego a casa de Caroline agotada por el llanto y con un dolor de cabeza impresionante. Es ella quien me abre la puerta. En el interior todo está en silencio y a oscuras. Miro mi reloj y me doy cuenta de que son casi las tres de la madrugada. Ni siquiera me enteré de que el tiempo pasaba tan deprisa.

—Te estaba esperando —susurra mi amiga, cerrando la puerta tras dejarme entrar.

—Lo siento. Estás despierta por mi culpa.

—Tranquila. —Esboza una pequeña sonrisa, y aunque intento imitarla, no me sale—. ¿Tú cómo estás?

Suspiro y me encojo de hombros.

—Mejoraré.

—¿Puedo preguntar por él? —Niego con la cabeza de inmediato y Caroline asiente.

Nos acercamos a la sala de estar y veo a mi madre durmiendo en el sofá.

—¿Qué hace ahí? —inquiero.

—Se quedó dormida y no quise despertarla. La cubrí con una manta.

—Gracias —susurro.

—Tu padre no ha salido de la habitación de invitados. Supongo que también estará dormido.

—Pasaré a verlo después de darme una ducha, si no te importa que use la tuya, claro.

—¿Bromeas? Estás en tu casa, Sky, ya lo sabes. Es probable que nos sintamos un poco apretadas las dos en mi habitación, pero podéis quedaros todo el tiempo que necesitéis.

Me giro y sujeto sus manos entre las mías.

—Carol, lo digo en serio, gracias por lo que estás haciendo.

—Tú harías lo mismo por mí. Para eso está la familia. —Su teléfono emite un pitido y enseguida lo saca y le echa un vistazo—. Es Jude —informa—. Me pidió que le avisara cuando llegaras. —Respiro hondo de manera audible y mi amiga hace una mueca con los labios—. Está preocupado por ti, Sky. Ha discutido con toda su familia. Va a cortar lazos con ellos.

—No quiero que haga eso por mí —replico, frunciendo el ceño.

—No es solo por ti, también por él mismo. No está de acuerdo con la forma en la que os han tratado, y creo que un poco por mí también.

Me esfuerzo en esbozar una pequeña sonrisa y esta vez consigo que mis comisuras se eleven unos centímetros.

—Lo vuestro va en serio, ¿verdad? —Caroline asiente—. Me alegro mucho por ti y por Jude, lo digo de corazón.

—No fue tan mala idea seguir tu consejo y darle una segunda oportunidad.

—¿Tenéis planes?

—Va a terminar la carrera y después se mudará aquí a Clearstone, eso es todo lo que sé.

—¿Y la empresa? Creí que tenía su puesto asegurado.

—Lo tiene, pero lo ha rechazado. Esta noche fue muy movida en casa de los Atwood. Se suspendió la fiesta y mandaron a los invitados de regreso a sus casas.

Cierro los ojos y alzo una mano para pedirle que deje de hablar.

—No quiero saber nada de eso. Para mí, desde este mismo instante, los Atwood no existen y jamás lo han hecho.

—¿Ni siquiera Jude?

Suspiro. Sé que él no tiene la culpa de nada de esto. Siempre fue distinto de los demás, pero ahora mismo no soy capaz de pensar en él y no sentir rabia solo por el hecho de llevar el mismo apellido que ese nido de víboras.

—Dame un poco de tiempo. Supongo que se me pasará.

—Claro. Anda, ve a ducharte. ¿Necesitas que te preste ropa?

—No, tengo algo en la mochila que traje antes. Mi camioneta está cargada. Mañana veré qué hacer con todas esas cosas.

—Eso es, déjalo para mañana. —Bosteza y yo vuelvo a sonreír—. Lo siento, estoy agotada y mañana tengo que trabajar temprano.

—Tranquila, ve a descansar. Yo enseguida te alcanzo.

—Me acabo de dar cuenta de que hace más de diez años que no dormimos juntas. Va a ser interesante.

—Sí, espero que ya no sigas roncando —bromeo, aunque entiendo que, por mi tono de voz apagado y triste, no resulte divertido el comentario.

Caroline se despide con un beso en la mejilla y se va la cama. Yo también me pongo en marcha. Me ducho rápido y de forma mecánica, sin pensar en nada ni permitirme volver a derrumbarme. Tras vestirme con un pantalón corto y una camiseta de tirantes, decido irme a dormir también, aunque antes paso por la habitación en la que está mi padre para comprobar si se encuentra mejor. Encuentro la puerta entreabierta. Me asomo y lo veo tumbado sobre la cama. Tiene los ojos abiertos y mira el techo con fijeza.

—Hola, papá —susurro, adentrándome en el dormitorio. No me contesta, así que continúo caminando hasta llegar a su lado—. ¿Cómo estás? Mamá me dijo que no te sientes bien. —Acerco mi mano a la suya y las palabras se quedan atascadas en mi garganta al notar el frío en su piel. Está helado—. ¿Papá? —Lo agarro por los hombros, empezando a preocuparme, y lo zarandeo despacio—. Papá, responde. —Su cabeza cae hacia un lado y solo entonces soy consciente de que, aunque tiene los ojos abiertos, su mirada está vacía y sin vida—. ¡Papá! —grito desesperada.

Me aparto, negando con la cabeza, y llevo las manos a mi boca para contener un grito desgarrador. Creí que ya no me quedaban más lágrimas que llorar, pero me equivoqué. Mis mejillas se inundan y escucho a Caroline a mi espalda, preguntándome qué ocurre. La miro y

vuelvo a negar.

—Sky, ¿qué pasa? —inquiere preocupada.

—Está muerto —digo, y siento que mis piernas flaquean.

Caigo de rodillas y solo soy capaz de girar la cabeza cuando la bilis sube por mi garganta. Vomito sobre la alfombra, y entonces llega mamá. Cierro los ojos con fuerza y escucho su llanto y sus lamentos.

—¡Ronald! ¡Mi Ronnie! —Llora desesperada abrazando el cadáver de mi padre.

Miro mis manos y trago saliva con fuerza, aún arrodillada en el suelo. No lo entiendo. ¿Qué he hecho? ¿Soy tan mala persona? ¿Esto es alguna especie de castigo divino? ¿Por qué la vida se empeña en joderme una y otra vez?

∞∞∞

Un infarto fulminante. Al menos no sufrió. Eso fue lo que nos dijo el doctor que certificó la muerte de papá. Ya han pasado dos días y desde entonces no he sido yo misma. ¿Cómo podría? Mi madre está destrozada, ni siquiera tenemos un lugar propio donde vivir ni trabajo. La vida es una mierda y se supone que yo debo seguir luchando por mantener a flote lo que queda de esta familia.

Aprieto fuerte la mano de mamá mientras van bajando el ataúd en el que descansará eternamente el hombre más bueno, honrado y cariñoso que he conocido nunca. No sé cómo voy a hacer esto sin él. En el fondo siento que todo es culpa mía. Yo me enamoré de quien no debía, conocía los riesgos, me arriesgué y perdí.

La gente que ha venido a presentar sus respetos empieza a marcharse. Todos son conocidos y vecinos del pueblo, la mayoría de ellos ni siquiera conocía bien a mi padre. Es una pena porque ahora ya no tendrán la oportunidad de hacerlo. Solo nos quedamos mamá y yo rodeados por unos cuantos amigos cercanos. Caroline, sus padres, Mark y Jude. Suelto la mano de mi madre y me acerco a la lápida reluciente, acaricio su nombre y trago saliva con fuerza, sintiendo que mis mejillas vuelven a humedecerse.

—Te echaré de menos, viejo —susurro, y dejo el periódico que compré esta mañana sobre el mármol antes de dar media vuelta y regresar con mi madre.

Salimos del cementerio enganchadas del brazo. La escucho sollozar y se me parte el corazón. Acaba de perder a su marido, al amor de su vida. Ni siquiera puedo imaginar la magnitud de su dolor. Siento una mano en mi hombro y giro la cabeza. Es Jude. Esboza una pequeña sonrisa y asiento. No puedo ni quiero seguir cabreada con él. Cojo su mano y le doy un leve apretón de agradecimiento.

Llegamos al aparcamiento, y al alzar la mirada veo a Leonard Atwood esperando junto a su coche, el mismo que mi padre conducía hasta hace solo un par de días. Supongo que, al no tener chófer, no le ha quedado más remedio que conducir por sí mismo.

—Hola, Sky —dice en un susurro—. Siento mucho lo que ha ocurrido. Ronald era un buen hombre y no se merecía nada de esto.

Siento que mi madre se tensa en cuanto él empieza a hablar. Inspiro hondo por la nariz y alzo la barbilla.

—No quiero su lástima, señor Atwood.

—No. Yo… —Bufa, hundiendo los dedos en su pelo canoso—. Si necesitáis algo, lo que sea, yo puedo…

—Solo una cosa —digo interrumpiéndolo. Me observa expectante y clavo mi mirada en la

suya—. No quiero volver a saber nada de usted ni de su familia.

—Pero Sky…

—¡Ya la has escuchado! —exclama mamá, dando un paso amenazante en su dirección.

Abro los ojos con sorpresa. Nunca antes había oído a mi madre tutear a ninguno de los Atwood, aparte de Jude.

—Laurie, lamento mucho lo que ha ocurrido. Sé que en parte es culpa mía, pero tienes que entender…

—No voy a volver a repetirlo —sisea ella entre dientes.

El señor Atwood retrocede un par de pasos, y tras mirarme con los ojos empañados, asiente y se va.

No hago ninguna pregunta ni comentario sobre lo que acaba de suceder. Seguimos caminando hacia el coche de Mark. Él fue quien nos trajo hoy aquí y será quien nos lleve de vuelta a casa de Caroline.

—¿Vas a estar bien? —me pregunta Caroline justo después de darme un abrazo apretado.

Muevo la cabeza de arriba abajo y se aparta para que sea Jude el que se despida de mí.

—Sé que ahora me odias por quien soy, Sky, pero… —Antes de que pueda acabar la frase, me lanzo hacia él y lo abrazo con fuerza. Lo escucho llorar contra mi cuello y me aparto, intentando esbozar una sonrisa—. Voy a hacer que se den cuenta del error que han cometido. Grayson…

—No quiero que vuelvas a mencionarlo —siseo, frunciendo el ceño.

—Él no es malo. Lo sabes, ¿verdad? Alguien le ha lavado el puto cerebro, y creo que sé quién fue.

—Yo también —murmuro en voz baja para que mamá no pueda escucharme.

Está hablando con Caroline y Mark a un par de metros de distancia y no nos presta atención.

—Lo desenmascararé. Voy a hacer que pague por esto. Toda mi familia tendrá que suplicaros perdón a tu madre y a ti.

—No vas a hacer nada, Jude. —Enmarco su rostro con mis manos y lo miro a los ojos—. Prométeme que no moverás ni un solo dedo. Ya da igual lo que ocurra. Lo hecho está hecho y no se puede cambiar.

—Pero no es justo. Todos creen que Laurie y tú sois unas ladronas, y Grayson está convencido de que…

—¡Me da igual! —exclamo, alzando la voz—. Solo quiero seguir con mi vida.

Jude resopla con fuerza y asiente a regañadientes.

—Está bien, si eso es lo que quieres…

—Lo es. —Le doy un beso en la mejilla y me aparto para acercarme de nuevo al coche, donde mamá ya está instalada en la parte trasera. Mark me abre la puerta delantera del acompañante y me tiende su mano para ayudarme a subir. La cojo y lo miro entrecerrando los ojos—. Dime una cosa, ¿sigue en pie esa oferta de trabajo que tanto has insistido en que acepte?

Sonríe de oreja a oreja y asiente de inmediato.

—Para ti siempre habrá un puesto, Sky.

—Bien. ¿Cuándo empiezo?

—Cuándo tú lo decidas.

Dejo que cierre la puerta, y mientras lo veo rodear el todoterreno a través de la luna delantera, echo la cabeza hacia atrás y suspiro. Hoy termina mi antigua vida y da paso a otra muy distinta. Anoche mamá sugirió que tal vez lo mejor sería que nos marcháramos de Clearstone y empezar desde cero en otro lugar, sin embargo, tras pensarlo con detenimiento, he llegado a la conclusión de que yo no tengo motivos para huir. No hice nada malo. Si alguien tiene que largarse, esos son

los Atwood.

—¿Estás segura de esto, cielo? —pregunta mamá desde el asiento trasero.

Me giro para mirarla y asiento.

—Este es nuestro hogar y nadie va a lograr sacarnos de él.



Capítulo 30

Sky

Cinco años después

Entro en casa riendo por las tonterías de Mark, y enseguida noto que hay demasiado silencio. Ambos nos miramos pensando lo mismo y nos adentramos a toda prisa por el pasillo hasta llegar a la cocina. Hace ya un par de semanas que empezaron las vacaciones de verano y el silencio en esta casa es un claro signo de que algo anda mal. Encontramos a mamá frente a los fogones, removiendo lo que deduzco, gracias al delicioso aroma que hay en la estancia, que son verduras estofadas.

—Hola —nos saluda sonriendo—. Habéis llegado pronto. El almuerzo está casi listo.

—¿A qué viene tanto silencio, Laurie? —pregunta Mark antes de que yo pueda hacerlo.

—Oh, eso. —Vuelve a sonreír y nos indica con un gesto de su mano que la sigamos.

Vamos tras ella en dirección a la sala de estar y nos asomamos. En el sofá están los dos terremotos que me dan y quitan la vida a partes iguales, permanecen atentos al televisor como dos angelitos, aunque en realidad son todo lo contrario.

—¿Cuánto tiempo llevan así? —inquiero extrañada.

—Casi dos horas. Es increíble, lo sé.

—¿Estarán enfermos? —comenta Mark.

Le doy un codazo y él suelta una carcajada que consigue llamar la atención de los pequeños. Como ya esperaba, la paz no tarda en desaparecer. En milésimas de segundo ambos empiezan a correr de un lado a otro. Mark, como siempre, se encarga de calmarlos un poco antes de ponerse a jugar con ellos. Los observo apoyada contra el marco de la puerta y sonrío. Abby no deja de hacerle preguntas, su curiosidad es infinita. Siempre lleva la voz cantante y le gusta tener la última palabra, y Ron… Él es la mano ejecutora de los macabros planes de su hermana melliza. Sus travesuras son épicas.

Tras acercarme para comérmelos a besos, dejo que Mark se ocupe de ellos mientras yo regreso a la cocina para poner la mesa. En cuanto mamá me ve llegar, señala un sobre que hay encima de la encimera de granito.

—Ha llegado eso para ti esta mañana. —Lo cojo y resoplo con fuerza—. ¿Es otra citación del abogado de los Atwood?

—Supongo que sí, este hombre nunca se cansa —farfullo, abriendo el sobre y echando un vistazo a su contenido.

Efectivamente, se trata de una citación para esta misma tarde. El abogado de los Atwood solicita que me presente en la villa a las seis de la tarde para proceder a la lectura del testamento del señor Atwood. Vuelvo a resoplar, y tras romper la carta, la lanzo a la papelera.

Aún no entiendo qué demonios quieren de mí. Hace más de un año que Leonard Atwood falleció. No voy a decir que me alegré de ello. Al contrario, sentí mucho su muerte, especialmente por el sufrimiento que le acarreó a Jude. Supe por él que su padre había incluido un par de cláusulas en su testamento un poco extrañas. Se supone que nadie recibiría ni un centavo hasta que los abogados de la familia lo dijeran. Aunque lo que más me sorprendió fue que, hace solo un par de meses, uno de ellos se presentara en mi casa y me dijera que yo debo estar presente en la lectura para que pueda llevarse a cabo. No tiene ningún sentido. Me negué en rotundo a tener nada que ver con esa familia de nuevo, y desde entonces me han estado acosando con cartas, correos electrónicos y llamadas.

—Tal vez deberías ir y saber qué es lo que quieren —sugiere mamá.

—¿Hablas en serio? —Se encoge de hombros, y antes de que pueda contestar, escucho el timbre sonar.

Bufo con fuerza y voy a abrir. No me hace falta ser adivina para saber quién es. En cuanto tiro de la manilla, Jude entra en casa como un vendaval.

—Tienes que…

—No —lo corto.

Frunce el ceño y se cruza de brazos.

—Ni siquiera sabes lo que iba a decir.

—Por supuesto que lo sé. He recibido otra citación del abogado de tu familia.

—Entonces sabes que esta tarde nos reuniremos con él en la villa. Dijiste que no irías a San Francisco y he conseguido que el abogado venga hasta aquí por ti.

Bufo de nuevo y me pinzo el puente de la nariz.

—Jude, tú entiendes lo que te da la gana. Dije que no viajaría a San Francisco ni a ningún otro lugar.

—¡Vamos, Sky! No podrán leer el testamento si tú no estás presente.

—¿Y eso es algo que debería preocuparme? Me importa una mierda el testamento de tu padre. —Enseguida me arrepiento de mis palabras—. Mierda, me he expresado mal. No pretendo ofenderte. Es solo que no tengo nada que hacer en la villa ni en ningún otro lugar que pertenezca a tu familia.

—Ya lo sé, y te entiendo, de verdad, pero, Sky, ¿no sientes curiosidad por saber qué es lo que dice en ese testamento que tiene que ver contigo?

—Ni una pizca —respondo, encogiéndome de hombros. Veo que va a seguir insistiendo, y lo freno alzando una mano—. Puedes dejar el tema, pasar y darles una alegría a tus sobrinos o te vas. Tú decides.

Suelta una gran bocanada de aire y sacude la cabeza.

—Estás cometiendo un error. Puede que yo lo haga, pero esos abogados no se darán por vencidos. Hay mucho dinero en juego. La herencia familiar de los Atwood lleva un año en el limbo y empieza a ser un problema grave para las empresas. Si sigues negándote, al final solo conseguirás que sea mi madre, Kristen o incluso el propio Grayson el que toque a tu puerta y te

exija que acudas a la lectura del testamento.

—Adelante, estaré encantada de recibirlos y darles con la puerta en las narices —comento, sonriendo divertida.

En el fondo temo que pueda ser verdad lo que dice. Grayson no se atrevería a presentarse en mi casa, ¿o sí? La última vez que lo vi fue en el funeral de su padre. Yo no asistí, al menos no de manera oficial. Los vi a todos desde lejos y me cuidé para que ellos no se dieran cuenta de mi presencia. Habían pasado cuatro años y él seguía igual. Después del entierro me marché y no volví a pensar en ello. Sin embargo, el pasado suele ser así de caprichoso, cuando crees que ya lo has dejado atrás, un día regresa de la nada y te pega un bocado en el culo.

Comemos todos juntos en la cocina. Por suerte, cuando mamá y yo decidimos comprar esta casa en el corazón de Clearstone Hill, no solo nos aseguramos de que tuviese un jardín en la parte trasera donde mis pequeños pudiesen jugar y distraerse, también que los espacios fuesen los bastante grandes como para poder organizar reuniones y cenas con amigos que ya se han convertido en familia.

No ha sido un camino sencillo, tuve que dejar la carrera en el último curso para trabajar a tiempo y año completo en Hertford Outdoor Scapes. Además, con dos bebés no hubiese podido acabarla de todas formas.

Terminamos de almorzar y me dedico a calmar los ánimos cuando mis dos diablillos empiezan una de sus muchas peleas verbales. Mark y Jude cuchichean mientras se encargan de fregar los platos. Sé lo que intenta Jude, está buscando aliados para que asista a esa dichosa reunión, pero no va a lograrlo.

—¡Mamá, dile que deje de burlarse de mí! —exclama Ron.

Inspiro hondo y me armo de paciencia. Mi hijo tiene muy claro lo que quiere hacer de su vida cuando sea mayor, y eso es algo que tenemos que sufrir todos los que estamos a su alrededor.

—No me burlo, solo digo la verdad —replica Abby con su habitual actitud resabida—. Si casi no sabe hablar, ¿cómo va a *rapear*?

Me apresuro a taparle la boca con la mano y le lanzo una mirada de advertencia.

—Sí que sé hablar. Mamá, dile que hablo *ferpectamente*.

Me atraganto con mi propia risa, y tras apartar la mano de la boca de mi hija, veo que pone los ojos en blanco y espera mi respuesta. Inspiro hondo y lo echo despacio por la boca.

—Abby, tu hermano será lo que él quiera.

—Pero habla mal. Ni siquiera sabe *rapear*. —Señala la gorra, que lleva ladeada en la cabeza, de pala ancha y el enorme colgante de plástico dorado que cuelga de su cuello—. Alguien tiene que decirle que por vestirse como un rapero no significa que lo sea.

—¿Quién quiere postre? —pregunta mamá, colocando en el centro de la mesa una enorme tarta de manzana recién horneada. Me indica con la cabeza que huya, y se lo agradezco con una mirada.

Los chicos empiezan a pelearse de nuevo por el tamaño de sus porciones de tarta y resoplo de camino al fregadero. Mark y Jude siguen cuchicheando. En cuanto me ven llegar, se callan de golpe y actúan como si no estuviesen hablando de mí.

—Disimuláis fatal —señalo, cruzándome de brazos.

Jude es el primero en venirse abajo.

—Solo intentaba que Mark me ayudase a convencerte.

—Lo supuse. —Frunzo el ceño y dirijo la mirada a Mark—. ¿Algo que decir?

Este alza ambas manos a modo de rendición y niega con la cabeza.

—No voy a meterme en eso. Si has tomado la decisión de no ir, lo respeto.

—¿Pero? Sé que hay un «pero» por ahí en algún lado. Vamos, Mark, habla de una vez.

Suspira y clava su mirada en la mía.

—No puedes seguir ignorándolo, Sky. Esa familia terminará buscando la forma de que asistas a la lectura del testamento. ¿No sería más fácil hacerlo de una vez y olvidarte del tema?

—Ya veo que aquí tu compañero friegaplatos es muy convincente —siseo, mirando de reojo a Jude.

—Solo quiero lo mejor para ti.

—Y para tu familia también —señalo.

—¿En serio crees que lo hago por ellos? —Bufa de nuevo—. Sky, tú eres mi familia, y los niños, el imbécil este… —Señala a Mark, y este le lanza un golpe con el puño al hombro que hace que los tres riamos—. Laurie y, por supuesto, Caroline y mis futuros suegros. El único miembro de la familia Atwood que aún valía algo para mí ya no está. Sé que te estoy pidiendo demasiado, pero de verdad necesito que vengas conmigo a esa reunión, por mí, por ti y también por mi padre. Esa fue su última voluntad.

Me quedo en silencio unos segundos, valorando la posibilidad real de asistir. Me juré a mí misma que jamás volvería a la villa ni tendría nada que ver con esa familia de nuevo. Suspiro y me pinzo el puente de la nariz.

—¿Tú sabes por qué es tan importante que asista a la lectura del testamento? Si tu padre me dejó algo… No lo quiero.

—Solo ven, y si es así y decidió incluirte en su testamento, renuncias y listo.

—Yo iré contigo —escucho la voz de mamá a mi espalda y me giro, frunciendo el ceño.

—Aún no he aceptado —aclaro.

Sonríe y se encoge de hombros antes de quitarse el delantal y dejarlo sobre la encimera.

—Vas a hacerlo. Te conozco, cariño. Y creo que Jude tiene razón. La única manera de librarnos de esa familia de una vez por todas es acabando con todo esto. Vamos allí, escuchamos al abogado y regresamos.

—¿Estás segura? Mamá, si vuelven a ofenderte no creo ser capaz de contenerme. Ya permití que te humillaran una vez.

—No va a pasar nada de eso, ¿verdad, Jude? —Este asiente, sonriendo de oreja a oreja.

Suspiro.

—Está bien. —Me giro hacia Mark—. ¿Te quedas con los niños?

—Por supuesto. Llamaré para avisar de que nos tomamos la tarde libre. De todas formas, tampoco había ninguna salida importante programada. Se las apañarán sin nosotros.

Mientras vuelvo a la mesa y escucho los gritos de mis hijos de fondo, no soy capaz de sacarme de la cabeza que estoy a punto de cometer un error. Grayson estará allí. ¿Cómo reaccionará al verme en su casa? ¿Cómo lo haré yo al verlo? Hay momentos en los que aún siento un odio intenso y desgarrador cuando pienso en el daño que me hizo, sin embargo, en esos otros instantes de debilidad no puedo evitar recordar que él fue el gran amor de mi vida, que ese sufrimiento llegó a raíz del amor que sentía por él. ¿Es posible que aún quede algo de eso en mi interior?



Capítulo 31

Sky

Me tiemblan las piernas mientras camino por el suelo de roble encerado de la mansión Atwood. Me planteo dar media vuelta y marcharme, pero en el fondo sé que mi madre, Jude, Mark, Caroline… Todos ellos tienen razón. Debo enfrentarme a esto si quiero seguir adelante con mi vida lejos de esta maldita familia de víboras. Alzo la barbilla y enderezo la espalda cuando nos detenemos frente a una enorme puerta de madera que está cerrada. Es el despacho de Leonard Atwood, o al menos lo era cuando él estaba vivo. Echo un vistazo en dirección a mi madre y compruebo que ella también muestra signos de nerviosismo, sin embargo, esboza una pequeña sonrisa para tranquilizarme y darme ánimos.

—¿Estáis preparadas? —pregunta Jude, tomando una respiración profunda. Asiento y espero a que abra la puerta.

Todos los ojos se vuelven hacia nosotros cuando nos ven entrar en la estancia. Busco a Grayson y lo encuentro en una esquina. Nuestras miradas colisionan y puedo notar la sorpresa en su gesto.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Es Alan Devon el que suelta la pregunta y me giro para mirarlo. Sigue estando igual de asquerosamente perfecto. Sus dientes tan blancos como la camisa que lleva puesta.

Echo un vistazo alrededor, todos visten de manera muy elegante, menos yo. Cuando me cambié de ropa me llegué a plantear ponerme algo más formal que un vaquero y una camiseta de tirantes en color negro, pero enseguida descarté la idea. No pretendo impresionar a nadie, y tampoco quiero que lo piensen.

—¿Se puede saber qué hace ella aquí? —inquiere Kristen, arrugando los labios con desagrado.

Giro la cabeza como un látigo en dirección a Jude.

—¿Ellos no sabían nada? —Hace una mueca y se encoge de hombros—. Me largo.

Estoy a punto de irme cuando el hombre que reconozco como el abogado que vino a mi casa me llama por mi nombre.

—Sky, quédate —solicita—. Yo me encargo de explicar la situación para que todos lo

entiendan.

Resoplo con fuerza y me cruzo de brazos.

—¿Qué hay que explicar? Usted insistió en que me presentara a esta estúpida reunión, y resulta que ni siquiera debería estar aquí.

Grayson, que hasta ahora solo se había dedicado a observarme con sorpresa, y creo que algo de rabia también, da un paso al frente en busca de respuestas.

—Hable —ordena en tono autoritario.

El abogado respira hondo antes de abrir la carpeta que tiene sobre la mesa y empezar a leer.

—Estos son los requerimientos preliminares del testamento de señor Leonard Atwood. Primero: sus últimas voluntades solo deben ser reveladas tras finalizar la pesquisa en curso llevada a cabo por la empresa de investigación privada que se cita a continuación. —Da el nombre de una empresa que no me suena de nada y continúa—. Segundo requerimiento: Es imperativo que la señorita Sky Archer esté presente en la lectura de dichas últimas voluntades. En caso de que no sea así, no se podrá llevar a cabo.

—¡¿Qué?! ¡Esto no tiene ningún sentido! —exclama Kristen. Su madre intenta contenerla cuando viene hacia mí, pero no lo logra—. Tú, maldita trepadora, si crees que vas a obtener un solo centavo de la herencia de mi padre…

—¡Kristen, es suficiente! —la corta Jude, interponiéndose entre nosotras justo cuando estaba a punto de contestarle que puede meterse el dinero de su papaíto por donde le plazca.

—Señorita Atwood, le recomiendo y pido que mantenga la calma para que pueda continuar con la lectura —le dice el abogado. Ella resopla y vuelve a tomar asiento de malas maneras—. Bien, ya que los dos requerimientos se han cumplido, procedo a la lectura de la repartición de bienes y últimas voluntades del señor Leonard Atwood. —Enseguida empieza a leer. Menciona un montón de propiedades, cuentas bancarias y algunas empresas menores antes de hacer una pausa—. Por último, la repartición de la villa situada en Clearstone en conjunto con el conglomerado de empresas que lleva el nombre de Atwood Entreprises se hará de la siguiente manera: El cincuenta por ciento es para Sky Archer y el otro cincuenta por ciento restante se repartirá de forma equitativa entre mis otros tres hijos.

No sé quién se sorprende más de todos los que estamos en el despacho. Miro de reojo a Grayson y compruebo que tiene el ceño fruncido y la mirada perdida.

—¡No! ¡¿Estamos locos?! ¿Por qué papá le dejaría algo a esta cualquiera? —grita Kristen.

Doy un paso en su dirección y Jude me sujeta del brazo. No voy a permitir que vuelva a insultarme.

—Aún no he terminado, señorita Atwood —señala el abogado, pidiéndole con un gesto que regrese a su asiento. No lo hace, se queda dando vueltas de un lado a otro y bufando como un toro mientras este retoma la lectura.

Yo tampoco entiendo nada de esto. Creí que tal vez el señor Atwood se habría sentido culpable antes de morir por la forma en la que su familia me trató y decidió dejarme algo. No sé, un coche, una pequeña casa o algo así, pero la mitad de todos sus bienes… ¿Por qué? Alzo la barbilla y tenso la espalda.

—Renuncio a todo —digo en voz alta.

El abogado resopla al verse interrumpido de nuevo. Arquea una ceja en mi dirección.

—Señorita Archer, voy a pedirle que por favor me deje terminar. A continuación, hay un informe de la empresa que comenté con anterioridad.

—Dijo que había una investigación en curso, pero no de qué se trata —interviene Grayson. Intento no mirarlo. Todo mi cuerpo está en tensión. Se acerca a la mesa donde sigue sentado el

abogado y lo mira de forma dura—. Exijo saber ahora mismo qué está pasando.

—Eso a mí me da igual —intercedo. Grayson se gira y clava su mirada en la mía—. No quiero ni un solo centavo. Dígame dónde tengo que firmar para renunciar y me marcho.

Esboza una sonrisa ladeada y niega con la cabeza.

—¿Vas a hacerte la digna ahora, Sky? —Contengo el aliento y aprieto los puños con fuerza—. Has logrado lo que buscabas. Deja de fingir que todo esto te toma por sorpresa.

Cierro los ojos unos segundos y ni siquiera me molesto en contestar. Si lo que quiere es provocarme, no lo logrará.

—¿Alguien puede esperar a que termine? —inquiere el abogado con gesto de desesperación. Grayson y yo seguimos manteniéndonos la mirada hasta que el letrado vuelve a hablar—. La investigación que mencioné se llevó a cabo por orden del señor Leonard Atwood. Hasta ahora no habíamos conseguido un informe final. Esa fue una de las razones por las que se retrasó la lectura del testamento.

—Es una investigación sobre lo que ocurrió con el anillo de papá en esta misma casa hace cinco años —informa Jude, que hasta ahora había permanecido en segundo plano. Todos lo miramos expectantes—. Yo mismo lo acompañé en varias ocasiones cuando se reunió con los investigadores privados.

—¿De qué demonios hablas? —susurro.

—Lo siento, Sky, sé que me pediste que lo dejara estar, pero no pude hacerlo, y mi padre tampoco. Necesitaba saber qué ocurrió, por qué las cosas se torcieron de esa forma.

—Me mentiste —siseo.

Él asiente y resopla con fuerza.

—No he leído el informe final, pero mi padre y yo estábamos seguros de lo que revelaría, y prueba de ello es la forma en la que se han repartido sus bienes.

—En efecto —señala el abogado—. El informe arroja luz sobre el paradero de un anillo de oro macizo con el sello de la familia Atwood. Dicho anillo fue vendido en una tienda de empeños de Denver poco más de un mes después de ser sustraído. La venta fue realizada por el señor Alan Devon.

Todas las miradas recaen sobre él y no puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa triunfal. Supongo que al final ha valido la pena venir hasta aquí solo para ver cómo se le cae la careta a este desgraciado. Siempre sospeché de su implicación.

—¡No! Eso no es cierto. Seguro que la fulana esta usó mi nombre para vender ese anillo. Yo no tengo nada que ver con esto.

—Tío Alan, déjalo ya —sisea Jude—. Sabemos que fuiste tú quien robó el anillo, y te vino genial para echar a Sky de nuestras vidas porque ella estaba metiéndose demasiado en tus asuntos, ¿verdad?

—¡¿Qué?! Jude, sobrino, ¿cómo puedes pensar eso de mí?

—¡Basta! —Inspira hondo y le lanza una mirada de desdén antes de dirigirse de nuevo al abogado—. Supongo que el informe no solo habla del anillo, ¿verdad?

—Así es. También hay una investigación paralela en la que se certifica que durante los años en los que el señor Devon lleva al frente de Atwood Adventures se han falsificado facturas y desviado y malversado fondos, entre otras cosas.

—¿Alan? —sisea Grayson, mirándolo con rabia—. Más vale que tengas una explicación para todo esto.

—¿Vas a creer a tu padre? Sabes que esa chiquilla lo volvió loco. ¡Eran amantes! Ella lo convenció de que me acusara a mí.

—Hijo de puta —mascullo entre dientes.

—Señor Devon, le consejo que deje de hablar —dice el abogado. Grayson maldice en voz baja y se queda pensativo, con la mirada perdida en el suelo.

—Entonces, ¿papá decidió regalarle la mitad de todos sus bienes a una empleada para compensarla por un maldito error? —inquiere alterada Kristen.

—No solo es eso. —El abogado fija su mirada en mí y hace una mueca con los labios—. El señor Leonard Atwood lega los bienes ya mencionados a la señorita Archer en compensación por los daños sufridos, y también por derecho propio como su hija no reconocida.

El silencio se hace en la sala y apenas soy capaz de respirar. Me giro despacio, casi a cámara lenta, para mirar a mi madre, y ella asiente de manera casi imperceptible.

—¿Qué…? —Trago saliva. Las palabras se quedan atascadas en mi garganta—. ¿Qué significa todo esto, mamá? ¿Qué quiere decir con su hija no reconocida?

Se queda callada unos segundos y sus ojos se empañan de lágrimas.

—Lo siento, cariño. Debí habértelo contado hace mucho tiempo. Quise hacerlo, pero tu padre… Ronald —aclara—. Él me pidió que no lo hiciera. Tenía miedo de que vuestra relación cambiara y…

—No, no, no —susurro, negando con la cabeza. Tomo una gran bocanada e intento pensar con claridad—. ¿Estás diciendo que Leonard Atwood y tú…? —Asiente, y las lágrimas inundan sus mejillas—. ¿Era mi padre? —Vuelve a asentir.

De pronto es como si acabara de explotar una bomba en el despacho. Todos empiezan a gritar y yo no soy capaz de hacer otra cosa que cubrirme el rostro con las manos e intentar convencerme de que nada de esto es real. Me siento engañada por mi propia madre. Ella sabía lo que la gente decía sobre mí. Pudo haber acallado esos rumores, pero no lo hizo, decidió seguir adelante con su mentira a pesar de todo.

—Sky, ¿estás bien? —Siento las manos de Jude en mis brazos y me aparto de forma brusca.

—¡¿Tú lo sabías?! —Niega—. ¡No me mientas, Jude!

—Te juro que no tenía ni idea. Ayudé a papá con lo de la investigación, pero no sabía que iba a dejarte la mitad de sus bienes y tampoco que él era… —Resopla—. Joder, somos medio hermanos. ¿Es raro decir que me alegro?

Resoplo y vuelvo a esconder el rostro entre mis manos. El mundo se ha vuelto loco. ¿Soy una Atwood? No, yo los odio. Me destrozaron la vida. Dirijo la mirada a Grayson y compruebo que tiene sus ojos clavados en mí. No sé en qué está pensando. Parece tenso, sin embargo, ya no hay ni una pizca de rabia en su mirada. Cierto, acaba de darse cuenta de que yo jamás mentí. Todas sus teorías sobre mí siendo la amante de su padre, esas porquerías que estoy segura de que Alan Devon le metió en la cabeza empiezan a desmoronarse. Él estaba equivocado y debe asumirlo. Me destrozó sin ninguna razón y es posible que su propia conciencia no lo deje vivir con esa verdad.



Capítulo 32

Grayson

Sky es hija de Leonard, no su amante. Todas esas cosas que Alan me dijo sobre ella… ¿No eran ciertas? Ladrona, interesada, zorra… Me he encargado de ligar esos adjetivos a su imagen durante años para seguir alimentando el odio y el resentimiento. ¿Por qué? Ella intentó decirme la verdad y no la escuché. La miro con fijeza y siento el peso de la culpa aplastando mi pecho. ¿Cómo pude ser tan imbécil? Creí que yo era la víctima y no fue así. Todas las cosas que le dije… ¡Maldición!

—¡Alan, ¿qué has hecho?! —escucho a Margot gritar.

Sigo mirando a Sky. Recuerdo lo destrozada que estaba el día en que la eché y después en el funeral de su padre. Yo estuve allí, la vi desde lejos. Deseaba acercarme y consolarla, pero la rabia y la ira no me permitieron hacerlo. En ese momento me permití reconocer que la amaba, y me odié a mí mismo por ello. La veo sonreír y dirige su mirada hacia mí. Ha ganado. Al fin ha demostrado su inocencia y el verdadero culpable de que nuestras vidas quedarán destrozadas ha sido descubierto. Aprieto los puños, viendo como Alan intenta convencer a mi madre de que él no hizo nada y todo son mentiras que Leonard, Jude y Sky han confabulado en su contra. Sin poder contenerme, me acerco a él en un par de zancadas y le lanzo un puñetazo directo a la mandíbula.

—Hijo de puta —siseo, levantándolo del suelo y agarrando su camisa por el cuello—. Me dijiste toda esa mierda sobre Sky, que era amante de Leonard, que… —Me quedo sin aliento y las palabras se atascan en mi garganta.

—¡Señores, tranquilicémonos! —grita el abogado. Lo ignoro y vuelvo a golpear a Alan, esta vez en el estómago. Margot consigue apartarme de él, y resoplo con fuerza una y otra vez—. ¡¿Tú lo sabías?! —le pregunto.

—Alguna vez lo sospeché. Tu padre tenía una fijación insana con esa muchacha. Sin embargo, jamás se lo pregunté por miedo a conocer la respuesta. —Mira de reojo a Laurie y suspira—. No es justo. Puede que nuestro matrimonio no fuese el más feliz, sin embargo, el respeto mutuo era lo que lo mantenía en pie. No merecía su traición, no de esta forma.

—Mamá, ella no tiene la culpa —interviene Jude—. Laurie solo es una víctima más de Alan. La acusasteis, la humillasteis y la echasteis de esta casa sin ni siquiera darle la oportunidad de defenderse.

—Era la amante de tu padre, Jude. Puede que su hija no tuviese la culpa, pero ella sabía que se estaba enredando con un hombre casado —replica.

—No fue así, señora Atwood. Yo…

—Cállate, mamá —ordena Sky. Jamás la había escuchado usar ese tono con su madre. Está furiosa, y tiene razones para ello. Todos le hemos fallado, empezando por mí. Se acerca a la mesa donde el abogado sigue sentado como si el mundo no se hubiese hecho pedazos frente a nuestras narices y coloca ambas manos sobre la superficie de madera—. Solo dígame dónde tengo que firmar para renunciar a la herencia. Sea o no mi padre biológico, sigo sin querer un centavo que venga de esta familia de mierda.

—Creo que no quieres hacer eso, Sky —murmura el abogado, tuteándola.

—Por supuesto que sí —replica ella.

El abogado suspira y baja la mirada a los documentos antes de volver a hablar.

—Hay una última cláusula en el testamento del señor Leonard Atwood.

—¡¿Otra?! ¡¿Más hijos bastardos?! —exclama mi hermana.

Le lanzo una mirada de advertencia y es lo bastante lista como para callarse.

—No, ningún hijo no reconocido aparte de la señorita Archer.

—¿Entonces por qué no puedo renunciar y ya está? —inquiere ella.

—Porque, si lo hace, todos los bienes que le pertenecen pasarán a manos de Ronald y Abigail Archer.

¿Quiénes son esos? Ronald Archer era el padre de Sky, pero está muerto y ¿Abigail? Sky no tiene más hermanos ni ninguna otra familia aparte de su madre. Por la forma en la que Sky se gira hacia Jude con gesto interrogante, deduzco que él sí conoce la identidad de esas dos personas.

—Te juro que no tengo nada que ver con esto —aclara mi hermano, alzando ambas manos en el aire.

Sky parece creerle, aunque sigue furiosa, y lo demuestra golpeando con el puño la superficie de madera de la mesa.

—Hijo de puta —sisea entre dientes. Inspira hondo y vuelve a clavar su mirada en el abogado—. Son menores, no pueden recibir nada sin mi consentimiento.

¿Menores? Una idea se va formando en mi mente. ¿Es posible que Ronald y Abigail sean hijos de Sky? El solo pensamiento de que pueda estar casada y que tenga familia me produce una sensación de malestar en la boca del estómago. «Ella siguió adelante, imbécil. Le hiciste daño, la perdiste y encontró a otro mucho mejor que tú para compartir su vida», resuena en mi cabeza.

—En realidad, sí que es posible. Usted será la administradora de esos bienes hasta que ambos cumplan la mayoría de edad, y entonces las propiedades y todo lo demás pasarán a su nombre.

—Espere, eso no creo que sea legal. Puede que Leonard Atwood sea mi padre, pero no llevo su apellido. No hay ninguna prueba aparte de su palabra de que eso sea verdad. Mis hijos no son nada suyo.

Sus últimas palabras confirman mis sospechas. Tiene dos hijos. Sin poder evitarlo, mi mirada va a parar a su mano izquierda, busco un anillo alrededor del dedo anular, sin embargo, ahí no hay nada. Tal vez no se haya casado, pero comparta su vida con el padre de sus hijos.

—Cierto, el señor Atwood tuvo en cuenta ese inconveniente también.

—Entonces, ¿puedo firmar la renuncia de una maldita vez? —insiste.

¿Por qué lo hace? Es suyo, y no solo le pertenece esa parte de la herencia por derecho propio al ser hija de Leonard. En realidad, incluso la fortuna al completo sería insuficiente para compensar todo el daño que le hicimos. Sky vuelve a demostrar que no es en absoluto la persona que me hicieron pensar que era, que yo quise pensar que era.

—Puede hacerlo, señorita Archer, sin embargo, si lleva a cabo la renuncia de los bienes que le pertenecen, tengo órdenes de solicitar una prueba de ADN que verifique la paternidad…

—No doy mi consentimiento —lo corta.

—La prueba no se le realizará a usted. —Ambos se miran con fijeza y puedo notar el nerviosismo en la postura de Sky incluso antes de que el abogado vuelva a abrir la boca para hablar—. La prueba de ADN certificará que Ronald y Abigail Archer son nietos biológicos del señor Leonard Atwood, y también legales debido a que el padre de los menores es Grayson Atwood.

Pestañeo un par de veces y un pitido ensordecedor me nubla la mente. ¿Acaba de decir…? No puede ser. ¿Mis hijos? Alzo la vista buscando la mirada de Sky, pero ella la rehúye y sigue maldiciendo en voz baja. Todos a nuestro alrededor parecen consternados con la noticia, aunque no tanto como yo. ¿Tengo dos hijos? ¿Cómo es eso posible?

—No voy a permitir que metan a mis hijos en toda esta mierda —sisea Sky muy cabreada.

Mis piernas se mueven sin que yo dé la orden para que lo hagan. Llego a su lado y sujeto su brazo con firmeza. Consigo que se gire hacia mí y se zafa de mi agarre con un tirón brusco.

—¿Es verdad? —susurro con un hilo de voz. Trago saliva con fuerza y siento como mi corazón retumba en el interior de mi pecho—. Esos niños…

La mirada que me lanza me deja petrificado. Hay tanto odio tras esos ojos azules… ¿Qué he hecho? ¿Cómo pude ser tan idiota para no darme cuenta?

—Ni se te ocurra acercarte a mis hijos —sisea, señalándome con el dedo índice—. Te quiero lejos de ellos y de cualquiera que esté a mi alrededor.

Suelto una gran bocanada de aire y siento que las lágrimas se acumulan tras mis párpados. Es cierto. Tengo dos hijos. Sky y yo tenemos dos hijos. Veo que se dispone a marcharse e intento detenerla.

—Espera un momento.

—¡No! —grita, temblando de pies a cabeza—. Tomaste tu decisión, Grayson. Te pedí que confiaras en mí y no lo hiciste. ¿Te sientes culpable? —Sonríe de manera burlona y se encoge de hombros—. Bien, solo tienes lo que te mereces. Ahora lárgate de aquí y asegúrate de no volver a asomar la cabeza o yo misma te la arrancaré de un jodido bocado.

Retrocedo un par de pasos, intentando asimilar todo lo que acaba de ocurrir, y la veo acercarse a su madre. Sin ni siquiera decirle nada, le hace una señal para que la siga y se van.



Capítulo 33

Sky

Detengo la camioneta justo frente a la puerta de nuestra casa y ni siquiera me giro para mirar a mamá. No puedo. Estoy demasiado furiosa y sé que terminaría diciendo algo hiriente y cruel.

—Hija, deja que te lo explique —susurra con la voz tomada por el llanto.

—Ahora no. Ve a casa, mamá.

—¿Tú no vienes? —Niego con la cabeza—. Tenemos que hablar, cielo.

—Ahora no —siseo, haciendo que el cuero del volante gima bajo mis dedos por lo fuerte que lo estoy apretando.

—¿A dónde vas?

Resoplo y me pinzo el puente de la nariz.

—Aún no lo sé. Necesito pensar y estar sola un rato. ¿Puedes ocuparte de los niños?

—Claro. —Intenta tocarme, pero me aparto con un gesto poco sutil y la escucho sollozar. Sin embargo, no insiste—. Te esperaré para que hablemos. Tómate el tiempo que necesites —dice antes de bajar del vehículo.

Acelero y conduzco sin rumbo fijo durante un rato antes de dirigirme a uno de mis lugares seguros. Ahora mismo me encantaría subir la montaña y tumbarme sobre un prado repleto de flores silvestres a observar la puesta de sol, sin embargo, perdí el derecho a pensar solo en mí misma cuando decidí seguir adelante al enterarme de que estaba embarazada. Fue una sorpresa, y una pesadilla también. Acabábamos de enterrar a papá, aún me estaba adaptando a mi nuevo trabajo y vivíamos con Caroline y sus padres y, de pronto, la bomba cayó en mi vida y no supe cómo protegerme de ella. Bueno, supongo que en lo de la protección debería haber pensado antes de ese momento. Lo medité mucho. Aún estaba a tiempo de interrumpir el embarazo, pero no lo hice, y jamás me he arrepentido.

«Él lo sabe», resuena en mi cabeza. Sí, Grayson sabe que son suyos y, conociéndolo, estoy segura de que no se desentenderá con facilidad. Se siente culpable, pude notarlo en su voz, en su forma de mirarme, incluso en su expresión. Intentará arreglarlo para acallar las voces de su conciencia.

Me detengo en el aparcamiento del lago Diamond y hago el resto del trayecto a pie. Ya casi ha anochecido y el cielo tiene un color azulado precioso que se mezcla con el naranja de la puesta de sol. Me siento sobre la hierba fresca muy cerca de la orilla y abrazo mis rodillas mientras dejo que las primeras lágrimas se deslicen por mi rostro. Siento que mi vida ha sido una mentira. Mi padre no era mi padre, y Leonard Atwood… ¿Por qué nadie me lo dijo? ¿Cuánto sufrimiento se podría haber evitado si tan solo hubiesen sido sinceros?

Paso varias horas dándole vueltas y sumiéndome en la autocompasión. Solo un rato, eso es lo máximo que puedo permitirme. Cuando salga de aquí, tendré que volver a ser la Sky fuerte e inamovible, la madre responsable y la hija perfecta. No, eso último no creo que pueda hacerlo. Necesito respuestas, sin embargo, esa relación con mi madre tan abierta y sin secretos… Bueno, ella sí que los tiene, así que supongo que la única que va con la verdad por delante soy yo.

—Sabía que estarías aquí. —Doy un brinco al escuchar su voz y resoplo. Intento ponerme en pie, pero me sujeta con fuerza por los hombros y me mantiene en el lugar—. No te vayas, Sky.

—¡No me toques! —exijo, y aparto sus manos con un gesto brusco.

—Está bien, prometo no volver a acercarme tanto, pero, por favor, quédate.

—Qué te jodan —siseo, y me levanto de un salto.

—Mierda —lo escucho maldecir, y antes de que pueda dar un solo paso ya lo tengo delante de mí.

—Apártate. —Sorbo por la nariz e intento no mirarlo a la cara para que no pueda ver el rastro de las lágrimas en mis mejillas.

—No voy a hacerlo y tampoco permitiré que te marches sin que podamos hablar como dos adultos.

—Es curioso que pienses de ese modo. Hace unos años fui yo la que te pidió que me escucharas, pero no lo hiciste.

—Y me arrepentiré de ello el resto de mi vida. —Alzo la mirada y lo veo hacer una mueca con los labios tras resoplar—. Llora todo lo que necesites. Grita y golpéame si eso hace que te sientas mejor.

Sorbo por la nariz y me seco las mejillas de un manotazo antes de esbozar una sonrisa burlona.

—¿Aún sigues pensando que el mundo gira alrededor de tu cabeza? No lloro por ti, imbécil.

—Ya, supongo que lo de Leonard y tu madre está siendo más de lo que puedes soportar.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—¿Qué pretendes, Grayson? Si quiero alguien con quien desahogarme, te aseguro que eres la última persona a la que acudiría.

—Sí, eso también lo supuse. —Hunde los dedos en su pelo oscuro y clava su mirada en la mía—. Te debo una disculpa, Sky. Siento mucho todo lo que te dije, todo lo que hice y…

—Lo sé —interrumpo. Grayson siempre dice la verdad. Odia las mentiras. Eso es algo que siempre he tenido claro a pesar de todo.

—¿Lo sabes?

—Por supuesto. Acabas de darte cuenta de que te comportaste como un jodido cerdo y te sientes culpable. Claro que lo sientes.

—Creo que no lo entiendes —dice, frunciendo el ceño—. De verdad me arrepiento de haber permitido que Alan me pusiera toda esa mierda en la cabeza.

—¿Esa es tu justificación? —Chasqueo la lengua y vuelvo a sonreír—. Alan es el malo que te hizo dudar de mí, él te convenció de que Leonard y yo éramos amantes, ¿cierto?

—Eh…

—¿También te obligó a tratarme como una ramera? ¿Fue él quien te dijo que me ofrecieras

poder prostituirme con tus conocidos? ¿Él echó a mis padres de la villa sin miramientos?

Espero unos segundos a que asimile mis palabras y arqueo una ceja expectante.

—No, todo eso salió de mí

—Ya, pero la culpa es suya. —Bufo y doy un paso en su dirección—. Seamos sinceros, Grayson. Si no hubiese sido por lo de Alan, habrías buscado cualquier otra excusa para sacarme de tu vida porque eres demasiado cobarde como para arriesgarte a sufrir. —Tomo una respiración profunda y busco su mirada—. Te enamoraste de mí y fuiste incapaz de aceptarlo. Para ti fue más sencillo buscar la forma de convencerte de que yo era la mala, la que miente y engaña, igual que tu madre.

Veo como su garganta se mueve al tragar saliva con fuerza, y resopla.

—Sí, supongo que eso también es verdad.

Me echo hacia atrás sorprendida por su confesión. He pensado en esto tantas veces… Jamás creí que lo admitiría.

—Bueno, al menos parece que has madurado un poco en estos años. Me alegro por ti. Espero que te vaya bien, Grayson. Adiós.

Intento pasar por su lado, pero se interpone en mi camino.

—No tan rápido —dice, esbozando una sonrisa ladeada. Esa sonrisa pilla y traviesa que tanto me gustaba de él—. Aún tenemos mucho de lo que hablar.

—Yo no lo creo. Has venido hasta aquí en busca del perdón que yo no puedo darte. Fin de la historia.

—Esta historia ni de lejos ha acabado —afirma, frunciendo el ceño—. ¿Cuándo supiste que estabas embarazada?

Le lanzo una mirada furiosa y niego con la cabeza.

—No vayas por ahí —le advierto.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo. Necesito saber más.

—No es asunto tuyo.

—Son mis hijos, Sky. Por supuesto que es mi asunto. —Maldigo en voz baja y me pinzo el puente de la nariz, inspirando hondo para tranquilizarme—. Tenía derecho a saberlo.

Dirijo la mirada hacia él con la velocidad de un látigo.

—¿Hablas en serio?

—Sí, aunque no te culpo.

—Hombre, muchas gracias por tu comprensión —comento en tono jocoso.

—Eso ya no importa, Sky.

—¿Tú crees? —Me río y niego con la cabeza—. Muy bien. ¿Qué quieres hacer? ¿Te llevo a mi casa y te presento a mis hijos? Tal vez puedas llevártelos los fines de semana y un mes en vacaciones. ¿Cómo hacemos con las fiestas? ¿Acción de Gracias contigo y Navidad conmigo?

—No sé por qué estás usando ese tono sarcástico. Lo que dices tampoco es tan descabellado, al fin y al cabo, son mis hijos también y tengo derechos.

—¡Por el amor de Dios, Grayson! —exclamo, perdiendo la paciencia—. ¿Alguna vez has pensado en la posibilidad de tener familia?

—No —contesta. Como siempre, es completamente sincero—. Bueno, una vez.

—Una pesadilla, supongo —farfullo.

—No exactamente. Se me cruzó por la cabeza una noche, mientras tú dormías a mi lado en la casa de invitados. Creo que fue en ese momento cuando me di cuenta de lo que sentía por ti. Me aterró tanto esa idea que estuve a punto de despertarte y pedirte que te marcharas.

—No sigas por ahí —siseo, fulminándolo con la mirada.

—Sabes que digo la verdad. Siempre lo hago.

—Me importa una mierda. No voy a seguir hablando contigo del pasado. Ya está, se fue. Ahora solo te pido que te marches y me dejes vivir en paz.

Inspira hondo y niega con la cabeza.

—No puedo hacer eso.

Bufo y me llevo las manos a la cabeza con desesperación.

—No vas a acercarte a mis hijos. Métete eso en tu cabezota de cromañón desconfiado. —Lo veo sonreír de nuevo—. ¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia?

—Sigues siendo tú —susurra, estirando aún más los labios hasta formar una sonrisa completa—. No has cambiado nada.

—Te equivocas. Tuve que cambiar. Me vi obligada a hacerlo cuando un maldito hijo de perra me rompió el corazón. Me quedé sola, sin trabajo, huérfana de padre y embarazada. Créeme, eso es algo que te cambia.

—Siento lo de tu padre.

Inspiro hondo y me encojo de hombros.

—Eso no me ayuda en nada. ¿Qué quieres que haga con tu arrepentimiento? No cambia el pasado, Grayson, nada puede hacerlo.

—Lo sé, pero puedo intentar compensarte por lo que hice. Empezando por asumir mi responsabilidad con esos niños. Ronald y Abigail. Así se llaman, ¿verdad?

Vuelvo a respirar hondo e intento darle un enfoque distinto a la conversación. Si no va por las malas, tal vez por las buenas… ¿A quién quiero engañar? A cabezota no lo gana nadie.

—Ya sé lo que estás haciendo. La culpa te corroe por dentro y quieres mitigarla. ¿Sabes qué es lo mejor para mis hijos y para mí?

—Nuestros —me corrige.

—Míos —remarco, lanzándole una mirada de advertencia. Es lo bastante listo como para no seguir insistiendo, y alza la barbilla entrecerrando los ojos—. Vete de aquí. Regresa a tu vida. Te aseguro que Abby y Ron van a estar mucho mejor sin ti.

—Abby —susurra sonriendo—, ¿por qué le pusiste ese nombre?

Bufo, empezando a perder la poca paciencia que me queda.

—Era el nombre de mi abuela materna. ¿Ahora puedes hacerme caso de una vez? Tienes que marcharte y dejarnos en paz.

Se queda pensativo unos segundos y suspira.

—Mi hermana también se llamaba Abby —dice sorprendiéndome.

¿Hermana? No tenía ni idea de que tuviese una hermana. Recuerdo que en sus pesadillas siempre mencionaba a una tal Abigail. Creí que tal vez sería una exnovia o algo así, pero no una hermana.

—Me alegro por ella. Ahora hazme caso y vete.

Sacude la cabeza de un lado a otro, como si intentara borrar algo de su mente, e inspira hondo por la nariz. Cuando vuelve a clavar sus ojos en los míos, hay determinación en su mirada.

—Quiero hablarte sobre ella. Quiero… Quiero contártelo todo. Sé que nada de lo que diga o haga podrá justificar todo el daño que te hice, sin embargo, si conoces mi historia, mi pasado, tal vez puedas entender por qué soy como soy.

Niego con la cabeza.

—¿No crees que es un poco tarde para eso? Hace cinco años hubiese dado cualquier cosa para que te abrieras a mí, pero ahora… —Vuelvo a negar—. Ya no me importa, Grayson. Tú no me importas.

—Mientes —susurra, frunciendo el ceño—. Estás cabreada y herida, eso lo acepto y asumo mi culpa. Sin embargo, no admitiré que me mientas a la cara. —Se acerca, mucho, demasiado para mi propio bien, y esboza de nuevo esa sonrisa traviesa—. Estoy seguro de que nada ha cambiado entre nosotros. Ahora mismo, si meto la mano en tus bragas… —Antes de que pueda acabar la frase ya le he cruzado la cara con un bofetón.

—Puedes intentarlo, y esta vez conseguirás un jodido rodillazo en las pelotas —siseo mientras él se sujeta la mejilla roja con la mano y los ojos muy abiertos.

Bufo de nuevo y echo a andar por el sendero que da al aparcamiento sin decir ni una sola palabra más. Si buscaba una respuesta al dilema de qué sentiría al volver a verlo, ya la tengo. Sin embargo, esta vez será distinto. No voy a permitir que este maldito manipulador me destroce una vez más.



Capítulo 34

Grayson

Al entrar en la mansión familiar aún siento la mejilla caliente. Menudo bofetón. Vale, admito que yo mismo me lo busqué. No debí presionarla tanto. Es que no pude evitarlo, el estar allí junto al lago, a solas con Sky, me sentí tan… Vivo. Hacía mucho tiempo que no notaba esa sensación en la boca del estómago, ese nerviosismo y excitación, el corazón acelerado… Es por ella. Sky sigue siendo mi jodido punto débil, la única mujer que me ha hecho plantearme todo en mi vida, y sé que volverá a ser así. En realidad, creo que ya ha empezado. Estoy teniendo pensamientos y deseos que jamás imaginé posibles. Ella, esos dos chiquillos y yo. ¿Es tan descabellado? Sé que voy a tener que esforzarme mucho para que me perdone, y aún más para que acepte que sigue queriéndome.

«¿Y si ya te ha olvidado, Grayson? Parecía muy segura cuando dijo que no le importabas nada». Sacudo la cabeza para acallar toda la negatividad y poder centrarme en lo que está por venir. Si eso es verdad, si Sky me ha olvidado, lograré que vuelva a enamorarse de mí. Ya lo hice una vez y puedo repetirlo.

Entro en el salón y frunzo el ceño al ver a Alan sentado en el sofá. Margot, Kristen y Jude también están, aunque se mantienen a distancia.

—¿Qué demonios hace él aún aquí? —inquiero con voz autoritaria.

—Grayson, sobrino. —Se pone en pie y viene hacia mí. Tiene el pómulo hinchado por mi puñetazo de antes—. Tienes que escucharme. Soy inocente. Esa maldita furcia…

Cruzo el espacio que nos separa en un par de zancadas y le doy otro puñetazo. Cae al suelo de espaldas y esta vez puedo ver que un hilo de sangre brota desde un corte en su labio inferior.

—No vuelvas a insultarla —siseo.

—¿Es que no lo ves? Os ha lavado el cerebro a todos. ¡Yo no he hecho nada!

—Alan, te aconsejo que cierres el pico si no quieres salir de esta casa en ambulancia —dice Jude a mi espalda.

Lo levanto del suelo, tirando del cuello de su camisa, y lo empujo hacia la puerta.

—¡Fuera de aquí! No vas a volver a pisar esta casa. Me aseguraré de que pagues por lo que

has hecho. Vas a ir a la cárcel, hijo de perra.

—¡¿Qué?! ¡No! —Se cubre el rostro con las manos ensangrentadas y empieza a llorar—. ¡Lo siento! ¡Yo no quería! Amenazaron con matarme, con matarnos a todos.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Margot.

Alan resopla y se limpia la sangre de la barbilla con el puño de la camisa.

—Me metí en unos negocios que no salieron bien. Después intenté arreglarlo pidiendo dinero a un prestamista. No pude hacer frente a los pagos y empezó a chantajearme. Necesitaba ese dinero, Grayson, tienes que entenderlo. —Hijo de puta. Lo está admitiendo. ¿De verdad cree que va a convencerme con sus lágrimas falsas?—. No tenía ni idea de que esa chica significaba tanto para ti, y mucho menos que la habías dejado embarazada.

—¡La acusaste de ser amante de Leonard! —bramo con furia—. Te miré a los ojos, te pedí la verdad y tú te inventaste un montón de mierda solo para cubrir tus cagadas.

—No eran mentiras. Todo el pueblo decía eso sobre ella, que era la putita de tu padre y de un montón de tipos más, que se abría de piernas a cambio de cualquier cosa que pudiese beneficiarla.

Me abalanzo de nuevo sobre él. Estoy a punto de golpearlo, sin embargo, Jude es más rápido. Le lanza un puñetazo y después otro y otro.

—¡No te atrevas a hablar así de ella, ¿me escuchas?! —grita mientras Kristen y Margot intentan sujetarlo.

Aprovecho para llegar a Alan, que aún parece bastante aturdido, y lo levanto de nuevo del suelo. Le doy un cabezazo y escucho que su nariz cruje al romperse. Él grita como el cerdo que es.

—¡Largo de aquí antes de que te mate! —lo amenazo, temblando de rabia.

—¡Me has roto la nariz! ¡¿Quién te crees que eres para echarme?! Si mi hermana y Leonard no te hubiesen recogido habrías pasado toda tu vida en un orfanato de mala muerte. ¡¿Ves lo que haces?! —Señala su rostro ensangrentado—. ¡Eres igual que tu padre, un jodido animal!

—¡Alan, vete de mi casa! —ordena Margot.

—¿Tú también vas a darme la espalda, hermana? Ni siquiera tengo a dónde ir.

—Eso deberías haberlo pensado antes de robarle a mi familia. Fuera de aquí, y espera noticias de nuestros abogados. Esto no se va a quedar así.

—No lo hagas —pide, volviendo a fingir que llora. Se arrodilla frente a Margot, creando una escena lamentable, y empieza a suplicar—. Por favor, me meterán en la cárcel. No voy a sobrevivir allí.

Cansado y muerto de asco por la escena, resoplo y me acerco para ponerlo en pie. Enseguida se cubre el rostro, pero no vuelvo a golpearlo, solo lo arrastro hacia la puerta principal y lo lanzo fuera de una patada antes de cerrar la puerta y regresar al salón.

Bajo la atenta mirada de mi madre y mis hermanos, me sirvo una copa y me dejo caer en el sofá. Doy un trago largo y me cubro el rostro con las manos.

—¿Estás bien, hijo? —inquiere Margot.

—No. —Resoplo con fuerza y me termino el resto del licor—. La he cagado tanto… Ella era inocente y yo… —Bufo de nuevo—. No sé cómo voy a arreglar esto.

—¿Y qué pasa con la herencia? —suelta Kristen. Jude y yo la miramos mal—. ¿Qué? No es justo que se quede con la mitad de todo.

—Kristen, ¿sabes lo que no es justo? —Jude la encara con gesto furioso—. No es justo que la tratarais como una escoria a ella y a sus padres, tampoco es justo que mientras nosotros estábamos disfrutando de una infancia repleta de lujos y caprichos, ella haya tenido que trabajar

con dieciséis años para pagarse los estudios y ayudar en casa. ¡Maldita sea, es nuestra hermana!

—Media hermana —lo corrige Kristen—. Y sí, puede que tengas razón, pero eso no cambia la realidad. Ahora mismo esa chica puede echarnos de nuestra propia casa y hacer lo que quiera con Atwood Enterprises. No he pasado tantos años trabajando en las empresas familiares para que ahora…

—¡Ella no quiere nada! —grita Jude—. ¿No la escuchaste antes en el despacho? Va a renunciar a la herencia, hermanita. Puedes estar tranquila, tu dinero está a salvo.

—¿Y esos niños? El abogado dijo que si ella renuncia todo pasaría a ellos.

—Kristen, esos niños son tus sobrinos —interviene Margot.

—Mamá, ¿cómo puedes decir eso? Sky es la hija bastarda de papá. Y sus hijos…

—También son de Grayson. —Me señala con un gesto de su mano y Kristen dirige su mirada en mi dirección.

—¿Qué tienes pensado hacer? ¿Vas a darles tu apellido? —inquiere mi hermana.

Voy a contestar, pero soy interrumpido por la risa de Jude.

—Estás loca. Sky jamás lo permitirá.

Frunzo el ceño.

—Puede que ella no tenga opción. Esos niños son mis hijos —señalo.

Jude se tensa de pies a cabeza y da un paso amenazante hacia mí.

—Ni siquiera lo pienses —sisea entre dientes—. No voy a permitir que vuelvas a lastimarla.

—No tengo que pedirte permiso, Jude —digo, poniéndome en pie para enfrentarlo.

—¿Ahora vais a pelearos vosotros también? —se queja Kristen.

—No, eso no va a suceder. —Margot se interpone entre nosotros y nos obliga a retroceder—. Sois hermanos, recordad eso. Aquí nadie más va a pelear.

—Sky también es mi hermana —dice Jude—. Lo era incluso antes de saberlo. Y esos niños son mis sobrinos, estuve allí justo cuando acababan de nacer, los cogí en brazos, los cuidé y alimenté cuando Sky tenía que trabajar hasta el agotamiento para sacarlos adelante. No dejaré que nadie los aparte de su madre.

Inspiro hondo por la nariz y niego con la cabeza.

—Esa no es mi intención, Jude. No quiero hacerles daño.

—Entonces, déjalos en paz. —Se acerca a mí y coloca su mano sobre mi hombro—. Grayson, eres mi hermano y te quiero. Entiendo que te equivocaste y ahora te arrepientes e intentas solucionarlo, pero mi lealtad está con Sky. No la traicionaré, ni siquiera por ti.

—Voy a hacer lo correcto —afirmo.

—Tal vez el concepto que tienes de hacer lo correcto no sea acertado. Esos niños tienen una madre maravillosa que se desvive por ellos, más amor del que puedas imaginar, gente que los quiere y los cuida. No te necesitan.

—Aun así, son mis hijos.

—Sí, y si de verdad deseas lo mejor para ellos, deberías mantenerte alejado.

—Jude, tu hermano va a hacer lo que crea necesario y lo apoyaremos en su decisión, todos nosotros. Somos su familia y se lo debemos. —Margot acaricia mi mejilla con suavidad y sonríe—. Quiero que seas feliz, hijo.

Asiento y trago saliva con fuerza para contener las lágrimas. No todas las buenas madres son también buenas personas. Ella lo intenta.

—No contéis conmigo —dice Jude, poniéndose la chaqueta—. Hace mucho que dejé de ser parte de esta familia.

—Porque tú así lo decidiste —señala Kristen.

—Te equivocas, hermanita. Lo decidisteis vosotros con vuestra actitud de mierda. Tal vez algún día os deis cuenta de que, no por tener más dinero o poder, podéis hacer lo que os dé la gana. Cualquier persona, sea de la clase social que sea, tenga o no el privilegio de nacer en una cura de oro, merece respeto y un trato de igualdad.

—Bonito discurso. ¿Estás pensando en presentarte a alcalde de este pueblo de mierda? —se burla Kristen.

Jude sonríe y niega con la cabeza.

—Y por eso es por lo que decidí quedarme en este pueblo de mierda, como tú lo llamas, con mi familia, la que yo mismo elegí. Adelante, vuelve a San Francisco y disfruta de tus cenas y reuniones con champán francés y caviar. Yo seguiré aquí, con mi prometida, mi hermana y mis sobrinos, esos que tú jamás llegarás a conocer en profundidad, y no sabes lo que te estás perdiendo porque son maravillosos.

Da media vuelta para marcharse, pero lo detengo sujetándolo por el brazo.

—Espera, Jude. —Se gira, frunciendo el ceño—. Respeto tu decisión. Quieres proteger a Sky y tus sobrinos, y no puedo hacer más que agradecértelo. Solo… —bufo—. ¿Puedes decirme al menos dónde viven?

—No.

—Vamos, sabes que solo tengo que ir al pueblo a preguntar y cualquiera me dará esa información. Ahórrame el viaje, hermano.

—No —repite. Suspira y golpea mi hombro de manera cariños—. Hazme caso, mantén la distancia. Regresa a San Francisco y retoma tu vida donde la dejaste. Yo estaré aquí, seguiré cuidando de tus hijos, y te prometo que jamás sentirán que les falta un padre mientras yo viva.

—No puedo hacer eso —siseo.

—En ese caso, no tenemos nada más que decirnos. Ten en cuenta mi advertencia porque va muy en serio. Si le haces daño a Sky, yo mismo me encargaré de romperte esa cara de idiota que tienes. —Me da una palmada en la mejilla, y antes de que pueda impedírselo ya se ha marchado.



Capítulo 35

Sky

Mark permanece en silencio a mi lado. Llevamos un buen rato sentados en los escalones que dan al jardín, disfrutando de una cerveza fría para mitigar el calor y la paz de una casa tranquila. Ron y Abby han empezado hoy a asistir al campamento de verano y no tengo que recogerlos hasta dentro de una hora. Hace dos días que no sé nada de Grayson, y temo que esté tramando algo en mi contra. Lo conozco, sé que no se dará por vencido con tanta facilidad, y eso es algo que me preocupa.

—¿Estás segura de esto, Sky? Ni siquiera cuando murió tu padre quisiste marcharte de Clearstone. ¿Por qué se te ha ocurrido eso ahora?

«Para huir de él», pienso, aunque no digo nada, solo me encojo de hombros. Es una idea que se me ha pasado por la cabeza. Tal vez haya llegado el momento de empezar desde cero en otro lugar, lejos de aquí y lejos de Grayson. Sé que, si no lo hago, terminaré cediendo. Pude sentirlo el otro día en el lago, cuando me miró a los ojos y sonrió de esa forma tan suya… Se me aceleró el corazón como hacía mucho tiempo que no me pasaba. Fui una ingenua al pensar que podría superarlo y el tiempo me ayudaría a olvidarlo.

—Aún no hay nada decidido —comento tras darle un trago largo a mi cerveza.

—¿Es por Grayson? ¿Crees que se atrevería a intentar quitarte a los niños?

Resoplo y dejo la botella sobre el escalón.

—No lo sé. Quiero pensar que no, sin embargo… Grayson es un hombre complejo. No confía en nadie, y ahora que sabe que Ron y Abby existen, tal vez piense que él puede cuidar mejor de ellos.

—Ni siquiera los conoce.

—Ya, pero en su mente retorcida y desconfiada ellos ya le pertenecen y yo soy la persona que se interpone en su camino. No tengo ni idea de cuáles son sus planes, de lo que estoy segura es de que no se quedará quieto.

—¿Puedo hacerte una pregunta? No tienes que contestarme si no quieres. —Asiento y respira hondo—. ¿Lo sigues amando?

«¡Genial! Tenía que ser eso. Cómo no». Inspiro profundo y me pinzo el puente de la nariz. Ni siquiera sé qué decir.

—Puedo asegurarte que mi intención no es volver al mismo punto en el que terminó nuestra relación.

Frunce el ceño, sin embargo, no comenta nada al respecto, y se lo agradezco. Escucho un ruido a mi espalda y me giro a medias para ver de qué se trata. Es mamá. En cuanto nos ve, agacha la mirada y saluda susurrando antes de volver adentro a toda prisa.

—Tienes que hablar con ella, Sky —dice Mark cuando volvemos a estar a solas.

—Lo sé. —Me froto el rostro con ambas manos y el timbre empieza a sonar de manera insistente. Escucho a mamá decir que ella abrirá la puerta, así que continúo bebiendo de mi cerveza—. Seguro que es Jude. Lleva dos días metido en mi casa. No hay forma de sacarlo de aquí. Anoche Carol tuvo que venir a buscarlo y lo amenazó con cancelar la boda.

Ambos sonreímos. Sabemos cómo se las gasta la pelirroja. Creo que Jude se siente culpable por haberme obligado a ir a esa reunión en la villa y por eso intenta compensarlo pasando todo el tiempo que puede conmigo y con sus sobrinos. No voy a negar que al principio me enfadé con él, pero enseguida se me pasó. Sé que Jude jamás haría algo siendo consciente de que puede lastimarnos.

—Si esos dos cancelan la boda, podríamos aprovechar que todo está listo para casarnos —bromea Mark—. Puedo conseguir un anillo en menos de media hora. ¿Qué me dices?

Me guiña un ojo y suelto una carcajada. Sé que no lo dice en serio, y él que yo jamás podré verlo de otra manera que no sea como un gran amigo. Tampoco le molesta. Mark es así, le encanta flirtear y tomarme el pelo. Tengo tanto que agradecerle… Estuvo a mi lado cuando más lo necesitaba, y eso no hay nada en el mundo que pueda pagarlo.

—Algún día te diré que sí y no sabrás qué hacer —le digo, riéndome mientras le apunto con el dedo.

Escuchamos un carraspeo y vuelvo a mirar hacia atrás. Mi sonrisa muere en el acto al ver a Grayson de pie junto a la puerta, con el ceño fruncido, la mandíbula tensa y los puños apretados. Lleva una carpeta de documentos en la mano.

—¡¿Qué demonios haces tú aquí?! —exclama Mark, poniéndose en pie de un salto.

Resoplo y yo también me levanto. Grayson ni siquiera lo mira. Mantiene sus ojos fijos en mí y chasquea la lengua.

—Le dices tú a tu… amigo que se largue, ¿o tengo que hacerlo yo?

Hijo de… Sigue siendo el mismo arrogante y sinvergüenza de siempre. Frunzo el ceño y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Es curioso que aparezcas en mi casa sin ser invitado y te creas con derecho para echar a mi gente.

—¿Él es «tu gente»? —Lo señala con el dorso de la mano esbozando una sonrisa burlona y, por primera vez, dirige la mirada en su dirección—. ¿Sigues intentando meterte entre sus piernas, Hertford? Debe ser duro que te rechacen durante tantos años.

Mark está a punto de saltar, pero lo sujeto y yo también sonrío.

—Haces demasiadas suposiciones. Tal vez el equivocado seas tú.

Aprieta los labios con fuerza y puedo notar como un musculo en su mandíbula palpita. «¡Chúpate esa, imbécil!».

—Sky, deja de jugar y sácalo de aquí. Necesito hablar contigo, a solas.

—Ella no tiene nada que decirte —interviene Mark.

Grayson lo ignora y señala la carpeta que tiene en la mano.

—Son los documentos de la herencia. Es importante que hablemos.

Inspiro hondo y le hago un gesto a Mark con la cabeza para que se marche.

—¿Estás segura?

—Sí, todo está bien.

Mira a Grayson con desconfianza y después a mí.

—Pasaré a recoger a los niños y te los traigo en un rato.

—No es necesario. Yo puedo…

—Tranquila —dice, cortándome a media frase. Vuelve a mirar a Grayson de reojo y se acerca para besarme en la mejilla—. Enseguida vuelvo. —Dejo que se aparte y se va caminando lento hasta abandonar el jardín.

En cuanto nos quedamos a solas, estiro el brazo con la palma hacia arriba.

—Espero que eso sea la renuncia. Te la firmaré y puedes irte por donde has venido.

La forma en la que me mira me incomoda. Es como si intentara penetrar en mi cerebro y escuchar mis pensamientos. Sacudo la mano para llamar su atención y al fin consigo que reaccione, pero no me da la carpeta.

—¿Es verdad lo que has insinuado? Hertford y tú…

—Eso no es asunto tuyo —siseo.

—Ese idiota está cerca de mis hijos, claro que es mi asunto —replica.

—¿Tus hijos? —Esbozo una sonrisa burlona—. ¡Ni siquiera los conoces!

—Te he dado un par de días para que asimiles todo lo que sucedió. No creas que por eso he cambiado de idea. Sigo queriendo formar parte de sus vidas, Sky, y de la tuya también.

¿De la mía? ¿Qué demonios habrá querido decir con eso? Bufo con fuerza y decido no insistir con el tema. La idea de mudarme cobra cada vez más fuerza. Tal como imaginé, está tramando algo.

—¿Vas a darme los documentos para que los firme?

Suelta una gran bocanada de aire y asiente.

—Claro, pero no es la renuncia. —Me quedo con la mano a medio camino cuando pensaba coger la carpeta.

—Explícate —exijo.

—Esto es la aceptación de la herencia. Estuve hablando con los abogados y Leonard lo dejó todo bien atado. No hay forma de que renuncies a la herencia que te dejó. Bueno, puedes hacerlo, pero en ese caso todo será de nuestros hijos.

—Mis hijos —lo corrijo.

—Nuestros —sisea, lanzándome una mirada retadora.

Bufo con fuerza, pero no insisto. Eso es lo que él busca, un enfrentamiento, y no va a encontrarlo conmigo.

—No voy a firmarlo, Grayson.

—Supuse que dirías eso —masculla.

—Si no necesitas nada más, te agradecería que te marcharas ya. Mis hijos están a punto de llegar y no quiero que te vean aquí.

Puedo notar que mi comentario no le agrada, pero no dice nada. Deja la carpeta sobre una mesa auxiliar que hay en una esquina junto a la puerta y resopla de nuevo, hundiendo los dedos en su pelo.

—Sí necesito algo más. —Da un par de pasos en mi dirección y yo retrocedo—. Quiero que me perdones, Sky.

—Lo siento, los perdones se me han agotado. Prueba en el mercado del pueblo. Ahora vete.

—Sky…

—He dicho que te largues. No volveré a repetirlo.

—¿Y qué harás si no te hago caso? —Esboza su sonrisa marca de la casa y siento que me tiemblan las piernas. «Mantente firme, Sky. No puedes ceder ahora». Sigue acercándose y yo alejándome, hasta que topo con el borde del primer escalón y estoy a punto de perder el equilibrio. Grayson me sujeta por la cintura justo cuando voy a caer hacia atrás. Siento su pecho fuerte bajo mis manos, sus dedos en mi cintura e intento no alzar la vista—. Sky, mírame —pide en un susurro.

Inspiro hondo y lo empujo con todas mis fuerzas. Empiezo a pensar que voy a conseguir apartarlo de mí, sin embargo, el muy cabrón estaba atento y consigue agarrarme con más fuerza y pegarme a su cuerpo.

—Suéltame —siseo, e intento apartar mi rostro, que está demasiado cerca del suyo.

—No me has contestado. ¿Qué harás si no te hago caso? —Dirige su mirada a mi escote y después a mis labios—. ¿Gritarás si te beso, Sky? —susurra muy cerca de mis labios.

Vuelvo a empujarlo, aunque esta vez es incluso más inútil que la anterior. Me tiene bien sujeta.

—No volveré a repetirlo —digo tras tragar saliva con fuerza—. Apártate.

—Claro, lo haré cuando consigas dejar de temblar —susurra, e intenta besarme. Giro el rostro y sus labios se pegan a mi mejilla. Puedo notar el latido de su corazón bajo mis palmas. Está acelerado y su respiración agitada—. Niégalo todo lo que quieras, yo sé la verdad y tú también.

—No sabes una mierda. Tú… —Pillándome por sorpresa, sujeta mi barbilla con una mano y estampa sus labios contra los míos.

Me quejo y muevo la cabeza de un lado a otro, pero enseguida nos gira y me obliga a retroceder hasta que mi espalda golpea la puerta de cristal. Me aprisiona con su cuerpo y sigue besándome. Mantengo los labios apretados, y por más que su lengua me pide paso no se lo concedo. Al notar mi falta de colaboración, se aparta unos centímetros y clava su mirada en la mía

—Vuelves a resistirte a lo inevitable, y eso me cabrea.

—Vete —logro decir con un hilo de voz.

Cierra los ojos y pega su frente a la mía, exhalando una gran bocanada que impacta contra mi rostro. Mis piernas siguen temblando y apenas soy capaz de contener un gemido cuando sus manos recorren mis costados con suavidad.

—Hasta este instante no me había dado cuenta de lo mucho que te echaba de menos, muñeca —susurra con voz grave.

—Tienes que irte. ¡Ahora! —Lo empujo de nuevo, y esta vez consigo apartarlo de mí lo suficiente como para escabullirme. No sé cómo hago para no caer de bruces cuando camino. Me tiembla todo el cuerpo y me cuesta respirar—. ¡Fuera!

—Está bien, tú ganas. —Hunde los dedos en su pelo y sonríe de nuevo—. Al menos por ahora. Te dejo ahí los documentos para que los revises con tranquilidad. Volveré pronto.

—No lo hagas. Solo… Déjame en paz, Grayson.

Suspira, y antes de que pueda darme cuenta lo tengo de nuevo pegado a mí. Va a besarme otra vez y logro girar el rostro. Sus labios se deslizan por mi mejilla hasta el cuello y lo mordisquea despacio. Todo mi cuerpo se enciende en milésimas de segundo, y sé que él puede notarlo porque lo escucho reír bajito antes de apartarse.

—Te veo mañana. —Besa mi frente y se aparta. Cuando está a punto de irse, vuelve a girarse hacia mí—. Por cierto, esta misma mañana he dado la orden de que se inicien acciones legales en

contra de Alan. Con los informes de los investigadores como pruebas, mi testimonio y el de Jude cualquier juez lo encerrará al menos diez años. Si quieres sumarte…

—No —consigo decir tras carraspear.

—Estás en todo tu derecho de denunciarlo por difamación. —Niego con la cabeza—. Como desees. De todas formas, pagará por lo que hizo.

—Vete, Grayson. —Sonríe y alza ambas manos en el aire.

—Ya voy, ya voy. Que sepas que me marcho con las pelotas azules, y eso es tu culpa. —Desliza su mirada cargada de lujuria por mi cuerpo y chasquea la lengua—. Estoy deseando volver a tenerte. Pronto, lo prometo.

—Puede que en tus sueños.

—De esos nunca he sido capaz de borrarte —dice, mirándome a los ojos.

Contengo el aliento y trago saliva con fuerza. ¿Cómo se supone que voy a seguir resistiendo si dice estas cosas?

—¡Lárgate de una jodida vez! —ordeno. Sonríe de nuevo y, tras mover la cabeza a modo de despedida, se va.

Me dejo caer en el escalón y cubro mi rostro con ambas manos. Me apetece gritar y llorar de pura frustración. ¿Por qué me pasa esto? Lo odio con todas mis fuerzas, y al mismo tiempo mi cuerpo lo desea como una jodida gota de agua en mitad del desierto. Inspiro hondo por la nariz e intento calmarme. Aún siento sus labios en mi cuello, sus dientes arañando mi piel y ese aroma que desprende su perfume… ¡Mierda! ¡Joder! Si tenía alguna duda, después de lo que acaba de pasar estoy completamente segura de que irme de Clearstone no solo es una elección, también se trata de algo necesario para mi propia salud mental.



Capítulo 36

Grayson

Un nuevo día y un nuevo intento. Ayer sentí que algo cambiaba en Sky. La besé, aunque ella no respondió como deseaba. Tal vez esté presionándola demasiado, pero ¿qué más puedo hacer? Necesito hacerle entender que voy en serio, que esta vez no hay coraza ni desconfianza, solo yo, a pecho descubierto. Señor… Es aterrador.

Inspiro hondo y presiono el botón del timbre. Enseguida escucho pasos al otro lado de la puerta y, tras unos segundos, es Laurie quien me abre.

—Hola, señora Archer —saludo. Ella frunce el ceño. Puede que haya sonado un poco raro. Siempre me he dirigido a ella por su nombre de pila. Sin embargo, ahora es distinto. Ya no trabaja para mi familia y es la madre de la mujer con la que pretendo pasar el resto de mi vida. En fin… Carraspeo y vuelvo a empezar—. Laurie. Eh… Sí. —Me seco las palmas contra el pantalón corto y respiro hondo—. Necesito hablar con Sky.

—Aún está en el trabajo.

Escucho gritos en el interior de la casa y el corazón se me acelera. Son ellos, mis hijos. Estiro el cuello para mirar sobre el hombro de Laurie, pero ella se mueve y cubre la entrada con su cuerpo.

—Déjeme pasar, solo un segundo —pido.

—No puedo hacer eso, Grayson. Las cosas entre Sky y yo ya son lo bastante complicadas.

—Ella no tiene por qué enterarse —digo a la desesperada.

—¿Me estás pidiendo que mienta a mi hija? Eso fue lo que me metió en este problema. Lo siento, la respuesta sigue siendo no. Habla con ella. Llámala, y si te da permiso…

—No lo hará. —Bufo y hundo los dedos en mi pelo—. ¿Sigue teniendo el mismo número? —Asiente y un nuevo grito sale del interior de la casa, esta vez más alto.

—¡Abuela! ¡Abby me está molestando! —Es el niño, Ron. Por Dios, si tan solo pudiese verlos.

Me muerdo el interior de la mejilla y hago una mueca con los labios. Espero a que Laurie se gire para mirar hacia atrás, donde ahora es la niña, Abby, la que grita. Un segundo, eso es todo lo

que necesito para pasar por su lado y adentrarme en la casa.

—¡Oye! ¡No puedes hacer esto!

—Lo siento —susurro, pero no me detengo.

Sigo el sonido de las voces hasta una sala de estar y me detengo junto a la puerta. Trago saliva sin poder llegar a creer del todo que esas dos preciosas criaturas hayan sido creadas por mí. Ron está vestido como un rapero de los dos mil, con pantalón caído, gorra de pala ancha ladeada, camiseta de tirantes y un grueso collar dorado rodeando su cuello. Abby es todo lo contrario, más alta que su hermano, parece una princesa en miniatura. Ambos tienen el pelo castaño de Sky y también sus ojos azules, no obstante, sus rasgos, sus sonrisas… Son igualitos a mí.

—¿Quién es él? —Ron me señala con el dedo, frunciendo el ceño.

Su hermana se acerca y ladea la cabeza, entrecerrando los ojos.

—Ni caso, seguro que es un vendedor. —Agarra la mano de su hermano y tira de él—. No queremos comprar nada, señor. Puede marcharse.

Sonrío de oreja a oreja. Esta pequeña parece toda una listilla, vivaz y espabilada como su madre.

—Grayson, no puedes estar aquí —susurra Laurie, intentando sujetar mi brazo.

Suspiro y me giro para mirarla.

—Lo siento mucho, de verdad, y no me refiero solo a esto. La forma en la que os traté a Ronald y a ti… —Trago saliva con fuerza—. No tenía ese derecho, y me arrepiento.

—Está bien, te perdono, pero ahora debes irte. Si Sky te encuentra aquí, va a llevar a cabo su idea de marcharse del pueblo y no volveré a verla ni a ella ni a mis nietos.

—Espere, ¿quiere irse de Clearstone? —inquiero, frunciendo el ceño.

Laurie resopla y tira de nuevo de mi brazo.

—No debí decir eso. Deja de buscarme problemas, muchacho.

No voy a permitir que Sky se vaya a ningún lado con mis hijos, y si lo hace, la seguiré. Si cree que puede huir de mí, la lleva clara.

—Solo un minuto —pido—. Prometo que no les hablaré ni me acercaré a ellos. Un minuto, Laurie. Es todo lo que pido. —Echo un vistazo en dirección al lugar donde los niños siguen jugando sin prestarnos atención—. También son mis hijos.

Antes de que ella pueda contestar, escuchamos el inequívoco sonido de la puerta principal abriéndose. La expresión de Laurie es de sorpresa, y temor también.

—Tienes que esconderte —susurra, y tira de mi brazo.

—¿Qué? No voy a… —Resoplo, dejando que me arrastre hacia un lateral de la estancia. Aparta una cortina gruesa y me ordena que me esconda detrás—. Laurie, esto es ridículo.

—No hagas ruido. Te diré cuándo puedes salir. —Me cubre con la cortina y vuelvo a bufar.

Escucho a los dos niños saludar a Sky y después ríen a carcajadas. No puedo contener la curiosidad y aparto despacio la cortina. Asomo la cabeza solo un poco, lo suficiente para poder verlos. Sky está sentada en el sofá, tiene a Ron sobre su regazo y le hace cosquillas mientras Abby salta a su alrededor pidiéndole que no se detenga.

—¿Piensas que vas a librarte? —dice Sky.

Suelta a Ron y se abalanza sobre Abby, la tumba en el sofá y empieza a hacerle cosquillas mientras ella ríe moviéndose de un lado a otro. De pronto se detiene, y tras tomar aire, se endereza y espera a que los dos niños se sienten a su lado, aún sonriendo y felices.

—¿Vamos a ir al lago, mamá? —inquiere Ron.

—Claro. —Le quita la gorra y acaricia su cabello castaño. El chico se queja, pero a ella le da igual.

Inspiro hondo y siento un nudo en mi garganta. No sé qué es esto. Jamás he experimentado una sensación igual. ¿Anhelo tal vez? ¿Pena? ¿Arrepentimiento? Si no hubiese sido tan idiota ahora mismo podría estar en ese sofá con ellos. Esos chicos, Sky… Seríamos una familia. Trago saliva con fuerza y mis ojos se empañan. La sonrisa de Sky es tan genuina y brillante… Quiero verla en su rostro todos los días de mi vida. Voy a hacerlo. Tengo que hacerlo.

—Abuela, ¿dónde está el vendedor? —le pregunta la niña a Laurie, que al igual que yo, solo es una simple espectadora de la felicidad de esas tres personas que estoy seguro que amamos por igual.

—¿Qué vendedor? —inquiere Sky, frunciendo el ceño.

Laurie se frota las manos y niega con la cabeza. Su nerviosismo la delata. Entonces mira hacia mí y me veo obligado a esconderme de nuevo.

—¡¿Qué demonios…?! —Escucho los pasos de Sky acercándose y cierro los ojos con fuerza.

Me ha pillado. Ahora sí que estoy jodido. En solo un par de segundos siento que la cortina se aparta de un tirón y abro los ojos, haciendo una mueca con los labios.

—Hola —saludo, alzando una mano.

Sky me mira a mí boquiabierta y después a su madre. Tensa la mandíbula y respira hondo.

—Chicos, id a poneros los bañadores y preparad la mochila para ir al lago —ordena con voz autoritaria.

—¿Ahora? —pregunta Abby.

—Ya —responde.

La cría frunce el ceño, pero no replica, y tras sujetar a su hermano de la mano, lo arrastra con ella y salen por una puerta que supongo que lleva a las habitaciones de la casa.

—Hija, deja que te explique —empieza a decir Laurie.

—¡Fuera! —sisea Sky, haciéndose a un lado para que pueda salir de mi escondite.

—Hija…

—¡Tú, cállate! —grita. Laurie retrocede con los ojos empañados en lágrimas.

Frunzo el ceño. No es justo que esa pobre mujer pague por algo que no pudo evitar. Ella me dijo que me marchara.

—No la culpes a ella, Sky. Fui yo el que se metió a la fuerza en tu casa.

La mirada que me lanza es dura y fría.

—No, también fue culpa mía. Debí estar más atenta y…

—¡Me importa una mierda! Te dije que no permitieras que Grayson se acercara a mis hijos. ¿Tampoco puedo fiarme de ti para que cuides de tus propios nietos?

—Sky, te estás pasando —intercedo.

Se gira hacia mí y la veo temblar de pura rabia. Está tan furiosa… Reconozco ese sentimiento. Ahora mismo no es consciente del daño que puede llegar a hacer con sus palabras.

—Tú lárgate de mi casa —sisea.

Se gira de nuevo hacia su madre dispuesta a continuar la pelea, sin embargo, consigo interponerme en su camino y la sujeto por los hombros.

—Detente —susurro, buscando su mirada—. Tú no eres así. Sabes que es la ira la que habla. No dejes que te gane, Sky.

—¡Suéltame! —Se revuelve, pero la sujeto con más fuerza y la zarandeo.

—¡Para ya! ¡Es tu madre! Cuando la rabia se disipe, querrás morir por haber tratado de esta forma a alguien a quien amas. Lo sabes, muñeca.

Empieza a temblar y sus ojos se llenan de lágrimas. Vuelve a intentar apartarme, pero no se lo permito.

—Déjame —susurra cuando las primeras lágrimas recorren sus mejillas.

Niego con la cabeza y la atraigo hacia mi cuerpo. Siento cómo se resiste. Golpea mi pecho con los puños y me insulta. Lo aguanto todo y sigo abrazándola hasta que se detiene. Noto su rendición y la aprieto con más fuerza. Sky empieza a sollozar con su rostro enterrado en mi cuello y sujetando mi camiseta entre sus puños cerrados.

—Ya está —murmuro en su oído. Beso su pelo y acaricio su espalda de arriba abajo—. Todo pasará, lo prometo.



Capítulo 37

Grayson

Alzo la vista y veo a Laurie llorar con las manos sobre su boca para no hacer ruido. Le hago un gesto con la cabeza y, tras asentir, se marcha por la misma puerta que se fueron los mellizos.

Sky sigue sollozando contra mi pecho. Camino de espaldas hacia el sofá, y tras sentarme, la arrastro conmigo y la coloco sobre mi regazo. Empujo su cabeza contra mi cuello y dejo que siga llorando. Necesita desahogarse. Es una mujer fuerte, pero incluso los más valientes sienten la necesidad de sacar toda la mierda que les corroe el alma. Eso fue algo que aprendí de niño. Todas las horas de terapia solo empezaron a dar sus frutos cuando fui consciente de que estaba reteniendo el dolor, quería seguir sintiéndolo porque con él también conservaba la rabia, y esa era la única que me mantenía en pie.

Tras un buen rato, el llanto de Sky se va suavizando. Siento el cuello de mi camiseta húmedo por sus lágrimas. Sigo acariciando su espalda y sus hombros, esperando a que se recupere. De pronto, la escucho inspirar hondo y se aparta un poco. Dirijo mi mirada a su rostro y seco sus mejillas empapadas con los dedos.

—Yo… No… —Traga saliva y sorbe por la nariz.

—Todo está bien —susurro. Acaricio su mejilla y después sus labios. No puedo evitar acercar mi boca a la suya y darle un beso lento y cariñoso. Sin presiones, sin forcejeos. Solo disfruto de su sabor, y Sky me sorprende al participar en ese beso, al menos durante un instante antes de apartarse. Sonrío y ella resopla con fuerza—. Lo sé, me he aprovechado de la situación.

—No esperaba menos de ti —farfulla, y se pone en pie de inmediato—. Tienes que irte, Grayson.

—Temía que dijeras eso.

—No quiero pelear. Solo te estoy pidiendo que me dejes tranquila. Ahora mismo tengo una tonelada de mierda encima, y lo que menos necesito es que tú también te sumes.

—Sabes que yo no tengo ningún problema en que seas tú quien esté encima, muñeca —bromeo. Por la forma en la que me mira, sé que no le ha hecho demasiada gracia—. Está bien. —Suspiro y me pongo en pie—. ¿Al menos te encuentras mejor? —Asiente—. ¿Es de verdad o

solo quieres librarte de mí?

—Por supuesto que quiero librarme de ti, pero también es verdad. —Inspira hondo y pone los ojos en blanco—. Supongo que debo darte las gracias por impedir que empeorara aún más las cosas.

—Tú no me debes nada.

—Eso es verdad.

—¿Aceptarías un consejo?

—No creo que tú seas la persona indicada para dar consejos a nadie, pero adelante, sé que lo harás de todos modos. —Se cruza de brazos y sonrío. Ya empieza a ser ella misma, con ese carácter luchador y mala leche. La prefiero así, peleona, y no destrozada como hace solo un momento.

—Habla con tu madre. Apuesto a que ni siquiera has dejado que se explique. Solo ella puede aclarar tus dudas, Sky.

—Me mintió, ella, mi padre, Leonard… Todos aquellos que me hicieron ser quien soy, que participaron en mi crecimiento y madurez, me vieron sufrir y, aun pudiendo evitar ese dolor, decidieron callar y seguir adelante con sus mentiras. ¿Cómo han podido vivir con eso? ¡Maldita sea, yo soy madre! Jamás permitiría que mis hijos vivieran engañados. Toda mi vida ha sido una gran mentira.

Suspiro y me acerco a ella. No sé si está demasiado afectada como para detener mi avance o simplemente decide darme ese beneficio, pero consigo llegar a su lado y acaricio su mejilla con suavidad.

—Habla con ella. Es tu madre y la adoras. Escucha al menos sus razones antes de juzgar sus actos.

Frunce el ceño y aparta mi mano de su rostro con un resoplido.

—Tiene gracia que no seas capaz de seguir tus propios consejos —farfulla.

—Por eso lo digo. No cometas mis errores. Créeme, es muy difícil vivir con la culpa de haber lastimado a alguien a quien amas.

Su mirada se clava en la mía y puedo notar su nerviosismo. Acabo de confesar por primera vez que la amo. Espero su respuesta, sin embargo, esta nunca llega. Estoy a punto de repetirlo, decirlo alto y claro, arriesgarme como nunca antes lo he hecho y abrirme en canal ante ella, pero soy interrumpido por un pequeño torbellino que entra en la sala de estar arrastrando una mochila cargada.

—Mamá, creo que ya está todo. Tengo cuatro *toballas*.

Ron deja la mochila a los pies de su madre y su hermana se coloca a su lado con gesto despreocupado.

—Se dice toallas, idiota —lo corrige.

—Mamá, ¿la has escuchado? ¡Abby me está *insurtando*!

La pequeña abre la boca, apuesto que para corregirlo de nuevo, pero Sky es más rápida y la señala con el dedo índice.

—Tu hermano no necesita un traductor, y deja de meterte con él —la regaña.

—Solo intento que aprenda a hablar. —La cría esboza una sonrisa ladeada tan traviesa que solo soy capaz de mirarla embobado. Apuesto a que es la que utiliza para manipular a todos a su alrededor. A mí ya me tiene comiendo de su mano, y ni siquiera le he dirigido una palabra.

Sky se agacha para coger la mochila y hace una mueca al notar su peso.

—Ron, ¿qué has metido aquí? Solo vamos al lago unas horas, no nos mudaremos allí.

—Es una *toba*… —Mira a su hermana de reojo y carraspea—. Una toalla para ti, otra para

Abby, otra para mí y otra para Mark. Él también viene con nosotros, ¿verdad?

Me tenso de pies a cabeza. ¿Mark Hertford? ¡No! ¿Por qué él puede pasar tiempo con ellos y yo no? «Porque tú dejaste un lugar vacío que ese cabronazo ocupó», resuena en mi cabeza. Sky me mira de reojo cuando resoplo con fuerza.

—No, cariño, Mark tiene trabajo esta tarde. Iremos los tres solos.

—¿Y la abuela? —inquiere Abby, girándose para mirar a Laurie, que los observa desde la puerta.

Sky respira hondo y echa un vistazo en su dirección.

—La abuela se queda. —Endereza la espalda y me sorprende ver cómo se acerca y se detiene frente a su madre—. Lo siento, mamá —susurra, aunque lo bastante alto para que podamos escucharla.

—No, cielo, yo lo siento —responde Laurie al borde del llanto.

—Hablaremos pronto. Solo dame un poco de tiempo, ¿vale? Necesito asimilar todo esto.

—Claro, lo que necesites. —Sky se acerca aún más y la besa en la mejilla.

Sonrío y me siento orgulloso de ella. Sabía que terminaría haciendo lo correcto. Si algo caracteriza a Sky es su capacidad de perdón, y eso es lo que consigue mantener vivas mis esperanzas a pesar de todos sus rechazos.

—¿Qué haces aún aquí, vendedor? —Bajo la mirada y compruebo que Abby me está mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué vendes? —inquiere su hermano.

Carraspeo para aclarar mi garganta y me encojo de hombros.

—No vendo nada —susurro con un hilo de voz. Estoy hablando con mis hijos. Es maravilloso e increíble.

Abby da un paso en mi dirección y chasquea la lengua.

—¿Cómo es que un vendedor no vende cosas?

Antes de que pueda contestar, Sky se interpone entre nosotros.

—Chicos, al coche. Nos vamos ya.

Los dos críos obedecen de inmediato y salen corriendo hacia el vehículo entre risas y pequeños gritos de alegría.

—¿Eso era necesario? —pregunto tras suspirar.

—No voy a pedirlo de nuevo, Grayson. Mantente alejado de mis hijos.

Quiero decirle que eso no va a pasar, que lucharé por ellos y por ganarme su perdón, pero antes de que pueda hacerlo, ella ya se ha ido. Resoplo y hundo los dedos en mi pelo al escuchar el sonido de la puerta principal al cerrarse. Laurie me mira con lástima y se encoge de hombros.

—¿Es verdad que está pensando en mudarse? —Ella asiente—. Ayúdame y te prometo que la haré cambiar de idea.

—Grayson, no quiero que la lastimes más. No sabes cuánto sufrió por tu culpa. Ahora sientes remordimientos y quieres compensarla por lo que hiciste, pero piensa que tal vez esté mejor sin ti.

—Eso no es aceptable. Sé que me sigue amando. Estoy seguro —afirmo.

Laurie se acerca y busca mi mirada con gesto serio.

—¿Y tú, muchacho? ¿Tú la amas a ella?

—Con toda mi alma —respondo, y creo que nunca he dicho una verdad tan grande en toda mi vida.



Capítulo 38

Sky

Termino de contestar un mensaje de Caroline y lanzo el teléfono sobre la toalla. Me está volviendo loca con los preparativos de la boda. Es este fin de semana, y se supone que mañana iríamos a Gunnison para que yo pueda comprarme un bonito vestido. Intenté cancelarlo. No me siento con ánimos de pasear de tienda en tienda. Mi vida se ha convertido en un caos desde que acepté asistir a esa maldita reunión en la villa de los Atwood. Mi móvil vuelve a sonar y lo cojo con un resoplido. Caroline de nuevo.

«Si no apareces, yo misma iré a buscarte y te arrastraré de los pelos hasta Gunnison. Me caso en tres días y mi mejor amiga y dama de honor no puede asistir a mi gran día en vaqueros y camiseta. ¿Lo he dejado claro?».

Sonrío y tecleo una respuesta a toda prisa.

«Cristalino. Pasa a recogerme a las diez».

Me envía un emoticono con una cara sonriente y vuelvo dejar el móvil sobre la toalla. Supongo que esto es lo que debo hacer, seguir adelante con mi vida y toda esa mierda. Junto a la orilla del lago veo a mis pequeños jugar y reír ajenos a todos los problemas que rondan mi mente. No puedo derrumbarme ahora. Ellos se merecen mucho más que eso. Irme de Clearstone no sé si será una solución. Me libraría de Grayson, o al menos eso espero, sin embargo… ¡Maldita sea, este es mi hogar! ¿Por qué tengo que dejar atrás todo lo que me importa si no he hecho nada malo?

—¿No están demasiado cerca del agua?

Escucho la voz de Grayson a mi espalda y ni siquiera me molesto en mirarlo. Una parte de mí estaba segura de que aparecería en cualquier momento. A cansino no lo gana nadie.

—Sabes llevar el acoso a su máximo nivel —susurro sin apartar la mirada de la orilla.

—Intento no decepcionarte, muñeca —replica en tono burlón.

Ruedo los ojos de manera teatral y, tras suspirar, giro la cabeza en su dirección.

—¿Qué quieres, Grayson?

—Traigo sándwiches. —Me muestra una bolsa de papel sonriendo de oreja a oreja—. Pavo

para los niños y vegetales para ti. Los ha preparado Laurie.

Frunzo el ceño.

—¿Ahora mi madre y tú os habéis convertido en íntimos?

—Tenemos intereses comunes —responde, encogiéndose de hombros.

Deja la bolsa a mi lado y mira de reojo hacia la orilla. Puedo notar su preocupación. Es el agua, estoy segura.

—¿Qué intereses son esos? ¿Os habéis aliado para complicarme la vida?

Grayson resopla y niega con la cabeza.

—Ambos queremos recuperar a la persona que más amamos. No nos culpes por ello.

Trago saliva con fuerza y soy incapaz de sostenerle la mirada. Antes en casa insinuó lo mismo, y llegué a convencerme de que había malinterpretado sus palabras. Sin embargo, en esta ocasión no hay margen para malentendidos, acaba de confesar que me ama. ¿Cómo se atreve? ¡Maldita sea, no es justo! Hace cinco años hubiese dado lo que fuese por escucharlo decir eso.

—Ni siquiera te atrevas —siseo con los dientes apretados—. No tienes derecho a entrar de nuevo en mi vida y decir esas cosas.

—¿El qué? —Lo miro de reojo y compruebo que sigue mirando hacia la orilla con gesto tenso—. ¿No se me permite decirte que te amo?

—Grayson… —le advierto.

Bufa con fuerza y gira la cabeza hacia mí.

—Es la verdad.

—No, no lo es. Te sientes culpable, pero eso no es amor. Solo intentas compensar tus cagadas, y por algún motivo crees que siendo encantador y endulzándome los oídos vas a lograr borrar de un plumazo todo el daño que me hiciste.

—No me crees —susurra. No es una pregunta, pero, aun así, asiento. Grayson inspira hondo y casi se pone en pie cuando escuchamos a Ron gritar—. ¡¿Está bien?! —exclama.

—Sí, solo están jugando.

Parece relajarse un poco, aunque sigue muy tenso.

—Podrías pedirles que se alejen un poco del agua. Temo que pueda darme un infarto si gritan de nuevo.

—Grayson, no les pasará nada. Es un lago, no hay corrientes. Además, saben nadar y no se meterán a no ser que yo los acompañe.

—Los accidentes ocurren —farfulla—. A veces solo un descuido es suficiente. La pierdes de vista un segundo y… —Sacude la cabeza de un lado a otro y carraspea.

—¿Seguimos hablando de ellos? —Señalo a los niños y Grayson resopla con fuerza.

—Supongo que no —contesta con un hilo de voz. Espero en silencio a que se explique, sin embargo, solo vuelve a mirar hacia la orilla y se queda callado. Cuando creo que ya no va a decir nada más, me sorprende escucharlo hablar—. Tenía una hermana pequeña —dice. Lo miro de nuevo y compruebo que está sonriendo de manera triste—. Se llamaba Abigail y era una niña preciosa, muy parecida a nuestra hija. Tenía poco más de su edad cuando murió.

—¿Qué pasó? —me atrevo a preguntar.

Grayson respira hondo y se humedece los labios con nerviosismo.

—Yo tenía doce años. Nos bañábamos en el embarcadero que había en nuestra propiedad. Era un sitio precioso y nos encantaba pasar las tardes de verano allí. Se supone que yo debía vigilarla. Creí que lo hacía bien, pero… —Traga saliva con fuerza, y cuando me mira compruebo que sus ojos están empañados y reflejan tristeza—. Solo fue un instante. Aparté la mirada y ya no estaba. Me lancé al agua y conseguí encontrarla, pero ya era demasiado tarde. Solo pude

arrastrarla de vuelta al embarcadero.

—Dios santo, Grayson. Lo siento mucho. Ahora entiendo por qué le temes tanto al agua. No debe haber sido nada fácil para un niño superar algo así.

—Eso fue solo el principio —comenta, negando con la cabeza. Vuelve a respirar hondo y continúa—. Estaba tan afectado que ni siquiera pude moverme de mi sitio durante horas. Cuando mi padre llegó a casa, se encontró a su hija pequeña muerta y al mayor en estado de *shock*.

Me imagino a un Grayson de doce años completamente aterrado y sintiéndose culpable por la muerte de su hermana pequeña. Debe haber sido horrible. Pobre chico. Se me rompe el corazón solo de pensarlo.

—¿Y vuestra madre? —pregunto con voz ronca. Esboza una pequeña sonrisa de tristeza y niega con la cabeza—. ¿Nadie os vigilaba? Solo erais unos niños.

—Mamá estaba en su habitación, demasiado ocupada con su entrenador personal como para enterarse de nada de lo que nos sucedía. Supongo que no necesito decirte lo que hacían, ¿no? —Hija de puta. ¿Qué clase de madre desatiende a sus hijos para poder follarse a sus amantes?—. Papá se volvió loco cuando la encontró en esa situación. Recuerdo los gritos y el sonido del disparo. —Mis ojos se abren hasta el nacimiento del pelo.

—¿Disparó a tu madre? —Niega con la cabeza.

—A su amante. Lo mató y después la arrastró a ella hasta el embarcadero. Me quedé quieto, sujetándome las rodillas y sin poder dejar de temblar mientras forcejeaban. Después él la tumbó en el suelo, agarró su cabeza y la sumergió en el agua. —Una lágrima solitaria recorre su mejilla y me contengo para no abalanzarme sobre él y abrazarlo—. Quería ayudarla. Por dentro estaba gritando que la dejase, pero no conseguía mover los labios, Sky. Mamá dejó de moverse y entonces él se sentó en el embarcadero y empezó a llorar como nunca antes lo había visto.

Sin poder evitarlo, extiendo mi mano y la coloco sobre su muslo. Grayson me mira con las mejillas empapadas por el llanto y sonríe un poco antes de coger mi mano y entrelazar sus dedos con los míos.

—No fue culpa tuya. Solo eras un niño.

—Ya, eso es lo que me digo todos los días, pero tal vez podría haber hecho más. Si hubiese vigilado a Abigail…

—Ese no era tu trabajo. Se supone que son los padres los que deben cuidar de sus hijos.

Grayson asiente y vuelve a fijar la mirada en la orilla mientras llora en silencio. Acaricia mi muñeca con un dedo y toma una respiración profunda. Jamás imaginé que le habría sucedido algo tan traumático. Creí que sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico o algo así, pero no esto.

—¿Tu padre fue a la cárcel? —pregunto tras unos segundos de silencio.

Suspira y niega con la cabeza.

—No, después de asesinar a mamá, solo me dio un beso en la frente, me pidió perdón, se metió el cañón de la pistola en la boca y apretó el gatillo.

—¿Delante de ti? —Asiente—. ¡Santo cielo, Grayson! ¿Qué clase de monstruo hace algo así?

—No lo era —replica—. Mi padre era un buen hombre. Sabía que mamá se había casado con él por interés, que quería divorciarse, que tenía amantes y ni siquiera se hacía cargo de sus propios hijos. Intentó que su matrimonio funcionara porque la amaba con locura. En todas sus peleas y discusiones jamás le levantó un solo dedo. Al contrario, en varias ocasiones fui testigo de cómo ella lo golpeaba y él solo se marchaba sin más, pero siempre volvía y la convencía de que debían darse otra oportunidad. Ese día se volvió loco. El hombre que hizo todas esas monstruosidades no era mi padre. Ella lo llevó al límite.

—No estoy de acuerdo —mascullo. Me mira frunciendo el ceño—. Cada persona tiene que hacerse cargo de sus propios errores. Si él sabía que ella no lo amaba, ¿por qué no la dejó? Está claro que tenían una relación tóxica y dañina, no solo para ellos mismos, también para sus hijos.

—Dicen que el amor te ciega.

—No hasta ese punto. Se supone que el amor debe ser algo bueno. Cuando amas a alguien quieres su bienestar por encima del tuyo. Ella era infeliz en ese matrimonio. Debió dejarla marchar en vez de aferrarse a algo que no existía.

—¿Tú lo harías? ¿Renunciarías al amor de tu vida para proteger a las personas que amas?

Inspiro hondo y echo un vistazo a los dos diablillos que siguen corriendo de un lado a otro y riendo a carcajadas. «Es lo que estoy haciendo», pienso. Sería fácil creer en las palabras de Grayson, imaginar un escenario donde él me ama y puedo perdonarlo por todo lo que pasó. Sin embargo, corro el riesgo de que vuelva a suceder. Ahora tengo claro de dónde viene toda esa desconfianza, por qué es como es, y jamás permitiré que mis hijos tengan que sufrirlo.

—Sí, yo haría cualquier cosa por ellos —susurro.

Aparto mi mano de la suya y suspiro.

—Sky, yo no soy como mi padre, y tengo muy claro que tú no te pareces en nada a mi madre.

—No pensabas eso hace cinco años.

—Me equivoqué. Conozco mis defectos. Sé que me cuesta confiar en la gente, y sí, también me aterrorizó lo que sentía por ti. No era yo el que actuaba. Sus voces en mi cabeza, todas esas discusiones que presencié, la forma en la que terminó… Tuve miedo de repetir su historia. Ahora lo sé, y lo siento. Jamás podré perdonarme por la manera en la que te traté, pero, aun así, me atrevo a pedirte que me des otra oportunidad. Mírame, Sky. —Sujeta mi barbilla con los dedos y gira mi cabeza para mirarme a los ojos—. Te estoy suplicando que me dejes demostrarte que puedo hacerte feliz a pesar de mis traumas y mis problemas, sé que contigo puedo hacerlo.

Contengo el aliento y un nudo de angustia se instala en mi pecho. Quiero que sea verdad, pero… No puedo arriesgarme. Ya no solo soy yo.

—Lo siento, Grayson —susurro tras exhalar una gran bocanada—. Lo nuestro se acabó. Es parte del pasado y allí debe quedarse.

Niega con la cabeza y nuevas lágrimas recorren sus mejillas.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones? —pregunta con la voz rota por el llanto.

—Nada. —Enmarco su rostro con mis manos y seco el rastro de las lágrimas con mis dedos—. Te perdono, pero no volveré contigo.

Intento apartar mis manos, pero él las sujeta y sigue mirándome a los ojos.

—Estás siendo cabezota. No me obligues a tomar medidas desesperadas, Sky. Me amas.

Resoplo y consigo recuperar mis manos con un tirón contundente. Si es que este hombre no tiene remedio. Su prepotencia no conoce límites.

—Eso ha sonado a amenaza —siseo, frunciendo el ceño.

—Puedes tomarlo así o darte cuenta de una maldita vez que estamos hechos el uno para el otro. ¿Es que no lo ves? Lo tenemos todo para ser felices juntos. Míralos a ellos. —Señala a los niños—. ¿No crees que se merecen crecer con sus padres juntos y felices?

—¿Ahora yo soy la egoísta por no permitir que tú les jodas la vida como lo hiciste conmigo?

Bufa con fuerza y hunde los dedos en su pelo.

—Sí, lo estás siendo. No es justo que me impidas formar parte de sus vidas. Soy su padre.

—Vale, ya he escuchado bastante —farfullo, poniéndome en pie.

—¡Oye! ¡¿Dónde vas?!

—Al único lugar a donde sé que no me seguirás —respondo antes de dar media vuelta y

dirigirme a la orilla del lago.

Lo escucho maldecir, pero no me detengo. Los niños se ponen eufóricos cuando les digo que vamos a nadar juntos. Los agarro a cada uno con una mano y nos adentramos en el lago. Ron es mucho mejor nadador que su hermana, así que cojo a Abby en brazos cuando ya no tocan fondo y paso un rato con ellos sin pensar en el hombre que nos observa desde lejos con atención. Estoy riendo de una tontería que dice el pequeño diablo que tengo por hijo cuando su hermana mira sobre mi hombro y frunce el ceño.

—Mamá, el vendedor nos ha seguido.

Me giro para comprobar a qué se refiere y abro mucho los ojos al ver a Grayson metido en el agua. Su expresión es de auténtico terror y todo su cuerpo está tenso, sin embargo, sigue avanzando despacio hacia nosotros. Cuando el agua sobrepasa su cintura, estoy a punto de pedirle que se detenga al verlo hiperventilar. No sé qué pretende con esto. Tarda varios minutos en llegar a nuestro lado.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —inquiero con una ceja arqueada.

Grayson resopla y traga saliva con fuerza antes de contestar.

—Demostrarte que te equivocas. No quiero seguir siendo como soy. Voy a cambiar, Sky. Por ti y por ellos. —Mira a Ron, después a Abby y su gesto tenso se suaviza—. Haré cualquier cosa por vosotros.



Capítulo 39

Grayson

Termino de ajustarme la corbata y sonrío mirando mi reflejo en el espejo. Me siento bien, liberado. Después de mi conversación con Sky en el lago de hace tres días, noto como si me hubiese sacado una gran carga de encima. Tal vez, abriéndome a ella no haya logrado convencerla de que estemos juntos, sin embargo, siento que algo ha cambiado entre nosotros. Al menos ya no me echa de su casa cuando voy a verla. Bueno, sí que lo hace, pero no de inmediato. Eso es un gran paso, ¿no? Sigue sin permitirme estar con nuestros hijos, y aunque a veces pierdo un poco la paciencia, en parte la comprendo. Solo intenta protegerlos de mí. Tampoco es que vaya a rendirme con eso. Al contrario, he encontrado en Laurie una gran aliada. Cada mañana, después de que Sky se marche al trabajo, yo me encuentro con su madre cerca de un campamento de verano al que acuden mis hijos. No interactúo con ellos, no les hablo, pero al menos puedo verlos desde lejos.

Estiro las mangas de mi camisa y suspiro. Me he dado cuenta de que, para lograr llegar a Sky, debo empezar por arreglar las cosas con las personas de su entorno, aquellos a los que ella considera su familia, y resulta que tenemos un hermano en común, así que asistiré a la boda de Jude. Él aún no lo sabe. Espero que se lo tome bien.

Salgo de mi habitación y bajo las escaleras hacia la planta principal. Me encuentro con Margot y Kristen en la sala de estar y ambas se me quedan mirando con extrañeza.

—¿Vas a la boda? —inquiere mi hermana.

—Sí, y vosotras deberíais asistir también.

—Hijo, no nos han invitado —murmura Margot con tristeza.

—A mí tampoco, pero eso no me impedirá disfrutar del día más importante de la vida de mi hermano.

—Se enfadará —comenta Kristen.

—Es posible, pero sabrá que me importa bastante como para arriesgarme a que lo haga.

Ambas se miran de reojo. Sé que están pensando en mis palabras, y espero que hagan lo correcto. Jude siempre ha sido el mejor de los Atwood y se merece que su familia esté ahí,

apoyándolo y compartiendo con él su gran día.

Menos de media hora después estoy de pie frente a la casa de Sky. Toco a la puerta y respiro hondo. Sé que voy a tener que luchar para conseguir mi objetivo, que no es otro que ser su acompañante en la boda. Escucho a alguien del otro lado, la puerta se abre y me quedo paralizado. Está preciosa. Lleva puesto un vestido azul a juego con el color de sus ojos, largo hasta los pies. Me recreo mirándola. Esa abertura lateral que deja una buena parte de su muslo al descubierto es una jodida tentación. Carraspeo y cierro la boca de golpe. Incluso me toco la barbilla por si he babeado sin notarlo.

—No es mi cumpleaños, pero acepto el regalo —susurro, esbozando una sonrisa ladeada.

Sky rueda los ojos y niega con la cabeza.

—¿Qué haces aquí, Grayson? —Frunce el ceño—. ¿Y por qué estás vestido de manera tan elegante?

—Es mi uniforme para jugar al tenis —bromeo—. Está Jude aquí, ¿verdad? —pregunto solo por compromiso.

Ya sé que está aquí. Mi espía me tiene bien informado. Adoro a Laurie, se ha convertido en una de mis personas favoritas.

—Sí, aunque sigo sin entender a qué viene el modelito. ¿Te ha invitado a la boda?

—No. —Me encojo de hombros, y sin esperar a que me dé permiso, paso por su lado y me adentro en la casa.

—Adelante, puedes pasar, no te cortes —murmura en tono sarcástico. Me detengo en mitad del recibidor y giro en redondo. Solo necesito un par de zancadas para llegar a su lado, la obligo a retroceder hasta que su espalda golpea despacio la pared y pego mi rostro al suyo—. ¿Qué haces? —inquiere confundida.

Sonrío de nuevo, cojo su mano y la coloco justo encima de mi abultada entrepierna. Sus ojos se abren como platos, y aunque intenta apartarla, no se lo permito.

—Esto es culpa de ese vestido —digo contra sus labios mientras aprieto sus dedos contra mi erección—. Tenlo presente, muñeca. Cada vez que te mire hoy, voy a estar imaginando que te lo arranco con los dientes.

Me aparto, y tras acomodar mi erección para que no sea notable, inspiro hondo y sigo caminando como si no hubiese tenido que luchar contra mí mismo para no comerle la boca en este preciso instante. La escucho resoplar a mi espalda y sonrío. Va a ceder. Solo es cuestión de tiempo.

Encuentro a Jude en el salón, se mueve sin parar mientras Laurie intenta ajustarle los puños de la camisa. Cuando me ve, se detiene y frunce el ceño.

—¿Qué hace él aquí?

Sky pasa por mi lado, teniendo el cuidado de ni siquiera rozarme, y se encoge de hombros. Aún sigue sonrojada. Vuelvo a sonreír.

—No pensarías casarte sin tu padrino, ¿verdad?

—¿Padrino? —Mi hermano me mira confuso—. Ni siquiera te he invitado, Grayson.

—Supuse que la invitación se había extraviado —comento, restándole importancia con un gesto de mi mano.

Jude resopla con fuerza y me señala con el dedo.

—Si lo que buscas es ganar puntos con Sky…

Me acerco despacio y ajusto el nudo de su corbata bajo su atenta mirada.

—Estoy aquí por ti. Quiero hacer las cosas bien, hermano. Me encantaría estar a tu lado en este momento. ¿Vas a permitírmelo?

Me mira a mí y después a Sky. Ella se encoge de hombros, y finalmente resopla y asiente.

—Como te cargues mi boda, juro que…

—No haré nada —lo corto—. Por cierto, es posible que Kristen y Margot también acudan.

—¿Por qué? Hace mucho que dejé de ser parte de esa familia.

Suspiro y meto la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de mi traje. Saco una pequeña caja de plástico y se la tiendo.

—Esto es tuyo. Pude recuperarlo. —Jude la abre y noto como su garganta se mueve al tragar saliva cuando ve el anillo con el sello familiar—. Estoy seguro de que Leonard querría que lo tuvieras.

—No puedo. Yo… —Niega con la cabeza—. Renuncié a ser Atwood, decidí no serlo.

Inspiro hondo y sujeto su rostro entre mis manos.

—Hermano, tú renunciaste a una familia, no a tu apellido. Leonard era un buen hombre y estaría muy orgulloso de ti. Tal vez, algún día, los demás también seamos merecedores de que quieras volver a ser parte de la familia.

Me mira con lágrimas en los ojos y niega con la cabeza.

—No te reconozco —susurra.

—Esa es la idea. Intento ser mejor, por ti, por la memoria de Leonard, por las personas que siempre me han querido y… —Desvío la mirada hacia Sky y sonrío—. Por algunos motivos más, pero eso no importa ahora. Los protagonistas hoy sois Caroline y tú.

Jude asiente, y tras colocarse el anillo en el dedo inspira hondo por la nariz. Palmeo su hombro y sonrío de oreja a oreja. Lo he hecho bastante bien. Sí, creo que lo he bordado. Si con Sky fuese tan sencillo…

Escuchamos un grito y todos nos quedamos en silencio.

—¡Mamá! ¡Mamá! —es Ron.

Sky sale corriendo y ni siquiera lo pienso, voy tras ella a toda prisa. La veo detenerse frente a una puerta abierta y casi no soy capaz de frenar a tiempo.

—¡¿Qué ocurre?! —exclama.

Asomo la cabeza en el interior de la habitación. Parece ser el dormitorio de uno de los niños. Por los pósteres de raperos que hay colgados en la pared, apuesto que pertenece a Ron. Junto a la cama, Abby está con las manos en el cuello de su hermano mientras él forcejea e intenta quitársela de encima.

—Me está haciendo daño —se queja el pequeño.

Sky exhala una gran bocanada de aire y se dobla sobre sí misma. Parece aliviada, y yo también me siento así. Por el grito, creí que había sucedido algo grave.

—¿Qué hemos hablado de llamarme a gritos si no es una emergencia? —dice Sky en tono de regaño.

—Solo lo estoy ayudando a ponerse la corbata —explica Abby.

—Te dije que yo puedo solo —replica su hermano.

Sky resopla y se acerca a ellos. Desata el nudo de la corbata de Ron y la estira con cuidado.

—Yo te ayudo con esto, y tú —señala a la niña—, ve a cambiarte de una vez. Llegaremos tarde a la boda de tus tíos.

—¿Por qué tengo que ponerme un vestido de niña tonta? —se queja Abby, haciendo pucheros.

—Porque eres una niña tonta —contesta su hermano riendo.

Ella le saca la lengua, y antes de que puedan enzarzarse en una nueva discusión, Sky toma partido en la disputa.

—Cielo, solo es un día. Yo también llevo puesto un vestido.

—Estás muy guapa, mami —le dice Ron.

Ella lo mira sonriendo y revuelve su pelo castaño.

—Gracias, cariño.

—Es un pelota —farfulla Abby.

—Tú sí que eres pelota.

—Ya vale, chicos. Intentemos mantener la paz al menos un día —intercede Sky—. Abby, ve a vestirte.

La cría musita algo en voz baja, y cuando está a punto de marcharse, pasa por mi lado y se me queda mirando.

—¿El vendedor también va a la boda? —inquiere.

Sonrío. Por algún motivo siguen llamándome «vendedor». Supongo que nadie les ha dicho lo contrario. Me encantaría poder hacerlo, sentarme frente a ambos y contarles que soy su padre, pero para que llegue ese momento aún tengo mucho camino que recorrer.

—Abby, a cambiarte. ¡Ahora! —insiste Sky.

La niña se marcha y Laurie se acerca por mi espalda. Me hago a un lado para dejarla pasar.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta a su hija.

—Lo de siempre. No saben convivir sin pelearse —contesta Sky, rodeando el cuello de Ron con la corbata extendida.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Abby grita desde otra habitación de la casa y Sky pone los ojos en blanco.

—En serio, no llegaré a los cuarenta sin sufrir un infarto —sisea—. Mamá, ¿te ocupas tú del sinvergüenza?

—Claro, cielo. —Sky vuelve a encogerse al pasar junto a mí para no tocarme.

Sonrío y busco su mirada. Es extraño que aún no me haya pedido que me marche. No me quejo, al contrario, pienso aprovecharme de ello. Me adentro en el dormitorio y observo a Laurie mientras se encarga de anudar la corbata de su nieto. Parece contenta, y yo conozco la razón. Sé que su relación con Sky ha mejorado. Ambas hablaron hace un par de días.

—Abuela, el vendedor sigue ahí —señala Ron, mirándome con fijeza.

Laurie chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—No es un vendedor. Se llama Grayson.

¡Dios, adoro a esta mujer! De forma consciente o no, acaba de acercarme un poquito más a uno de mis hijos.

—Hola, Grayson, yo soy Ron —me saluda alzando su mano, y sonrío de oreja a oreja. Imito su gesto y Laurie se gira para mirarme.

—Se me está complicando lo de la corbata —comenta—. ¿Puedes encargarte tú, Grayson?

—¿Yo? —Trago saliva con fuerza, y juraría que mi corazón se ha saltado un latido. Laurie sonríe de nuevo y asiente—. Yo voy a intentar tranquilizar al novio antes de que acabe tirándose por la ventana.

—¿El tío Jude va a tirarse por la ventana? —inquiere el pequeño—. ¡Qué guay! Yo también quiero.

—Por Dios santo, muchacho, es solo una forma de hablar. Nadie va a tirarse por la ventana.

—Jo, qué rollo —masculla.

Laurie se aparta y me toca el hombro de forma cariñosa antes de salir de la habitación. Inspiro hondo y doy un paso en dirección a mi hijo, y después otro. Me agacho ante él y veo que mis manos tiemblan cuando cojo los bordes de la corbata y comienzo a anudarla alrededor de su cuello.

—¿Te aprieta? —pregunto.

El chico niega con la cabeza.

—¿Por qué no eres vendedor? —me pregunta, ladeando la cabeza.

«Habla, Grayson. Vamos, no te quedes en blanco. Esta es tu oportunidad».

—No lo sé —respondo con un hilo de voz.

—¿Eres amigo del tío Jude?

—Soy su hermano.

—¡¿En serio?! —Asiento—. ¿Eso quiere decir que también eres mi tío?

—No, yo no soy tu tío —contesto.

—¿Por qué?

—Porque…

—Ya me encargo yo, Grayson —escucho la voz de Sky a mi espalda y me giro a medias.

Se acerca y me señala con la mano para que me aparte, pero no lo hago. Vuelvo a mirar al frente y acomodo el cuello de la camisa del niño antes de incorporarme.

—Ya está listo —digo, intentando contenerme.

Me duele que ni siquiera me permita unos segundos a solas con mi hijo. La entiendo, sí, pero eso no lo hace menos doloroso.

—Vamos, ve al salón con la abuela —le dice Sky al niño—. Enseguida nos marchamos.

Ron sale corriendo y Sky está a punto de irse también. Antes de que llegue a la puerta, me cruzo delante y busco su mirada.

—No te cabrees por esto. Solo fue un segundo.

—No estoy cabreada. Lo que no entiendo es qué haces en mi casa.

—He venido por mi hermano.

—Ya, pues entonces ve con él y deja a mis hijos en paz.

—Sky, estás siendo muy dura, ¿no crees?

—No lo bastante por lo que veo. Por cierto, si vuelves a hacer algo como lo de antes…

—¿Te refieres a cuando te demostré lo mucho que te extraño? —susurro, esbozando una sonrisa socarrona.

—No es gracioso. Es más, podría ser considerado un delito. Tienes que parar con el acoso. Creí haber sido clara en el lago.

—Yo también fui bastante directo. Te dije lo que quiero y pienso ir a por ello. —Resopla y decido acercarme un poco más. Enseguida intenta detener mi avance alzando una mano.

—Ni un paso más —sisea.

—Está bien. —Sonrío de nuevo y meto las manos en los bolsillos delanteros de mi pantalón de traje.

—¿Y bien? ¿Por qué sigues aquí?

—Te espero para que vayamos juntos a la boda. Espero que no te importe llevarme como acompañante.

—Eso no va a ser posible —escucho a mi espalda. Me giro y contengo una maldición. ¡El jodido Hertford! Cómo no—. ¿Estás lista, Sky? Tengo el coche fuera.

Espera… ¿Va a ir con él a la boda? ¡Mierda! Le lanzo una mirada de advertencia a Sky, que se encarga de ignorar, y le sonríe al idiota.

—Claro. Deja que compruebe que los niños siguen decentes y nos vamos.

Va a pasar por mi lado y vuelvo a interponerme en su camino.

—No vayas con él —susurro, es casi una súplica.

La veo alzar la barbilla de manera desafiante, arqueando una ceja.

—Apártate de mi camino, Grayson —ordena.

No me muevo. Sigo mirándola a los ojos. Me planteo girarme y partirle la cara de imbécil al maldito Hertford, pero sé que con eso solo lograría complicar aún más las cosas. Aprieto los puños y me hago a un lado. Solo cuando ya se han ido, suelto todo el aire que estaba conteniendo y maldigo en voz alta. Esto no está saliendo como lo planeé. Espero poder arreglarlo a lo largo del día y mantener la cabeza fría para no perder los papeles.



Capítulo 40

Grayson

Puto Hertford. Lo odio. ¿Quién demonios va a una boda con traje negro y zapatos rojos? Es ridículo, y lo peor es que Sky no se da cuenta. Han estado pegados durante toda la ceremonia, y desde que llegamos a la finca donde se está celebrando el banquete y el baile no dejan de reírse juntos y bailar agarrados.

—Hermano, recuerda que me prometiste no crear problemas —dice Jude a mi lado. Estoy tan obcecado observando a la feliz parejita que ni siquiera me he dado cuenta de cuándo ha llegado.

—No he hecho nada —farfullo, y termino mi copa de licor en un par de tragos.

—Si te sirve de consuelo, solo son amigos.

Resoplo y me giro en su dirección.

—No demasiado. Ese hijo de perra no deja de manosearla y hablarle al oído. Me está poniendo enfermo.

Jude suelta una carcajada y le lanzo una mirada de advertencia.

—Lo siento. Estaba recordando aquella vez que llegaste al lago y obligaste a Sky a sentarse en tu regazo en plan hombre de las cavernas. Parece como si no hubieses aprendido nada.

Exhalo una gran bocanada y hundo los dedos en mi pelo.

—Todo ha cambiado. En ese momento yo ni siquiera sabía lo que sentía, me guiaba por impulsos.

—¿Y ahora no es así?

—Hertford aún conserva todos sus dientes, ¿no?

Vuelve a reír, y me doy cuenta de que no pierde de vista a su recién estrenada esposa. Se le ve muy feliz, y eso es genial. Se lo merece.

—Sé que te estás esforzando, Grayson. Sky…

—Si vas a volver a amenazarme con partirme las piernas si la lastimo, puedes ahorrarte la charla. —Inspiro hondo y busco su mirada—. La amo, Jude. Quiero hacerla feliz, a ella y a nuestros hijos. Diciéndote esto no pretendo que me ayudes, ni siquiera que me des tu bendición, solo quiero que te mantengas al margen y dejes que sea ella quien decida si soy merecedor de

una nueva oportunidad.

Jude se queda pensativo unos segundos y al fin asiente con la cabeza.

—Está bien, pero la amenaza sigue en pie.

—Lo tendré en cuenta —mascullo—. Por cierto, ¿qué tal con Margot y Kristen?

Suspira y se encoge de hombros.

—También lo están intentando. Me alegra que hayan venido. No quiero mirar atrás en unos años y arrepentirme de no haber compartido este día con las personas que quiero.

Lo sujeto por los hombros y esbozo una pequeña sonrisa.

—Te mereces todo lo bueno que pueda brindarte la vida, Jude. Sé que… —Respiro hondo—. Yo nunca he sido el tipo de persona que demuestra sus sentimientos. No me sale de manera natural. Lo que quiero decir es que… Te quiero. Me siento afortunado por haber terminado siendo tu hermano.

Sonríe de oreja a oreja y asiente.

—Sí que estás cambiando —susurra. Echa un vistazo sobre mi hombro y me sonríe—. ¿No vas a invitarla a bailar?

Me giro y la veo junto Hertford. Abby y Ron están con ellos.

—Te prometí no crear problemas. Tal vez lo intente más tarde.

—Como quieras, yo voy a recuperar a mi esposa antes de que su padre la canse demasiado en la pista de baile.

Dejo que se marche y sigo observando a Sky desde lejos con una nueva copa de licor entre mis manos. En cierto momento, Hertford empieza a bailar con Abby en sus brazos y no soy capaz de contenerme más. Antes de cometer una locura, decido dar media vuelta y marcharme. Abandono la carpa en la que están la mayoría de los invitados y deambulo por los jardines repletos de frutales y flores silvestres. El recuerdo de aquella excursión a la cima de la montaña con Sky me llena de nostalgia. Desearía volver allí, con ella, solo nosotros dos en mitad de la naturaleza. Volver a acampar en el prado junto al fuego en mitad de la noche, incluso visitar la cascada y dar paseos a pie. Tal vez jamás vuelva a vivir algo así. Me mata pensarlo. He pasado cinco años de mi vida intentando olvidar todos esos momentos, frustrándome cada vez que su rostro aparecía en mi cabeza y deseando borrarla de ahí, y ahora solo quiero conservar cada uno de esos instantes para siempre y, por qué no, también repetirlos.

Tras un buen rato ahogándome en alcohol y autocompasión, me planteo marcharme a casa. Está claro que no hago nada aquí, y si tengo que seguir presenciando cómo Hertford ocupa el lugar que me hubiese pertenecido de no haberme comportado como un jodido patán, es probable que acabe haciendo algo que conseguirá alejar a Sky aún más de mí.

Con la decisión tomada, paso por el baño antes de abandonar la fiesta. Uso el urinario, y me estoy lavando las manos cuando escucho unos jadeos que provienen del interior de uno de los cubículos. Sonrío y cabeceo. Algunos deciden terminar la fiesta de la mejor manera, supongo. Me seco las manos y estoy a punto de marcharme, sin embargo, la curiosidad me puede y echo un pequeño vistazo al hueco inferior que hay bajo la puerta cerrada. Frunzo el ceño al ver unos zapatos rojos asomarse.

—¿Hertford? —murmuro para mí. Está ahí dentro con una mujer. Ella… No, no puede ser. Se me cierra la garganta y siento una enorme presión en el centro del pecho. ¿Está con Sky? Ellos… Sin ni siquiera pensarlo, me acerco y empiezo a aporrear la madera con los puños—. ¡Hijo de puta! ¡Sal de ahí! ¡Sky! —No puedo soportarlo. ¿Por qué hace esto? Me detengo y respiro hondo para intentar tranquilizarme. Recuerdo sus palabras: «Cuando amas a alguien quieres su bienestar por encima del tuyo». ¿Esto es lo que desea? ¿Me estoy aferrando a ella mientras sus

sentimientos van en sentido contrario? Dejo que mi frente golpee la superficie de la puerta y un jadeo rasga mi garganta—. Está bien —digo con un hilo de voz—. Si es a él a quien quieres, yo me haré a un lado, pero necesito que me lo digas a la cara, Sky. Dime que no me amas como yo a ti y te dejaré en paz.

Espero unos segundos con el corazón latiendo con furia en el interior de mi pecho y escucho que el cierre de la puerta se desliza. Contengo el aliento y me preparo para ver una de las imágenes más grotescas de mi vida después de la muerte de mi familia. La puerta se abre y Hertford me mira frunciendo el ceño. Resopla. Tiene el pantalón desabrochado y la camisa por fuera.

—Me encantaría hacer que te retuerzas un poco más en tu propia miseria, Atwood. Sin embargo, con lo que acabas de decir has logrado ablandarme.

Lo miro confuso. ¿Qué demonios quiere decir con eso? Obtengo mi respuesta cuando Hertford abre un poco más la puerta y veo a mi hermana en el interior del cubículo, con el maquillaje corrido, el pelo revuelto y su vestido mal colocado.

Tardo unos segundos en asimilar lo que estoy presenciando, y entonces empiezo a reír a carcajadas. Intento detenerme, pero no soy capaz. ¡Me siento tan aliviado y feliz por haberme equivocado! Aún hay esperanza. Eso es, puedo recuperarla cuando creí que ya todo estaba perdido.

—No tiene gracia, Grayson. ¡Lárgate de aquí! —exclama mi hermana.

Respiro hondo y asiento sin poder dejar de sonreír.

—Sí, claro, por supuesto. —Los miro a uno y después al otro—. Hertford, ¿es muy raro que me alegre porque te estés tirando a mi hermana?

—¡Grayson! —grita de nuevo Kristen.

Suelto otra carcajada, y en un impulso, me abalanzo sobre él y le doy un abrazo.

—Hacéis buena pareja. Quiero ser el padrino de vuestro primer hijo. Adiós —digo ya desde la puerta.

Salgo de nuevo a la fiesta con ánimos completamente renovados. La estirada de mi hermana y Mark Hertford, ¿quién lo iba a decir? Tal vez esté siendo egoísta. Lo que más me alegra de todo esto es que sin Hertford en medio, me será mucho más sencillo acercarme a Sky, y eso es lo que pretendo en este preciso instante. La busco por la carpa. Está cerca de la barra de bebidas, agachada frente a Ron. Parece estar regañándolo. Tomo una respiración profunda y me dirijo a ellos.

—No puedes hacer eso. Quiero que os quedéis siempre donde pueda veros, ¿entendido?

Abby, a su lado, pone los ojos en blanco, haciéndome sonreír. Es tan fresca y natural… Me recuerda a Sky con cada uno de sus gestos. Ron resopla.

—Eso quiere decir que no te va a hacer caso —comenta Abby.

Sky le lanza una mirada de advertencia.

—Tu hermano no necesita subtítulos, listilla. Lo mismo va para ti. No quiero tener que volver a buscaros. Si os alejáis, juro que nos marcharemos a casa de inmediato. ¿Lo habéis entendido o tengo que ser más clara?

Ambos asienten con gesto resignado y, tras recibir el permiso de su madre, se marchan corriendo. Sky se incorpora y resopla con fuerza. Me acerco despacio por detrás e inhalo el aroma de su pelo antes de pegar mi boca a su oreja.

—Me excita que te pongas en plan mandona —susurro.

Como ya esperaba, enseguida se aparta y da media vuelta para fulminarme con la mirada.

—Ese comentario está totalmente fuera de lugar —sisea.

Esbozo una sonrisa ladeada y asiento.

—Cierto, el lugar no es el apropiado. ¿Qué te parece si buscamos un poco de intimidad? —Rueda los ojos y me río al recordar que hace solo un instante era Abby la que estaba haciendo eso mismo—. Está bien. Nada de sexo sucio en un baño público. Eso ya está muy visto y hay *overbooking*. ¿Podemos al menos bailar?

—No —responde tajante.

Frunzo el ceño y me acerco más a ella. Busco su mirada.

—Tienes dos opciones, bailas o te beso. Tú decides.

—¡¿Qué?! No puedes… —Me acerco unos centímetros más, y por un segundo casi creo que se lo está pensando. «Oh, deja que te ayude a tomar una decisión, cariño».



Capítulo 41

Grayson

Estoy a punto de abalanzarme sobre ella cuando me aparta de un empujón.

—¡Está bien! ¡Un baile!

Sonrío, aunque me siento algo decepcionado. Deseo con todas mis fuerzas volver a probar sus labios.

—Bien, baile entonces. —Antes de que pueda decir nada, la cojo de la mano y tiro de ella hacia la improvisada pista. La sujeto por la cintura, y al ver que no piensa mover los brazos, yo mismo los agarro con un resoplido y los coloco sobre mis hombros—. Has escogido esto. Se supone que debes colaborar —murmuro mientras la muevo lento de un lado a otro.

—Yo no he escogido nada. Me has obligado a bailar contigo, ¿recuerdas?

—Creo que la palabra obligar es demasiado dura. Solo extendí una invitación que no fuiste capaz de rechazar, aunque me pareció que dudabas. ¿Es así?

—En tus sueños, idiota —farfulla.

Sonrío de nuevo y la atraigo más hacia mi cuerpo. Necesito sentirla cerca, y más aún después del susto de hace un rato. Por un momento llegué a pensar que la había perdido para siempre.

—En mis sueños hago cosas mucho más agradables que besarte, muñeca —susurro contra la piel de su cuello.

Siento cómo su cuerpo tiembla bajo mis manos. Señor, ¿cómo pude siquiera plantearme que esta mujer no me ama? Sus gestos, la forma en la que aprieta los labios, estoy seguro que para contener un gemido cuando muerdo el lóbulo de su oreja, su respiración agitada, el corazón furioso latiendo contra el mío… Cada poro de su piel me está gritando que quiere esto, que me quiere a mí, y no voy a negarle lo que desea. Inspiro hondo y aparto mi rostro de su cuello. Deslizo la mano por su costado hasta llegar a su rostro y abarco su mejilla con la palma.

—Grayson, no —susurra, pero no se aleja ni me detiene cuando poso mis labios sobre los suyos y le doy un beso dulce y rápido.

—Dime que lo estoy haciendo bien —susurro contra su boca—. Quiero hacerlo bien, Sky.

Exhala una gran bocanada que golpea mi rostro y me bebo su aliento. Este es el momento.

Puedo notar sus dudas. Se está rindiendo, lo sé. Tal vez, si presiono un poco más…

—¡Mamá! ¡Mamá! —Sky me aparta de un empujón y resoplo con fuerza.

—Ron, hijo, espero que sea importante —murmuro para mí entre dientes.

El chico llega corriendo hasta nosotros con cara de terror y empiezo a preocuparme.

—¿Qué pasa? —le pregunta Sky.

—Abby. Ella… —Se atraganta con sus propias palabras y se mueve de un lado a otro muy nervioso—. Nos alejamos y llegó un hombre. Dijo que era tu amigo.

—¿Qué hombre? —inquiero, agachándome para quedar a su altura.

—¡No lo sé! Estábamos jugando. Él nos dijo que fuésemos con él. No quisimos y entonces agarró a Abby y se la llevó.

—¡¿A dónde?! —grita Sky con desesperación—. ¿¡Dónde está tu hermana?!

—¡Se la llevó al *aparcador*!

—¿Al qué?

Sky me mira y abre mucho los ojos.

—¡El aparcamiento! —Sale corriendo y yo tras ella.

Escucho que alguien me sigue. No me giro para saber quién es. Solo sigo dando zancadas enormes. Adelanto a Sky y corro aún más rápido hasta llegar al aparcamiento. Miro a un lado y a otro sin apenas aliento.

—¡¿Dónde está?! —escucho a Jude a mi espalda, y niego con la cabeza.

Entonces lo veo, una camioneta blanca está estacionada al fondo. Estrecho la mirada y puedo notar que se mueve. Hay alguien en su interior. Echo a correr de nuevo. Recorro los metros que me faltan casi volando, y al llegar al vehículo consigo ver a Abby en la parte trasera forcejeando con alguien que está de espaldas. Es un hombre.

Abro la puerta de un tirón justo cuando mi hija consigue morderle una mano a su agresor. Escucho un grito y me apresuro a agarrar al tipo y tirar de él para sacarlo del coche. En cuanto cae al suelo, mi ira va a en aumento al reconocer a Alan. Aún tiene la cara amoratada por la última paliza que le di. Bien. Cuando acabe con él no se podrá reconocer frente al espejo. Abby salta del vehículo, y veo que justo en ese instante llega Sky y la coge en brazos. Ambas están aterradas y llorando. Dirijo de nuevo la vista a Alan. Empieza a levantarse entre quejidos y clava su mirada en la mía. Intenta salir corriendo, pero lo sujeto con fuerza por el cuello y lo empujo contra la camioneta.

—Grayson, no iba a lastimarla. Solo necesito algo de dinero. Te juro que no la he tocado.

Ni siquiera lo escucho. Lo golpeo una y otra y otra vez hasta que noto que mis nudillos desollados empiezan a sangrar, y, aun así, sigo sin detenerme. Este hijo de puta ha estado a punto de secuestrar a mi pequeña. No pararé hasta que esté muerto. Siento unas manos sujetándome por detrás y alguien grita mi nombre.

—¡Grayson! ¡Grayson, para! ¡Vas a matarlo! —es Sky. ¿Qué hace? ¿Por qué intenta apartarme de este cabronazo?—. Grayson, por favor.

Vuelve a tirar de mí y estoy a punto de revolverme y soltar el codo hacia atrás, pero en solo una milésima de segundo soy consciente de que, si lo hago, es probable que la lastime. Me quedo con el puño levantado frente al amasijo de carne y piel ensangrentada en la que se ha convertido el rostro de Alan y siento que Sky me rodea. Enseguida la veo. Su precioso rostro a escasos centímetros del mío y sus manos en mis mejillas.

—Deja que lo mate —siseo sin aliento y con mi pecho subiendo y bajando con violencia por el esfuerzo.

—No merece la pena. —Tira de mi rostro hacia abajo y clava su mirada en la mía—. No te

conviertas en tu padre, Grayson. Tú no eres así.

Suelto una enorme bocanada de aire y trago saliva con fuerza. Bajo el puño y sujeto a Alan, que apenas se mueve, por el cuello de la camisa con ambas manos.

—Si vuelves a acercarte a mis hijos… ¡Hey! —grito para espabilarlo un poco. Abre uno de sus ojos, el que aún no se ha hinchado del todo, y cabecea de manera afirmativa—. Te estoy perdonando la vida, maldito hijo de puta. No seré tan benévolo si me entero de que has lastimado a mi hija. —Lo empujo con fuerza y cae al suelo gimiendo de dolor.

—¡Llamad a la Policía! —grita Jude.

Me giro, aún con la respiración acelerada, y busco a Sky. Vuelve a tener a Abby en brazos y Ron está pegado a su costado. Camino hacia ellos y alzo a mi hijo antes de abrazar a su madre y a su hermana. Nunca en toda mi vida he sentido tanto miedo. Me aparto y compruebo que Abby esté bien.

—Le he mordido —dice la pequeña, sorbiendo por la nariz—. Quería dejarme encerrada en la parte de atrás del coche, pero intenté escapar, y entonces quiso atarme y lo mordí.

—Has sido muy valiente —susurro, acariciando su mejilla con suavidad.

—Lo siento, mamá. No debí alejarme. Le dije a Ron que viniese conmigo y…

—Eso ya no importa, mi vida —masculla Sky, besándola en la frente—. ¿Estás bien? ¿Te hizo daño? —La pequeña niega con la cabeza—. Nos vamos a casa.

—Mamá, ¿por qué el vendedor dice que somos sus hijos? —Giro la cabeza y compruebo que Ron me está mirado con fijeza. Aún sigue en mis brazos.

Sky suspira y busca mi mirada.

—Hablaremos de eso en casa, chicos. Vamos.

Dejo al pequeño en el suelo y, tras recibir una mirada que no soy capaz de descifrar por parte de Sky, los tres se alejan. Resoplo y echo un nuevo vistazo a Alan. No se ha movido. Bien, así se quedará hasta que llegue la Policía. Voy a asegurarme de que lo encierren y tiren la jodida llave al fondo del mar.

—¿Estás bien, hermano? —pregunta Jude, palmeando mi hombro.

—Sí, solo preocupado. —Desvío la mirada hacia la camioneta que está cruzando el aparcamiento, es la de Hertford, pero quien conduce es Sky—. Creo que la he cagado de nuevo.



Capítulo 42

Sky

Apago la luz de la habitación de Abby y dejo la puerta entreabierta tras asegurarme de que ambos se han quedado dormidos. Mi pequeña seguía muy inquieta y quiso que su hermano se quedara con ella esta noche. Si por mí fuese, los metería a ambos en mi cama y no me separaría de ellos en toda la noche, sin embargo, sé que actuando de ese modo solo lograré asustarlos aún más. Debo actuar con normalidad a pesar de todo.

Me dirijo a la sala de estar y me dejo caer en el sofá con un resoplido. Mamá aparece enseguida y, tras tenderme una taza de café, toma asiento a mi lado. Le agradezco el gesto con una sonrisa tensa. Las cosas entre nosotras aún no se han arreglado del todo, a veces pienso que nunca volverán a ser como antes. Me contó lo que sucedió, y en parte puedo entenderla, sin embargo, sigo pensando que todos se comportaron de una manera demasiado egoísta.

Mamá y Leonard tuvieron una especie de romance pasajero. Ella creía estar enamorada y él… Bueno, para entonces ya estaba casado y tenía una hija pequeña. No duraron juntos demasiado. Un par de meses después ella supo que estaba embarazada. Leonard estaba en San Francisco y, en ese momento, papá… Ronald le confesó a mi madre que llevaba años enamorado de ella. Eran amigos, trabajaban juntos y él estaba al tanto de lo que ocurrió con Leonard. Decidieron darse una oportunidad y mamá descubrió lo que era el verdadero amor a su lado. Cuando Leonard regresó a Clearstone, yo estaba a punto de nacer. Hablaron y ella le pidió que no se entrometiera en su relación con Ronald, que él se haría cargo de ambas y nos convertiríamos en una familia. Tomaron la decisión de no decir nada a nadie. Ante todos, yo era hija de Ronald Archer.

Puedo entender la postura de los tres. Leonard tenía una familia que conservar, mamá una relación en la que lo estaba entregando todo y Ronald… Bueno, él me amaba incluso antes de que llegara al mundo. Eso fue lo que mamá me dijo. Fue una solución sencilla, sin embargo, después de todo lo que yo tuve que vivir… Leonard no pudo evitar sentir cierta debilidad por mí, y eso dio pie a todos los rumores y cotilleos entre la gente del pueblo. Solo uno de ellos tenía que haber dicho la verdad y tal vez ahora mi vida sería muy distinta. No los culpo por mi fallida relación con Grayson, fue él quien no quiso creerme, pero todo lo demás… Eso podría haberse

evitado.

—¿Se han dormido ya? —pregunta mamá, sacándome de mis pensamientos. Le doy un trago a la taza de café y asiento—. ¿Qué les has contado de Grayson? Estaban muy insistentes con ese tema.

Inspiro hondo y clavo mi mirada en la suya.

—La verdad, mamá. Sería muy hipócrita por mi parte mentirles cuando no he hecho otra cosa que reclamarte que no hayas sido sincera conmigo. —Agacha la mirada y resoplo, cogiendo su mano y dándole un leve apretón—. Lo siento, no pretendía hacerte sentir mal. Estoy agotada. Ha sido una conversación muy intensa.

—¿Cómo se lo han tomado?

—Bien, supongo. Según ellos, quieren conocer al «vendedor».

—¿Vas a permitirlo? Creí que no querías que Grayson formara parte de sus vidas.

—Y no quiero, pero ahora ya no es mi decisión. Intentaré protegerlos, haré cualquier cosa para que no sufran, sin embargo, si ellos desean conocer a su padre, no puedo impedirlo. Si lo hago, lo más probable es que en unos años me odien por ello.

—Entonces…

—No lo sé. Mañana hablaré con Grayson, le contaré lo que sucede y no me quedará más remedio que llegar a un acuerdo con él.

—Cielo, sé que no quieres escuchar esto, pero noto a Grayson muy cambiado. Viste cómo actuó hoy. Estaba aterrado y desquiciado al pensar que ese hombre podría hacerle daño a Abby. Tal vez…

—Lo sé —digo cortante.

No necesito que me lo recuerde. Tengo la imagen de Grayson golpeando a Alan casi hasta la muerte clavada en mi memoria. Cuando nos abrazó a los tres… Hacía mucho tiempo que no me sentía tan segura y arropada. Suspiro y me pongo en pie. Aún sigo llevando el vestido que usé en la boda. Con todo lo que ha pasado, no he tenido tiempo para cambiarme.

—Ve a descansar, cielo. Un baño caliente y a la cama. Mañana lo verás todo desde otra perspectiva.

—Sí, justo eso voy a hacer. —Señalo la taza de café de la que apenas he probado un par de sorbos—. Gracias por esto, pero si me lo tomo no conseguiré dormir en toda la noche.

Mamá asiente y me despido alzando la mano antes de abandonar la sala de estar. Me dirijo a la cocina, y tras dejar la taza en el interior del fregadero, me giro y veo sobre la encimera un puñado de cartas. Esta mañana estaba tan apresurada por todo lo de la boda que no tuve tiempo de comprobar el correo. Mi primera opción es dejarlo para el día siguiente, sin embargo, el sello del bufete de abogados de los Atwood en uno de los sobres llama mi atención. Con el ceño fruncido, me acerco y abro la carta. La leo hasta el final y arrugo el papel en el puño.

—¡Hijo de puta! —exclamo en voz alta.

En cuestión de segundos, mamá aparece en la cocina con gesto preocupado.

—¿Qué ocurre ahora? —inquiere.

—¡¿Que está cambiando?! ¡Mira esto! —Le tiendo la hoja de papel arrugada y espero a que lo lea—. Ha solicitado una prueba de ADN para los niños. Quiere que le demuestre que son suyos.

—Hija, no creo que… Tiene que haber un error.

—¡Por supuesto que hay un error! El error es haber llegado a pensar que Grayson Atwood puede dejar atrás sus mierdas y confiar en alguien que no sea él mismo.

Bufo y mamá se me queda mirando con gesto serio.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Lo pienso durante unos segundos y le arrebato el papel de las manos.

—Solucionar esta mierda, eso es lo que voy a hacer. Grayson va a tener que darme muchas explicaciones y no esperaré a mañana. ¿Puedes vigilar a los niños? —Asiente y me pongo en marcha. Cojo las llaves de mi camioneta y salgo de casa como alma que lleva el diablo.

Cuando llego a la villa ya son casi las dos de la madrugada. Detengo la camioneta frente a la cochera y compruebo que las luces de la mansión están todas apagadas. No quiero despertar a todos y crear un conflicto aún mayor con Kristen y su madre. Si al menos hubiese traído mi teléfono podría llamar a Grayson, pero ni siquiera me acordé.

Rodeo la casa y me dirijo a la zona de la piscina. Estoy dispuesta a lanzar piedras en su ventana hasta que se despierte. Ya una vez, hace cinco años, rompí uno de los cristales, ahora me planteo hacerlo de nuevo, aunque con más fuerza. Tal vez siga lanzando piedras cuando salga. Con un poco de suerte, le doy de lleno en la cabeza y deja de actuar como un jodido imbécil.

Me quedo de pie frente a la fachada y miro hacia arriba. El balcón de su dormitorio, ese es mi objetivo. Inspiro hondo y empiezo a buscar algo que pueda lanzar hacia allí. Encuentro una piedra del tamaño de una pelota de tenis.

—¿Estás pensando en volver a cargarte la ventana?

Lo escucho a mi espalda y me giro, aún con la piedra en la mano. Está sentado al borde de la piscina. Hoy el cielo está de un azul tan claro que, a pesar de que la luna casi no sea visible, hay suficiente iluminación como para que pueda verlo a la perfección. Sin pensarlo demasiado, le lanzo la piedra con todas mis fuerzas. Grayson la esquiva por poco y cae en la piscina.

—Hijo de puta —siseo.

—¿A qué viene esto? —Se pone en pie de un salto con el ceño fruncido—. Si estás cabreada por lo que dije antes… —Resopla, hundiendo los dedos en su pelo—. Se me escapó, ¿vale? No fue algo intencionado.

—¿Tampoco fue intencionado esto? —Le tiro a la cara la bola de papel. Esta vez le doy y tiene que agacharse para recogerlo del suelo—. Explícame a qué mierda estás jugando, Grayson. —Arruga más el entrecejo mientras lee la carta y después resopla con fuerza—. ¿Necesitas pruebas? ¿Quieres que te demuestre que Abby y Ron son tus hijos?

—¡¿Qué?! ¡Claro que no! ¿Crees que esto es cosa mía?

—¡¿De quién si no?! ¡Eres tú el que no confía en nadie! ¿Qué es lo que tu enferma cabeza está maquinando ahora? ¿Piensas que pretendo aprovecharme de ti haciéndote creer que son tuyos?

—¡No! —Intenta acercarse, pero lo detengo alzando un brazo entre ambos. Estoy furiosa y harta de toda esta mierda—. Sky, ¿puedes calmarte un poco y dejar que me explique?

—¿Para qué? ¿Qué vas a decir? Los hechos hablan por sí solos. Sigues pensando que soy una especie de cazadora que aprovecha cualquier oportunidad para manipular a los hombres a mi antojo. ¡Maldita sea, Grayson! ¡Yo no te pedí que volvieras a mi vida! ¡He hecho todo lo que he podido para que te mantuvieras alejado! ¡¿Qué más quieres de mí?!

—¡Que razones, joder! —No puedo evitar que se acerque esta vez, me sujeta por el rostro y, aunque intento empujarlo, no se mueve ni un centímetro—. Mírame, Sky. Yo no he hecho nada.

—¡Suéltame! —grito forcejeando.

—Esto es cosa de los abogados. ¡No lo he pedido yo!

—¡Que me sueltes! —Vuelvo a empujarlo, y esta vez consigo sacármelo de encima. Grayson retrocede un par de pasos, veo cómo tropieza de espaldas y antes de que pueda reaccionar ya ha caído a la piscina.



Capítulo 43

Grayson

Emerjo tosiendo y escupiendo agua. Enseguida noto como mi corazón se acelera y me cuesta respirar. No quiero estar aquí. Son demasiados malos recuerdos. Soy consciente de que no va a pasarme nada, toco el fondo de la piscina con los pies y no hay ningún tipo de peligro, sin embargo, ese pánico irracional sigue ahí, presionando mi pecho y amenazando con cerrar mi garganta.

—¡Grayson! ¡Grayson! —Escucho un chapoteo y después unas manos que me sujetan el rostro. Es ella, Sky. ¿Ha venido a por mí?—. Grayson, ¿estás bien? —dice con tono preocupado—. Ven conmigo. Voy a sacarte de aquí.

Trago saliva con fuerza e inspiro hondo por la nariz. Sky intenta arrastrarme hacia el borde tirando de mi mano, pero no se lo permito.

—No —susurro con un hilo de voz.

—¿Qué dices? —Se acerca de nuevo y pone la mano que le queda libre sobre mi hombro. La otra la sigo sujetando yo—. Estás temblando. Salgamos del agua.

Vuelvo a negar y tomo una nueva respiración profunda.

—No quiero. Necesito… —Hago una pausa. El temblor en mi mandíbula no me deja hablar—. Quiero superar esta mierda.

Siento su mano en mi rostro y sus ojos se clavan en los míos.

—No tienes que hacerlo así. Hay otras maneras.

—Esta es la manera. ¿No lo entiendes? —Mis ojos me pican y soy incapaz de contener el llanto—. Necesito poder dejar atrás todos mis miedos e inseguridades. Quiero ser mejor para ti y para nuestros hijos. —La sujeto por la cintura y tiro de ella hacia mi cuerpo—. Quiero poder pasar una tarde en el lago o en la playa con Ron y Abby, meterme con ellos en el agua sin que el mundo se me venga encima. Necesito que tú entiendas que haré cualquier cosa por vosotros, lo que sea.

—Grayson…

—¡No, escúchame! —Trago saliva con fuerza y dejo que las lágrimas sigan rodando por mis

mejillas—. Te amo, Sky. Deseo una vida contigo, pasar juntos el resto de nuestros días. Sé que no soy un hombre fácil, que la mochila que cargo a mi espalda puede ser demasiado pesada para cualquiera, pero aun así te pido… No, te suplico que me dejes demostrarte que juntos somos mejores.

Puedo notar la duda en su expresión, en la postura de su cuerpo, incluso en la forma en la que aparta la mirada. No dejo que lo haga. Tiro de su barbilla hacia arriba y clavo mis ojos en los suyos.

—No puedo volver a pasar por eso —susurra.

—No ocurrirá. Créeme, he aprendido de mis errores.

—Eso dices, pero nada me garantiza que, dentro de una semana, un mes o un año no vuelvas a asustarte y decidas que yo soy la culpable de lo que sea que se te ocurra en mi contra.

—Sky, por favor… —Niega con la cabeza, y antes de que pueda seguir reafirmando su postura, tomo una decisión que puede cambiarlo todo para mejor o para peor. Me abalanzo sobre su boca y la aprieto con fuerza contra mí. Al principio no reacciona, aunque enseguida noto que sus labios se abren para darme paso. Gruño desde el fondo de mi garganta y profundizo el beso. Paladeo su sabor en mi lengua, dejo que mis manos recorran sus costados y después sus pechos. Sky gime cuando muerdo su cuello—. Eso es, muñeca —susurro. Dirijo mi mano a la unión de sus muslos. Su vestido y el hecho de estar sumergidos en el agua me da un acceso fácil a su ropa interior. La aparto despacio y hundo mis dedos en su sexo.

—Grayson —gime mi nombre y mordisqueo sus hombros y su clavícula mientras sigo hurgando entre sus pliegues, masajeando esa zona tan sensible que hace que ella eche la cabeza hacia atrás y suelte un grito liberador.

Cuando deja de temblar, la atraigo para que rodee mi cintura con sus piernas y camino despacio hacia el borde de la piscina. No puedo ni quiero pensar en el lugar en el que estoy. Debo superarlo de una maldita vez y no me imagino una mejor forma de hacerlo que con ella. Su espalda pega contra el borde y la miro a los ojos mientras desabrocho mi cinturón y bajo mis pantalones lo suficiente para liberar mi erección.

—Dime ahora que nos estamos hechos el uno para el otro —susurro, adentrándome en su interior centímetro a centímetro.

¡Dios santo! No recordaba lo bueno que era esto. Me veo obligado a tensar la mandíbula y bloquear el placer para no correrme antes de tiempo. Es la sensación más maravillosa que he sentido jamás. Definitivamente, soy un idiota. Yo tuve esto, era mío y lo perdí.

—Cállate —murmura justo antes de morder mi labio inferior.

Gruño de nuevo contra su boca y empiezo a moverme dentro y fuera de ella, cada vez más rápido y con más ímpetu. Sky se aferra a mi cuello y tira del pelo de mi nuca mientras golpeo una y otra vez con las caderas hasta que ambos alcanzamos el orgasmo.

Agotado y sin aliento, beso la piel que deja al descubierto su escote y levanto la vista. Mi sonrisa muere en el instante en que compruebo la profunda tristeza que se esconde tras su mirada.

—Sky, cariño… —Intento tocar su rostro, pero se aparta negando con la cabeza.

—Déjame, por favor. —Antes de que pueda evitarlo, me empuja y sale de la piscina.

Me apresuro en abrocharme el pantalón antes de seguirla. Pretende irse, pero no voy a dejar que huya ahora.

—Espera, espera. —La sujeto por el brazo y la obligo a mirarme—. ¿Qué pasa? ¿Por qué te vas?

Sorbe por la nariz y vuelve a cabecear negando.

—Vine a preguntarte sobre lo de las pruebas de ADN y ya me has dado una respuesta. Si no fuiste tú quien las solicitó, hablaré con los abogados y…

—Ni siquiera lo pienses —siseo, enmarcando su rostro con ambas manos—. No vas a actuar como si no hubiese pasado nada, Sky. No lo permitiré.

—Es que no ha pasado nada. Fue un error, un momento de…

—¡Mientes! Admite de una jodida vez que sigues amándome. Yo lo sé y tú también. ¿Por qué lo niegas?

Inspira hondo y clava su mirada en la mía.

—Nunca lo he hecho —masculla.

—Entonces, ¿por qué estamos en esta situación? ¿Por qué huyes de mí?

—Porque vas a destrozarme de nuevo, y eso es algo que no… —Se le corta la voz y se muerde el labio inferior para contener un sollozo—. No puedo, Grayson.

—Sí que puedes. —Sujeto su cintura con ambas manos y la acerco un poco más—. Solo dame una oportunidad. No te estoy pidiendo que te lances a la piscina. Yo lo haré por ti, lo haré todo. Iremos a tu ritmo. Sky, por favor. No nos obligues a vivir una vida de mierda separados cuando podemos estar juntos y felices. Te lo suplico.

La duda de nuevo bailando en su mirada. Un poco más. Solo tengo que seguir un poco y…

—Una sola oportunidad —dice con un resoplido.

Abro mucho los ojos por la sorpresa. ¿Acaba de decir? No puede ser. Esbozo una enorme sonrisa.

—¡Sí! —grito pletórico—. ¡Sí! ¡Sí! Una oportunidad, no necesito más.

—Grayson, si la cagas de nuevo… —Me señala con el dedo índice y niego con la cabeza.

—No va a pasar. Haré todo lo que me pidas. Seré el mejor jodido marido y padre que existe en el mundo.

—¿Marido? —inquiere, frunciendo el ceño.

Sonrío y la atraigo de nuevo hacia mi cuerpo.

—Bueno, de eso ya hablaremos, ¿no?

—No te equivoques. Estás a prueba, y pienso tomarme al pie de la letra lo de ir a mi ritmo. Yo marco las pautas. Nada de presión.

—Está bien, está bien. —Sonrío de nuevo y aparto un mechón de pelo de su rostro—. ¿Puedo besarte ya?

—¿Desde cuándo me pides permiso para besa…? —Antes de que pueda terminar la frase mis labios ya están sobre los suyos.

Cuando ambos estamos sin aliento, separamos nuestras bocas y apoyo mi frente en la suya.

—Te amo tanto… No voy a dejarte escapar de nuevo —susurro.

Las manos de Sky bailan por mi cintura y esboza una sonrisa que consigue ponerme duro en cuestión de segundos.

—Dime que hay algún lugar cercano donde pueda desnudarte —dice contra mis labios.

Sonrío al recordar que esa fue la frase que yo usé la primera vez que aceptó acostarse conmigo. Justo después, Sky me llevó a la casa de invitados. En ese momento no podría imaginar que la mujer que me volvía loco de deseo estaba a punto de convertirse en el amor de mi vida. Ni mis demonios, ni los malentendidos, el tiempo o la distancia pudieron apagar lo que sentimos. Cinco años, cinco jodidos años de ausencia que voy a tener que recuperar. La compensaré por todos mis errores. Yo, Grayson Atwood, en esta noche de cielo azul, prometo pasar el resto de mi vida tratando de hacer feliz a esta maravillosa e increíble mujer que tengo la suerte de amar.

FIN



Epílogo 1

Sky

Un año después

Me río de la cara que pone Ron cuando sale del agua después de que haya sido lanzado por su padre a la piscina. Abby aplaude en el borde, y cuando se da cuenta de las intenciones de Grayson ya es demasiado tarde. Intenta escapar, pero él la persigue y se tira con ella en brazos. Caroline se queja cuando el agua la salpica y enseguida tiene a su alrededor a Jude. Mi amiga está aprovechándose de su embarazo todo lo que puede y tiene a mi pobre hermanastro atento a cada una de sus necesidades.

—¡Chicos, salid ya de la piscina! —grito.

Los niños empiezan a quejarse, pero Grayson los agarra en un brazo cada uno y los arrastra hacia el borde. Mientras lo veo venir hacia mí, vestido solo con un bañador y empapado de pies a cabeza, no puedo evitar pensar en lo mucho que ha cambiado mi vida en este último año. Grayson cumplió su promesa, se ha desvivido por demostrarme que quiere dejar atrás sus miedos e inseguridades. Prueba de ello son estas tardes de piscina en la villa que él mismo se encarga de organizar. Jamás imaginé que Grayson se metiera en el agua por su propia voluntad. Sé que fue difícil al principio. Cada noche tenía pesadillas en las que revivía lo que ocurrió en el pasado con su familia. Al menos, eso fue algo que cambió desde el primer momento cuando decidí darle una oportunidad a lo nuestro. Nada de secretos. Cada vez que le vienen esos recuerdos dolorosos, se abre conmigo y me cuenta cómo se siente.

Se supone que no vivimos juntos. Después de que me convenció para que aceptara la herencia de Leonard, sugirió que nos mudáramos juntos a la mansión, pero me negué. Era demasiado pronto. No estaba lista para algo así. No obstante, él siguió apareciendo por mi casa a la hora de cenar, quedándose a compartir ese rato y, al principio, a dormir solo los fines de semana. Poco a poco, esos dos días se convirtieron en tres y después en cuatro, dejaba un par de mudas de ropa en casa, un cepillo de dientes, hasta que he terminado con mi vestidor abarrotado y trastos suyos por todos lados.

—¿No quieres bañarte? —pregunta sonriendo tras sentarse a mi lado.

Niego y él mueve la cabeza de un lado a otro para salpicarme.

—Eres idiota —digo en broma.

—Cierto, pero me amas así. —Me da un beso rápido y me quedo callada.

Esa es otra. Ni una sola vez he dicho en voz alta que lo amo. Él no me presiona y me lo repite cada día, lo dice por los dos. No sé qué es lo que me frena. Pensar en volver a abrirme a él de esa manera es aterrador, como dar un paso hacia el borde de un desfiladero. En cualquier momento puedo resbalar y caer al vacío.

Abby no tarda ni un minuto en sentarse en el regazo de su padre. Aunque Grayson mima y quiere a los dos por igual, es más que patente que ella lo tiene comiendo de su mano. Lo manipula a su antojo, y lo peor es que Grayson se lo consiente y disfruta de ello.

—Papi, ¿podemos bañarnos un ratito más?

Pongo los ojos en blanco por la forma en la que la pequeña diablilla sonríe enseñando los dientes. Grayson me mira a mí y niego con la cabeza.

—Princesa, ya se hace tarde. Hay que cambiarse para la cena.

—Pero solo un poquito. Me tiro y vuelvo. —Coloca sus manos juntas y lo mira suplicante.

Resoplo al darme cuenta de que ya ha conseguido convencerlo.

—Una vez y vuelves.

—¿Yo también? —pregunta Ron.

—Una vez, y que no tenga que ir a buscaros.

Los mellizos salen corriendo y se lanzan a la piscina de inmediato.

—Eres un blando —comento, hundiendo los dedos en su cabello húmedo.

—Lo sé. —Hace una mueca con los labios y se encoge de hombros—. Lo intento, pero me cuesta imponerme.

Sonrío, negando con la cabeza, y al mirar sobre su hombro veo a Margot y a Kristen acercarse. Ambas arrastran sus maletas.

—Ya están aquí —susurro.

Grayson se gira a medias y suspira.

—Solo serán un par de días. ¿Podrás soportarlo?

Asiento, aunque no demasiado convencida. Con Kristen las cosas son más sencillas. Justo después de aceptar la herencia de Leonard, hablé con ella y llegamos a un acuerdo. Aunque sobre el papel el cincuenta por cierto de todo sea mío, ella sigue dirigiendo Atwood Enterprises y cualquier miembro de la familia puede hacer uso de las propiedades y las cuentas bancarias. Jude y Grayson se encargan juntos de Atwood Adventure, eso es lo único en lo que ella no está implicada. No obstante, mi relación con Margot no es demasiado buena. Hace unos meses le dijo a Grayson que quería formar parte de la vida de sus nietos y me costó aceptarlo. Temo que pueda hacerles daño como me lo hizo a mí.

—Mientras no lastime a nuestros pequeños, todo irá bien —murmuro.

Grayson sujeta mi rostro con sus manos y me mira a los ojos.

—¿Crees que yo permitiré que eso suceda? Si tuviese la menor duda de sus buenas intenciones, jamás dejaría que se acercara a ellos.

Respiro hondo y asiento. Le creo. La profundidad de ese pensamiento cae sobre mí como un cubo de agua fría. Le creo. Prometió que se encargaría de que Alan pasara el resto de su vida en la cárcel y así ha sido. Lo condenaron a veinticinco años de prisión por estafa, malversación de fondos e intento de secuestro. Lo último que supimos de él es que lo habían agredido en la cárcel y lo dejaron completamente desfigurado. Perdió su rostro perfecto. No tengo ninguna duda de que Grayson daría su propia vida por mí y los niños. Ha cumplido todas sus promesas, no duda

de nada de lo que digo. Él… Confía en mí. ¡Maldita sea, le creo! Sonrío de oreja a oreja y acaricio su rostro con suavidad.

—Te amo, Grayson —susurro.

Abre mucho los ojos y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Espera, ¿qué acabas de decir?

Me río y lo golpeo despacio en el brazo.

—He dicho que te amo, idiota.

—¿Sabes cuánto he esperado este momento? Me imaginaba una cena romántica a la luz de las velas, bajo un manto de estrellas o algo así.

Suelto una carcajada.

—Ahora resulta que te has convertido en un romántico —canturreo—. Oh, bebé. —Le pinzo las mejillas con los dedos y me gano un pellizco en costado.

—A veces te odio, ¿lo sabes? —masculla antes de besarme.

—Pero me amas más.

—Eso es cierto. Además… —echa un vistazo a mi escote y esboza su habitual sonrisa traviesa—, no creo que encuentre a otra con mejores tetas.

Golpeo su hombro y suelto una carcajada. Me da otro beso y ambos nos ponemos en pie cuando Margot y Kristen llegan a nuestro lado. Mientras Caroline y Jude las saludan, me aprieto al costado de Grayson y él rodea mis hombros con su brazo.

—Por cierto, creo que mi casa ya se nos está quedando pequeña —comento en voz baja, para que solo él pueda escucharme—. Supongo que podríamos mudarnos aquí.

Sonríe de oreja a oreja y niega con la cabeza.

—No sé qué te pasa hoy, muñeca, pero pienso aprovecharme de tu buen humor.

—¿A qué te refieres?

Acerca su boca a mi oído de forma disimulada.

—Tengo un precioso anillo guardado en una caja desde hace meses —susurra. Me aparto de forma brusca y busco su mirada. ¿Habla de…? ¡Oh, Señor! Esto va en serio. Me mira expectante y trago saliva con fuerza—. ¿Qué me dices, muñeca?

—Sí —contesto sin pensar.



Epílogo 2

Grayson

Doce años después

Inspiro hondo antes de tocar a la puerta. Enseguida escucho la voz de mi hija dándome permiso para entrar. Lo hago y compruebo que está tirada sobre su cama con un montón de libros abiertos a su alrededor.

—Se supone que estamos de vacaciones. ¿En serio has cargado con todos esos libros hasta aquí arriba?

—Yo no tengo la culpa de que mamá y tú os empeñéis en arrastrarnos a la cima de una montaña cada vez que os da la gana —masculla, encogiéndose de hombros.

Me resulta extraño su comentario. Abby adora subir a la cima de la montaña. Desde que Sky cumplió su sueño de abrir el hotel aprovecha cada oportunidad para quedarse aquí. Resoplo y aparto alguno de los libros para sentarme al borde de la cama. Esa es una de las razones por las que hemos decidido pasar unos días aquí. Abby lleva varias semanas muy irascible. Siempre ha sido una niña sonriente y feliz, y últimamente está cambiando.

—Princesa, ¿vas a decirme qué te ocurre? Estamos preocupados por ti. Tu madre ya empieza a pensar que te has metido en una secta o algo peor.

Consigo hacerla sonreír un poco y aprovecho para buscar su mirada. No pienso marcharme hasta que me cuente qué es lo que le sucede.

—Si te lo cuento… —Chasquea la lengua y sacude la cabeza—. Da igual.

—No da igual. —Me acerco aún más y cojo su mano—. Puedes decirme cualquier cosa. ¿Han sido tus hermanos? ¿Te han molestado?

—Ron siempre me molesta, es idiota —responde—. Por suerte, con la segunda tanda acertasteis. Josh y Nadia son un amor.

Sonrío, en eso tiene razón. Además, todos sabemos que Abby siente devoción por sus hermanos pequeños. Cuando llegaron a nuestras vidas hace seis años, se enamoró de ellos nada más verlos. ¿Quién iba a imaginar que volveríamos a tener mellizos? Ni siquiera creí que fuese posible.

—Entonces… ¿Es por la universidad? Si lo que quieres es irte a otro Estado, mamá lo entenderá.

—No es eso. Me gusta Gunnison y vivir en Clearstone. Lo que no sé es si… —Bufa y se echa la melena hacia atrás con un golpe de cabeza—. Tuve un problema con uno de los exámenes.

—¿Qué tipo de problema? —inquiero.

Es extraño. Abby es una excelente estudiante. Ron, sin embargo… En fin, espero que pueda ganarse la vida *rapeando*, que es lo que quiere, porque no le veo ningún otro futuro.

—Dicen que estaba copiando. ¡El profesor me echó solo porque un imbécil me acusó de copiar! ¡Yo no lo hice!

Respiro hondo y asiento.

—¿Por eso has estado tan rara estos días? —Asiente y veo que sus ojos se llenan de lágrimas—. Está bien. En cuanto regresemos, iré al instituto y hablaré con ese profesor. Conseguiré que te repita el examen.

—¿En serio?

—Claro. No es justo que juzgue por algo que no puede probar.

—¿Cómo sabes que no puede probarlo, papá?

—Porque acabas de decir que no copiaste.

—Pero puedo estar mintiendo —murmura, entrecerrando los ojos—. No lo entiendo, ¿por qué siempre nos crees?, ¿incluso cuando parecemos culpables?

—Porque confío en vosotros. —Acaricio su mejilla con suavidad y sonrío—. La confianza es algo muy frágil, cariño. Si se rompe una vez, es tremendamente complicado recuperarla. Yo lo sé mejor que nadie. Tus hermanos y tú… Sois chicos listos. Nunca haríais que yo perdiera esa confianza en vosotros. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Pues ahora que está todo aclarado, deja de estudiar y descansa. Por la mañana tu madre quiere llevarnos a la cascada y después a hacer senderismo.

—¡Uy, qué ilusión! —exclama en tono sarcástico.

Sonrío, negando con la cabeza, y me pongo en pie.

—Buenas noches, princesa. Te quiero.

—Y yo a ti, vendedor. —Me río y salgo de la habitación cabeceando.

Paso por el dormitorio de los pequeños y compruebo que ya están dormidos. Los arropo y sigo mi camino hacia la habitación de Ron. Como siempre, tiene los auriculares puestos con la música a todo volumen y no escucha cuando llamo a la puerta. La abro y asomo la cabeza en el interior. Abro los ojos como platos al darme cuenta de que tiene la mano metida en el pantalón, y por los movimientos que hace… ¡Mierda, esto es algo que no quería ver nunca!

—¡Papá! —grita incorporándose, saca la mano y se quita los auriculares a toda prisa—. ¡¿No sabes llamar?!

—Lo siento, yo… —Me entra la risa—. He llamado, pero estabas ocupado. —Sus mejillas se ponen de un color rojo escarlata y agacha la mirada—. Buenas noches. Me marcho para que sigas… —Hago un gesto con mi mano en su dirección—. Ya sabes.

Escucho un resoplido antes de cerrar la puerta y vuelvo a reír. Así me encuentra Sky cuando llega a mi lado, muerto de risa.

—¿Qué ocurre? ¿Los niños ya están dormidos?

—Los enanos sí —respondo tras inspirar hondo para serenarme—. Acabo de hablar con Abby y ya sé qué es lo que le pasa.

—¿El qué?

—Un malentendido con un examen. Lo arreglaremos al volver a casa. ¿Sabes qué es lo que acabo de ver? —Niega con la cabeza—. Entré en la habitación de Ron. Llamé a la puerta, pero…

—Estaba con la dichosa música, ¿no? —Asiento.

—Lo interrumpí en una sesión de uno contra cinco.

—¿El qué? —Frunce el ceño.

—¿Ahorcando el ganso? ¿Sacando brillo a la flauta? —Sigue sin entenderme. Resoplo—. Se estaba masturbando, Sky.

—Oh… —Suelta una carcajada—. Me alegra no haber sido yo. Es algo normal. Tiene diecisiete años. Además, con la cantidad de sábanas manchadas que he sacado de su cama, no me extraña nada.

—Sí, supongo. —La sujeto por la cintura y aprovecho para darle un beso rápido—. ¿Te apetece que pasemos un rato fuera? Tú y yo solos en el prado, con un pequeño fuego y mirando las estrellas. Hoy hay noche de cielo azul.

Sky sonríe y me abraza por el cuello.

—Grayson, contigo a mi lado todas las noches son noches de cielo azul.

—Qué bonito, mi amor —susurro en tono burlón.

—Eres un idiota. Lo sabes, ¿verdad?

—Me hago una idea. ¿Sabes tú qué va a hacer este idiota? —Bajo las manos hasta su trasero y la aprieto contra mí para que pueda notar mi erección. Pego mi boca a su oído y muerdo su lóbulo antes de seguir hablando—. Pienso follarte bajo el cielo azul y todas sus putas estrellas. ¿Qué te parece eso?

Sky me aparta un poco y me lanza una mirada cargada de lujuria que casi consigue que me corra en los pantalones. Soy un cabronazo con suerte. Podría haber sido cualquiera, pero la encontré a ella. Peleona, descarada… Y, lo mejor de todo, completamente mía.

Agradecimientos

Hemos llegado al final de una nueva historia y tengo que admitir que esta es una de las que más he disfrutado. Sky y Grayson me han robado el corazón y sé que los echaré muchísimo de menos, sin embargo, debo dejarlos ir y seguir creando más vidas y aventuras. En este apartado suelo agradecer a esas personas que me acompañan durante mis locuras, y esta vez no va a ser menos.

Nada de esto sería posible sin esas lectoras cero que me frenan cuando me voy por las ramas o piden más de mí si lo ven necesario. Irene, Saray, Laura, Ale, Jenny y mi Pepito Grillo: Mara. Después están esas otras a las que les toca soportar mis idas de pinza, amigas que se convirtieron en familia: Rach, Maripuri, Choche, Trilli, Marian Tonienta… Millones de gracias.

Por último, a mi familia y pareja. Esos a los que les robo tiempo conmigo y nunca se quejan. Os quiero.

A ti, que has llegado hasta aquí, quiero no solo darte las gracias por darle una oportunidad a este libro. Tal vez me conozcas desde antes o esta es la primera historia mía que te lees. Eso no importa. GRACIAS por ayudarme a hacer realidad mis sueños.